

ADOWS
LA
TECNOLOGIA

HD21
L. 42
L. 2

LA TECNOLOGIA Y EL ORDEN SOCIAL
Disecciones del Industrialismo Moderno

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

VOLÚMENES PUBLICADOS

- LAS CLASES SOCIALES, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez.
- LOS PARTIDOS POLITICOS, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez.
- SOCIOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD, por el Dr. Roberto Agramonte.
- EL MUNDO HISTORICO SOCIAL, por el Dr. Juan Roura Parella.
- PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez y el Dr. José Gómez Robleda.
- VALOR SOCIOLOGICO DEL FOLKLORE, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez.
- INTRODUCCION A LA PSIQUIATRIA SOCIAL, por Roger Bastide.
- TEORIA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez.
- TEMA Y VARIACIONES DE LA PERSONALIDAD, por el Dr. Juan Roura Parella.
- CARACTERES SUDAMERICANOS, por Roberto Fabregat Cúneo.
- PRINCIPALES FORMAS DE INTEGRACION SOCIAL, por L. L. Bernard.
- LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XX EN ITALIA, por Massimo Salvadori.
- LA PROBLEMATICA DE LA CULPA Y LA SOCIEDAD, por el Dr. Juan José González Bustamante.
- DEMOCRACIA Y MISTICISMO, por Djacir Menezes.
- ENSAYOS DE SOCIOLOGIA POLITICA: En qué mundo vivimos, por Francisco Ayala.
- LA EUGENESIA EN AMERICA, por Roberto Mac Lean y Estenós.
- ESTRUCTURA MENTAL Y ENERGIAS DEL HOMBRE, por el Dr. Pitirim A. Sorokin.
- EUTHANASIA Y CULTURA, por el Dr. Juan José González Bustamante.
- URBANISMO Y SOCIOLOGIA, por el Dr. Lucio Mendieta y Núñez.
- PRESENTACIONES Y PLANTEOS, Papeles de Sociología, por el Dr. José Medina Echavarría.
- EL PROBLEMA DEL TRABAJO FORZADO EN AMERICA LATINA, por Miguel Mejía Fernández.
- UNIVERSIDAD OFICIAL Y UNIVERSIDAD VIVA, por el Dr. Antonio M. Grompone.
- PERIODISMO POLITICO DE LA REFORMA EN LA CIUDAD DE MEXICO, 1854-1861, por María del Carmen Ruiz Castañeda.
- LA APARICION DEL COMUNISMO MODERNO, Una Breve Historia del Movimiento Comunista en el Siglo XX, por Massimo Salvadori.
- INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA REGIONAL, por Manuel Diégues Jr.
- SOCIOLOGIA DE LA MORTALIDAD INFANTIL, por Guerreiro Ramos.
- LAS FUERZAS SOCIALES, por Oscar Alvarez Andrews.

C U A D E R N O S D E S O C I O L O G I A

LA T E C N O L O G I A
Y
EL O R D E N S O C I A L

Disecciones del Industrialismo Moderno

P O R

P A U L M E A D O W S

Profesor de la Universidad de Nebraska
LINCOLN, NEBRASKA, U. S. A.

Traducción de ANGELA MÜLLER M.

B I B L I O T E C A D E E N S A Y O S S O C I O L O G I C O S
I N S T I T U T O D E I N V E S T I G A C I O N E S S O C I A L E S
U N I V E R S I D A D N A C I O N A L
M E X I C O , D . F .



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

Derechos reservados conforme a la ley

Copyright by Instituto de Investigaciones Sociales
Universidad Nacional

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Inst. de Invest. Sociales
1970

A MARY, con mi amor

Ds 6765

CONTENIDO

PRÓLOGO: Tecnología. La Revolución Permanente	11
---	----

PRIMERA PARTE

TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD INDUSTRIAL

INTRODUCCIÓN	15
I. <i>Teoría de la Cultura y Análisis Industrial</i>	17
Sistemas de cultura. Algunos aspectos culturales de la Industrialización. Las dimensiones sociales del industrialismo.	
II. <i>La Máquina y el trabajador de cuello blanco</i>	29
Un nuevo campo del sindicalismo. Una nueva fuerza de trabajo. Un nuevo trabajador industrial. Un perfil de la personalidad. ¿Un nuevo Sindicalista?	
III. <i>¿Qué hay en la mente del trabajador?</i>	39
La encuesta sobre las actitudes del trabajador. Qué piensa el obrero de su trabajo. Lo que piensa el obrero de la gerencia. Lo que piensa el obrero de los sindicatos. Lo que piensa el obrero del Gobierno. Lo que piensa el obrero acerca del futuro económico.	
IV. <i>Un estudio de las huelgas</i>	51
El balance de las huelgas. La huelga como símbolo. La huelga como función. La huelga como política.	
V. <i>Conducta profesional y sociedad industrial</i>	63
¿Hacia una sociedad profesional? "Negocios" frente a "profesiones". Una falsa disyuntiva. Negocios y profesiones: elementos comunes. Negocios y profesiones: perspectivas comunes.	
VI. <i>Teorías sobre la cultura de las masas</i>	73
La aparición de una sociedad de masas. Variedad de la teoría de las masas: la masa como números. La masa como multitud. La masa como organización.	

SEGUNDA PARTE

LA TECNOLOGÍA Y LOS VALORES HUMANOS

INTRODUCCIÓN	89
VII. <i>Ciencia, Tecnología y Experiencia humana</i>	91
El hombre de ciencia como espécimen. La ciencia como complejo cultural. Tecnología y ciencia. La ciencia como habilidad técnica. La ciencia como construcción de sistemas.	
VIII. <i>La Industrialización de la Investigación social</i>	105
La Industrialización como marco de referencia. La Investigación como proceso industrial. Supervivencias de la artesanía en la investigación moderna. El científico como obrero industrial.	
IX. <i>La revolución estética en contra de la máquina</i>	117
La acción contra de los pintores rebeldes. El artista como crítico. El culto de lo incongruente. Racionalidad por irracionalidad.	
X. <i>La Aviación: un caso de estudio relativo al cambio técnico-social</i>	123
Una concepción aerográfica de la tierra. Una concepción aerodinámica de la sociedad industrial. Una concepción aeropollítica del Estado. Una concepción aeropsíquica de la vida humana.	
XI. <i>La Dictadura y la Sociedad Derivativa</i>	133
La política y el dilema del industrialismo. El presupuesto de la existencia de un grupo primario de cultura. El mito de la política industrial. ¿Estrategia del industrialismo? Direcciones descentralistas.	
XII. <i>La filosofía descentralista del Industrialismo</i>	141
La valoración descentralista del industrialismo. Los pre-supuestos del descentralismo. La sociedad centralizada como enemiga del ser humano. La sociedad centralizada como enemiga de la tecnología maquinista. Programa de acción descentralista.	
XIII. <i>Cambio Tecnológico y Conflicto Humano</i>	155
El conflicto como proceso social. El colapso del aislamiento. La tecnología y la diferenciación social. Tecnología e irreconciliabilidad ideológica. Tecnología e inseguridad humana. ¿Está el hombre moderno rezagado?	
XIV. <i>Ligas de hombres atemorizados</i>	163
Histerismo entre los aristócratas del pensamiento. El mito de una ciencia internacional. El caso de los atomistas atemorizados.	

XV. *Cambio tecnológico y política social* 171

Los problemas del cambio interrelacionado. El problema del cambio anticipado. El problema de una investigación básicamente libre. El problema del monopolio de la ciencia aplicada. Política social. Una cuestión no terminada.

XVI. *Planificación de la era industrial* 181

Sociedad de masas y Estado planificado. Sociedad diferenciada y Estado planificado. Las formas de planificación estatal en una sociedad diferenciada.

PRÓLOGO

TECNOLOGÍA, LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

León Trotsky es recordado, entre otros motivos, por su descripción singularmente profética del comunismo como revolución permanente. Recientemente, los editores de la revista *Fortune* captaron esta frase suya en una descripción de los Estados Unidos como un país en revolución permanente. Una era que ha experimentado frecuentes y catastróficos trastornos de la existencia privada, muy bien puede acostumbrarse a la idea de la revolución como un proceso permanente.

No menos revolucionario, y quizá mucho más, que la marcha de las ideas insurgentes por la faz de la tierra, ha sido el avance de la tecnología maquinista. Este libro está consagrado a la idea de que es aquí, realmente, donde radica la revolución permanente de nuestra época; el industrialismo es la revolución que se encuentra en el fondo de la vida del hombre moderno. Este volumen trata de explorar el impacto social del industrialismo sobre las ideas e ideales, las actitudes y valores, el aislamiento y la asociación, los problemas y perspectivas del hombre industrial.

Este libro es una anatomía, cruda y no profesional, del industrialismo como forma de cultura humana históricamente nueva. Es una serie de disecciones de esta cultura y, como todas las disecciones, se guía por la regla de seguir las líneas naturales de división. Por lo tanto, el lector encontrará más división que cohesión. Una época de revolución, y de revolución permanente, subraya notablemente las divisiones. Aún queda por verse si el hombre industrial puede lograr la unidad y la realización total. Sin embargo, el autor considera que si alguna vez se realiza una síntesis revolucionaria de la renovación, el punto de partida deberá tomarse teniendo en cuenta que la tecnología maquinista —el industrialismo— es la más profunda de todas las revoluciones contemporáneas.

PAUL MEADOWS

PRIMERA PARTE
TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD INDUSTRIAL

INTRODUCCIÓN

La tecnología industrial es un tipo genérico de organización social: un sistema de cultura que tiene muchas subvariedades posibles. En la primera parte de este libro, dirigiremos nuestra atención a *A*) el industrialismo como sistema de cultura; *B*) los aspectos de la acción humana y sus aspiraciones dentro de este sistema, y *C*) la transformación de la sociedad humana como una consecuencia continua de la nueva técnica del industrialismo.

Capítulo I

TEORÍA DE LA CULTURA Y ANÁLISIS INDUSTRIAL *

El concepto de cultura ha resultado ser, en los últimos años, un poderoso y eficaz medio de unión entre los diferentes métodos de estudio de la conducta humana. La razón es muy simple. "El método cultural proporciona una base para la selección, organización e interpretación, a través de sus hipótesis de que toda sociedad tiene una estructura de instituciones de valores y de ideologías, y de que ninguna parte puede comprenderse sin tener en cuenta el lugar que ocupa en el todo."¹ El concepto de cultura resulta particularmente útil para el análisis de las sociedades industriales, por cuanto la cultura es, en sí misma, un concepto tecnológico, "una realidad instrumental, un aparato para la satisfacción de las necesidades humanas".²

Evolucionada y elaborada a través de las ricas alteraciones que existen entre el hombre y el medio natural, la cultura, por sí misma, se convierte en un nuevo medio ambiente para los seres humanos. El acto cultural —producto de una plasticidad orgánica que capacita al hombre para inventar y aprender— está contenido fundamentalmente en el descubrimiento, la invención, la comunicación y el uso de los significados. La realidad cultural consiste en acontecimientos a los cuales los seres humanos han asignado un significado positivo o negativo para la satisfacción de las necesidades humanas. El acto cultural implica el uso de significados y de sus vehículos, para la satisfacción de los objetivos humanos.³

* Este capítulo apareció con el mismo título en *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 27, marzo de 1951, pp. 9-16, y lo utilizamos aquí con permiso del editor.

¹ Ware, Caroline F. ed., *The Cultural Approach to History*, Imprenta de la Universidad de Columbia, Nueva York, 1940, p. 14.

² Malinowski, Bronislaw, *The Dynamics of Culture Change*, Imprenta de la Universidad de Yale, 1945, New Haven, p. 44.

³ Cf. Meadows, Paul, "The Cultural Organization of Action", *The Philosophy of Science*, XIII, octubre de 1946, pp. 332-338.

I.—SISTEMAS DE CULTURA

Toda sociedad desarrolla una cultura que viene a ser como su propia relación organizada con el mundo que la rodea. Su cultura funciona como un sistema de significados y vehículos de significados. Como sistema, la cultura puede ser cerrada o abierta, integrada, desintegrada o no integrada. Además, puede decirse que la cultura, como sistema, tiene sus propios subsistemas. "El sistema tecnológico está compuesto de instrumentos materiales, mecánicos, físicos y químicos, junto con sus técnicas propias, por medio de los cuales el hombre, como especie animal, queda articulado con su habitat natural. Aquí encontramos los instrumentos de la producción, los medios de subsistencia, el material para las habitaciones, los instrumentos de ofensa y defensa. El sistema sociológico está formado por relaciones interpersonales expresadas en normas de conducta, tanto colectivas como individuales. En esta categoría encontramos sistemas sociales, de parentesco, económicos, políticos, militares, eclesiásticos, ocupacionales, profesionales, recreativos, etc.

"El sistema ideológico se compone de ideas, creencias y conocimientos, expresados en el lenguaje articulado o alguna otra forma simbólica. Mitología y teología, leyendas, literatura, filosofía, ciencia, expresiones populares y conocimiento basado en el sentido común, constituyen esta categoría."⁴

Colectivamente, estos subsistemas de cultura realizan funciones esenciales para las sociedades humanas. Juntos, crean y sostienen su eficacia biológica, su continuidad histórica, social y física, la socialización de los jóvenes, la producción e intercambio de artículos y servicios, el orden en sus relaciones internas y externas y sus significados y motivaciones.⁵ En este mecanismo se entremezclan las fases instrumental, de organización e ideológica de la cultura. Son funciones recíprocas de *trabajo de conjunto*, como dice el antropólogo Geoffrey Gorer, es decir, de significados y vehículos.

La cultura como significados y vehículos de significados

Ninguna cultura puede ser adecuadamente descrita o interpretada solamente en función de sus sistemas de relaciones humanas o de inventos

⁴ White, Leslie A., *The Science of Culture*, Farrar, Straus and Co., Inc., Nueva York, 1949, p. 364 (mencionado con permiso).

⁵ Cf. Bennett, John, y Tumin, Melvin M., *Social Life: Structure and Function*, Alfred A. Knopf, Inc. Nueva York, 1948, p. 168.

tecnológicos. En realidad, la clave para comprender cualquier sociedad es su sistema de creencias, que expresa las ideas y esperanzas de un pueblo acerca de sus relaciones y tecnología.

El sistema de creencias de un pueblo, queda incorporado en numerosas formas.⁶ Se expresa en un credo (o en ritos verbales y ceremoniales) que liga los individuos, emocional e intelectualmente, a la sociedad, haciéndolos aparecer como una unidad social. Quedan comprendidas las actitudes sociales que dan sustancial credo, identificando y poniendo de relieve el interés "social". Funciona a través de hábitos institucionales que automáticamente y sin elección consciente llevan a los miembros individuales de una sociedad a la relación cooperativa. Finalmente, está sostenida por un mito que sanciona y legitima el credo, las actitudes y los hábitos institucionales, haciendo un llamado a la tradición —o al poder o a la razón— que trasciende del ser humano común. Lo característico es que el deseo y la realidad se mezclan intrincadamente en el sistema de creencias. Desde luego que uno puede dominar al otro, de modo que un deseo altamente elaborado puede resistir un cambio en la realidad.⁷

En una sociedad de muchos grupos, como la de los Estados Unidos, este conjunto de creencias que sustentan al mito caracteriza no solamente a toda la sociedad, sino también a las instituciones subordinadas y a los grupos que se encuentran dentro de dicha sociedad. Además, mientras más heterogénea y especializada es una sociedad, es decir, mientras más grupos tiene, mayor es el número de mitos que posee.⁸

De esta condición se derivan inevitablemente varias consecuencias muy significativas: una pérdida gradual del poder del mito central, la multiplicación de sistemas de creencias entre las instituciones y asociaciones constituyentes, una competencia entre ellas para capturar como propia la creencia del sistema central o dominante, la creciente inutilidad del mito reinante, un reconocimiento cada vez más claro de los abusos que se derivan de las instituciones que sostienen el sistema dominante de creencias, un conflicto creciente sobre el mito central (conflicto que surge de nuevas actividades sociales no explicadas o legitimadas por el antiguo sistema de creencias).⁹

⁶ Cf. Thurman, Arnold, "The Social Psychology of Social Institutions", *The Folklore of Capitalism*. Imprenta de la Universidad de Yale, New Haven, cap. II, 1937.

⁷ Sobre este punto, véanse los comentarios de Abram Kardiner, *The Psychological Frontiers of Society*, Imp. de la Universidad de Columbia, Nueva York, 1945, pp. 41-46.

⁸ Véase R. M. MacIver, *The Web of Government*, The Macmillan Co., Nueva York, 1947, p. 51.

⁹ Para una discusión más amplia de estas consecuencias, véase Karl Mannheim,

La resolución de estos conflictos es obra de movimientos de reconstrucción social que pueden modificar el sistema dominante de creencias en todas sus diversas manifestaciones, o simplemente pueden cambiar algunas manifestaciones parciales de dicho sistema; en otras palabras, revolución o reforma.¹⁰

Mithos y ethos

La cultura de una sociedad siempre es única; hecho que queda dramáticamente descrito en el concepto que tiene Sumner del *ethos*: "la suma de las costumbres, ideas, normas y códigos característicos, por medio de los cuales el grupo se diferencia e individualiza en carácter, distinguiéndose de otros grupos".¹¹ Sin embargo, con el advenimiento de la tecnología industrial, esta tendencia hacia la localización cultural ha sido contratada por una tendencia más fuerte hacia la universalización cultural.¹² Con el industrialismo en una sociedad nacional se ha desarrollado un nuevo sistema de cultura después de otro. Su difusión global es incipiente y atraviesa todos los *ethos* locales. Reemplazando a los mitos centrales de la iglesia medieval, esta nueva forma de cultura se encuentra en proceso de "globalización", después de un período de formación y formulación que abarca de unos trescientos a cuatrocientos años de occidentalización.

El resto de este capítulo se dedicará a la discusión de los sistemas tecnológico, de organización e ideológico que comprende esta nueva cultura universalista.

II.—ALGUNOS ASPECTOS CULTURALES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

La tecnología industrial, la última en una larga serie de tecnologías humanas,¹³ es una frase descriptiva de la actividad humana en lo que se

Ideology and Utopia, Harcourt, Brace and Co., Nueva York, 1936; Delaisi, Francis, *Political Myths and Economic Realities*, William and Norgate, Boston, 1925; De Grazia, Sebastián, *The Political Community: A Studie of Anomie*, Imp. de la Universidad de Chicago, Chicago, 1948; Jackson, Gladys, *Indianismo: A Study in Social Movements* (tesis inédita para la maestría, Universidad de Nebraska, 1950).

¹⁰ Véase Meadows, Paul, "Dynamics of a Revolutionary Age", Manuscrito enviado a la *Revista Mexicana de Sociología*, para su publicación.

¹¹ Graham Sumner, William, *Folkways*, Ginn and Co., Boston, 1907, p. 36.

¹² Este punto queda claramente explicado por Odum, Howard W., "The Technic ways in Modern Society", *Understanding Society*, The Macmillan Co. Nueva York, 1947, cap. xx.

¹³ Véase Dismore Chapple, Eliot, y Stevens Coon, Carleton, *Principles of Anthropology*, Henry Holt & Co., Inc. 1942, Nueva York.

refiere al empleo de instrumentos a la altura de la técnica mecánica. Gira en torno al uso de la máquina en la producción, el transporte y el intercambio de bienes y servicios. La esencia de la máquina no es el instrumento en sí, sino el hecho de que es un método históricamente nuevo de transformar la energía dispersa en una fuerza disciplinada y útil. Pueden apuntarse tres características distintivas del industrialismo: un sistema técnico que emplea las máquinas en la producción; una tecnología de conocimiento y habilidad en la organización y empleo de las máquinas y una fuerza de trabajo jerárquicamente organizada. Basándose en los principios científicos y tomando a la máquina como centro de un sistema de eficiencia controlada, el sistema industrial técnico trata de convertir los recursos físicos y humanos en artículos útiles para el hombre, por medio de la "estandarización" mecánica y la producción en masa.¹⁴

Desarrollo de características culturales

Los historiadores preocupados casi exclusivamente por los asuntos europeos y euroamericanos, generalmente identifican la aparición del orden industrial con los cambios ocurridos en Europa y América durante un período de tiempo limitado: lo que se ha llamado "La Revolución Industrial". Pero, en la actualidad, el industrialismo es una especie de revolución permanente, la más importante quizá que reconstruye aún la vida de las sociedades occidentales, y revoluciona las relaciones humanas, en formas cada vez más diversas, en las culturas no occidentales. El industrialismo es una transformación mecánica y social del medio humano que, probablemente, continuará por mucho tiempo. Las condiciones estáticas, que constituyen el encanto de los economistas teóricos, son la pesadilla de los industriales empíricos, de los hombres de negocios y de los técnicos. El industrialismo crea, donde quiera que irrumpe, una cultura dinámica en espíritu,¹⁵ técnica y forma.

El espíritu de un orden industrial es un impulso constante por aumentar la productividad, elevando la racionalidad.¹⁶ El racionalismo con-

¹⁴ Para una discusión más amplia, véase Meadows, Paul, "The Industrial Way of Life", *The Culture of Industrial Man*. Imprenta de la Universidad de Nebraska, Lincoln, 1950, cap. II.

¹⁵ Las siguientes categorías y discusión son una adaptación de las sugerencias de Sombart, Warner, en su artículo "Capitalism", *Encyclopaedia of the Social Sciences*, The Macmillan Co. Nueva York, 1930, vol. III, pp. 195-208.

¹⁶ Véase Max Weber, "Sociological Categories of Economic Action", *The Theory*

siste en una adaptación estricta de los medios a los fines. Así el funcionalismo —tanto en la antropología como en la arquitectura, para mencionar solamente dos ejemplos— es la contrapartida de la máquina en la tecnología.¹⁷ He aquí el apremio cultural por la eficiencia, por un cálculo económico de las ganancias y pérdidas, por cómputo gráfico por medio de símbolos y estadísticas y por un manejo científico con control de inventario. De aquí también la demanda de la especialización y la división del trabajo, de la fuerza de trabajo bien disciplinada, de las pruebas de aptitud y la dirección personal, del análisis de los mercados y las predicciones.

La tecnología industrial reúne nuevas fuentes de poder y utensilios funcionalmente adaptados. Las técnicas y habilidades que una vez se usaron para la fabricación fortuita de implementos y armas, como demostró Spengler,¹⁸ se mecanizaron, se construyeron en serie y se normalizaron. La continuidad de las funciones, la regularidad de la ejecución, la exactitud de la acción, la rapidez del movimiento y el volumen de la producción, se convirtieron en el objetivo y en la orientación normativa de la tecnología mecánica.

Institucionalización

Había que desarrollar instituciones adaptadas a dicho sistema de productividad. La producción debía ser organizada: así, pues, en las diferentes épocas y lugares, la función del empresario ha sido realizada por el individuo, la familia, la sociedad, la compañía y, finalmente, por la corporación pública (incluyendo al público como corporación, como sucede en Rusia). Había, además, que formar mercados; a su tiempo, los cambios regulados y ajustados de manera espontánea, han dejado el sitio a los cambios controlados por el grupo y éstos, a tu vez, a cambios socialmente orientados o efectuados.¹⁹ Los hábitos institucionales de esta clase deben conceptualizarse y legitimarse; así es como las sociedades industriales han hecho experimentos con ideologías que giran en torno a un con-

of Social and Economic Organization, traducido por A. M. Henderson y Talcott Parsons, Imprenta de la Universidad de Oxford. Nueva York, 1947, cap. II.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Malinowski, Bronislaw, *The Scientific Theory of Culture*. Imprenta de la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, 1944, y Giedion, Siegfried, *Space Time and Architecture*. Imprenta de la Universidad de Harvard, Cambridge, 1941.

¹⁸ Véase Spengler, Oswald, *Man and Technics*, G. Allen and Unwin, Ltd., Londres, 1932.

¹⁹ Véase Scott Brien Gras, Norman, *Business and Capitalism*, Appleton-Century-Grofts, Nueva York, 1946, y A. Mund, Víctor, *Open Markets*, Harper and Brothers, 1948.

cepto ético, tales como el precio justo, o bien con ideologías que tienen una orientación éticamente neutral, como el *orden natural*; naturalista, como el darwinismo social, o humanística, como el humanitarismo, el bienestar social y el historicismo marxista.²⁰

Adaptaciones de la tecnología a la lógica

En la cultura industrial, la fijación es un medio, no un rasgo genérico. Las formas están funcionalmente definidas y los límites se conciben dinámicamente. Los mercados locales se ligan con los mercados nacionales, y los mercados mundiales se convierten en una unidad económica. Las materias primas se convierten en el tema de una ecología planetaria. Los movimientos intercontinentales y transoceánicos de artículos, capitales, personas y conocimientos, a través de las fronteras nacionales, crean presiones sobre los intereses políticos, poniéndolos de acuerdo con la lógica de largo alcance, la tecnología.²¹

Así como los límites políticos se han hecho más vulnerables al reducirse las distancias en el tiempo, similarmente las formas institucionales se doblegan ante las demandas de una economía de mercados, ante la racionalización de la empresa y ante las urgencias de una sociedad de masas.²² De la misma manera que el empresario independiente encuentra conveniente convertirse en miembro de un instituto o una asociación de comercio, así también el artesano aislado ingresa en las filas del proletariado, del mercado de trabajo y de una unión nacional o internacional. Los inseguros movimientos de precios se convierten en el objetivo de la coordinación administrativa, en manos de los hombres de negocios y del gobierno. El capital privado va siendo gradualmente sustituido y aun suplantado por el capital público, y el estímulo a la producción fuera del mercado se agrega a los reglamentos y controles que se extienden más allá del mismo. En los

²⁰ Véase Rader, Melwin, *Ethics and Society*, Henry Holt C. Inc., Nueva York, 1950; Lewis Mumford, *The Condition of Man*, Harcourt, Brace and Co. Inc., Nueva York, 1944.

²¹ Véase Staley, Eugene, *World Economy in Transition*, Council on Foreign Relations. Nueva York, 1939.

²² Véase Polyani, Karl, *The Great Transformation*, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1941; Neuman, Franz, *The Permanent Revolution*, Harper and Brothers, Nueva York, 1941; Lederer, Emil, *The State of the Masses*, W. W. Norton and Co., Nueva York, 1940; Layley, F. E., *The Growth of Collective Economy*, P. S. King and Son, Londres, 1938, 2 vols.; Eldridge, Seba, *The Development of Collective Enterprise*, Imp. de la Universidad de Kansas, Lawrence, 1943; Doman, Nicholas, *The Coming Age of World Control*, Harper and Brothers, Nueva York, 1942.

pueblos que tienen este tipo de cultura, la estabilidad y la fijeza son solamente recuerdos.

III.—LAS DIMENSIONES SOCIALES DEL INDUSTRIALISMO

El industrialismo no sólo significa la aparición de un nuevo sistema tecnológico, sino también la transformación del sistema de relaciones humanas y de las creencias de la sociedad. Al contrario de otras tecnologías humanas, las técnicas industriales establecen su soberanía sobre las formas populares y las normas de vida de una sociedad que está en proceso de industrialización. Las culturas *folk* de los hombres primitivos y los campesinos rinden sus ciudadelas de costumbres y tradiciones antes del dominio de las instituciones tecnológicamente organizadas. La consecuencia de la conquista industrial es la creación de nuevas dimensiones de la EXISTENCIA SOCIAL. Nuevos patrones y problemas de *estatus*, de motivación y de integridad cultural matizan el genio revolucionario de la cultura industrial.

El sistema del estatus del industrialismo

El industrialismo da nueva forma a las normas de la obligación y la posición humana, de la organización y de la estructura social de un pueblo. "La organización social se refiere al sistema de obligaciones que existe entre los grupos que constituyen una determinada sociedad, en tanto que la estructura social se refiere a la colocación y posición de los individuos y los grupos dentro de ese sistema de relaciones de obligaciones."²³ Juntos forman lo que podría llamarse el sistema de estatutos de una sociedad.

Es característico que la transición de una cultura preindustrial a una industria provoque una desviación del sistema de estatus heredado o establecido, hacia otros diferentes.²⁴ La posición lograda por medio de la habilidad establece el *modus operandi* y el *modus vivendi* del pueblo industrial. El industrialismo reconoce y recompensa a los individuos de acuerdo con sus habilidades, aumenta las oportunidades para adquirirlas y ejercerlas y fomenta la competencia y rivalidad entre los grupos preparados. Amplía el alcance y el poder de las organizaciones de obreros hábiles, especializa e institucionaliza las habilidades, extiende el alcance de la jerarquía.

²³ Brown, G. C., y Barnett, J. H., "Social Organization and Social Structure", *American Anthropologist*, XLIV, enero-marzo de 1942, p. 31.

²⁴ Véase Linton, Ralph, *The Study of Man*, D. Appleton Century. Nueva York, 1936, pp. 114 ss. ..

zación de las habilidades, conceptualiza la motivación según la habilidad y justifica ideológicamente su control.²⁵ El estatus en la cultura industrial, en gran parte, está en función de la habilidad individual.

Problemas de colaboración humana

Este sistema de posiciones provoca problemas cruciales de colaboración humana, tanto en el trabajo como en las otras relaciones interpersonales. Estos problemas raras veces se presentan en las culturas primitivas y campesinas, en las cuales el estatus está determinado tradicionalmente y la organización costumbrista de la vida define por anticipado las funciones del individuo y del grupo. Los ajustamientos vitales en los pueblos preindustriales están determinados de antemano, pero los pueblos industriales tienen que crearlos a medida que van adelantado. Así como hay que inventar los procedimientos de la producción mecánica, de la misma manera tienen que crearse los procedimientos de la colaboración humana. Desgraciadamente, la atmósfera de la invención social no tiene ni la tranquilidad ni los medios de control con que cuenta la invención mecánica, como lo demuestra la tormentosa historia política de todos los países industriales de occidente. "Capitalismo de *laissez faire*", "liberalismo del Estado-beneficencia", "democracia social", "nacional-socialismo" y "comunismo", son términos que muestran la variedad de respuestas, no muy satisfactorias, que se han dado al problema de la colaboración humana dentro del sistema de estatus industrial.

Gran parte del descontento de los pueblos industriales surge de la forma en que un sistema de estatus basado en la capacidad es deformado y pervertido por otros sistemas que tienen poco o nada que ver con la capacidad, como indicó, ya hace muchos años, Thorstein Veblen. Verdaderamente, los mismos estratagemas del descontento de las masas son el producto de una nueva habilidad surgida dentro del industrialismo, que se basa en la capacidad de probar, inflamar y excitar las patologías del sistema industrial de estatus según la capacidad. Además, los grupos ideológicos, que fomentan y protegen sus capacidades (o su falta de ellas), frecuentemente han estorbado una solución tecnológicamente orientada del problema de la colaboración humana, recurriendo irracionalmente a la reacción, a las luchas intestinas y aun a la guerra misma.

²⁵ Véase el provocativo ensayo de Harold D. Lasswell, "Toward a Skill Commonwealth", *Approaches to Group Understanding*, Harper and Brothers. Nueva York, 1947, Nº xxv.

En los últimos años se ha explorado cuidadosamente la posibilidad de fomentar la colaboración humana dentro de la estructura del estatus industrial.²⁶

Así, pues, la fábrica se conceptúa como un sistema social atravesado por una serie de relaciones de estatus: hombres-jefe, rango-orden, o prestigio jerárquico, obligaciones y posiciones formales e informales.

Tanto las ventajas como las desventajas del sistema de estatus de la situación de trabajo, han sido cuidadosamente analizadas. Este interés focal en el análisis de la industria actual es, probablemente, el acontecimiento más revolucionario y, desde luego, el más prometedor de la teoría industrial moderna. Podemos esperar sinceramente que este entusiasmo no quedará sofocado por fijaciones mecánicas como la "cibernética".²⁷

La norma de motivación del Industrialismo

La mayor parte de la literatura sobre las relaciones industriales parece ser solamente la elaboración de un pensamiento común a los primitivos y los campesinos: que los hombres no pueden ser leales a algo que no han experimentado.²⁸ Contrariamente, las lealtades más fuertes y más fáciles de predecir entre los hombres son las que se refieren a cosas con las que han tenido las experiencias más agradables. Aquí se encuentra, pues, la piedra de toque de la motivación industrial: el descubrimiento y desarrollo de las satisfacciones humanas. El poder emancipador y directivo de este juicio ha sido el núcleo del pensamiento de personas tales como Carleton Parker, Mary P. Follett, Whiting Williams y Orday Teal, a principios del siglo, y, más recientemente, de T. N. Whitehead, C. I. Barnard, F. J. Roethlisberger y E. W. Barke, entre otros.²⁹

²⁶ Cf. Miller, D. C., y Form, W. H., *Industrial Sociology*, Harper and Brothers, Nueva York, 1951; Gardner, Burleigh B., *Human Relations in Industry*, Richard D. Irwin, Chicago, 1945; Roethlisberger, F. J., y Dickson, William J., *Management and the Worker*. Imp. de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., 1940; Moore Wilbert E., *Industrial Relations and the Social Order*, The Macmillan Co., Nueva York, 1946; Irving Barnard, Chester, *The Functions of the Executive*, Imp. de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., 1938; Whitehead, T. N., *Leadership in a Free Society*, Imp. de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass., 1938.

²⁷ Sobre esto, véase el informe aparecido en *Time*, el 27 de noviembre de 1950, pp. 66-68.

²⁸ Véase Whitehead, *op. cit.*, p. 145.

²⁹ Véase el sumario sobre el material en la obra de Meadows, "La nueva personalidad en la industria", *The Culture of Industrial Man*, cap. VII.

“El interés —dice Tead— es una actividad de atención continua dirigida hacia donde el individuo encuentra que la actividad le proporciona un sentido de auto-expresión.”³⁰

Concretamente, el reconocimiento de este hecho exige la creación y universalización de oportunidades favorables para encontrar, aprender, ejercitar y ser recompensado en el ejercicio de una o varias capacidades. Cuando se carece de dichas oportunidades por deficiencias de la dirección, por organizaciones culpables o perversas, o por una escasez en la demanda de capacidades, solamente puede producirse la desmoralización y la agresión.

Industrialismo e integridad cultural

Pero la habilidad no debe entenderse simplemente como un beneficio económico. El estatus humano está en relación directa con la habilidad en una gran variedad de actividades humanas. Quizás la valoración más innoble del industrialismo sea la creencia de que el hombre industrial solamente se preocupa de las satisfacciones económicas; apreciación singularmente inexacta de la naturaleza humana que no sólo es falsa desde el punto de vista histórico y psicológico, sino que resulta patética desde el social. Ese afán parcial no podría de ninguna manera originar y sostener impulsos sociales integradores.³¹

Además, se encontraría más predispuesto, como la experiencia histórica ha demostrado muchas veces, a la desilusión y al desaliento. Esta mitología ha demostrado ser especialmente viciosa cuando se ha aplicado, como en el colonialismo, a pueblos primitivos y campesinos, cuyas normas de cultura son integrables y, por lo tanto, no están preparados para el choque de esta segmentación y racionalización.³²

El problema de la integridad cultural no puede resolverse por medio de una mitología impuesta coercitivamente. La ficción nazi del hombre industrial político y la doctrina comunista del proletariado industrial, son

³⁰ Ordway, Tead, *Human Nature and Management*, McGraw-Hill Book Company, Nueva York, 1929, p. 243. (Citado con permiso.)

³¹ Para una exposición más elocuente, de este tema, véase Brownell, Baker, *The Human Community*, Harper and Brothers, Nueva York, 1950.

³² Por ejemplo, véase Honigman, John J., “Culture Patterns and Human Stress”, *Psychiatry*, xiii, febrero 1950, pp. 25 ss.; Kluckhohn, Clyde, “Group Tensions, Anakytsus of a Case History”, *Approaches to Group Understanding*, Harper and Brothers, Nueva York, 1945, pp. 222 ss.; Moore, W. E., “Theoretical Aspects of Industrialization”, *Social Research*, xv, septiembre de 1948, pp. 244 ss.; Hunter, Mónica, *Reaction to Conquest*. Imp. de la Universidad de Oxford. Londres, 1936.

tan falsas y tan desintegradoras como el antiguo mito del hombre económico industrial. Pues estos mitos sociales también proclaman la supremacía y la auto-suficiencia de capacidades fragmentarias. Acondicionados para la satisfacción de un mito central, durante largos siglos de existencia primitiva y agrícola, los pueblos industriales aparentemente sólo pueden abandonar con gran disgusto su búsqueda de un mito integral y sus anhelos emocionales de una unión simbólica.³³

Realmente es un acto de valentía celebrar, como lo hizo Mary P. Follett, que "cada situación en la vida tiene su propia autoridad". Sin embargo, esta convicción, particularmente en el industrialismo de muchos grupos, tiene sus compensaciones: "Con esta sumisión conquistamos nuestra libertad."³⁴

Aquí radica la libertad y la integridad del obrero metalúrgico, del minero, del ama de casa, del dirigente, del arquitecto, del químico, del sabio atómico, de cualquier empresa, del gobierno y, en general, de toda la cultura industrial.

³³ Sin embargo, la mayor parte de la planeación moderna parece basarse en este hecho. Véase cap. xvi.

³⁴ Metcalf, H. C., y Urwick, L., editores, *Dynamic Administration, The Collected Papers of M. P. Follet*, Harper and Brothers. Nueva York, 1942, p. 276

Capítulo II

LA MÁQUINA Y EL TRABAJADOR DE CUELLO BLANCO *

I.—UN NUEVO CAMPO DEL SINDICALISMO

A principios de 1949, un industrial retirado, Mr. Joseph E. Uihlein, antiguo jefe de una compañía cervecera, anunció su plan de dejar la dirección de un banco de Milwaukee para dedicar el resto de su vida a la unificación de los empleados y oficinistas americanos. La información de la United Press indicaba que ya se había puesto en contacto con la American Federation of Labor y también había tenido conversaciones semejantes con Mr. Philip Murray, del Congress of Industrial Organization.

Este apoyo tan útil, proveniente de una fuente totalmente inesperada, coincidió exactamente con los anuncios hechos por los funcionarios nacionales del C. I. O. sobre sus intenciones de invadir el campo de su afiliada, la United Office and Profesional Workers, a quien acusaban de "dejar escapar la pelota". Los funcionarios nacionales alegaban que se habían visto acosados por trabajadores y sindicatos locales que querían afiliarse. La American Federation of Labor también ha visto con interés, desde que terminó la guerra, las oficinas de las industrias y comercios americanos y ha trazado su plan de batalla. Aparentemente, la enorme experiencia adquirida con el sindicalismo en los últimos años ha creado serias dudas acerca de la inmunidad de los "trabajadores de cuello blanco" ante las llamadas de los sindicatos.

Es indudable que cuando un representante de sindicato toca a la puerta misma del director de una oficina, no sólo se le invita a pasar, sino que se le recibe amigablemente.

¿Quiénes son, pues los trabajadores "de cuello blanco"? ¿Cuántos hay? ¿Cuáles son las principales características de su existencia económica en el industrialismo americano? ¿Qué es lo que piensan? ¿Se volverán sindicalistas?

* Este capítulo apareció con el título de "Hechos y cifras sobre el trabajador de cuello blanco", en *The Technology Review*, 51, junio de 1949, pp. 508 ss. (Usado con permiso del editor.)

II.—UNA NUEVA FUERZA DE TRABAJO

Los historiadores del idioma no ofrecen ninguna ayuda para reconstituir los orígenes del término "trabajadores de cuello blanco". Webster sencillamente los identifica como la clase de trabajadores asalariados de oficinas y comercios "cuyos deberes les permiten o les exigen una cuidadosa presentación". Los ingleses usan la expresión "trabajadores de saco negro". Los franceses los designan como *employés*, los alemanes como *Angestellte und Beamten* (empleados y funcionarios). La Oficina de Censos designa un grupo de ocupaciones que, en términos generales, equivale a los "trabajadores de cuello blanco" y que comprende a los que se dedican a las ocupaciones "de oficina, comerciales y similiares"; de esta manera quedan clasificadas 31 ocupaciones distintas. "La idea que las unifica, según indican los especialistas H. D. Anderson y P. E. Davidson, es que sirven o promueven las transacciones e informan y registran dichas actividades."¹

Entre las categorías más importantes se encuentran los tenedores de libros, cajeros, contadores, operadores de maquinaria de oficinas, taquígrafos, mecanógrafos, secretarios, vendedores y vendedoras, empleados que envían y reciben mercancía, operadores de telégrafos y teléfonos, asistentes y mensajeros. En 1940, el censo registró poco más de 8 millones de "trabajadores de cuello blanco", así denominados, en la fuerza de trabajo de los Estados Unidos. Representan alrededor de la sexta parte de toda la población laborante.²

La International Labor Organization, empleando un sistema más completo de clasificación, en un informe publicado en 1936, agrupó a los técnicos semiprofesionales y administrativos junto con los oficinistas y similiares, bajo la categoría de "trabajadores no manuales". Sus cálculos indican una proporción de estos trabajadores, entre los principales países del occidente industrial, que va desde el 12 % en Italia, que tiene las cifras más bajas, hasta el 30 % en los Estados Unidos.³

El crecimiento de este grupo de trabajadores se refleja en diversos índices estadísticos. Mr. A. M. Edwards, de la Oficina de Censos, estimó que el término "trabajadores de cuello blanco" debería emplearse solamente para los trabajadores de oficinas e hizo notar que en las dos gene-

¹ H. D. Anderson y P. E. Davidson, *Recent Occupational Trends in American Labor*. Imprenta de la Universidad de Stanford, Stanford, 1945, p. 46.

² U. S. Census, *Population*, III: *The Labor Force*, Parte I, U. S. Summary.

³ "Statistical Summary of Non-Manual Workers", *International Labor Review*, agosto de 1936, pp. 244-274.

raciones que siguieron a la Guerra Civil, su aumento numérico fue ligeramente superior a 2,000 %, un salto del 2.9 % que tenían dentro de toda la fuerza general de trabajo en 1870, al 16.3 % en 1930.⁴

La proporción de este aumento, según los censos de 1910 y de 1930, muestra una espiral ascendente de 107.7 % para el grupo de trabajadores de oficina, comercios y similares, en contra del 27.9 % para el total de la fuerza de trabajo. Dichos grupos de ocupación aumentaron dos veces más rápidamente durante este período que los trabajadores calificados y semicalificados, y 9 veces más de prisa que los propietarios y gerentes; los trabajadores no calificados mostraron una pérdida proporcional de 1.7 %.

Durante el período de la depresión que comenzó en 1929, este grupo de empleados prácticamente equilibró sus ganancias y pérdidas, en contra de lo que sucedió a los artesanos, los dirigentes y los obreros, cuyas pérdidas fueron mayores que sus ganancias. Los años de la guerra fortalecieron notablemente su posición dentro de la economía nacional. Durante una época en que la fuerza civil de trabajo aumentó en un 11 %, los empleados (aunque no los vendedores), aumentaron en un 45 %, un desarrollo que, en el mismo período, mejoró ligeramente la marca de los artesanos y dirigentes.

La experiencia de los años de la guerra, apoya la predicción hecha por Edwards varios años antes de que "en el futuro los trabajadores de cuello blanco probablemente están destinados a sobrepasar en número a cualquier otro gran grupo socio-económico, con excepción, posiblemente, del de los trabajadores no calificados".⁵

III.—UN NUEVO TRABAJADOR INDUSTRIAL

Con la segunda Guerra Mundial se cerró un período de desarrollo industrial, en el que la clase de los trabajadores de cuello blanco se había desarrollado más rápidamente que cualquier otro grupo ocupacional, con excepción del que trabaja en los servicios públicos. Podía percibirse, casi con claridad, la llegada a la madurez de un nuevo trabajador industrial. ¿Qué factores explican este suceso?

En parte puede referirse a los cambios que se realizaron en el manejo de los negocios durante este período.⁶ Estos cambios se refieren a la apa-

⁴ A. M. Edwards, "Crecimiento y significación de la clase de trabajadores de cuello blanco", *American Federationist*, enero de 1938, pp. 32-34.

⁵ *Ibid.*, p. 32.

⁶ Véase Coyle, Grace L., *Recent Trends in the Clerical Occupations*, Woman's Press. Nueva York, 1928.

rición de los expedientes, registros, relaciones de gastos, sistemas de informes y cálculos, aumento de ventas, sistema de pagos de salarios estimulantes, informes al gobierno, análisis comerciales, etc. De una importancia estratégica fue la aparición de la corporación en gran escala, con sus "baterías de mecanógrafos, escuadrones de archivistas, pelotones de tenedores de libros y grandes conjuntos de ayudantes de oficina y mensajeros".⁷ Así, pues, la lógica del desarrollo del grupo de trabajadores de cuello blanco, nos resulta familiar: especialización de las funciones, estandarización del trabajo, economía en el volumen de producción.

Un factor tecnológico subraya la expansión y las condiciones de trabajo de los trabajadores de cuello blanco. La invasión de las máquinas de escribir, registradoras y calculadoras en las oficinas principales, ha producido un nuevo tipo de operador. La revolución del industrialismo ha cambiado también la rutina de las oficinas y los departamentos de venta, de la misma manera que ha transformado los talleres y los almacenes. Las industrias productoras de equipos para oficina, que han crecido enormemente, han respondido a las mismas demandas de maquinaria que se han presentado a las otras ramas de la producción en masa. Los directores de oficinas y los jefes de ventas siguen los mismos métodos de control rígido que se han establecido en las fábricas: salario por unidad, sistemas de salario incentivo en el análisis del trabajo, estudios del tiempo y el movimiento, cuotas, métodos todos que han servido para organizar la jornada de trabajo de los empleados de cuello blanco. De hecho, se trata ahora de una situación de trabajo industrial.

Los cambios sociales también son responsables de la aparición de la clase de cuello blanco en la economía moderna. La elevación de los niveles de educación pública han formado hombres y mujeres con preparación suficiente para las funciones especiales de la oficina o del departamento de ventas; de la misma manera, la corriente de amas de casa que salen del hogar en busca de trabajo en los negocios y en la industria, proporciona la fuerza de trabajo necesaria para las oficinas. Estos dos cambios sociales reflejan el estatus social superior que se reconoce a los trabajos de oficina y ventas: condiciones de trabajo atractivas, menos horas de labor (adquiridas universalmente más pronto y sin esfuerzo por los trabajadores de cuello blanco) y oportunidades para ascender hasta la gerencia.

Así, pues, el trabajador de cuello blanco es un símbolo callado y un agente del proceso de industrialización. El informe de la I. L. A. citado

⁷ Anderson, H. D., y Davidson, P. E., *American Job Trends*, Science Research Associates. Chicago, 1941, p. 45.

anteriormente hace notar que con esta expresión se caracteriza al grupo "no manual" que constituye "como el 20 % de las personas empleadas en ocupaciones lucrativas y cuya proporción tiende a aumentar de acuerdo con el grado de industrialización".⁸

IV.—UN PERFIL PERSONAL

Históricamente, la posición industrial del trabajador de cuello blanco ha sido la de una clase media que se ha desarrollado muy rápidamente, "una clase que se encuentra entre los profesionistas, mejor educados y mejor retribuidos, y los trabajadores manuales, menos educados y peor pagados".⁹ Es evidente, como probaremos más adelante, que su posición no es muy firme. Sin embargo, lo cierto es que su papel de clase media proletaria merece ser considerado con atención. ¿Qué aspecto tiene, social e intelectualmente, el trabajador de cuello blanco?

Es, predominantemente, de raza blanca (98.8 %).¹⁰ Es relativamente joven: tres de cada cuatro trabajadores de cuello blanco son menores de 45 años. La proporción de sexos en este grupo se inclina ligeramente en favor del sexo masculino (53.2 %). Es principalmente urbano (83. %). Está menos expuesto al desempleo que los trabajadores manuales: en los trabajos públicos de emergencia se emplean cinco veces más trabajadores de este tipo que los manuales, según datos del censo de 1940. Una tercera parte de los varones figuraron como solteros en dicho censo y, entre las mujeres, un poco más de la mitad. Desde el punto de vista educativo hay pruebas de que el promedio de años de escuela que han tenido estos trabajadores es superior al promedio nacional: de 8.8 años. A decir verdad, socialmente hay pocos datos que puedan apoyar su título de hombres de la clase media proletaria, con excepción, quizá, de lo que se refiere a los ingresos.

Esta impresión se refuerza a través de un examen de las encuestas de la opinión que se han registrado durante los últimos años.¹¹ En 32 cuestionarios nacionales que deberían contestarse sencillamente con las respuestas "sí-no", o "falso-verdadero", los trabajadores americanos de cuello blanco se acercaron más a las respuestas nacionales que cualquiera otro grupo. Su desviación del promedio nacional fue de 3.7 % de los trabaja-

⁸ *International Labour Review*, *op. cit.*, p. 248.

⁹ Edwards, *op. cit.*, p. 33.

¹⁰ Estas generalizaciones se basan en el censo de 1940.

¹¹ Todas las referencias a estas encuestas se toman de números de la revista *Public Opinion Quarterly*, que las publica completas.

dores manuales, el 6.4 % de los comerciantes y profesionales, el 10.2 % de los campesinos. No es demasiado decir que los trabajadores de cuello blanco parecen constituir el grupo ocupacional más representativo en América, por lo que se refiere a sus tendencias centralistas sobre problemas nacionales. La falta relativa de organización y de organismos para formar la opinión entre ellos, es la razón más evidente de este hecho.

La reacción de los trabajadores de cuello blanco ante la encuesta Gallup —el Instituto Americano de la Opinión Pública es el único que ha realizado un análisis consistente de las respuestas según las ocupaciones— es, desde luego, definitiva en lo que se refiere a las cuestiones que comprenden su seguridad ocupacional o sus intereses. Un ejemplo típico fue la forma en que el 58 % de los trabajadores de cuello blanco (fue la cifra más alta para cualquier grupo ocupacional) indicó en diciembre de 1945 su aprobación a una propuesta según la cual los sueldos y salarios de los empleados al servicio del Gobierno Federal deberían ser aumentados en un 20 %.

Algunas de sus respuestas son pruebas claras de su pensamiento. Así discreparon en su apoyo a las diversas administraciones de Roosevelt, de un 51 % en 1936, a un 45 % en 1946; pero cuando se les preguntó en 1940 por cuál partido político se inclinaban, solamente el 36 % respondió que al Demócrata. Cuando en agosto de 1947 se les preguntó si preferían trabajar para el gobierno o para una empresa particular, el 36 % manifestó su adhesión al gobierno y el 39 % a las instituciones particulares. Una encuesta realizada el mismo mes demostró que más de la mitad (55 %) se inclinaba a favor de mayores impuestos destinados a la investigación científica y militar. Tres cuartas partes de este grupo, en septiembre de 1946, se inclinaron en favor de un presupuesto equilibrado (y en contra de la reducción de impuestos). Al terminar la guerra, cuatro de cada cinco empleados pidieron una planificación gubernamental activa de la postguerra. A pesar de que se declararon en pro de la dirección gubernamental para resolver los problemas americanos, nunca hicieron ningún esfuerzo para influir sobre las decisiones del Congreso; 83 % de los miembros de este grupo declaró en la encuesta de Gallup celebrada en junio de 1946, que nunca habían escrito a ningún diputado o senador. Cerca de dos terceras partes dijeron que desearían tener sus propios negocios, en tanto que la proporción en este aspecto es de 81 % entre los profesionales y comerciantes, de 80 % entre los campesinos y de 61 % entre los trabajadores manuales.

Sus respuestas en la encuesta revelan un conjunto muy interesante

de reacciones hacia los sindicatos. En dos ocasiones diversas manifestaron una fe bastante fuerte en las uniones de trabajo: 69 % en noviembre de 1941 y en mayo de 1942, se declaró a favor de los sindicatos. Pero respecto a otras cuestiones sindicales, no demuestran siempre la misma simpatía. Cuatro de cada cinco, durante la época del programa de defensa nacional (junio de 1941) manifestaron que los sindicatos no ayudaban a dicho programa tanto como debieran. En mayo de 1943, casi dos terceras partes pensaron que los dirigentes de talleres no debían sindicalizarse. Respecto a resoluciones del Congreso que prohíben la huelga en las industrias de la defensa o en los servicios públicos (noviembre de 1941 y abril de 1947), reconocen que el gobierno debe gozar de esa autoridad (72 % y 59 %). Sin embargo, en agosto de 1947 manifestaron, por una mayoría de 65 %, que los trabajadores debían tener derecho de ir a la huelga.

Los datos de las encuestas demuestran que el pensamiento de los trabajadores de cuello blanco cristalizó de acuerdo con las normas del país en general. Hay menos oposición y mayor aceptación del movimiento obrero, tendencia que necesita observación y estudio.

V.—¿UN NUEVO SINDICALISTA?

Los organizadores de sindicatos han persuadido a miles de trabajadores de cuello blanco para que ingresen a las filas de los sindicatos. No puede haber duda de que para el movimiento obrero la fuerza de este grupo es muy considerable. ¿Cuál es, pues, la perspectiva de la sindicalización de los trabajadores de cuello blanco?

En la actualidad, el asunto se ha definido a través de argumentos que pueden colocarse a ambos lados del problema. Por ejemplo, el sindicalismo en las oficinas y las tiendas es alentado por las condiciones de precios e ingresos. Los salarios de los trabajadores de cuello blanco no han ascendido a la par que los de los obreros, ni tampoco han estado de acuerdo con el aumento en el costo de la vida. Durante los años de la guerra, por ejemplo, los salarios semanales de otros grupos aumentaron tres veces más que los de éste, y dicha pauta no se ha modificado. El Sr. H. L. Wylie, en un discurso pronunciado ante la Convención de la Asociación Nacional de Directores de Oficinas, mencionó otros factores que contribuyen a crear las simpatías sindicalistas entre estos empleados.¹² Han descubierto que muchas ventajas que antes solamente ellos disfrutaban, se les han

¹² "The Outlook for Office Unionization", *The Management Review*, abril de 1947, pp. 187 ss.

concedido también a los obreros (por ejemplo, pagos de faltas por enfermedad). Los salarios para los mismos empleos en las oficinas y tiendas no son uniformes. La política seguida por los directores, que no siempre colocan al empleado de mayor habilidad en el puesto que le corresponde, les ha molestado. La falta de métodos de organización y de exploración y reconocimiento de las necesidades personales ha aumentado su descontento. La exagerada importancia que conceden los gerentes a las responsabilidades de los supervisores en la producción, y el consecuente descuido de la habilidad para tratar los problemas emocionales, también entran dentro de este cuadro de intranquilidad de los empleados de cuello blanco. Una influencia menor tuvo la reacción imprevista ante la ley Taft-Hartley que, al poner fuera de la ley algunas de las tácticas más reprobables de los sindicatos, dio al sindicalismo un nuevo aspecto de respetabilidad acorde con la fuerza de trabajo que labora en las oficinas. La mecanización rápidamente creciente de las oficinas y tiendas puede resultar un factor decisivo en la aparición de un movimiento obrero entre los trabajadores de cuello blanco.

Estos acontecimientos pueden ser, a la larga, suficientes para sofocar ciertos obstáculos tradicionales que se oponen al organizador sindical en este campo. Por ejemplo, las campañas sindicalistas han chocado constantemente con la psicología de este tipo de empleados que los identifica con los directores en el comercio y la industria. Esta psicología se ha visto reforzada por la preparación educativa y la situación de trabajo característicamente individualista, tal como ha sido sostenida por el estatus privilegiado que se suponía ligado al trabajo de este grupo. El ascenso a la gerencia de entre las filas de estos trabajadores, aunque no tan frecuente como antes, desde luego, es, sin embargo, lo suficientemente frecuente para sostener viva la mitología de la movilidad vertical. Las ambiciones matrimoniales y de posición que mantienen un enorme movimiento en este terreno crean también, entre las mujeres, por supuesto, cierta inmunidad a la propaganda sindicalista. Como todos los trabajadores, estos empleados temen al jefe, lo cual es un antídoto muy eficaz contra del sindicalismo, por lo menos temporalmente.

Por importantes que estos argumentos puedan ser, el hecho es que el sindicalismo entre los empleados está progresando. Mr. Robert R. Burns, del Centro de Relaciones Industriales de la Universidad de Chicago, en una publicación reciente, llamó la atención hacia los profundos caminos internos formados por el movimiento obrero organizado en ciertos grupos de empleados. El mayor éxito se ha logrado en la industria de los ferrocarriles.

les, en las industrias de comunicaciones (en las que uno de cada tres empleados está sindicalizado) y en las de servicios públicos, El petróleo, el cine, los seguros y los bancos, lo mismo que el servicio gubernamental, se encuentran entre los campos más fértiles.¹³

El mayor sindicato especializado de trabajadores de cuello blanco se encuentra afiliado al C. I. O. y es la United Office and Professional Workers. En segundo lugar viene la Office Employees International Union, afiliada a la A. F. L., que ha informado de grandes éxitos en las oficinas de servicios públicos. Hay dos uniones nacionales independientes, la Federación Nacional de Trabajadores Asalariados y la de Trabajadores de Comunicaciones de América. Algunos de los sindicatos más antiguos de la producción han hecho arreglos para incluir a los empleados de cuello blanco, por ejemplo, La Asociación Internacional de Maquinistas, La Unión de Trabajadores de Hoteles y Restaurantes, la de Trabajadores de Automóviles, la de Trabajadores de la Industria del Acero y la Unión Industrial de Trabajadores de la Marina y Astilleros. El estudio más extenso de los arreglos colectivos con los trabajadores de cuello blanco, concluye que "Los sindicatos luchan aún por tener una cabeza de playa en las oficinas, concentrándose en los términos básicos de los contratos como seguridad sindical, salarios, escalafón y protección contra despidos."¹⁴

Cualesquiera que hayan sido la actitud y la política de los directivos hacia los trabajadores de cuello blanco y cualesquiera sean en el futuro, debe quedar claramente establecido que los directores de oficinas y tiendas no pueden triunfar allí donde han fracasado los directores de las fábricas: el sindicalismo florece por encima de la política personalista anticuada y desconsiderada.¹⁵

La actitud de la gerencia contraria al sindicalismo cuesta, tanto al movimiento obrero como a la dirección, líderes y miembros efectivos, al desalentarlos para que se identifiquen con cualquiera de los dos grupos. La perspectiva histórica sugiere, cada vez con mayor claridad, que la proximidad y aun la participación en las funciones directivas no es causa de que los trabajadores adquieran necesariamente el punto de vista de la gerencia.

¹³ "A Union Target. The White-Collar Worker", *Business Week*, febrero 7 de 1948, pp. 88 ss.

¹⁴ Ahern, Eileen, *Status of Collective Bargaining in the Office*, American Management Association. Nueva York, 1948.

¹⁵ Véase Mack, David, "Office Unionization", *The Management Review*, abril de 1948, pp. 181 ss.

Capítulo III

¿QUÉ HAY EN LA MENTE DEL TRABAJADOR? *

Los hombres industriales trabajan en numerosas y diferentes tareas, pero su símbolo más evidente es, quizás, el trabajador industrial.¹ Los pueblos industriales se han dado cuenta, dondequiera, de su dependencia con respecto a él y, aún más, de su gran afinidad con él. Pues en su preocupación por el trabajo radica la seguridad de la sociedad industrial. La norma de las motivaciones industriales está inextricablemente ligada con la norma de su vida. Al tratar de averiguar la influencia del industrialismo sobre la vida humana, debemos detenernos prudentemente en él. Hay otras mentes que conocen los contornos del conflicto humano dentro del industrialismo mejor que la suya, pero probablemente ninguna para la cual dichos conflictos tengan mayor significación.

I.—LA ENCUESTA SOBRE LAS ACTITUDES DEL TRABAJADOR

En los primeros dos años que siguieron a la primera Guerra Mundial, Mr. Whiting Williams realizó una gira entre los obreros americanos. Antiguamente había sido director de personal de la Hydraulic Pressed Steel Company, y quiso conocer como obrero los problemas de los trabajadores industriales. Estuvo en diferentes puestos, en diversas partes del país y en varias industrias. En un libro vigoroso y muy bien documentado, informó sobre su gira de dos años; este libro fue publicado en 1921 bajo el título *What's On the Worker's Mind?*²

Ésta es una pregunta muy importante y una gran parte del futuro económico y político del occidente industrial depende de la respuesta que se le dé. Desde luego que la primera dificultad para solucionarla es que, en realidad, no existe ninguna forma efectiva de conocer si se tiene o no

* Este capítulo apareció con el mismo título en *The Technology Review*, 50 (abril de 1948), pp. 322 ss. (Usado con permiso del editor.)

¹ Este tema ya ha sido desarrollado por el autor en *The Culture of Industrial Man*. Imprenta de la Universidad de Nebraska, Lincoln, 1950.

² Scribner's Sons, Charles. Nueva York, 1921.

la respuesta adecuada. Si existe algo que pudiera llamarse "la mente" de los trabajadores *en masa*, puede uno estar seguro de que cambiará en algunos aspectos, por lo menos hasta cierto punto. El método empleado por Williams inspira tanta confianza en las respuestas que se reciben, comò el que puede inspirar una entrevista periodística o una rápida reseña escrita unas cuantas semanas después de visitar Rusia con el propósito de "decir todo lo que sucede detrás de la cortina de hierro". Es cierto que desde la época de Williams su método ha mejorado. Citaremos unos cuantos ejemplos: existen los estudios de los psicólogos industriales, las elaboradas investigaciones de los especialistas de la Western Electric Hawthorne, los trabajos del Instituto Yale de Relaciones Humanas y los recientes informes de los sociólogos industriales.

Los sociólogos aún no están dispuestos a dar su apoyo incondicional a un nuevo método para descubrir "qué hay en la mente de los trabajadores", basados en la encuesta para sondear la opinión pública. Pero lo respetan y ponen en él grandes esperanzas. Los que critican estas encuestas se muestran justificadamente recelosos acerca de ciertos problemas de procedimiento e interpretación de las encuestas, principalmente por los prejuicios que pueden envolver.³ Esta actitud prudencial debe servir como medida de precaución para todo aquel que se interese en los datos reunidos por los organismos de encuestas. Al mismo tiempo, los críticos no quieren abolir las encuestas, y todos esperan que se extiendan. Un notable experto presentó recientemente una petición para que se hagan investigaciones mundiales por medio de pruebas de opinión. Como medios adecuados para salvaguardarse en contra de los prejuicios, las encuestas sobre la opinión pueden ser consideradas como absolutamente necesarias en una

³ La bibliografía sobre estas encuestas es bastante abundante. La mayor parte se concentra sobre dos cuestiones: si los datos de la encuesta son representativos y si las interpretaciones de la misma son correctas. Se alega que los procedimientos de las encuestas tienden a la parcialidad, consciente o inconsciente, en la selección y valoración de las cuestiones, en los métodos de entrevistar empleados y en la generalización de los datos. Dos de las mejores síntesis de los estudios sobre la opinión son la de A. M. Lee, titulado "Sociological Theory in Public Opinion and Attitude Studies", aparecido en la *American Sociological Review*, 12 (junio de 1947), pp. 312 ss., y el de A. Kornhauser, titulado "Are Public Opinion Polls Fair to Organized Labor?", en *Public Opinion Quarterly*, invierno de 1946-47, pp. 484 ss. Este último artículo, que hace una revisión de 155 cuestiones sobre los sindicatos, concluye que tres cuartas partes de todas las cuestiones presentadas por el Instituto Americano de la Opinión Pública (Gallup) constituyen como una tercera parte de las presentadas por otros organismos, "en dirección negativa". Sin embargo, en vista de que Kornhauser ilustra y no demuestra el proceso por medio del cual llegó a esta generalización, su conclusión no es totalmente sostenible.

sociedad democrática industrial. Su popularidad —la revista *Public Opinion Quarterly* sintetiza regularmente los descubrimientos de trece encuestas nacionales diferentes, nueve de ellas extranjeras— puede explicarse, en parte, por su utilidad para los grupos especialmente interesados en ellas, y en parte, por su utilidad evidente como guías de la opinión pública.

Las encuestas nacionales sobre opinión de los trabajadores acerca de los problemas del trabajo durante los años de la guerra y de la postguerra, acumularon una gran cantidad de información acerca del estado mental del trabajador en América. Es cierto que estos informes se enfocaron sobre cuestiones específicas y el curso de los acontecimientos nacionales e internacionales condicionó las opiniones expresadas en esa época. Además, los sentimientos de las masas en cualquier sector de nuestra sociedad, acerca de cualquier problema, tienden a inspirarse en los sentimientos de sus dirigentes. En cualquier caso, tienden a ser movilizados por los dirigentes, de tiempo en tiempo. Por lo tanto, una opinión expresada no tiene una relación directa con un estado mental persistente y tiende a cambiar. Las encuestas sobre la opinión pública probablemente no nos dirán con exactitud, sino sólo de manera superficial, qué hay en la mente de los trabajadores, pero sirven de ayuda. Podemos esperar que nos familiaricen, por medio del proceso de selección de muestras, con ese terreno tan desigual y tan deficientemente explorado que se llama el campo obrero.

II.—LO QUE PIENSA EL OBRERO DE SU TRABAJO

Whiting Williams quedó profundamente impresionado en sus conversaciones con los obreros americanos hace cerca de una generación, por el hecho de la “importancia fundamental del trabajo cotidiano”, que llamó “el eje” del mundo del obrero. Williams se movió entre los trabajadores durante un período de desempleo; por lo tanto, es fácil comprender su obsesión por el empleo. Sin embargo, la circunferencia del mundo del obrero en una época de comunicaciones en masa y de sindicalismo en masa, se extendió notablemente durante los años de la guerra. ¿Nos muestran las encuestas actualmente un panorama distinto del pensamiento obrero, por lo que se refiere al trabajo?

Ellas informan acerca de una cierta satisfacción básica respecto a él. La encuesta Roper (para la revista *Fortune*) descubrió, en la primavera de 1947, que tres cuartas partes de los obreros americanos estaban de acuerdo en que sus trabajos eran interesantes “casi todo” el tiempo o, por lo menos,

la mayor parte del mismo. Una quinta parte consideraba su trabajo como "interesante" y otra, como "completamente aburrido". El obrero americano también se mostraba inclinado, según Roper, a pensar que su "trabajo era verdaderamente esencial para el éxito de la compañía"; este sentimiento quedó expresado en cuatro o cinco entrevistas. De hecho, este sentimiento resultaba más fuerte en las grandes fábricas que en las compañías pequeñas. Aparentemente, el empleo sigue siendo "fundamental", tal como lo observó Williams y como hemos tratado de sostener en estas páginas.

Sin embargo, el trabajador de la actualidad es apto para calificar estas generalizaciones acerca de su trabajo. Cuando Roper les preguntó si consideraban que su trabajo era "demasiado sencillo para hacer lucir sus habilidades", en un caso de cada cuatro la respuesta fue afirmativa. En cuanto a la pregunta más reveladora: "¿Le da su trabajo oportunidades para exponer sus ideas propias?", casi la mitad (el 49 %) dijo que no, el por ciento de los que contestaron negativamente fue considerablemente superior entre los trabajadores que habían declarado que su trabajo era aburrido la mayor parte del tiempo. Sin embargo, probablemente el trabajador no declararía ahora, como lo hizo a Williams, que se siente agotado al final de la jornada. Dos terceras partes de los obreros dijeron a Roper que no estaban agotados, aun cuando más de la mitad (57 %) de los que declararon que su trabajo era monótono, también se quejaron de fatiga. Los adelantos en la tecnología mecánica y administrativa en el último cuarto de siglo, seguramente han sido la causa de este cambio aparente.

Siempre se nota en las encuestas cierta falsificación con respecto al empleo. Por ejemplo, contrariamente a la mitología americana al respecto, la calidad y energía de la actuación en el trabajo no da por resultado ascensos o mejoramientos, según declaró la mitad de los obreros interrogados por Roper en el invierno de 1946 a 1947. Cuatro años antes había descubierto que casi dos terceras partes (61.6 %) de los obreros de las fábricas consideraban que sus oportunidades de mejoramiento eran muy escasas, o cuando mucho "justas", y los hombres menores de 34 años se mostraban casi tan escépticos (65.5 %) como los de 50 años o más (76.6 %). Además, la perspectiva de ascender hasta los puestos directivos, por ejemplo convertirse en capataz, pareció no despertar ningún interés en el 58 % de los trabajadores que dijeron que "no les gustaría ser capataces". Casi la mitad de los que declararon que deseaban alcanzar el puesto de capataz (una tercera parte), añadieron que "no tenían esperanzas de lograrlo". Es interesante notar que un poco más de la quinta parte (21 %)

de los que eran menores de 40 años de edad, en comparación del 17 % de los que eran mayores de esta edad, consideraron que nunca pasarían de la posición de capataces. Menos de la mitad de los obreros que tenían una instrucción superior consideraron que podían avanzar más allá de dicho rango.

Williams volvió de sus observaciones sobre el terreno, preocupado por la baja situación moral que prevalecía entre los obreros americanos. Las encuestas, particularmente la de Roper, también descubrieron un problema moral, aun cuando lo marcaron analíticamente de una manera un poco distinta a la usada por Williams. La moral de un hombre es buena, según parece, si tiene interés en su trabajo, si no trabaja demasiado, si se siente asegurado para su vejez, si tiene confianza en su capacidad para prosperar y cree que el mérito es reconocido y recompensado. Roper encontró en la primavera de 1947 que tres de cada cinco obreros americanos tenían buenas marcas en tres o más de estos puntos para juzgar de una buena moral; los otros dos fueron clasificados como de moral "más baja que la común" y en otro aspecto, al hablar de ellos, dijo que estaban "miserablemente adaptados". Se preguntó a los obreros. "Si pudiera usted volver a los 15 años de edad y comenzar la vida de nuevo, ¿elegiría usted un oficio o profesión distinto?". Un poco más de la mitad (57 %) contestó afirmativamente.

Los datos de las encuestas parecen demostrar que la satisfacción con el trabajo no radica solamente en poseer todos los factores que favorecen una alta moral. Pues solamente la mitad de los obreros que tenían las cinco condiciones para una moral elevada dijeron que permanecerían en el mismo trabajo si pudieran comenzar de nuevo. El mejor ejemplo de alta moral es el obrero que se encuentra satisfecho con la empresa para la cual trabaja y que también se encuentra satisfecho con su trabajo. Sin embargo, es muy ilustrativa la circunstancia de que casi las tres cuartas partes (71 %) de los obreros americanos se encuentran satisfechos con la compañía en que trabajan y solamente uno de cada diez (15 %) posee las cinco condiciones favorables a la alta moral mencionadas por Roper. Parece que el empleo sigue siendo "fundamental" en el sentido en que lo consideró Williams al terminar la primera Guerra Mundial.

III.—LO QUE PIENSA EL OBRERO DE LA GERENCIA

Whiting Williams, en su viaje a través de la industria americana, notó en los trabajadores una ignorancia general acerca de "los planes y

propósitos, los objetivos e ideales —en resumen, del carácter— de la empresa o compañía en que trabajaban”. Encontró grandes discrepancias entre la gerencia y los trabajadores, hostilidad, suspicacia y temor.

Los datos de las encuestas parecen indicar un ligero e insignificante mejoramiento en las relaciones entre la empresa y el trabajador a partir de ese tiempo. Cuando se preguntó a los obreros en la primavera de 1947 si “la compañía en que trabajaban era uno de los mejores sitios que se podían encontrar para trabajar”, siete de cada diez trabajadores contestaron afirmativamente. Esta actitud puede expresar sencillamente resignación, pero probablemente haya otras interpretaciones.

Las encuestas muestran una gran correlación entre la satisfacción con el tipo de trabajo y la lealtad a la compañía. Sin embargo, los obreros americanos tienen ideas hostiles hacia sus jefes. Son muy pocos —menos del 6 %— los que consideran que todos los empresarios son justos con sus trabajadores en lo que se refiere a horarios, condiciones de trabajo, salarios y ventajas colectivas. Sólo “algunos”, o “cerca de la mitad” de los empresarios, obtienen un voto de confianza por su justicia en estos asuntos; y, aun así, menos de la mitad de los trabajadores dan este voto.

Un motivo de queja sostenido comúnmente por todos los sindicatos y mencionado en las encuestas, se refiere a la actitud de las empresas hacia aquéllos. Cuando se les preguntó, en el otoño de 1946, si consideraban que la gerencia tenía entre sus filas algunos individuos que trataban de quitar todo poder a los sindicatos obreros, la mitad de los obreros americanos respondieron que había “algunas de estas personas” y una cuarta parte dijo que “casi todos” los gerentes tenían esta mira. Solamente uno de cada diez (13 %) respondió que prácticamente no había gerente que tratara de hacer eso.

Los obreros americanos quieren tener voz en las discusiones de la gerencia a fin de estar “representados”. Tres de cada cuatro obreros de fábrica, a los que se aplicó la encuesta en febrero de 1943, recibieron esta proposición como una “buena idea”. En cuanto a lo que debieran decir los representantes de los obreros en esta situación, el único punto en que se mostraron relativamente poco interesados, fue en el “pago de dividendos”. En todas las otras cuestiones —condiciones de trabajo, salarios, planes de producción, ascensos, salarios de los jefes— los interrogados (50 a 67 %) opinaron cordialmente que sus representantes debían tener oportunidad para “decir algo”.

La mayoría de los obreros (56 %) aceptan la idea de que los capaces deben afiliarse a los sindicatos, según la investigación de Gallup he-

cha en mayo de 1945. Esta misma cuestión fue presentada dos años antes, en el verano de 1943, y reveló que los trabajadores calificados respondían mejor a esta sugestión (58 %) que los trabajadores semicalificados o los no calificados (50 %).

El sindicalismo cambia la actitud de las personas hacia la gerencia. Aquéllas que pertenecen a algún sindicato, desde luego están más convencidas de la importancia del sindicalismo en la protección de los intereses de los trabajadores que las que no están sindicalizadas. Sin embargo, los trabajadores no sindicalizados no se encuentran unánimemente opuestos al movimiento sindicalista. De acuerdo con el informe de Roper, de junio de 1940, la mitad de los trabajadores no sindicalizados estuvieron de acuerdo (en contra del 59.6 % de los sindicalistas), con dos afirmaciones de la encuesta, que establecían la necesidad de los sindicatos en cualquier circunstancia. Y en un examen de la opinión pública hecha en el invierno de 1942, Roper encontró que solamente la mitad de los trabajadores no sindicalistas preferirían trabajar en un sitio donde no hubiera sindicato, en tanto que dos de cada cinco (41.5 %) expresaron su preferencia por alguna forma de sindicalismo, nacional o local.

Las especulaciones de Williams sintetizan, según parece, sus observaciones hechas una generación atrás, y no han perdido su importancia. "Es imposible —escribió— dejar de maravillarse de que los sindicatos hayan crecido hasta adquirir su tamaño actual, a pesar de la oposición de todos los gerentes que los consideran un serio problema, sin tener en cuenta cuán profundamente este problema del trabajo diario llega a la vida y al alma del trabajador."

IV.—LO QUE PIENSA EL OBRERO DE LOS SINDICATOS

El movimiento obrero ha llegado a asumir una importancia fundamental a los ojos del trabajador en lo que atañe al trabajo mismo. Este sentido de la significación del sindicato surge, desde luego, del hecho de que es un medio para asegurarse el trabajo.

En las encuestas se observa que los obreros están dispuestos a apoyar a los sindicatos, aun cuando con ciertas restricciones. En el invierno de 1942, Roper presentó una serie de declaraciones, dos positivas y dos negativas. Tres cuartas partes de los miembros de los sindicatos marcaron aquellas de las que podían derivarse mayor poder y estabilidad para los sindicatos, a pesar de sus errores; en tanto que los trabajadores antisindicalistas se dividieron en partes casi iguales (42.7 % y 48.4 %), entre las

proposiciones positivas y negativas. Gallup formuló en 1942 la siguiente pregunta categórica: "¿Están ustedes a favor de los sindicatos obreros?" Dos de cada tres personas en los Estados Unidos dijeron que sí, y entre los obreros el por ciento de respuestas afirmativas entre los no calificados fue de 71.

A pesar de su voluntad para sostener los sindicatos, los obreros americanos limitan su apoyo de diversas maneras. Roper encontró, en la primavera de 1940, que unos cuantos obreros (7 %) consideraban que los sindicatos estaban encabezados por pillos que maniobraban en su propio provecho. Pero una tercera parte (34 %) declaró que solamente algunos sindicatos estaban en ese caso; el 13 % de los declarantes creía que cerca de la mitad de los líderes eran unos pícaros, y el 20 % afirmó que la mayoría lo eran. Los resúmenes estadísticos de los datos de la encuesta siguieron la misma norma de respuestas diferenciales a las cuestiones acerca de la eficiencia y honestidad de los líderes, acerca de la manera en que los sindicatos cumplían sus promesas y sobre el empleo de las amenazas de violencia para obtener más miembros. La opinión obrera está dividida, así como la opinión sindicalista, sobre los mismos temas. Una división semejante se nota en las tablas estadísticas que presentan respuestas a las preguntas relativas a las tácticas sindicalistas. Sobre la base de las encuestas realizadas en junio de 1940, en junio de 1941, en agosto de 1945 y en noviembre de 1946, los informes de las agencias de Roper y Gallup muestran una falta de uniformidad, más bien dicho, una gran variedad de opiniones, sobre asuntos tales como las guardias en las huelgas, cuotas sindicales, negación de trabajo en tiempo de huelga, ruptura de huelgas, cierre de los negocios y prácticas de restricción de trabajo.

Sin embargo, por lo que se refiere a las ventajas económicas, por ejemplo, las horas de trabajo, salarios, condiciones de trabajo, el obrero sindicalizado aparece en los datos de esta encuesta como un hombre económico típico, que sostiene a los líderes y organizaciones que buscan su beneficio económico. La cuestión presentada por Gallup en el invierno de 1946, sobre si la petición de los líderes obreros por un aumento de 20 % en los salarios estaba de acuerdo con el aumento en el costo de la vida, recibió una respuesta característica. Entre los obreros sindicalizados, el 62 % respondió que esta demanda de aumento de salario estaba justificada. A pesar de las reservas que hicieron en relación con la dirección de los sindicatos y sus tácticas, las ganancias inmediatas de los trabajos proporcionados y protegidos por los sindicatos, hace que los obreros prefieran trabajar donde hay sindicato.

V.—LO QUE PIENSA EL OBRERO DEL GOBIERNO

La tradición entre los obreros americanos hace que éstos se opongan a cualquier interferencia del gobierno en la industria; por lo menos, así sucedió hasta que aparecieron los factores asociados con el New Deal y surgió el Congreso de Organización Industrial. Esa tradición no ha muerto, pues se manifiesta en ciertas actitudes expresadas en las encuestas públicas; pero, en general, la fuerza obrera americana ha cambiado de actitud por lo que se refiere al Estado.

Como todos los ciudadanos americanos, los obreros quieren una ley que haga esto o una ley que impida aquello. Así fue como Gallup anunció, en junio de 1944, que el sentimiento obrero estaba en favor (64 %) de la ley para impedir las huelgas en las industrias de guerra. A fines de la primavera de 1941, Roper encontró que los obreros estaban dispuestos a apoyar (68 %) un organismo gubernamental que tuviese poder para resolver las diferencias entre empleados y empresarios. En el otoño de 1946, según Roper, una tercera parte de los sindicalistas americanos se declararon en favor de una política de no intervención (parte de intervenir para impedir la violencia) en una disputa de trabajo específico, el 28 % aprobó que el gobierno actuara como conciliador y una tercera parte admitió el arbitraje o intervención. Estas muestras son indicios excelentes de la forma en que los obreros están dispuestos a apoyar las leyes, aun aquellas que se refieren al control de las negociaciones obrero-patronales. También ponen de manifiesto la reserva de la población obrera americana hacia el gobierno.

Como la mayoría de los americanos, los obreros se organizan para hacer presión sobre el gobierno a fin de obtener determinados fines y tienen sentimientos bien definidos acerca de quién ejerce esa presión. Roper investigó en el otoño de 1946 cuál era el grupo que hacía mayor presión en el Congreso para obtener lo que deseaba. Los obreros sindicalizados pensaban que eran los comerciantes, y éstos, desde luego, que eran los obreros. Es característico que cada parte piense que el Congreso concede más atención a la otra parte. La lucha por la ayuda del gobierno es parte de la ideología de los obreros, lo mismo que la del público en general; pero los diversos grupos del público americano se muestran celosos unos de otros por la ayuda que consigue cada uno.

Dos de cada tres obreros de fábrica (68.2 %) dijeron a los representantes de Roper en el invierno de 1943, que consideraban que "nuestra forma de gobierno trabaja bien y solamente se necesitan muy pocos cambios". Una cierta parte declaró que "necesita ser totalmente revisada para

responder a las condiciones actuales". Los sindicalistas americanos han sostenido siempre una política de "no intervención", muy distinta de la política de "recompensar a los amigos y castigar a los enemigos" en la época de elecciones. Este punto de vista aún tiene mucha fuerza. Los investigadores de Roper encontraron que un 37.7 % de los sindicalizados opinaban que los sindicatos debían "quedar fuera de la política". Por otra parte, el 29.9 % dijo que debe apoyar a los principales partidos políticos. Solamente uno de cada cinco opinó que debía formarse un partido obrero, aunque los miembros de la American Federation of Labor y del C. I. O. difieren sobre este punto.

Sin embargo, esta actitud de retiro, que a veces es llamada "Gomperismo", solamente se aplica a la política y no a las actividades del gobierno. Por ejemplo, el *American Leadership Panel* hizo una encuesta para saber cuáles serían las respuestas de los obreros a la siguiente cuestión: "¿A quién se considera principal responsable en el aseguramiento de las oportunidades de trabajo a los veteranos que regresan del frente?" Un 64 % de los obreros interrogados dijeron que era el gobierno quien debía ocuparse de esto. Como muchos otros ciudadanos americanos, los obreros de este país se han declarado a favor de positivo programa estatal. Así es como la mitad, según una encuesta hecha por Gallup en el otoño de 1945, consideró que debía establecerse una ley que obligara a los empresarios a contratar a una persona capaz, independientemente de su raza o color; ningún otro grupo interrogado tuvo un tanto por ciento tan alto (52 %). El National Opinion Research descubrió, en el invierno de 1945, que el 65 % de los trabajadores, protectores, personales, manuales y calificados, "verían con gusto" que el gobierno "decidiera cuál es la ganancia lícita" para un gran negocio. Un por ciento más reducido, pero de todos modos una mayoría (53 %), opinó lo mismo acerca de los negocios pequeños. Como en tantas otras proposiciones que tocan directamente las ganancias económicas y los intereses, los asalariados de ese país informaron a Gallup, en el verano de 1945, que estaban a favor de que "el salario mínimo fuera de 65 centavos por hora, para todos los trabajadores del comercio y la industria".

Whiting Williams notó, hace unos 30 años, entre los obreros americanos, "la convicción de que para ellos no había oportunidad de salir del sector industrial". El hecho de haberse vuelto hacia el Estado en los últimos años, indudablemente que va ligado a dicho sentimiento.

VI.—LO QUE PIENSA EL OBRERO ACERCA DEL FUTURO ECONÓMICO

Sería necio pretender que las encuestas nos digan, completa y exactamente, así como este resumen sobre ellas, lo que existe en la mente de los obreros. Cualquier pretensión de poseer dicha información, evidentemente es muy dudosa. La *vox populi*, en la edad de la comunicación mecánica y en masa, se ha convertido en una frase sin sentido.

Williams terminó su investigación sobre la opinión pública con el sentimiento abrumador de que el problema de la seguridad pesaba amenazadoramente en la América de la postguerra sobre los trabajadores industriales más que sobre otros grupos. Las encuestas demuestran que esta situación sigue siendo la misma.

Gallup preguntó, en agosto de 1946: "¿Piensa usted que habrá una seria depresión comercial en los Estados Unidos durante los próximos diez años?" Entre el público en general las respuestas afirmativas constituyeron el 60 % y entre los trabajadores manuales el 56 %.

En el invierno de 1942, Roper presentó a los obreros tres clases distintas de trabajos y añadió: "Si pudieran elegir, ¿cuál escogerían? Un trabajo en que no se ganaba mucho, pero que era seguro, atrajo al 55 % de los obreros de fábrica y al 67.2 % de los obreros que prestaban servicios personales. Solamente el 15.2 % de los primeros y el 8.3 % de los segundos prefirieron un trabajo extraordinariamente bien pagado "si se da la medida", pero en el cual "se pierde casi todo" de no ser así. Hubo muy poca diferencia en la elección de los obreros de fábrica en general y de los sindicalizados. Los trabajos mal pagados pero seguros, resultaron particularmente atractivos para los negros del Sur (83.3 %); los obreros de poco salario prefirieron trabajar con una compañía chica que con una mediana (68.3 %), y los obreros poco instruidos en cualquiera que ella fuese.

Un pesimismo definitivo se nota en las filas de los obreros americanos acerca de la seguridad de su trabajo. Los obreros de las fábricas ofrecieron a Roper, en la primavera de 1947, un conjunto de mociones mixtas para retirarse a los 65 años, en condiciones ventajosas. Cuatro de cada diez (42 %) consideraron que sería probable, y otro tanto (41 %), pensó que no lo era. El pesimismo es mayor entre los negros (48 %) que entre los blancos (41 %). Los mayores de 40 años, como era de esperarse, tienen menos esperanzas y confianza que los menores de esta edad. Los sindicalistas del C. I. O. tenían menos confianza (35 %) que los de la A. F. of L. (45 %).

La encuesta de Roper, en el invierno de 1942, reveló una marcada tendencia entre los obreros de las fábricas (54.2 %) y entre las obreras

(46.2 %), a permanecer "por unos cinco años más" en la industria en que se encontraban empleados. Solamente uno de cada diez tenía esperanzas de establecerse por su cuenta, y 2.4 % pensaban en cambiarse a "cualquier clase de trabajo de cuello blanco". Cinco años después, Roper preguntó: "¿Considera usted que los años próximos le reservan algún ascenso o cambio favorable?" Los obreros de las fábricas y los elementos sindicalizados quedaron divididos en partes bastante iguales por lo que respecta a esta cuestión. El primer grupo dijo, en el 47.7 % de las entrevistas, que tenían oportunidades de mejoramiento, en un 40.7 % que "veían pocas probabilidades de mejoría" sobre su situación actual. Los porcentajes para los sindicalizados fueron de 48.7 y 41.2, respectivamente.

De acuerdo con las encuestas, los obreros americanos aún no están preparados para aceptar la doctrina de la madurez económica de la economía americana. En noviembre de 1939, Roper les preguntó si consideraban que: 1) la gran era de las oportunidades y de la expansión económica de los Estados Unidos había pasado, ó 2) si la industria americana podría crear en el futuro una expansión y oportunidad comparables". Los obreros tienen menos esperanzas (69.6 %) que el público en general (71.7 %), pero ambos muestran mucha fe.

Quizá detrás de este optimismo se encuentre el reconocimiento de que "el hilo de la propia estimación, la posición y el estatus, como dice Whiting Williams, une al mundo de la sociedad moderna" y que este hilo se dirige a la realización del mejoramiento económico y social. "Lo principal —dice Williams, es el sentido del movimiento y el progreso."

Capítulo IV

UN ESTUDIO DE LAS HUELGAS *

Al considerar las molestias que las huelgas les ocasionan, los consumidores americanos difícilmente pueden creer que se derive de ellas algún beneficio para nadie. Cuando la prensa les informa, como lo hace ocasionalmente, de las impresionantes pérdidas en trabajo, salarios y ganancias, ocasionadas por las huelgas, los consumidores se sienten más inclinados aún a pensar que "nadie gana una huelga".

¿En qué sentido puede decirse que una guerra se gana o se pierde? Más generalmente, ¿cuáles son los "significados" sociales y económicos de la huelga? ¿Cuál su empleo y control?

I.—EL BALANCE DE LAS HUELGAS

Hacia principios del siglo, un inglés llamado Goring, que escribía en una publicación titulada *Engineering Magazine*, expresó la indignación y asombro que experimenta una persona tecnológicamente preparada acerca de las huelgas. "¿Trataría un comité de directores razonable, se pregunta, de poner en servicio un ferrocarril, o de iniciar los trabajos de una planta productora de energía eléctrica, o de manejar una fábrica, o de enviar un navío al mar, con un equipo mecánico que se descompusiera periódicamente, quedando en una ociosidad inevitable hasta que se pudieran hacer las reparaciones necesarias? Pues esto constituye casi una analogía absoluta con la situación de las condiciones de trabajo en la mayor parte de las empresas mencionadas."¹ Si viviera actualmente, lo más probable es que Goring se tomara una pastilla de veneno. Pues las estadísticas sobre huelgas son mucho más grandes y críticas de lo que eran en su época, como lo demuestra la siguiente tabla:

* Este capítulo apareció con el mismo título en *The Technology Review*, 52 (marzo de 1950), pp. 275 ss. (Usado con permiso del editor.)

¹ Citado por A. C. Pigou, *Principles and Methods of Industrial Peace*, Macmillan, Nueva York, 1905, p. 20.

CONFLICTOS DE TRABAJO EN LOS ESTADOS UNIDOS, 1881-1943²

P e r i o d o	Movimiento relativo a los conflictos (Promedio 1881-1885 = 100)	
	Conflictos	Obreros
1881-1885	100	100
1886-1890	266	209
1891-1895	279	221
1896-1900	263	218
1901-1905	549	331
1916-1920*	706	1,098
1921-1925	288	516
1926-1930	148	164
1931-1935	273	501
1936-1940	561	576
1941	812	1,335
1942	562	476
1943	711	1,122

² Adaptados de H. A. Millis y R. E. Montgomery; *Organized Labor*, McGraw-Hill, Nueva York, 1945, Vol. III, p. 692.

* Los datos correspondientes a 1906-1915 no se encontraron.

En un estudio reciente, la Oficina de Estadística de Trabajo presentó un cuadro anual de las huelgas realizadas en los Estados Unidos en la última generación.³ Estos datos demuestran que las huelgas, en el período comprendido entre 1916 y 1948, no fueron menos de 600 por año y en algunas ocasiones alcanzaron un total de 4,000 (1917, 1937, 1941, 1944, 1945 y 1946). Si clasificamos los años de acuerdo con el número total de huelgas, tenemos el siguiente panorama:

FRECUENCIA DE LAS HUELGAS, POR AÑOS, 1916-1948

Número de huelgas	Número de años
Menos de 1,000	6
1,000 a 1,999	7
2,000 a 2,999	7
3,000 a 3,999	7
4,000 ó más	6

³ Bureau of Labor Statistics, *Work Stoppages Causes by Labor-Management Disputes*, Bulletin, 693, Oficina de Imprenta del Gobierno, 1949. Washington, D.C.

Por muy amplias que sean estas estadísticas, no muestran todavía la verdad acerca de la frecuencia de las huelgas entre los obreros americanos. Por ejemplo, ¿cuántos del número total de obreros con empleo, participaron en huelgas durante dicho período? La cantidad varía desde 0.8 % en 1930, hasta más de 10 % en 1919, 1945 y 1946. Presentada la cosa en forma sumaria, los huelguistas constituyen un 7.1 % del total de la fuerza de trabajo con empleo. La distribución de los porcentos nos da la siguiente tabla:

DISTRIBUCIÓN DE LAS HUELGAS SEGÚN EL PORCIENTO DEL TOTAL DE OBREROS CON TRABAJO, POR AÑO, 1916-1948

<i>Por ciento del número total de obreros empleados</i>	<i>Número de años</i>
Menos de 1.0	1
1.0- 4.9	14
5.0- 9.9	15
10.0-14.9	2
15.0-y más	1

Es, pues, evidente que las huelgas en los comercios e industrias americanas raras veces han abarcado una gran parte de la fuerza de trabajo, debido, en parte, a que aun en la actualidad solamente una cuarta parte de los obreros americanos pertenecen a los sindicatos.

A partir de 1927, la Oficina de Estadística del Trabajo ha tratado de tabular numerosos aspectos de las huelgas. Al arreglar estos datos por períodos, encontramos la siguiente distribución:

PÉRDIDA DE DÍAS DE TRABAJO, DEBIDO A LAS HUELGAS, 1927-1948

<i>Período</i>	<i>Por trabajador</i>	<i>Por ciento de tiempo de trabajo calculado</i>
1927-1930	39.0	.32
1931-1935	18.8	.25
1936-1940	14.6	.23
1941-1945	7.3	.21
1946-1948	18.8	.73

De acuerdo con el calendario, el promedio de duración de una huelga es más o menos de tres semanas. Distribuidas por períodos, los datos dan la siguiente tabla:

DURACIÓN DE LAS HUELGAS, 1927-1948

<i>Período</i>	<i>Promedio de duración (Días del calendario)</i>
1927-1930	24.7
1931-1935	19.6
1936-1940	22.3
1941-1945	10.1
1946-1948	23.8

Es evidente la disminución durante los años de guerra.

Si hace uno un cálculo financiero de los efectos de las huelgas, se llega a cifras muy interesantes, pero al fin se encuentra uno en un callejón sin salida. Recientemente, la publicación conservadora *United States News* publicó los cálculos de pérdidas de salarios a partir de la guerra, en relación con seis "de las industrias más afectadas".⁴

SUS CIFRAS SON:

Minas de carbón	389.000,000
Hierro y acero	272.000,000
Automóviles	235.000,000
Transportes y servicios	197.000,000
Maquinaria (con excepción de la eléctrica)	197.000,000
Equipo eléctrico	120.000,000

Las pérdidas financieras directas pueden ser calculadas. Sin embargo, el avalúo de las pérdidas indirectas para las industrias afectadas, lo mismo que para el comercio en general y para los consumidores, son muy difíciles, por no decir imposibles de calcular.

Un economista confesó, hace muchos años:

"Ni siquiera una declaración exacta del tiempo perdido y de los intereses y ganancias afectados a causa del paro en el trabajo, si fuera

⁴ *United States News*, junio 4, 1948, p. 40.

posible formular dicha declaración, nos daría una idea completa del costo real para el obrero, la empresa y la comunidad en general.”⁵

En justicia, las pérdidas a causa de las huelgas deberían compararse con las pérdidas por otras causas de interrupción del trabajo. Los profesores Millis y Montgomery, bien conocidos especialistas en problemas de trabajo, observaron: “El tiempo perdido directamente como resultado de las disputas industriales no es sustancialmente diferente del que resulta de los accidentes de trabajo. El número de días perdidos por enfermedad son muchos más, y el tiempo que se pierde por desempleo es varias veces mayor que el que se pierde directamente por las disputas industriales.”⁶

Si dejamos el cálculo financiero de pérdidas y ganancias y consideramos solamente el problema bastante limitado del éxito en términos de los objetivos de una huelga, puede obtenerse una conclusión más precisa. Así fue como Griffin, en una erudita encuesta, decidió que “el número de huelgas que fracasan o en las que se tiene que transigir es mayor que el de las que tienen éxito”.⁷ Sin embargo, “si consideramos las huelgas en que se transige como victorias parciales, entonces un 50 % de todas las huelgas puede considerarse que han tenido éxito completo o parcial”. Hace notar que, con el transcurso de los años, el por ciento de huelgas favorablemente resueltas, ha disminuído (esto es, hasta 1937).

II.—LA HUELGA COMO SÍMBOLO

Todo el que esté familiarizado con la historia de los conflictos obreros americanos, sabe que el balance de las huelgas no es más que una introducción a la apreciación de sus consecuencias. Pues en dicho esquema se pasa por alto el poderoso simbolismo de la huelga, sus significaciones y satisfacciones, tanto para el trabajo como para la industria.

Este punto puede ilustrarse mejor citando a un hombre que fue un especialista en estos asuntos, Eugene V. Debs. “Ninguna huelga —afirmó— se ha perdido nunca y no puede haber derrota para el movimiento obrero. Por desastroso que haya sido el día de la batalla, ha valido la pena y solamente quedan las cicatrices para dar testimonio de que el movimiento es invencible y que no puede hacérsele ninguna herida mortal.”⁸ Una

⁵ Whitney, E. L., “Cost of Strikes”, *Monthly Labor Review*, XI, 1920, p. 593.

⁶ Millis y Montgomery, *op. cit.*, p. 705. (Citado con permiso.)

⁷ Griffin, J. L., *Strikes, A Study in Qualitative Economics*. Imprenta de la Universidad de Columbia. Nueva York, 1939, p. 54.

⁸ Debs, V. Eugene, *Unionism and Socialism* (Terre Haute, 1904), p. 12.

expresión semejante salió de la pluma de William Z. Foster, quien dirigió las grandes huelgas del acero en 1919. "En esta gran lucha los dueños de las fábricas pueden adjudicarse la victoria material, pero con el mismo derecho los trabajadores pueden adjudicarse la victoria moral."⁹

En el otro extremo se encuentra la cita frecuentemente mencionada de John Kirby Jr., presidente de la Asociación Nacional de Manufactureros, quien en un discurso dirigido a los industriales en la convención de 1911, dijo: "La Federación Americana del Trabajo está empeñada en una guerra abierta en contra de Jesucristo y su causa..."¹⁰ En una posición intermedia con respecto a estas fervientes declaraciones de fe, se encuentran las reacciones casuales y sofistas de dos expresidentes americanos. Calvin Coolidge, entonces gobernador de Massachusetts, dijo comentando la política de huelgas de Boston: "La situación actual no debería llamarse huelga"; y añadió que la consideraba como "una desertión ante el deber".¹¹ Una ironía semejante se encuentra en el comentario del presidente Franklin Roosevelt respecto a la huelga de los obreros de W.P.A.: "No hicieron huelga, simplemente regresaron a casa", dijo.

Estas variantes en los puntos de vista, reflejan la amplitud del alcance de los sentimientos humanos respecto a la huelga. Después de todo, una huelga es una situación de conflictos. Es una expresión de agravios, una demanda de concesiones. Como el juicio de divorcio, es una declaración pública de las dificultades particulares. Y como todos los conflictos humanos, deriva de los derechos humanos; de su negación y afirmación. Tanto los sindicalistas como los patronos pueden estar de acuerdo, aunque desde luego por razones distintas, con el mediador en cuestiones de trabajo, William Leiserson, quien dijo: "Toda huelga es una invasión de los derechos de propiedad."¹²

Para los sindicalistas, la huelga es un contraataque que sigue a una agresión de la gerencia, contra los derechos de propiedad del obrero; para la gerencia, la huelga es la única transgresión de los derechos que vale la pena de ser discutida.

Todo drama tiene su dramaturgia: la huelga, lo mismo que las obras

⁹ Foster, William Z., *The Great Steel Strike and Its Lessons*, B. W. Huebsch. Nueva York, 1920, p. 4.

¹⁰ Citada en el Congreso Americano, en el Senado, en el Comité de Educación y Trabajo, *Hearings*, marzo, 2-3, 1938, Parte 17, p. 7547.

¹¹ Citado por David Ziskind, *One Thousand Strikes of Government Employees*. Imprenta de la Universidad de Columbia. Nueva York, 1940.

¹² Leiserson, William M., *Right and Wrong in Labor Relations*. Imprenta de la Universidad de California. Berkeley, p. 5.

teatrales. ¿Cuáles son, pues, los valores que enredan a obreros y patrones en una red de afirmaciones y negaciones, acciones y reacciones que es lo que, en conjunto, llamamos huelga?

III.—LA HUELGA COMO FUNCIÓN

Es claro que la huelga es algo más que un paro en el trabajo, puesto que hay otras muchas formas de paro. La huelga es una acción colectiva realizada por un grupo de empleados con el fin de expresar un agravio o apoyar una demanda. Puede ocurrir, como casi siempre sucede, dentro del marco de referencia de una negociación colectiva. Pero algunas huelgas, como por ejemplo la reciente huelga general en Italia, pueden no tener nada que ver directamente con la situación inmediata del trabajo, pues son acciones políticas. De todos modos, representan medios de coacción.

Las huelgas pueden clasificarse en cinco tipos principales, de acuerdo con su función de negociación, de apoyo, de protesta, de competencia y de explotación. Las huelgas de negociación tienen por objeto hacer presión, ya sea para conseguir una determinada interpretación del contrato de trabajo, o para imponer su firma. Hay muchas subvariedades de estas huelgas: de brazos caídos, tortuguismo, etc. Se denominan huelgas de apoyo a las que un sindicato o grupo de sindicatos realizan por solidaridad con otro u otros, con los que generalmente están relacionados, como en el caso de la industria de la construcción. Las huelgas de protesta se mueven fuera del marco de las relaciones ordinarias de trabajo (aunque no siempre es así, como en la famosa huelga general de Minneápolis). A este grupo pertenece la huelga política, como la de la Unión Nacional Marítima, como protesta por la dilación en repatriar a los soldados de ultramar, y la huelga de demostración, como las que se realizaron en el occidente de Europa en contra del Plan Marshall. También tenemos las huelgas de competencia, que surgen de las disputas jurídicas entre los sindicatos rivales. Finalmente, están las huelgas de explotación organizadas por los líderes bribones, como en el famoso caso de Willie Bioff y el Sindicato de Operadores de Cinematógrafos.

Resulta, pues, evidente que cualquier apreciación acerca del éxito o fracaso de una huelga debe considerar primeramente su función. Al revisar las variedades mencionadas arriba, se nota que en todos los casos la huelga es síntoma de un fracaso fundamental: el fracaso de los líderes del sindicato (tanto en las huelgas legales como en las ilegales), en el proceso de negociación (entre las huelgas de negociación y de solidaridad), o en todo el

sistema político social (en las huelgas de protesta). Por lo tanto, la huelga es un índice de desorganización del que no siempre son responsables la industria o el trabajo. Así, pues, la eliminación de las huelgas de ninguna manera elimina la desorganización de la cual la huelga es solamente un síntoma.

El carácter de la desorganización que provocan las huelgas puede verse en los muchos esfuerzos para aislar sus causas. La media docena de estudios científicos sobre este problema particular, indican uniformemente cinco factores distintos con los cuales está relacionada la frecuencia de las huelgas.¹³ Estos factores son: el ciclo comercial, el sindicalismo, la ideología sindicalista, la política de la gerencia y la eficiencia de la maquinaria de acomodación. Expresadas sencillamente, estas correlaciones se presentan de la siguiente manera:

La proporción de las huelgas varía en relación directa con el ciclo comercial cuando los precios suben, e inversamente cuando los precios tienden a bajar. Es más probable que los trabajadores sindicalizados se lancen a la huelga que los no sindicalizados, y las industrias con una gran experiencia con los sindicatos tienen mayor número de huelgas. La política de los sindicatos varía. Los sindicatos paternalistas (o de compañía) nunca hacen huelga, los liberalistas (o de comercio) las hacen en ciertas ocasiones; los sindicatos revolucionarios (como el antiguo I.W.W.) casi nunca dejan de hacerlas.¹⁴ Cuando la gerencia asume una actitud beligerante, las huelgas se multiplican; si la gerencia es conciliadora y trata con los obreros, las huelgas disminuyen o desaparecen. Finalmente, una legislación adecuada y sus organismos pueden reducir en mucho la frecuencia de las huelgas y la duración de las mismas, como han corroborado abundantemente los informes sobre mediación, conciliación y arbitraje.

Las huelgas son esfuerzos colectivos para imponer el reconocimiento y la solución de determinados problemas. Algunas veces los asuntos se agravan por circunstancias sobre las cuales ni la gerencia ni los trabajadores tienen control, como el de precios inflacionistas. En ocasiones, los pun-

¹³ Cf. Millis y Montgomery, *op. cit.*, pp. 699 ss.; Griffin, *op. cit.*; Huebner, G. G., "The Statistical Aspect of Strikes", *Twelfth biennial Report*, 1905-1906, Bureau of Labor and Industrial Relations Statistics of Wisconsin; Hansen, A. H., "Cycles of Strikes" *American Economic Review*, diciembre de 1921, pp. 618 ss.; Douglas P. T., "An Analysis of Strike Statistics", *Journal of American Statistical Association*, septiembre de 1923, pp. 866 ss.; Yoder, D. T., "Economic Changes and Industrial Unrest", *Journal of Political Economy*, abril de 1940, pp. 223 ss.

¹⁴ Véase Crosser, Paul K., *Ideologies and American Labor*. Imprenta de la Universidad de Columbia. Nueva York, 1941.

tos a discusión son explosivos, como los que plantean las ligas de sindicatos extorsionistas. Frecuentemente estos puntos se encuentran profundamente enraizados en situaciones irracionales y la huelga es un síntoma de dicha irracionalidad, como en algunos paros ilegales. También es posible que dichos puntos se encuentran ligados con ideologías sistemáticas, como el comunismo o el odio vitriólico que muestran algunos gerentes hacia los obreros. Pero lo más común es que estos puntos representen intereses contrarios, constituyan un verdadero bloque semántico o una competencia para obtener posiciones preferentes en las negociaciones. Pero siempre lo más importante en las huelgas son los puntos a discusión. Es cierto que muchas veces estos puntos son desdeñados, considerados fuera de la ley o ignorados; pero de esta manera no se pueden resolver. El hecho de que se les reconozca asegura ya cierto éxito para los huelguistas.

Sin embargo, no es bueno para la economía financiera, ni para la psicología de la industria y del trabajo, fundar las relaciones industriales en una base tan volátil y explosiva como la huelga. Los estadistas reconocen tanto en los círculos industriales como en los de trabajo, este hecho. Hace muchos años, en una declaración que expresa los sentimientos de empresarios y sindicalistas muy inteligentes, Samuel Gompers dijo: "Me faltan palabras para expresar cuán serio es el deseo de los obreros organizados de evitar o reducir el número de huelgas." ¿Qué se necesita para dar forma y permanencia a este propósito?

IV.—LA HUELGA COMO POLÍTICA

La reacción pública ante estas palabras es la de que no basta confiar en la buena fe de esta declaración, ya sea por parte de los obreros o de la gerencia. Cada vez es más marcada la tendencia general a aprobar medidas legislativas que reduzcan las huelgas; prohibirlas, posponerlas, castigarlas o reglamentarlas. Por desgracia, dicha legislación frecuentemente es aprobada en un período de indignación pública, actitud similar a la de un padre que castiga a su hijo solamente cuando está enojado. La mayor parte de la legislación sobre huelgas se basa en la suposición de dos filos de que la huelga no es un derecho, desde luego no un derecho absoluto, sino más bien un privilegio y que la necesidad que tiene el público de que continúen los servicios es más imperiosa que la libertad entre patrones y empleados para luchar entre sí. Una forma adoptada por la legislación sobre estas disputas consiste en el establecimiento de una maquinaria especial de acomodamiento para lograr estos arreglos.

Los especialistas en cuestiones de trabajo, ven con desconfianza esta política. Así es como el profesor Leiserson, basándose en su amplia experiencia en conflictos de trabajo, sostiene que "el simple hecho de que exista un comité para investigar o dar opiniones, no es suficiente para solucionar las diferencias y evitar o resolver las huelgas".¹⁵ De manera semejante, el especialista en relaciones industriales Frederick H. Harbison, al comentar la definición legal de los derechos, observa: "Existe una tendencia a asegurar la *responsabilidad* en las relaciones industriales creando una *irresponsabilidad* ilegal."¹⁶ Añade que en muchas ocasiones "la simple mención de los derechos acentúa el conflicto, haciendo que cada parte adopte una posición rígida de 'principios'".¹⁷

Al examinar las experiencias de cinco países democráticos que tienen legislación sobre huelgas, el economista E. E. Witte informó en 1946 que había descubierto lo siguiente: "En ninguno de ellos se han abolido las huelgas. Por lo que respecta a la población industrial, las huelgas que se perdieron antes de la segunda Guerra fueron casi iguales a las que se perdieron en los Estados Unidos. Durante la guerra, la situación en este país fue, por lo menos, tan buena como en cualquiera de los otros países extranjeros. Desde que terminaron las hostilidades, casi todos han notado un aumento en las huelgas, pero ha habido mucho menos pánico respecto a esta situación, que en los Estados Unidos."¹⁸

Si los análisis anteriores son correctos, debemos caer en la observación, bastante común, de que la solución del problema de las huelgas, lo mismo que la de la guerra internacional, se encuentra, no en declararlas fuera de la ley, sino en las relaciones cotidianas de grupo a grupo entre la gerencia y los trabajadores. Seguramente que un conjunto de medidas legislativas de apoyo y reglamentación, lo que el profesor Sumner Slichter ha llamado con todo acierto "jurisprudencia industrial", debe tener la oportunidad para madurar. Pero aun más necesaria es la aparición y perfeccionamiento de los acomodamientos mutuos entre la industria y el trabajo. Hay pocos motivos para esperar que en una cultura de represión e inseguridad, como la que favorece el industrialismo moderno,¹⁹ esta evolución

¹⁵ Leiserson, *op. cit.*, p. 74.

¹⁶ En la obra editada por Whyte, William F., *Industry and Society*. Nueva York, 1946, pp. 168 ss. (Citado con permiso.)

¹⁷ Harbison, *op. cit.*, p. 163. (Citado con permiso.)

¹⁸ Witte, E. E., "Experience with Strike Legislation Abroad", *Annals*, 248, noviembre de 1946, p. 145.

¹⁹ Véase Meadows, Paul, *The Culture of Industrial Man*. Imprenta de la Universidad de Nebraska, Lincoln, 1950.

sea rápida o sin tropiezos. Cerca del fin de la primera Guerra, Herbert Hoover, entonces secretario de Comercio, escribió: "Es ocioso alegar que no hay conflictos de intereses entre patrones y trabajadores. Pero —añadió Mr. Hoover— hay amplias zonas de actividad en las cuales sus intereses deben coincidir, y es parte de la labor del estadista, con respecto a ambas partes, organizar esta identidad a fin de limitar la zona de conflicto."²⁰ Perseguida de una manera consciente, esta política significará una ganancia clara para todas las partes del conflicto industrial.

²⁰ En *Industrial Management*, abril de 1921, p. 225; citado por Fitch, John A., *The Causes of Industrial Unrest*, Harper. Nueva York, 1924, p. 361.

Capítulo V

CONDUCTA PROFESIONAL Y SOCIEDAD INDUSTRIAL *

I.—¿HACIA UNA SOCIEDAD PROFESIONAL?

Generalmente se reconoce el hecho de que la moderna sociedad industrial mejoraría enormemente con la aparición de una norma de conducta profesional en la esfera ocupacional. También son muy conocidos, y además muy interesantes, algunos planes y sugerencias para el desarrollo de esta situación.¹ Sin embargo, el principal obstáculo para la realización de estos planes, se insinúa en la frase muy común de “negocios y profesiones”. Desde luego que esto es algo más que una forma de lenguaje, pues en torno a esta dicotomía se ha desarrollado todo un conjunto de actitudes y prácticas sociales que han dado por resultado el colocar a los negocios y a las profesiones en dos esferas ocupacionales distintas. Pero no solamente es falsa esta separación, sino que posterga el tipo de industrialismo connotado con el concepto de “profesionalismo”.

Como prueba, nos proponemos en este capítulo seguir las implicaciones derivadas de las respuestas a las siguientes preguntas: Primera, ¿son los conceptos “negocios” y “profesiones” necesariamente distintos y opuestos? Segunda, de no ser así, ¿qué es lo que tienen en común? Tercera, ¿qué generalizaciones de importancia para la futura organización de la sociedad industrial pueden sacarse del núcleo de rasgos de conducta que puede decirse que tienen en común?

II.—“NEGOCIOS” FRENTE A “PROFESIONES”: UNA FALSA DISYUNTIVA

La posición adoptada aquí es que esta polaridad, tanto en la forma de hablar como en otros hábitos de pensamiento, constituye una falsa disyuntiva. Al tomar este punto de vista, retornamos a la misma situación

* Este capítulo apareció con el mismo título en *The Journal of Business of the University of Chicago*, 19, julio de 1946, pp. 145 ss. (Usado aquí con permiso.)

¹ Por ejemplo, véase Brandeis, L. D., *Business — A Profession*, Small, Maynard, Boston, 1914; Tawney, R. H., *The Acquisitive Society*, Harcourt, Brace, New York, 1920.

adoptada por el juez Brandeis hace muchos años. En su discurso de inauguración, en la Universidad Brown en 1912, afirmó: "Ha llegado el momento de abandonar dicha clasificación."² Hay, por lo menos, tres argumentos efectivos en favor de esta tesis.

En primer lugar, el carácter falaz de la disyuntiva se hace aparente si revisamos algunos de los intentos familiares para definir el "profesionalismo". Una profesión, de acuerdo con el *Shorter Oxford English Dictionary*, "es la ocupación para la cual el individuo se considera hábil y que, por lo tanto, sigue". Esta sencilla definición que tiene la virtud de no aludir a especializaciones, resulta favorable a nuestra argumentación. Quizá sean más convincentes los esfuerzos de los especialistas. Brandeis sugirió tres criterios acerca del profesionalismo: "primero, la preparación preliminar necesaria es de carácter intelectual, y abarca conocimientos y aprendizaje, con lo cual se distingue de una simple capacidad; segundo, es una ocupación en la que se actúa principalmente para los demás y no sólo para uno mismo; tercero, el monto de las ganancias no es la medida aceptada del éxito".³

El sociólogo E. M. Binder escribió en un sentido semejante: "Una profesión es una vocación elegida por el individuo en razón de aptitudes naturales especiales y para la cual se ha preparado por la adquisición de conocimiento de experto que aumentará, siempre que sea posible, por medio de contribuciones originales, a fin de servir mejor a la sociedad."⁴ Los expertos en este terreno, A. M. Carr-Saunders y P. A. Wilson, dedicaron mayor atención a la vida de asociación del hombre profesional: "Solamente se puede decir que existe una profesión cuando hay vínculos entre quienes la practican, y estos vínculos solamente pueden tomar una forma: la asociación formal."⁵ Abram Flexner sugirió, en una Conferencia Nacional de Asociaciones de Caridad y Corrección, que se reunió en Baltimore en 1915, siete criterios del profesionalismo que se han difundido bastante: 1. Trabajo intelectual y responsabilidad personal.—2. Sanciones científicas.—3. Tecnología científica.—4. Contenido y técnica transmisibles por medio de la educación.—5. Un conjunto de datos científicos con análisis crítico.—6. Conciencia de clase y organización con interés propio.—7. Motiva-

² Brandeis, *op. cit.*, p. 1.

³ *Ibid.*, p. 2.

⁴ Binder, R. M., *Business and the Professions*, Prentice Hall. Nueva York, 1922, p. 10.

⁵ Carr-Saunders, A. M., y Wilson, P. A., *The Professions*. Imprenta de la Universidad de Oxford. Londres, 1933, p. 298. (Citado con permiso.)

ción relacionada con el bienestar público.⁶ El motivo al que se concede mayor importancia es el referente al servicio social, que se considera universal en todas las profesiones y virtualmente inexistente en los negocios.

No se hace ninguna violencia al significado de las palabras cuando se apunta que cada una de las definiciones y de los criterios del profesionalismo, mencionados anteriormente, son válidos también, hasta cierto punto, para los negocios. El hecho es, suponiendo que esas normas sean válidas, que la única diferencia entre los negocios y las profesiones es de grado y no de esencia. Ciertamente, los conceptos no logran diferenciar de manera absoluta las profesiones de los negocios. Lo absurdo de la definición se percibe cuando se vuelve uno hacia los trabajos del sociólogo E. H. Sutherland's, en su introducción al estudio de C. Conwell, titulado *The Professional Thief*, donde se lee: "La profesión de ladrón es algo más que actos aislados realizados con frecuencia y habilidad. Es una forma de vida de grupo y una institución social. Tiene técnicas, códigos, estatus, tradiciones, consenso y organización."⁷

En segundo lugar, el carácter falaz de la disyuntiva "negocios" frente a "profesiones", se ve en ciertos aspectos de la historia de las profesiones. Los investigadores ingleses de este tema, Carr-Saunders y Wilson, demostraron, en el caso de diversas profesiones, que el desarrollo de la profesión vino con el crecimiento de la técnica intelectual y con la necesidad de reglamentar la actividad.⁸ Ellos atribuyen el notable incremento de las profesiones en el siglo XIX, primeramente a la "revolución mecánica" y a la ciencia, y, en segundo lugar, a la decadencia de la iglesia. Las necesidades de preparar y licenciar, surgidas de un organismo creciente de información tecnológica y de un sentimiento de interés público, son la causa de las características familiares de las profesiones. El hecho es que el profesionalismo constituye una determinada etapa en la técnica intelectual, por una parte, y en el control social, por la otra. "Por el consenso popular, algunas vocaciones adquieren el rango de profesiones."⁹ La aplicación de la técnica y la imposición del control resultan ser funciones de los "cambios en la organización social e industrial".¹⁰

⁶ Citado por Deardorff, N. R., "Social Work as Profession", *Social Work Yearbook*, 1929, pp. 435-438.

⁷ Conwell, C., *The Professional Thief*. Imprenta de la Universidad de Chicago. Chicago, 1937, p. IX. (Citado con permiso.)

⁸ Véase su artículo "The Professions", *Encyclopaedia of the Social Sciences*, 12, pp. 476-480.

⁹ Carr-Saunders y Wilson, *The Professions*, p. 289. (Citado con permiso.)

¹⁰ *Ibid.*, p. 297.

En tercer lugar, el carácter falaz de la disyuntiva puede verse en ciertas similitudes muy notables que hay entre las normas de organización de los negocios y de las profesiones. Carr-Saunders y Wilson subrayaron los aspectos de organización de las profesiones, sugiriendo una clasificación en cinco grupos: constitucional, educativo, ético, económico y de relaciones públicas. Sin entrar en grandes detalles en su esquema, debe hacerse notar que no hacen más que describir un fenómeno familiar para todos los que estudian las empresas comerciales: el esfuerzo para organizar a las personas que tienen intereses similares dentro de una asociación permanente, dotada de normas educativas y éticas, que sostiene el empleo y otros acuerdos contractuales y que tiene por objeto cultivar la buena voluntad a través de prestación de servicios. Este paralelismo puede documentarse, desde luego, como ha demostrado R. A. Brady.¹¹ Las empresas comerciales modernas, descubrió, han evolucionado de acuerdo con las siguientes líneas generales de desarrollo: 1) adopción de funciones de cártel, 2) eliminación de los "extraños" y los "independientes", 3) tendencia, por parte de las grandes empresas, para dominar más y más completamente todas las formas de cárteles y asociaciones comerciales, 4) tendencia a agruparse en asociaciones regionales o centrales industriales y 5) tendencia a limitar las transacciones comerciales a los miembros.¹²

Quizá con algunas modificaciones, puede decirse que el mismo perfil de organización fue trazado por Carr-Saunders y Wilson en su estudio. Ni siquiera falta en la literatura relativa a los negocios modernos el elevado motivo del servicio social. Así es como Brady cita la siguiente afirmación acerca de la política comercial: "Los objetivos de la organización industrial han sido definidos como garantía a través del servicio, y en ese sentido ganancia significa la compensación —ganancia materia o premio— obtenido a través de un servicio."¹³

III.—NEGOCIOS Y PROFESIONES: ELEMENTOS COMUNES

Si la dicotomía entre negocios y profesiones es menos real que verbal, ¿qué normas de conducta puede decirse que tienen ambos en común? Algunos puntos han sido ya bosquejados desde luego. Sin embargo, a fin

¹¹ Brady, R. A., *Business as a System of Power*. Imprenta de la Universidad de Columbia. Nueva York, 1943.

¹² *Ibid.*, p. 244.

¹³ Mooney, J. D., y Reiley, A. C., *Onward Industry*, Harper. Nueva York, 1931, p. 342.

de redondear el problema, es importante observar sus semejanzas con respecto a ciertas orientaciones psicológico-sociales y a las normas institucionales.

El filósofo John Dewey sugirió el concepto de la "psicosis ocupacional". Lejos de hablar de una anormalidad, solamente llamó la atención sobre el hecho de que la manera que tiene la gente de ganarse la subsistencia crea ciertas normas específicas de pensamiento que influyen sobre la gente en sus funciones productivas y operativas. La psicosis, en este sentido, no es más que una definida actitud mental colectiva. Así, según Kenneth Burke: "Si una psicosis de caza conduce a la apreciación de todo lo nuevo, el artista socializará este arte descubriendo todos los medios posibles en los cuales pueda señalar una novedad."¹⁴ Aunque pocas sociedades logran una homogeneidad ocupacional completa, han existido muchas psicosis ocupacionales en la historia. La nuestra queda descrita muy bien con la frase "psicosis tecnológica". Es ésta una actitud mental colectiva en la cual predominan la experimentación, el método de laboratorio y una ética secular concentrada en torno de la ocupación. En el industrialismo moderno, el último elemento ha tomado una forma que quizás sea única en la historia. Se han hecho muchos esfuerzos ya conocidos para establecer la proposición de que la ética profesional de la tecnología moderna es dictada por algunos credos religiosos, especialmente por el protestantismo. No puede negarse que la ética protestante se entremezcla con dicha moralidad, así como también algunas contribuciones del catolicismo y del judaísmo. Pero, de cualquier manera, la moral ocupacional no podía ser eludida en una sociedad que exige indistintamente que la ocupación se convierta en una preocupación. Conseguir un empleo, como dice Burke, y conservarlo, son funciones en que intervienen las normas, los deseos, la preparación, la expresión y la represión, "una trama moral compleja que escapa a todas las posibilidades de trazo".¹⁵ "El trabajo refleja nuestros intereses y al mismo tiempo los forma."¹⁶ La ética del trabajo, que no es peculiar de las profesiones, no es algo raro, sino una necesidad.¹⁷

La devoción a los negocios, lo mismo que la devoción a las profesiones, produce muchas cosas buenas y al mismo tiempo llega a hacerse tan ética

¹⁴ Burke, Kenneth, *Permanence and Change*, New Republic, Inc. Nueva York, 1935, p. 57. (Citado con permiso.)

¹⁵ *Ibid.*, p. 305.

¹⁶ *Ibid.*, p. 307.

¹⁷ *Ibid.*, p. 260.

que se convierte en "un bien absoluto en sí mismo".¹⁸ El motivo de servicio no puede decirse que sea peculiar de las profesiones y, aun cuando lo fuera, como cualquier otro motivo "es un término de interpretación y, como tal, toma naturalmente su lugar dentro del marco de nuestra *Weltanschauung* (Visión del mundo) en general".¹⁹ Así, pues, quizás no envuelva demasiado civismo indicar, respecto al motivo de servicio social en las profesiones, que, lo mismo que cualquier otro motivo, "no es más que parte de una racionalización mayor implícita o explícita, con relación al propósito humano en general".²⁰

Similarmente, los negocios y las profesiones tienen algunas normas institucionales en común. No es necesario ni conveniente repetir aquí la excelente discusión sobre este punto hecha por el sociólogo Talcott Parsons.²¹ Pero es útil un bosquejo de estos argumentos principales. Supongamos, dice, que el acostumbrado interés implícito en los negocios y el "desinterés" de las profesiones no sean tomados en consideración, ¿qué queda entonces? Parsons sugiere que las situaciones diferentes bajo las cuales se desarrollan los negocios y las profesiones son la causa de las diferencias aparentes en motivo y no al contrario.²² Llama la atención sobre ciertos elementos de las normas institucionales comunes en la esfera ocupacional de los negocios y las profesiones: ciencia, autoridad basada en la competencia técnica, relaciones contractuales, funciones administrativas, relaciones fragmentarias, universalismo y resultado.

Para ilustrar el punto, consideremos lo relativo al triunfo. Tanto en los negocios como en las profesiones, al hablar de triunfo se habla del buen éxito objetivo que es institucionalmente válido ("un buen empleo o profesión") o de la adquisición de los símbolos convencionales de reconocimiento (riqueza, prestigio). A veces estos dos criterios no están articulados, de modo que la motivación personal no comprende una integración de ambos: el precio que se paga es la tensión de la personalidad y el malestar social. El punto hasta el cual los dos criterios se integran entre sí constituye, en cierto sentido, la medida del profesionalismo. En cualquier caso, la atención que se concede a las diferencias en las formas de conducta de los comerciantes y de los profesionistas no debe pasar por

¹⁸ *Ibid.*, p. 260.

¹⁹ *Ibid.*, p. 38.

²⁰ *Ibid.*, p. 40.

²¹ Parsons, Talcott, "The Professions and the Social Structure", *Social Forces*, 17, mayo de 1939, pp. 457-467.

²² *Ibid.*, p. 458.

alto la desorganización que frecuentemente se observa en las normas institucionales que ambas ocupaciones tienen en común. Ni los negocios ni las profesiones puede decirse que sean inmunes a la desorganización y ambos pueden aspirar a una forma más perfecta en las normas institucionales cuando la desorganización se presenta.

IV.—NEGOCIOS Y PROFESIONES: PERSPECTIVAS COMUNES

Ya indicamos anteriormente que la aparición de la norma profesional parece ser una función de la etapa de las artes técnicas en una determinada actividad y del estado de la sensibilidad del interés público. Las posibilidades de una sociedad industrial más altamente profesionalizada dependen de estas dos fases de la norma profesional.

El profesionalismo es un concepto que expresa una medida de desarrollo. Por otra parte, es una medida del grado de competencia técnica. "Todos los atributos que caracterizan una profesión constituyen un desarrollo natural, fáctico e inevitable, en torno a la aplicación de una técnica intelectual a la vida comercial ordinaria."²³ Siendo ésta la situación, es de esperarse un gran aumento en el profesionalismo dentro del industrialismo moderno. Pues la competencia técnica que requiere la moderna especialización, y principalmente la especialización comprendida en la dirección administrativa, exigirá cada vez más una técnica industrial y un contenido transmisible.

La sociedad tenderá a convertirse en el cliente de los negocios para dejar de ser un mercado anónimo que pueda ser irresponsablemente explotado. Este acontecimiento no será menos notable en el terreno de las relaciones industriales. Además, la extensión del profesionalismo a lo largo de la escala de la organización industrial, también es de esperarse. La técnica especializada es mucho más importante en la industria que las repetidas explosiones románticas contra el maquinismo; de cualquier manera; las asociaciones vocacionales de trabajadores tienen ya muchos de los atributos de las asociaciones profesionales. Ciertamente que la educación comercial en sus diversas formas exige una preparación cada vez más larga antes de entrar a los negocios.²⁴ Aun aquellos que propenden a mostrarse

²³ Carr-Saunders y Wilson, *The Professions*, p. 479.

²⁴ Se puede esperar demasiado de este hecho. Véase Calkins, R. D., "Business Education After the War", *Journal of Business*, 18, enero de 1945, pp. 1-8. También su artículo "A Challenge to Business Education" *Harvard Business Review* 23 invierno de 1945, pp. 174-183.

pesimistas, cuando no cínicos, acerca del futuro profesional de los negocios, apenas podrían negar el argumento de que la productividad industrial progresiva depende del mejoramiento de la preparación y la habilidad, del adelanto en la administración de los negocios y del empleo más amplio de los técnicos en todos los aspectos de la actividad comercial. Ciertamente que la continua separación de las funciones de propiedad y dirección en la moderna corporación es una de las razones de que haya aumentado la demanda de personas profesionalmente preparadas.²⁵

Por otra parte, algo del futuro del profesionalismo en la sociedad moderna puede inferirse del hecho de que el profesionalismo en sí es una expresión de la filosofía del control social y de la responsabilidad humana. Desde luego que algunos estudiosos dudan del futuro del profesionalismo a este respecto. Hacen notar, como por ejemplo J. M. Clark, la falta de homogeneidad en la preparación de la comunidad comercial, la falta de relaciones de confianza o responsabilidad con el cliente, y la falta de voluntad para abandonar la actitud de *laissez faire* en relación con las condiciones de éste.²⁶ Otros señalan los códigos opuestos del individualismo, los intereses creados, la conciencia de clases y otras manifestaciones de un punto de vista no social. Al hacerlo, pueden olvidar ciertos cambios sociales y económicos que hacen cada vez mayor la efectividad del control social. Sin entrar a discutirlos, los mencionaremos en la siguiente forma: 1) el hecho de que el Estado asuma la responsabilidad de la preparación de los nuevos miembros del comercio y la industria; 2) el aumento en el número y tipo de organización económicas como asociaciones de empleados, sindicatos obreros, juntas obrero-patronales; 3) la aparición de numerosas variedades de organismos gubernamentales administrativos en el terreno de la "estandarización" de artículos, práctica comercial, relaciones de trabajo, etc., y 4) el código de ética profesional estimulado por los clubes de servicio (principalmente los Rotarios), por las organizaciones nacionales de comercio e industria y trabajo (por ejemplo, el Código de Trabajo y Dirección de Hohnston, Murray y Green), y por el gobierno (por ejemplo, el "N.R.A.", o sea el movimiento en favor de un concejo obrero-patronal). Quizá el mejor augurio sobre el futuro sea la difusión de un examen más

²⁵ Esta posibilidad fue dramática y quizás melodramáticamente discutida por Burnham James, *The Managerial Revolution*, John Day, Nueva York, 1941. Una presentación más razonable del problema fue hecha por Barnard, G. I., *The Functions of the Executive*. Imprenta de la Universidad de Harvard. Cambridge, 1938.

²⁶ Clark, J. M., *The Social Control of Business*, McGraw-Hill. Nueva York, 1926, pp. 239-243.

humano de los problemas del comercio y la industria.²⁷ La diferenciación entre el comercio como organización técnica y como organización humano-social, es una base que ofrece amplio campo a especialidades tales como administración del personal, dirección comercial y psicología industrial. Al arte de las relaciones humanas, tal como se practica actualmente en muchas firmas comerciales, le falta muy poco o nada del método profesional que estamos acostumbrados a esperar de las actividades profesionales más antiguas.

La cultura industrial es “un asunto de técnica productiva”, como dice Cole.²⁸ El profesionalismo es una medida por medio de la cual juzgamos el grado hasta el cual las diversas actividades productivas —manufactura, extracción, transportes, intercambio, servicios—, han desarrollado: 1) una técnica intelectual trasmisible, 2) una norma responsable de la organización del grupo que uniforma y, por lo mismo, controla la competencia de sus miembros, con respecto al uso de dicha técnica, 3) la responsabilidad de que la actividad económica quede bajo un control social externo e interno y 4) el logro y sostenimiento de una relación responsable entre el agente y el cliente o consumidor. La voluntad de emplear estas medidas para el enriquecimiento de la escena humana, comienza con la destrucción de las barreras artificiales por medio de las cuales hemos establecido que algunas actividades económicas son prestigiosas o sacrosantas (“las profesiones”), en tanto que otras son bajas, profanas y comerciales (“los negocios”). Un uso insistente y franco de esta medida de socialización muy bien puede hacer que logremos lo que ya conocían los pueblos pre-industriales, es decir, la integración de la esfera ocupacional con todas las otras esferas del ser social.

²⁷ Véase Barnard C. I. *op. cit.*; Roethlisberger F. J., y Dickson, W. J., *Management and the Worker*, Imprenta de la Universidad de Harvard, Cambridge, 1940; Follet, M. P., *Creative Experience*, Longmans, Green, Nueva York, 1924.

²⁸ Cole, G. D. H., “Industrialism”, *Encyclopaedia of Social Sciences*, 8, pp. 18-26.

Capítulo VI

TEORÍAS SOBRE LA CULTURA DE LAS MASAS

I.—LA APARICIÓN DE UNA SOCIEDAD DE MASAS

Una secuencia histórica de los mapas del globo, demuestra que éste se ha ido literalmente extendiendo a medida que los contactos humanos y el conocimiento han aumentado.¹ Si poseyéramos mapas del mundo social del hombre, también nos mostrarían un universo mayor. Y si se formara una secuencia histórica de dichos mapas, veríamos que el aumento más notable, diremos el más revolucionario, es el realizado en el último siglo. Pues en este período los seres humanos, y particularmente los euroamericanos, han pasado de las comunidades locales y aisladas, a las sociedades de masa interactivas y enormes. La cultura industrial del mundo occidental ha producido en el último siglo, una edad de las masas.

La sociedad de masas del hombre moderno es un producto de cuatro tecnologías principales. La tecnología industrial de la mecanización en masa dio por resultado una nueva organización humana de producción: el industrialismo. La tecnología política del gobierno centralizado produjo una nueva organización del Estado: el sistema Nación-Estado. La tecnología social de urbanización y comercialización, levantada sobre la cultura folk decadente, creó una nueva forma de organización social: la sociedad urbana, contractualista y secundaria. La tecnología psicológica de la comunicación a través de las masas ha dado forma a una nueva organización de los intereses humanos: una edad de la comunicación y movimientos en masa.²

Lo que se ha creado constituye, incuestionablemente, una novedad

¹ H. W. Weigert and V. Stefason, en *Compass of the World*, New York: Macmillan, 1944.

² Para una presentación más completa de estas cuatro tecnologías, véase Paul Meadows, *The Culture of Industrial Man*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1950; 1950); L. L. Bernard, *An Introduction to Sociology, A Naturalistic Account of Man's Adjustment to his World*, New York Thomas Y. Crowell, 1942, cap. 29; F. L. Shuman, *International Politics, An Introduction to the Western State System*, New York: McGraw-Hill Book, 1933.

histórica, la sociedad moderna de masas. El hombre moderno, particularmente en el oeste industrializado, y cada vez más en el resto del mundo, vive una edad de las masas. Por lo menos tres problemas son creados por este hecho. ¿Cómo han sido descritas estas nuevas formas de las relaciones humanas por los que estudian la sociedad humana? ¿Qué postulados tienen en común los diversos teóricos de la moderna sociedad de masas? ¿Cuáles son algunas de las normas y tendencias típicas de las reacciones de masa en esta nueva sociedad? Este capítulo se dedicará, principalmente, a la primera cuestión y haremos un resumen de la bibliografía principal, aunque no nos será posible incluirla toda. Este artículo pretende ser solamente un ensayo preliminar.

II.—VARIEDADES DE LA TEORÍA DE LAS MASAS

Podemos notar tres formas principales de descripción e interpretación de la cultura de la sociedad de masas: la numérica, la psicológica y la de organización. Cada uno de estos métodos elige un aspecto de la sociedad de masas, que es considerado de importancia estratégica para la comprensión de la cultura de masas: números, características psico-sociales y características institucionales.

La masa como número

La teoría numérica de las masas considera a la cultura de masa como una cultura resultante del predominio en la sociedad moderna de las enormes masas de seres humanos, agregados, conglomerados y más o menos organizados. Los contactos humanos dentro de las masas crean condiciones totalmente diferentes a aquellas de las interacciones relativamente circunscritas de las sociedades antiguas. Un panorama neutral de la sociedad de masas es el sugerido en los escritos de Kimball Young y Lucien Romier. Siguiendo la tradición de Emile Durkheim,³ Young describe a la sociedad contemporánea como “una gran masa de individuos segregados y aislados, interdependiente en todo lo que se relaciona con las formas especializadas, pero carentes de cualquier valor central o propósito unificador”.⁴ “Las interconexiones y la totalidad descansan principalmente sobre las relaciones externas, más o menos mecánicas de las personas y los grupos.” En otra parte se refiere a la forma en la que “la pérdida de

³ Emile Durkheim, *On the Division of Labor in Society*, Paris: Alcan, 1893; New York: Macmillan, 1933.

⁴ *Sociology*; New York: American Book, 1924, p. 25.

los vínculos tradicionales, la mayor interdependencia que, sin embargo, es frágil en su mayor parte, se desarrolla en la sociedad de masas".⁵ Romier ha subrayado la forma en la cual el agrupamiento en masa de los seres humanos produce las normas características de la masa. "Con la difusión de la especialización en el trabajo, en el conocimiento y aun en el pensamiento, cada individuo queda dentro de un grupo que posee intereses semejantes. Estos grupos forman unidades económicas, cuyo tamaño varía. . . Es en la organización de estas masas y en sus relaciones entre sí en lo que se basa el nuevo equilibrio de la sociedad."⁶ Las masas son, en sí mismas, una fuente de poder. "La masa, nunca duda de la justicia de sus pretensiones. . ."⁷

Los teóricos de las masas frecuentemente no son tan parcos en sus descripciones. "Masas" es un término que, como dice Handman, frecuentemente se emplea como "epíteto elástico".⁸ Dentro del término masas quedan incluidos: la muchedumbre, *la canalla*, los desarrapados, los jacobinos, el proletario, el pueblo en común y el hombre común. El teórico de las masas puede ser un irónico, como José Ortega y Gasset. Comienza con una "experiencia visual", el "hecho de la aglomeración" y nota que la "multitud repentinamente se vuelve visible y se instala en los puestos principales de la sociedad".⁹ El hombre masa es el hombre común que ha ascendido al poder. "La masa, sin dejar de ser masa, está suplantando a las minorías, es la hiperdemocracia." La ironía histórica se encuentra no sólo en el hecho de que el hombre común, sin dejar de ser común, imponga su poder, sino también en que impone un poder que no comprende: lo que Rathenau llamaba la "invasión vertical de los bárbaros" y Spencer denominó "barbarización".¹⁰

Los teóricos numéricos de las masas especulan en diferentes direcciones, partiendo de su observación inicial mutua, que es el hecho de una aglomeración sin precedente de los seres humanos. La sociedad de masas es, ante todo, una sociedad de masas de seres humanos, cualquiera que sea la forma que adopte o que pueda adoptar. Por eso hay un acuerdo

⁵ *Ibid.*, p. 182.

⁶ Lucien Romier, *Who Will Be Master? Europe or America?* Translated by Matthew Josephson, New York: Macaulay, 1928, p. 20.

⁷ *Ibid.*, p. 82.

⁸ Cf. J. B. S. Handman, "Mases", *Encyclopaedia of Social Sciences*, x (1933), pp. 195 ss.

⁹ *The Revolt of the Masses*, London: Allen and Unwin, 1932, p. 13.

¹⁰ Para una reciente exposición de este tema, anticipado en el siglo xx por Matthew Arnold, en su obra *Culture and Anarchy*, véase T. S. Elliot, *Notes towards a Definition of Culture*, New York: Harcourt, Brace, 1949.

básico entre todos los teóricos. La masa es una fuerza, casi en sentido físico, que determina las variaciones sociales y da forma a la organización social. El anonimato, la fragmentación de intereses, la impersonalidad, la falta de individualidad, la especialización, la presión de grupo y la sugestibilidad, se encuentran entre los atributos generalmente mencionados de la sociedad de masas, que derivan su carácter e influencia del hecho de la aglomeración de los seres humanos, creada por el industrialismo y el urbanismo.¹¹ El cambio cuantitativo ha producido una serie de cambios cualitativos revolucionarios.

La masa como multitud

Un segundo grupo de teóricos de las masas se ha mostrado interesado principalmente en las características socio-psicológicas de este nuevo tipo histórico de sociedad. Una escuela antigua, llamada por el sociólogo L. L. Bernard¹² la escuela "de los planos y las corrientes", se ocupaba de las consecuencias e implicaciones psicológicas de los contactos humanos intensificados y extendidos. Su pensamiento estaba dominado por la impresión de la aglomeración humana y, en la mayoría se mostraban irónicos en su caracterización de la mentalidad de la sociedad de masas. Típicos de esta escuela, cuyas publicaciones aparecieron antes de la primera Guerra y cuya psicología seguramente pertenece a dicho período, son los psicólogos sociales Le Bon y Tarde, los americanos Ross y Martín, los ingleses Wallas y Trotter y el austríaco Freud.¹³ Seleccionaremos a dos de ellos para estudiarlos.

Trotter estableció la comparación entre la razón y la sugestión de la horda. Pensó que existe un instinto de horda que se manifiesta en tres tipos distintos de hordas, el agresivo, el protector y el socializado, y pone como ejemplos, los lobos, los borregos y las abejas. El instinto social del

¹¹ Típicos de esta forma de percepción son los escritos de Lewis Mumford: *The Culture of Cities*, New York: Harcourt, Brace, 1938; *The Condition of Man*, New York: Harcourt, Brace, 1944.

¹² L. L. Bernard, *An Introduction to Social Psychology*, New York: Henry Holt, 1926.

¹³ G. Le Bon, *The Crowd*, París: Alcan, 1895; London: Allen and Unwin 1917; *The World in Revolt*, New York: Macmillan, 1921; G. Tarde, *The Laws of Imitation*, París: Alcan, 1890; New York: Henry Holt, 1903; E. A. Ross, *Social Psychology*, New York: Macmillan, 1905; E. D. Martin, *The Behavior of Crowds*, New York: Harper, 1920; G. Wallas, *The Great Society*, New York: Macmillan, 1914; W. Trotter, *Instincts of the Herd in Peace and War*, New York: Macmillan, 1916, y S. Freud, *Civilization and Its Discontents*, London: Cape and Smith, 1930.

hombre —los primeros grupos fueron casi totalmente instintivos— “debe guiarse por algunas de estas tres actividades y reacciones”.¹⁴ Desde luego que Trotter se mostró altamente interesado por las condiciones que favorecen el tipo socializado de horda. Su optimismo, compartido por Tarde y Ross, en un contraste con el pesimismo de Martin, Freud y Le Bon. Le Bon, alega que la sociedad de masas, crea una “dictadura del descontento”.¹⁵ “Las grandes civilizaciones —escribe—, se fueron complicando a medida que se desarrollaron y dejaron detrás de ellas en su rápido progreso, a una multitud de seres humanos que no tuvieron la capacidad necesaria para seguir su paso. Forman el vasto ejército de los inadaptados, los incapaces. Estas personas se encuentran naturalmente descontentas y, por lo tanto, son enemigas de la sociedad, en la que no tienen la posición a que se consideran merecedores.”¹⁶ Le Bon encuentra que la idea de una dictadura de los descontentos, es la “consecuencia natural de la ilusión que atribuye superioridad intelectual a los números”.¹⁷

El grupo de teóricos de las masas que toman en primer lugar el elemento psicológico, al referirse a los movimientos totalitarios de este siglo, considerados sobre el fondo del nuevo desarrollo en las ciencias sociales, supone que la conducta colectiva de las masas es una función de sus normas culturales. Estas últimas son consideradas como gigantescos marcos de manipulación y control, a la disposición de las minorías faltas de escrúpulos y ambiciosas que se hacen pasar como amigas de las masas. Las masas, como tales, no son la fuente de la conducta de masas, sino los objetivos de controles sociales perfeccionados y concentrados, que son posibles debido a las tecnologías de las masas. Así, Serge Chakotin, se refiere al “raptó psicológico” de las masas por medio de la sugestión y la persuasión, por medio de doctrinas, mitos, ritos y lemas.¹⁸ “En nuestra

¹⁴ Trotter, *op. cit.*, p. 197.

¹⁵ Le Bon, *The World in Revolt*, p. 13. Sobre la concepción fundamentalmente pesimista de Freud, véase Karen Horney, *Our Inner Conflicts, A Constructive Theory of Neurosis*, New York: W. W. Norton, 1945, “Introduction” and cap. II, “Hopelessness”.

¹⁶ *Ibid.*, p. 154. Freud atribuía el descontento a algo totalmente diferente a una recaída en las condiciones que hacían a los individuos muy semejantes entre sí. Este atavismo consiste en el hecho de que “cada individuo está ligado por vínculos libidinosos por una parte con el líder, y por la otra con los demás miembros del grupo”. Véase *Group Psychology, and the Analysis of Ego*, traducido por James Strachey. Sin embargo, el papel de las represiones culturales se subraya en su obra *Civilization and Its Discontents, op. cit.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 164.

¹⁸ Chakotin, *The Rape of the Masses, A Psychology of Totalitarian Political Propaganda*, New York: Alliance Book Corporation, 1940, pp. 284 ss.

opinión, dice, la acción colectiva, especialmente de las masas, es el resultado de actos políticos dentro de las maquinarias gubernamentales de nuestros días.”¹⁹

Una opinión semejante puede encontrarse en los escritos de Franz Neumann y Emil Lederer.²⁰ El estado masa de los totalitarios ha utilizado un nuevo tipo de dirección, el del líder que “está dotado de cualidades de que carecen los demás mortales”.²¹ El estado totalitario que se desarrolló, tal vez deliberadamente, conforme al modelo histórico de los antiguos reyes taumaturgos, se ha convertido en una “forma adulterada de la idea mesiánica”. Lo mismo que Le Bon y Martin, Neuman piensa que “la capa menos racional de la sociedad” se vuelve en busca de refugio y salvación hacia el estado, como hacia un *misterium tremendum*.²² Las condiciones que transforman al individuo en un hombre masa son las que están ligadas con el moderno capitalismo industrial y con la “democracia de masas”.²³ El monopolio capitalista y la democracia de masas, dice Neuman, “han aprisionado al hombre en una red de organizaciones semiautoritarias que controlan su vida desde que nace hasta que muere, y han comenzado a cambiar la cultura, convirtiéndola en propaganda y artículos vendibles”.²⁴

Lederer se acerca al método de Le Bon en cuanto comienza notando el hecho de “grandes cantidades de personas”. Su concepto inicial es la multitud, compuesto de personas que no son “en forma alguna psicológicamente homogéneas”.²⁵ Al contrario de la multitud, la masa o muchedumbre incluye a “un gran número de personas que están internamente unidas de manera que sienten y posiblemente actúan como una unidad”.²⁶ “Las

¹⁹ *Ibid.*, p. 52.

²⁰ Neuman, *Behemot*, New York: Oxford University Press, 1942); *The Permanent Revolution*, New York: Harper, 1941; Lederer, *The State of the Masses, The Threat of the Classless Society*, New York: W. W. Norton, 1940.

²¹ Neuman, *Behemot*, p. 85.

²² El autor que primero comprendió la forma en que la sociedad mecánica, que carece de solidaridad organizada, crea la unidad por un proceso carismático fue Max Weber, véase su *The Theory of Social and Economic Organization*, edited by Talcott Parsons, New York: Oxford University Press, 1947, pp. 358 ss.

²³ Neuman, *Ibid.*, p. 367. Hay una gran cualidad romántica en este punto de vista, que recuerda a los autores románticos de la época postrevolucionaria y napoleónica: Bonald de Maistre, Chateaubriand, Taine. Véase Sumarios de sus puntos de vista, en *Viewpoints on Revolution, Social Education*, Paul Meadows, 1946, pp. 14 ss.

²⁴ *Ibid.* Para una exposición más amplia sobre este tema general, véase su artículo *The Permanent Revolution*, *op. cit.*

²⁵ *The State of the Masses, op. cit.*, p. 29.

²⁶ *Ibid.*, p. 30.

masas son, por tanto, amorfas, la estratificación social es borrada o, por lo menos, cubierta. El punto de unidad para los individuos que forman parte de una masa es siempre emocional. Una muchedumbre solamente puede estar unida por emociones...²⁷ La masa es la muchedumbre en acción, integrada por un líder que tiene la habilidad de evocar las condiciones ocultas de la muchedumbre para provocar la crisis. La relación que hay entre la muchedumbre o masa y el líder es de carácter mágico.²⁸ Es una relación que puede establecerse y sostenerse entre el líder y una muchedumbre de contacto, directo o indirecto. La función del líder del estado masa es mantener esta relación viva por medio de una estrategia dramática y astuta y por medio de la agitación de una protesta generalizada y amorfa o de actitudes paranoicas capaces de ser específicamente definidas y explosivamente organizadas por los encargados de la dirección. Los partidos totalitarios no son más que multitudes frenéticas encadenadas. El carisma del líder varía de acuerdo con su habilidad para pulverizar las diversas formas de la sociedad hasta convertirlas a todas en multitudes flúidas e indefinidas, para mezclar todas "las diversas capas sociales en las multitudes..."²⁹ Pero se establece un círculo vicioso: "las muchedumbres solamente pueden mantenerse unidas y en orden si pueden ser movidas y satisfechas emocionalmente..." El estado masa debe recurrir constantemente a la acción...³⁰

El estudio de Wilhelm Reich es una extraña mezcla de determinismo sexual y económico, que subraya las represiones sexuales y económicas de las masas en el capitalismo burgués.³¹ Esta represión "sirve para mecanizar a las masas humanas y hacerlas dependientes".³² Hace notar la aparición de un conflicto —la ansiedad de las masas— en cuanto se presenta el dilema de que "quisieran ser libres y al mismo tiempo tienen miedo a la responsabilidad de gobernarse".³³ La situación cultural objetiva de las masas, interpretada por lo que Reich llama "el carácter de la estructura de las masas", determina las formas políticas y colectivas de la sociedad de masas. "Atadas" social y educacionalmente, las masas se

²⁷ *Ibid.*, p. 31.

²⁸ Muy anteriormente Freud desarrolló este punto, véase Apéndice 1, "On Group Psychology and Magical Thinking", in *Group Psychology*, *op. cit.*

²⁹ Lederer, *Ibid.*, p. 77.

³⁰ *Ibid.*, p. 78.

³¹ *The Mass Psychology of Fascism*, New York: Orgone Institute Press, 1946.

³² *Ibid.*, p. 184.

³³ La misma tesis fue desarrollada por Erich Fromm, en su obra *Escape from Freedom*, New York: Farrar Reinhart, 1941.



han convertido en unidades "biológicamente rígidas, e incapaces de libertad. Ya no son capaces de organizar una vida pacífica entre sí".³⁴ "Los dictadores, sin excepción —añade—, han levantado su poder sobre la irresponsabilidad social de las masas."³⁵

La masa como organización

Una tercera escuela de teóricos de las masas, concentra su atención sobre las formas sociales, creadas por las tecnologías de las masas, y derivan las características de la cultura de las masas, del análisis de las operaciones y las interrelaciones de estas formas. Deben notarse, en este aspecto, cuatro puntos diferentes de interés: el cultural, que se encuentra en los escritos de Redfield, Wirth, Odum, Bennett y Tumin; el de asociación, que puede apreciarse en las publicaciones de MacIver, Doman, Staley y Eldredge; el político, que se nota en los estudios de Mannheim, y el administrativo, como el que aparece en los análisis de Bernard, Burnham y otros. Todos estos cuatro puntos de vista distintos comparten lo que podría llamarse un punto de vista tecnológico, puesto que consideran las diversas tecnologías de la sociedad moderna como las causas del desarrollo de ciertos atributos de las masas que, sin embargo, son catalogados y estudiados en forma distinta por cada uno de ellos.

El método cultural o antropológico de estudio de la sociedad de masas, exagera el contraste entre cultura folk y cultura urbano nacional. Así, estableciendo una secuencia lógica desde la cultura tribal hasta la de la ciudad, Redfield encuentra que cuando el campesino es comparado con la aldea tribal, el pueblo con la aldea de campesinos y la ciudad con la aldea, se manifiestan ciertas características en estas situaciones. El primero de estos pares de contraste está menos aislado, es más heterogéneo, más especializado, y secular en sus especialidades, más dependiente, más impersonal en el funcionamiento de sus instituciones de control, menos religioso, más libre en la acción y elección del individuo. Estas características son, desde luego; más notables en la ciudad industrial o comercial.³⁶

³⁴ Reich, *Ibid.*, p. 271.

³⁵ Para una puntualización de su tesis sobre las masas, véase pp. 273-299.

³⁶ Robert Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*, p. 378. En contraposición con el urbanismo industrial, la sociedad Folk es descrita por Redfield en términos de su aislamiento, "Heterogeneidad cultural; organización de las comprensiones convencionales en una sola red de significados interrelacionados; ajustamiento al medio local; carácter predominantemente personal de las relaciones; importancia relativa de las instituciones familiares; importancia relativa de las sanciones sagradas, en comparación con los seculares,

Quizá la mejor descripción que se encuentre en la bibliografía relativa, de la civilización de la ciudad es la que hace Louis Wirth en un artículo muy conocido.³⁷ Con asombrosa comprensión Wirth rápidamente sintetiza el urbanismo de la moderna sociedad de masas, en términos altamente sugestivos; insiste sobre las relaciones segmentarias, superficiales anónimas, transitorias, utilitarias, especializadas, socialmente distantes, de competencia, adquisitivas, de explotación, movibles y no familiares de los miembros que forman la ciudad. La sociedad de masas raras veces ha sido descrita más sucintamente. El punto esencial es, desde luego, que estas relaciones tienen una norma cultural.

La polaridad entre lo folklórico y lo urbano,³⁸ es el fondo de la reciente obra de Bennett y Tumin.³⁹ Empleando como concepto central la idea de una norma, "un concepto muy flexible que se refiere a cualquier regularidad en la conducta social, en diferentes grados de observabilidad y en diferentes niveles de abstracción", estos dos autores establecen una distinción entre la cultura de masas como "congerias" y como uniformidad o normalización. Así, en la cultura americana "lo que contemplamos es una cantidad increíble de detalles, variaciones, vasta elaboración y cambio de ideas, formas, estructuras y modas...".⁴⁰ Hablan de la sociedad americana como de "un gran número de culturas mezcladas, étnicas, religiosas, de clase, de organización, comunales y regionales". En busca de uniformidades que se sobrepongan a estas diversidades, las encuentran en un fenómeno compuesto, "la cultura de masas". "Una especie de último denominador común... algo como una película que esconde la diversidad que hay debajo de ella."⁴¹ La falta de exactitud de las figuras de lenguaje quizá sugiera el carácter nominalístico de su concepción. Existe una deplorable falta de objetividad y de definición

desarrollo de la expresión ritual de las creencias y actitudes; tendencia de la mayor parte de la conducta del individuo para abarcar su grupo familiar o local". Compárese este análisis con el de Howard W. Odum, *Understanding Society*, New York, 1947.

³⁷ "Urbanism as a Way of Life", *American Journal of Sociology*, XLIV (1938), pp. 1-23.

³⁸ Históricamente ese estudioso de amplia visión de la sociedad de masas, E. A. Ross, fue el primer americano que estableció un contraste entre estos dos términos; véase su obra *The Foundations of Sociology*, New York, 1905. Anteriormente Ferdinand Tönnies se había aproximado a esta dualidad en su artículo "Gemeinschaft Und Gesselschaf", Leipzig, 1887.

³⁹ John Bennet and Melvin Tumin, *Social Life: Structure and Function*, New York: A. A. Knopf, 1948, caps. 30-31, "The Mass Culture".

⁴⁰ *Ibid.*, p. 604.

⁴¹ *Ibid.*, p. 609.

operacional en su descripción, a pesar del exceso de verbalización. Pero de su análisis surge la idea de la "cualidad bipolar" en la cultura de masas; la cultura de masas; la presencia de denominadores comunes e ideales, que pueden tener solamente una relación verbal muy floja con la realidad.⁴² Las funciones de la cultura de masas, tal como las hemos mencionado aquí, se entremezclan considerablemente: unificación, comunicación, asociación y catarsis.

El estudio de la sociedad de masas, desde el punto de vista de la asociación, emplea en un sentido bastante neutral el concepto colectivo, tal como fue desarrollado por los socialistas de 57 variedades y descubre implicaciones a través del hecho de que las modernas tecnologías de masas han formado una vasta red de hábitos colectivos, intereses y organizaciones. Empíricamente, el mejor trabajo en esta fase de la cultura de masas, parecen ser las publicaciones de Lewley⁴³ y Eldrege. Explotando los valores de síntesis de los conceptos de organización y colectivización, Doman, Staley y Brady han hecho notables contribuciones a este estudio.⁴⁴ Quizá la interpretación integral más notable de la sociedad de masas en términos de estos conceptos, sea el magnífico estudio de Robert MacIver, *The Web of Government*.⁴⁵ En busca de un tema central de cultura o ethos, como lo llama William Graham Sumner, MacIver lo encuentra en el concepto de mito desarrollado primeramente con éxito por Georges Sorel y posteriormente, de manera muy distinta, por Suzanne Langer.⁴⁶ "Todas las relaciones sociales están sostenidas por mitos." Y, además, "todos los cambios de la estructura social son prohijados y nutridos por nuevos mitos adecuados".⁴⁷ "El mito social, en todos los niveles, procura cierto orden entre los hombres, y envuelve dicho orden en un contexto de formas populares y leyendas, tradiciones y filosofías, impregnadas de

⁴² *Ibid.*, p. 611.

⁴³ Cf. F. E. Lawley, *The Growth of Collective Economy*, London: P. S. King, 1938, 2 vols.: 1. *The Growth of National Collective Economy*. II. *The Growth of International Collective Economy*; Seba Eldridge, *The Development of Collective Enterprise; The Dynamics of an Emergent Economy*, Lawrence: University of Kansas Press, 1943.

⁴⁴ Cf. Nicholas Doman, *The Coming Age of World Control* New York: Harper, 1942; Eugene Staley, *World Economy in Transition*, New York: Council on Foreign Relations, 1939; Robert A. Brady, *Business as a System of Power*, New York: Columbia University Press, 1943.

⁴⁵ New York: Macmillan, 1947.

⁴⁶ Sorel, *Reflections on Violence*, Paris: 1912; New York, 1912 and Langer, *Philosophy in a New Key*, New York: Penguin Books, 1948.

⁴⁷ MacIver, *ibid.*, p. 39.

valores.”⁴⁸ Pasando de las sociedades simples a las altamente institucionalizadas, encontramos que aumenta constantemente la institucionalización del mito central. Este proceso resulta urgente por el hecho de que “una sociedad de muchos grupos es una sociedad de muchos mitos”.⁴⁹ *Pari passu*, la pirámide del poder social, “la capacidad para controlar la conducta de los otros”, se va desarrollando así. Se establece una lucha entre las unidades de poder por el control de la mitología central y por la derrota de todos los mitos rivales. Finalmente aparece una alternativa final: “... la concepción del Estado que todo lo incluye y todo lo regula” (“una concepción precopérnica del sistema social”), frente a la concepción del Estado acomodaticio y pluralista.⁵⁰ Ambos tienen en común la alta institucionalización de las relaciones humanas, como contraparte necesaria de la mecanización de los procesos de producción y ambos quitan los medios del control social del alcance del hombre común. Ambas fórmulas maestras de la sociedad de masas tratan dos grupos de posibles reacciones humanas. Un grupo negativo de tendencias que incluye la dirección por gerentes, la anomia, la burocracia, la decadencia cultural y el formalismo, y un grupo positivo que abarca el papel estratégico del Gobierno en el cambio social, la expansión de la interacción en el mando y las reformulaciones de la idea democrática.

El autor que realmente llenó de dramatismo la idea de la sociedad de masas, para los pensadores euroamericanos, fue Karl Mannheim.⁵¹ Partiendo del choque fundamental entre la emoción y la razón, ya conocido de los lectores de Le Bon, Wallas, Trotter y Freud, Mannheim se concentró sobre el “elemento nuevo” de nuestra sociedad encontrando dos factores interactivos, “la democratización fundamental”, de la sociedad moderna y “el proceso de creciente interdependencia”, habiendo hecho ambos que la “incompatibilidad final” resulte inevitable entre lo racional y lo moral en el orden social contemporáneo.⁵² La democratización pro-

⁴⁸ *Ibid.*, p. 42; véase el estudio de este mismo punto hecho por Thurman Arnold, *The Folklore of Capitalism*, New Haven, 1937.

⁴⁹ MacIver, *ibid.*, p. 51.

⁵⁰ MacIver, *ibid.*, pp. 621 ss.

⁵¹ Cf. *Ideology and Utopias*, New York: Harcourt, Brace, 1936; *Man and Society in an Age of Reconstruction*, New York: Harcourt, Brace, 1940; *Diagnosis of Our Time*, London: Kegan Paul, Trench, Trubner, 1943.

⁵² Estos términos han adquirido una significación precisa a través de Mannheim. Al hablar de racionalismo piensa en el hecho de “una serie de acciones que tienen una posición y un papel funcional”. Por lo tanto, “todo lo que rompe y trastorna este orden funcional, es funcionalmente irracional”. (*Man and Society*, pp. 53-54.) El orden indus-

voca este conflicto permitiendo la concentración de la cultura material y pidiendo constantemente más y más áreas de vida social para meterlas bajo el control del racionalismo, tecnológicamente hablando. "Como una sociedad industrial en gran escala, crea toda una serie de acciones que son racionalmente calculables en el más alto grado y que dependen de un conjunto de represiones y renunciación de las satisfacciones de los impulsos. Como sociedad de masas, por otra parte, produce todas las formas irracionales y explosiones emocionales que son características de las aglomeraciones sociales amorfas. Como sociedad industrial refina tanto el mecanismo social que el más ligero trastorno irracional, puede tener los más amplios efectos, y como sociedad de masas, favorece un gran número de impulsos irracionales y sugerencias y produce una acumulación de energías psíquicas que, en todo momento amenazan con aplastar la sutil maquinaria de la vida social."⁵³ Un peligro específico se encuentra en el hecho de que "en una sociedad en la que las masas tienden a dominar, muchas irracionalidades que no han quedado integradas dentro de la estructura social, pueden abrirse camino hacia la vida política".⁵⁴ Llama a estos posibles acontecimientos "democratización negativa". Un peligro gemelo radica en la posibilidad de la irracionalidad en la moralidad. "Mientras más racionalizada funcionalmente se encuentra la sociedad moderna de masas, más tiende a neutralizar la moralidad sustantiva o a confinarla a la esfera particular. En los asuntos públicos, trata de guiarse solamente por las normas universales que tienen una significación puramente funcional."⁵⁵

Al contrario de los teóricos psicológicos de las masas, que ligan la dirección de la sociedad de masas con la naturaleza emocional, de la conducta de la muchedumbre (por ejemplo, el concepto carismático de dirección), los teóricos que se basan en la organización se inclinan a considerar el problema en términos de la dirección administrativa. Sin embargo, hay una aguda diferencia de opinión entre los autores que han seleccionado este aspecto de la sociedad de masas. Un grupo⁵⁶ que escribe desde el

trial es suprema y necesariamente racional en este sentido. Al distinguir entre la moralidad funcional y la sustantiva, se refiere a la primera como "esas normas que, al realizarse en la conducta, garantizan el funcionamiento de la sociedad" (p. 67). Por la segunda entiende "ciertos valores concretos, tales como los dictados por la fe y diversas clases de sentimiento. . .".

⁵³ *Man and Society*, p. 61.

⁵⁴ *Man and Society*, p. 63.

⁵⁵ *Man and Society*, p. 67.

⁵⁶ Cf. L. L. Bernard, *The Functions of the Executive*, Cambridge: Harvard Univ-

punto de vista de la ideología liberal democrática, considera la dirección de la sociedad de masas, como un proceso social en el cual todas las personas están comprendidas en la solución del problema, aunque esta participación es de diversos grados, pero todos deben y pueden participar. La dirección es un esfuerzo cooperativo y, como tal, debe descansar en la comunicación: los participantes deben poder reunirse, las líneas de interacción deben extenderse a todos; deben permanecer abiertas, ser usadas libremente y respetadas sinceramente: es decir, la organización administrativa y democrática. Para este concepto resulta más importante el hombre administrativo que el hombre económico de la economía clásica, o que el hombre masa de la economía totalitaria. El hombre administrativo es ese miembro del público, o de un organismo de Estado, o de una comunidad, que, en las acciones relativas a la determinación de la política (administración) y ejecución de la política (dirección) se mueve dentro de un sistema recíproco y mutuamente útil de comunicación, que abarca a todos. El poder de esta dirección es un "poder con los otros y no sobre los otros".⁵⁷

Un segundo grupo, caracterizado por los escritos un poco retorcidos de James Burham, eleva al primer lugar a la élite administrativa, hábil en la tecnología de la cultura de masas. Los teóricos de la élite constituyen una compañía muy distinguida.⁵⁸ Por ejemplo, Mannheim, es muy explícito en la descripción de la crisis de la cultura de masas en que va hasta el fracaso de las formas acostumbradas para la formación y elevación de la élite. "La crisis de la cultura en la sociedad liberal democrática se debe... al hecho de que los procesos sociales que antes favorecían el des-

ersity Press, 1938; M. P. Follett, *Creative Experience*, New York: Longmans, Green, 1924; A. M. Bingham, *The Techniques of Democracy*, New York: Duell, Sloan and Pearce, 1942; E. P. Herring, *Public Administration and the Public Interest*, New York: McGraw Hill, 1936; T. V. Smith, *The Legislative Way of Life*, Chicago: University of Chicago Press, 1940.

⁵⁷ Cf. Paul Meadows, "Planning in Mass and in Differentiated Society", *Journal of Legal and Political Sociology*, II (abril, 1944), pp. 17 ss.; also "The Administrative Revolution of the Liberal State", *ibid.*, IV (1946-1947), pp. 49 ss.

⁵⁸ Cf. G. Mosca, *The Ruling Class*, New York: McGraw Hill, 1939; V. Pareto, *The Mind and Society*, 4 vols., translated by Livingstone and Bougiorno, New York: Harcourt, Brace, 1935; M. W. Beth, "The Elite and the Elites", *American Journal of Sociology*, XLVII (1942), pp. 746 ss.; J. Burham, *The Managerial Revolution*, New York: John Day, 1941; Friedrich Nietzsche, *Beyond Good and Evil*, vol. XII in *Complete Works*, Edinburg, 1910-1913; Robert Michels, *Political Parties*, translated by E. and C. Paul, New York: Hearst's International Library, 1915; Ralph C. Cram, *The Nemesis of Mediocrity*, Boston: Marshall Jones, 1917.

arrollo de las élites creadoras, ahora tienen el efecto contrario, es decir, se han convertido en obstáculos para la formación de élites, debido a que grandes secciones de la población que aún se encuentran en condiciones sociales desfavorables toman una parte activa en las actividades culturales.”⁵⁹ Mannheim tuvo cuidado de calificar esta tesis muy severamente. Las élites deben ser cosmopolitas y con tendencias hacia el exterior, regla rechazada por las sociedades de masas en favor de su selección localista y ligadas a su clase. “La publicación no articulada” trastorna los “pre-requisitos finales de la creación social y su transformación en acción concreta”.⁶⁰

James Burnham se muestra menos reticente en su teoría de la élite en la cultura de masas. Comienza con la observación común de que ahora nos encontramos en medio de una gran transición social o revolución, que él define como un paso de la sociedad capitalista a la sociedad con gerentes, caracterizando esta última como un orden social en el cual la producción, poseída por el público, la explotación indirecta de las masas y el control de las decisiones y operaciones económicas, queda en manos de la clase dirigente. La mano de obra trabaja junto con los políticos, en relación simbiótica, pero no necesariamente armoniosa, y la élite dirigente moviliza zonas de control cada vez mayores por medio de la hábil explotación de las ideologías de dirección aceptadas por las masas. (El mito de MacIver.) El nuevo mecanismo económico y las relaciones sociales, por lo tanto, se encuentran coordinadas en la realización de los objetivos seleccionados por la élite de disminuir la importancia del individuo. La cultura de masas, definida en esta forma y ya en proceso de realización en muchas partes del mundo, se encuentra fuera de las masas y es por ellas, pero no está movida por ellas.

No pretendemos que las teorías de las masas bosquejadas en este estudio sean todas compatibles y congruentes. Un amplio grado de selección de los problemas de interés personal e importancia social no siempre puede lograr que todas las teorías estén de acuerdo. Sin embargo, es posible encontrar ciertos puntos comunes, sobre el objetivo común de la atención de todos, la edad de las masas, en postulados derivables de sus observaciones; pero éste es un problema que será tratado en un análisis posterior.

⁵⁹ *Man and Society*, p. 85.

⁶⁰ *Man and Society*, p. 111.

SEGUNDA PARTE

LA TECNOLOGÍA Y LOS VALORES HUMANOS

INTRODUCCIÓN

Los valores humanos, cualquiera que sea su forma, surgen de la experiencia humana. El industrialismo ha agitado vigorosamente las profundidades y ha transformado las superficies de esta experiencia. El impacto del industrialismo sobre los valores humanos se estudia examinando sus efectos sobre *a)* la ciencia y el arte, *b)* los procesos del cambio social, *c)* los valores políticos y la forma de organización social, *d)* los procesos y perspectivas del conflicto social y *e)* los problemas y filosofía de la política social.

Capítulo VII

CIENCIA, TECNOLOGÍA Y EXPERIENCIA HUMANA *

I.—EL HOMBRE DE CIENCIA COMO ESPÉCIMEN

Este capítulo es un ensayo de descripción psicocultural e interpretación de la ciencia como una empresa social. Explora algunas de las implicaciones de la proposición de que la ciencia es una forma de experiencia humana. Parte del postulado de que, como experiencia, la ciencia puede y debe ser estudiada científicamente. El procedimiento que habrá de seguirse es sencillamente la aplicación de los métodos convencionales de la ciencia, tales como definición, clasificación y generalización, al estudio de la ciencia como experiencia social.

La ciencia es una entre otras muchas experiencias. Como acción humana difiere, desde luego, de otras acciones humanas como la religión, la estética, la política, etc. Las diferencias pueden sintetizarse en la siguiente definición. La ciencia puede, para nuestros propósitos actuales considerarse como *a)* un organismo creciente de conocimientos, *b)* logrado a través de métodos convencionales de observación, *c)* de acuerdo con una serie aceptada de operaciones, *d)* que se propone describir, explicar y predecir los acontecimientos, *e)* por medio del descubrimiento de normas regulares y uniformes de semejanza, sucesión, variación y causalidad en los acontecimientos, *f)* los que se consideran como realizados en un mundo de percepciones que muestran un ordenamiento aparente.

Si la ciencia es una acción de este tipo, se requiere la presencia de un actor, que es el científico. Éste puede ser considerado como un conocedor que trabaja con lo cognoscible (el objeto lo científico), que realiza operaciones de conocimiento (nombrar, clasificar, experimentar, medir, verificar) y de esta manera produce lo conocido o el conocimiento (declaraciones específicas y generalizadas acerca de la realidad: las ciencias como sistemas simbólicos).¹

* Este capítulo apareció bajo el título "Ciencia como Experiencia" en la *American Sociological Review*, 14 de octubre de 1949 pp. 592 ss. (Usado con permiso.)

¹ Véase Benjamín, A. C., *An Introduction to the Philosophy of Science* Macmillan, 1937. Nueva York, pp. 46-47.

Así, pues, el hombre de ciencia como actor se mueve a través de una secuencia continua de experiencias que van desde las más claras hasta las más oscuras. Su tarea consiste en la organización de la realidad a través de las relaciones conceptualizadas que ligan lo que está claro con lo que está oscuro.²

Por lo tanto, la actividad científica es una búsqueda cultivada en pos de la experiencia y es un cultivo de la experiencia. La realidad se presenta a los seres humanos en forma de acontecimientos. Cada acontecimiento o suceso es, al mismo tiempo, una concurrencia, una "jerarquía de acontecimientos".³ La ciencia es una forma altamente codificada de experimentar con la realidad estructurada por los acontecimientos. Es, a la vez, una forma cognoscitiva e instrumental.

Sin embargo, en ambos casos es una forma organizada y, como tal, es ciertamente el reflejo de la cultura dominante. Lo mismo que el criminal o el psicópata a quien se estudia, el hombre de ciencia debe ser y solamente así se le puede comprender, "un espécimen dentro de una serie cultural".⁴ Aquí encontramos, pues, un motivo muy importante para la difusión del estudio de la psicología social de la ciencia, generalmente llamada sociología del conocimiento.⁵

El propósito de este capítulo es seguir las líneas de investigación que se iniciaron con el postulado de la ciencia como forma de experiencia organizada. Haremos y examinaremos cuatro aseveraciones: *a)* la ciencia es una forma de conducta que se aprende y se transmite: la ciencia como cultura; *b)* la ciencia es una actividad que crece y se transforma: la ciencia como historia; *c)* la ciencia como experiencia está organizada y controlada por medio de hábitos: la ciencia como metodología, y *d)* la ciencia como experiencia comprobada y organizada se caracteriza por sistemas simbólicos relativamente integrados: la ciencia como exposición razonada u organon.

² Véase Benjamín, A. C., *The Logical Structure of Science*, Kegan Paul, Trench and Tubner. Londres, 1936, pp. 6 ss.

³ Véase Dewey, John, "Context and Thought", *University of California Publications in Philosophy* XII (1931), pp. 203 ss.

⁴ Dollard, John, *Criteria for the Life History*. Imprenta de la Universidad de Yale New Haven, 1935, p. 13.

⁵ Véase el sumario de la bibliografía hecho por Dahlke, H. O., "The Sociology of Knowledge", en Barnes, H. E., y Becker, H. y F. B., *Contemporary Social Theory*, D. Appleton Century. Nueva York, 1940, pp. 64 ss.

II.—LA CIENCIA COMO COMPLEJO CULTURAL

El "ajustamiento" se ha convertido en una expresión estratégica en la ciencia moderna, un *motivo* mayor, por lo menos en las diversas ciencias de la vida, tales como la biología, ecología, psicología y sociología. Se refiere a una progresión de experiencias que se extiende desde el extremo pasivo del control sobre la realidad. Sin embargo, en un nivel humano, a través de sus diversas expresiones y sus diferentes niveles psicológicos, es considerada como un proceso de ajustamiento orgánico.⁶ La ciencia como una actividad cognoscitiva e instrumental, puede considerarse como portadora de una significación biológica.⁷

Como acontecimiento evolucionario y cultural, la ciencia en el nivel prehistórico era, naturalmente, bastante rudimentaria y específica, y se presentaba en las artes populares y expresivas de la vida social y, poco después, en la mitología y ritual. Cuando llegó a la expresión por medio de símbolos se convirtió, como toda conducta simbólica, en parte de un proceso cultural; se convirtió lenta y torpemente en parte y resultado de la vida interactiva por medio de la comunicación y trasmisión de la experiencia.⁸

La ciencia aparentemente se originó y se desarrolló como una forma de conducta de adaptación e interacción. Hace tiempo, William Graham Sumner llamó la atención sobre su probable origen "en situaciones que demandaban acción para escapar a la extinción".⁹ Es muy probable que comenzara como magia. Un mundo azaroso impulsado a la búsqueda de la seguridad y la magia fue el primer medio.¹⁰ La magia que trata de dominar a los poderes invisibles, se opone a la religión, que trata de propiciarlos; ambas han estado inextricablemente entretreídas y ambas han representado un papel muy importante en la aparición de la ciencia.¹¹

⁶ Véase Paul Meadows, "The Dialectic of the Situation: Some Notes on Situational Psychology" *Philosophy and Phenomenological Research* v, 1945, pp. 354 ss.

⁷ Una tesis que han familiarizado los pragmatistas, los instrumentistas y los positivistas en general.

⁸ Por ejemplo, véase Langer, Suzanne, *Philosophy in a New Key*, Penguin Books, Nueva York, 1948, *passim*; o Kantor, J. F., *Psychology and Logic*, Principia Press, Bloomington, 1945, *passim*.

⁹ Sumner, *Folkways*, Ginn, Boston, 1906, pp. 2-3.

¹⁰ Dewey, John, *The Quest for Certainty*, Minton Balch. Nueva York, 1929, p. 3.

¹¹ Bernal, J. D., escribe: La ciencia "se deriva de las especulaciones ordenadas del mago, el sacerdote o el filósofo, y de la aplicación positiva y el saber tradicional del artífice". *The Social Function of Science*, Macmillan. Nueva York, 1939, p. 13. Véase

El deseo de controlar la realidad y los instrumentos para tal control, producen un conjunto de conocimientos en los que se puede confiar que aumentan la seguridad hasta el punto en que las acciones instrumentalizadas y el deseo de dominio son cada vez menos casuales y más selectivos. La ciencia como experiencia es, necesariamente, una selección crítica de acontecimientos e instrumentos. En consecuencia, se mueve constantemente entre la contemplación y la manipulación, estableciendo modalidades, secuencias y correlaciones entre atributos y variables. La curiosidad activa que pone en movimiento las operaciones instrumentales y la curiosidad ociosa que sistematiza los problemas y productos conceptualizados, son los goznes de la puerta de la ciencia que continuamente está abriéndose y cerrándose.¹²

Como proceso de ajustamiento e interacción, la ciencia es, y sigue siendo, un complejo cultural de desarrollo. Considerada internamente, está compuesta de técnicas del conocimiento (métodos de investigación), tecnología (lógica), y técnicas (artes). El hombre científico de conocimiento es simultáneamente un técnico y un tecnólogo; es un artesano con instrumentos que ha heredado y mejora y en cuyo empleo debe ser muy hábil; y es también un sistematizador que simboliza e integra sus observaciones en un cuerpo formal de conocimiento. Considerado externamente, el complejo cultural de la ciencia es una actividad social con personal selecto, organización social y de conducta, hábitos de acción e interés, normas acumulativas de equipo y símbolos, y exposición razonada y sistemas que justifican, motivan y explican la actividad.¹³ Considerada así, como una empresa variable, estructurada y cambiante, la ciencia, en su carácter de complejo cultural fácilmente puede convertirse, por lo menos más que hasta ahora, en el tema de disciplinas tales como la historia, la antropología o la sociología.¹⁴

también Bernard, L. L., *Introduction to Sociology*, T. Y., Crowell. Nueva York, 1942. Caps. 6 y 40.

¹² Véase Veblen, Thorstein, *The Place of Science in Modern Civilization*, B. W. Huebsch. Nueva York, 1919.

¹³ Como la religión, la magia, la mitología o el arte, o cualquiera otra actividad humana, la ciencia tiende a desarrollar sus propias ficciones auto-corroborativas, una tendencia que pocos científicos se han tomado el trabajo de examinar.

¹⁴ Véase el sugestivo artículo de Gittler, J. B., "Possibilities of a Sociology of Science", *Social Forces*, 18, 1940, pp. 359 ss.

III.—TECNOLOGÍA Y CIENCIA

Ya se ha sugerido que la forma científica de observación y especulación se organiza y expresa como complejo cultural que se aprende, modifica y trasmite. Siendo esto así es importante notar cómo este complejo particular no solamente refleja la cultura dominante de una determinada época y lugar, sino también los cambios que experimenta a través del tiempo. Hay dos proposiciones principales: que el complejo cultural de la ciencia surge y crece a través de la interacción de ciertos factores internos y externos, y que con el tiempo surgen grandes tradiciones culturales en la ciencia que sirven como fuerzas selectivas y conectivo-temporales en sus intereses y desarrollo.

En lo interno, la variación y desarrollo de la ciencia reflejan las variaciones y desarrollo de la filosofía y la tecnología del pueblo. La ciencia como proceso cultural está ligada a un conjunto de condiciones sociales que emancipan y motivan la actividad científica. Este hecho se ve con mayor claridad en el caso de la civilización occidental. La aparición y madurez del pensamiento griego, por ejemplo, tiene sus orígenes sociales en la forma en que la cultura griega proporcionó acomodamientos colectivos satisfactorios: una cultura económica expansiva, la falta de un sacerdocio como autoridad política y un *ethos* cultural que estimaba las proezas intelectuales. Para ellos, los problemas filosóficos eran "formulaciones de complicaciones existentes en la experiencia material y colectiva".¹⁵ Esa experiencia colectiva es, indudablemente, libre, "expuesta al cambio y sujeta a esfuerzos para lograr un control deliberado". Por lo tanto, presenta "en una forma típica las dificultades básicas con que el pensamiento humano tiene que tropezar". El cambio y el conflicto social fueron reflejados en la antítesis que ya nos es familiar, estabilidad frente a cambio, armonía frente a hostilidad, razón frente a fuerza, experiencia frente a tradición, etc. Históricamente, la experiencia griega se ha repetido en una gran variedad de contenidos nacionales. Los cambios en la filosofía y, por lo tanto, en la ciencia, han quedado "inherentemente ligados a problemas que surgen cuando se realizan nuevas valoraciones y nuevas redistribuciones en la significación de los valores".¹⁶ Lo mismo que la filosofía, la ciencia es particularmente activa. "en los períodos de notable cambio so-

¹⁵ Dewey, John, "Phylosophy", *Encyclopaedia of Social Sciences*, Macmillan. Nueva York, 1934, 12; pp. 118 ss.

¹⁶ *Ibid.* Para una exposición actual de este tema, véase Northrop, F. S. C., *The Meeting of the East and West*, Macmillan. Nueva York, 1946.

cial...". Por esta razón, es al mismo tiempo inevitable y deseable que la filosofía sea "la matriz dentro de la cual las concepciones que están dirigidas hacia el terreno físico o hacia el humano, sean concebidas y alimentadas".¹⁷

Tecnológicamente, las variaciones y el desarrollo de la ciencia parecen estar ligados a ciertos factores económicos de predisposición, tales como la presencia de un sobrante económico, una división social del trabajo, y ciertos arreglos colectivos. Generalmente, estamos familiarizados con este hecho a través de la forma en la cual las corporaciones privadas, tanto comerciales como académicas, lo mismo que el gobierno, organizan y subsidian la investigación en nuestra propia sociedad. Lo mismo ha ocurrido en períodos anteriores de la civilización occidental. Por ejemplo, la Sociedad Científica Real en Inglaterra fue fundada por mercaderes de Londres.¹⁸ La demanda económica y social de nuevas invenciones útiles se ha facilitado, no sólo por las organizaciones de capital, sino también por la actividad organizada de técnicos y artesanos.¹⁹

En una forma muy resumida, la dependencia filosófica y tecnológica del desarrollo científico parece ser una función de ideología y economía; ambas parecen ser el agente eficiente de madurez científica.

La segunda proposición que parece ser muy importante aquí se refiere a la aparición y significación de grandes tradiciones culturales en el crecimiento y desarrollo de la ciencia como complejo cultural. Una tradición cultural —sus procesos de formación y formulación no necesitan ser detallados aquí²⁰— llega a ser para un pueblo el "marco de aceptación", o sea el "marco de referencia". Cada marco de aceptación se alista para la "acción" de acuerdo con su forma particular de establecer las fronteras... De ellas derivamos nuestros vocabularios...²¹

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Véase Mumford, Lewis, *Technics and Civilization*, Harcourt, Brace. Nueva York, 1935.

¹⁹ Véase Weber, Max, *The Theory of Social and Economic Organization*. Imprenta de la Universidad de Oxford, Nueva York, 1947; Dixon, R. A., y Eberhardt, E. K., *Economic Institutions and Culture Change*, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1941.

²⁰ Véase Radin, Max., "Tradition", *Encyclopaedia of Social Sciences*, 15, pp. 62 ss. El papel de las "tradiciones" en la ciencia no ha sido adecuadamente estudiado. Un marco conceptual para dicho estudio puede encontrarse en la obra de Hertzler, J. O., *Social Institutions*. Imprenta de la Universidad de Nebraska, Lincoln, 1946. Los datos empíricos pueden encontrarse en las numerosas obras sobre historia de la ciencia y de la filosofía.

²¹ Burke, Kenneth, *Attitudes toward History*, New Republic, Inc. Nueva York, 1927, I, p. 120.

La tradición positivista comtiana, que es un poderoso marco aceptado en la ciencia moderna, nos ha familiarizado con la norma dialéctica de las etapas del desarrollo teológico, metafísico y científico o positivo.²² La psicología social de esta dialéctica histórica, aunque quizás no la dialéctica misma, ha sido ampliamente aceptada entre los pragmatistas e instrumentalistas y casi entre todos los realistas críticos. Se sostiene que el pensamiento se origina en las cosas usadas, sentidas y gozadas. El alimento del interés humano de las capacidades hace que vaya extendiéndose progresivamente el terreno de lo experimentado para que pueda incluir cada vez más objetos remotos y oscuros, y demostrar la imposibilidad de explorar lo incógnito con métodos antropomórficos u otros semejantes. La prueba de la verdad se convierte en la aproximación sucesiva de la realidad, la prueba positivista. Pero, según observó Benjamín, cuando una ciencia ha llegado a esta etapa, "no ha llegado a la madurez; por el contrario, apenas comienza a ser una ciencia".²³ Propone una nueva "ley de las tres etapas", pictórica o icónica (etapa de los modelos); descriptiva (etapa de la caracterización, establecimiento de los símbolos de clasificación), y explicativa (etapa de la integración, establecimiento de sistemas simbólicos). Posiblemente, una ciencia puede considerarse madura cuando llega a la última etapa.

Por válida que pueda resultar esta tesis, el hecho indispensable es que la tradición más importante en la ciencia moderna es el positivismo. Este marco particular de aceptación sostiene que el símbolo científico (C) es una función (f) de los datos (D) y/o de la operación (O). Al contrario del racionalismo, que sostiene que C es igual a f (O), el positivismo, en su forma empírica, sostiene que C es igual a f (D), o que C es igual a f (D, O).²⁴ La mayor parte de las filosofías de la ciencia moderna parecen ser variaciones de este tema.

La importancia concedida al papel de las tradiciones culturales en el complejo cultural llamado ciencia, posiblemente no satisfaga a los científicos, quienes creen no tener presupuestos filosóficos. Sin extendernos sobre este punto, podemos citar sencillamente algunas de las direcciones filosóficas más importantes en la ciencia del último siglo: del materialismo al dinamismo; del determinismo al indeterminismo; del universo concebido como una gran máquina al universo concebido como un gran pensamiento;

²² Por ejemplo, véase Bernard, L. L., "Scientific Method and Social Progress" *American Journal of Sociology*, 31, 1925, pp. 1 ss.

²³ Benjamín, A. C., *The Logical Structure of Science*, pp. 149 ss.

²⁴ Véase Benjamín, *Introduction to the Philology of Science*, pp. 149 ss.

del problema de la relación entre la parte y el todo, al de la relación entre el todo y la parte.

Estos cambios se realizan lentamente. Ciertamente que los sistemas conceptuales de un período parecen cambiar más lentamente que sus sistemas de observación. De hecho, quizás la laguna cultural más desastrosa en una sociedad sea la falta de concordancia entre sus órdenes de observación y conceptuales, creando para ellos un dominio inamovible.²⁵

Metodológicamente, estas invasiones y sucesiones en el terreno conceptual indican la necesidad de una reducción planeada por los sabios de las tensiones ideológicas en sus terrenos propios. La ciencia moderna se encuentra aún maniatada por una falacia metafísica que dice que no tiene nada que ver con la metafísica, y también por una falacia cultural de que la ciencia es *sui generis*.

IV.—LA CIENCIA COMO HABILIDAD TÉCNICA

La ciencia como tipo particular de experiencia consiste, por lo menos en parte, en el conocimiento a través de la observación. Como conducta aprendida está, por lo tanto, formada básicamente por las habilidades adquiridas por la observación. Las últimas pueden ser clasificadas en dos grupos, habilidades técnicas y habilidades de símbolos. En cierto sentido, el dominio de ambas es, por lo menos, un índice de habilidad científica. Juntos forman lo que generalmente se llama la metodología de la ciencia.

Superficialmente la situación de la metodología en la ciencia resulta altamente confusa.²⁶ Las discusiones usuales subrayan los elementos obvios como principios generales derivados o derivables de los estudios empíricos, de estudios de los procesos psicológicos, de reseñas históricas sobre el desarrollo científico o de guías sobre la investigación. La mayor parte de estas consideraciones reconocen la dualidad de la observación y la teoría.²⁷ Mucho más provechoso es el procedimiento que parte de la teoría *de* la observación, o del papel de la teoría *en* la observación.

²⁵ Whitehead llamó la atención sobre esta inmunidad de las grandes tradiciones culturales de la ciencia, en su brillante estudio sobre la evolución de los conceptos de ley natural: la sucesión doctrinal de la Ley Natural Impuesta, la Ley Natural como Inmanente de la Naturaleza, la Ley Natural como Orden Observado de Sucesión o Concomitancia, o como simple Descripción. Véase Whitehead, A. N., *The Adventure of Ideas*, Macmillan. Nueva York, 1933.

²⁶ Véase Cohen, M. R., *A Preface to Logic*, Henry Holt. Nueva York, 1944, pp. 18 ss.

²⁷ Véase, por ejemplo, Mayer, Joseph, "Toward a Science of Society", *American Journal of Sociology*, 39, 1933, pp. 159 ss.

Esta tesis requiere, primero que todo, que la habilidad técnica quede siempre subordinada y adaptada al servicio de la habilidad simbólica. Por ejemplo, las rutinas estadísticas o de laboratorio, reciben del mismo modo la significación de que disfrutan, de problemas simbólicamente derivados. Los hechos se presentan en la ciencia dentro de una escena de teorías; en la ciencia madura siempre sucede en esta forma. Desde luego que es cierto que el adelanto histórico de una ciencia tiende principalmente a ser una función de su habilidad técnica y, después, de su habilidad simbólica.²⁸ Desgraciadamente, las ciencias no maduras, dándose cuenta de su falta de exactitud, frecuentemente se precipitan con exigencias de que sus métodos de investigación imiten la habilidad técnica de las ciencias más antiguas y maduras.²⁹ Dichas pretensiones malinterpretan la historia de la ciencia. La naturaleza de los datos, la naturaleza de las limitaciones de situación sobre la observación de los datos en cualquier terreno determinado, y especialmente la naturaleza del problema analítico, determinan históricamente la naturaleza y desarrollo de las habilidades técnicas y simbólicas de una ciencia determinada. ¡Las pseudociencias están formadas por fijaciones análogas!

La fuente de la confusión acerca de la metodología radica en las habilidades simbólicas de los sabios. Una lógica tradicional, formulada por los griegos clásicos, ha tratado siempre de organizar lo que ya se conoce. Su llamado a las percepciones sensoriales en esta lógica siempre se ha dirigido a la búsqueda de los particulares, en tanto que su búsqueda por la percepción racional se ha dirigido hacia los universales; los buenos oficios de la lógica consisten en reunir estas dos formas.³⁰ El racionalismo, como el moderno heredero de este antiguo hábito de pensamiento, perpetuó esta preocupación en sus construcciones conceptuales y manipulaciones dialécticas. Su éxito supremo son las matemáticas. El empirismo, que apareció con los nuevos movimientos sociales y económicos del nuevo Estado-nación y del industrialismo, radicalmente se basó en la experiencia o en la observación, a expensas generalmente de la teoría, y al hacerlo así, proclamó la supremacía de la inducción sobre la deducción. El hecho de no haber reconocido el carácter deductivo de toda intuición, el grado de simboli-

²⁸ Véase Bain, Read, "The Concept of Complexity in Sociology", *Social Forces*, 8 1929, pp. 222 ss., 369 ss.

²⁹ Por ejemplo, véase Lundberg, George A., *The Foundations of Sociology*, Macmillan. Nueva York, 1939.

³⁰ Véase Dewey, John, "Logic", *Encyclopedia of Social Sciences*, 9: pp. 598 ss.

zación en todo "hecho", el concepto en los datos, ha resultado más trágico cuando las necesidades que han causado el grito contemporáneo en pro de la integración y la síntesis, son tomadas en consideración. Así como no puede haber ningún conjunto de hechos científicos sin conceptualización, no puede haber tampoco sistema de ciencia sin teoría: los conceptos organizan los preceptos, así como la teoría organiza la ciencia.³¹ Y así como el símbolo selecciona y analiza la experiencia, de la misma manera la teoría proporciona una base para su organización coherente.³²

Los símbolos de habilidad de una ciencia generalmente se encuentran divididos en símbolos de descripción y de explicación, siendo los últimos más antiguos y maduros que los primeros. Los símbolos de habilidad en el nivel descriptivo representan acontecimientos en sus aspectos más claros, los clasifican, los ordenan y los relacionan. Las habilidades descriptivas no producen universales, sino generalizaciones enumerativas.³³ En el mejor de los casos, están mal integrados o no explican nada; tienden a formar agregados, no sistemas de conocimiento; las proposiciones se siguen una a otra, pero no en orden, y los significados son ilustrativos, pero no de postulación.

Las habilidades simbólicas explicativas proceden de proposiciones empíricas descriptivamente desarrolladas o en proposiciones hipotéticas que pueden referirse, hacia adelante o hacia atrás, a datos empíricos. Se buscan las interconexiones sistemáticas de la experiencia, subrayándose las relaciones de los hechos, no los hechos mismos, y las relaciones lógicamente necesarias o invariables de los hechos.³⁴ Las habilidades simbólicas de la ciencia explicativa establecen las relaciones de co-implicación, co-variación y causación.³⁵ Las habilidades técnicas de una ciencia explicativa son de deducción hipotética (implicación), mientras que en el caso de una ciencia descriptiva tienden a ser las de una uniformidad observada (semejanza, coexistencia, sucesión).

La metodología de la ciencia, pues, consiste en una serie de habilidades intercomunicadas. Así, en este sentido, es como puede afirmarse que la lógica y la metodología se complementan. Si la lógica se define

³¹ Véase Blumer, Herbert, "Science without Concepts", *American Journal of Sociology*, 37, 1931, pp. 515 ss.

³² Véase Merton, Robert K., "The Role of Theory in Social Research", *Bulletin of the Society for Social Research*, Universidad de Chicago, diciembre de 1937.

³³ Benjamín, A. C., *Philosophy of Science*, p. 138.

³⁴ Véase Cohen, M. R., *A preface of Logic*, p. 21.

³⁵ Véase Ballantine, W. G., *The Logic of Science*, T. Y. Crowell. Nueva York, 1933, *passim*.

como "una serie de operaciones de organización", no puede haber diferencia entre "la organización práctica de los objetos y los procedimientos lógicos más técnicos o abstractos".³⁶ Desde este punto de vista, puede vislumbrarse la desaparición de esta separación equivocada entre teoría y observación, concepción y percepción, ideas y realidad. Desgraciadamente, la persistencia de esta separación es la responsable de las difundidas actividades de los sabios "coleccionistas", por una parte, y del cerrado sistema de construcción de los sabios filósofos y lógicos, por la otra.

V.—LA CIENCIA COMO CONSTRUCCIÓN DE SISTEMAS

La ciencia como una operación lógica, inevitablemente tiende hacia la construcción de sistemas; conocer es sistematizar, sistematizar es predecir, predecir es controlar.

El conocimiento requiere relación: todos los hechos son concebidos en una relación con otros hechos; en otras palabras, son "conocidos" solamente a través de las relaciones. Las afirmaciones acerca de la realidad, es decir, acerca de los "hechos", son expresiones de relación. Sistematizar es extender esta conducta de organización, que se inicia con las más sencillas aproximaciones a la realidad. La palabra "sistema", de acuerdo con Webster, se deriva, en parte, del griego: *syn*, con, *histanai*, colocar; así, pues, sistematizar es "colocar reunidos". Psicológicamente, la sistematización parece ser la respuesta a una necesidad emocional de "pensamiento simbólico", como dice Burke; la necesidad de "un conjunto de imágenes racionales y conceptuales que localice los diversos aspectos de la experiencia".³⁷

Hay dos niveles de sistematización: de agregación y funcional. Los sistemas de agregación son descriptivos, abiertos y de relación. Los sistemas funcionales son explicativos, cerrados y de interrelación. Los primeros reúnen los hechos significativos; los segundos se ocupan de hechos que más o menos dependen unos de otros. Ambos tipos de sistemas se encuentran en las ciencias.

De los dos, el sistema funcional, explicativo y de interrelaciones representa el ideal final de la ciencia. Pues comprende "Un conjunto de proposiciones ordenadas en una jerarquía, cuyo nivel más bajo se ocupa de los hechos particulares y el más alto de una ley general que gobierna todo el universo."³⁸ Una conexión hacia arriba entre estas proposiciones

³⁶ Kantor, J. F., *Psychology and Logic*, p. 5.

³⁷ Burke, *op. cit.*, p. 1.

³⁸ Russell, Bertrand, *The Scientific Outlook*, W. W. Norton. Nueva York, 1931, p. 58.

queda establecida por inducción, en tanto que la relación hacia abajo se establece por deducción.

Así, pues, la sistematización representa un proceso de jerarquización. En un nivel puramente descriptivo, esta actividad necesita que los datos se ordenen en clases y series; en un nivel explicativo, significa el ordenamiento en forma de adición y, según Levine y Dornblum, "en forma de B", es decir, "comprensibles en los términos en que son concebidos".³⁹

Descriptivamente, los hechos quedan relacionados por medio del establecimiento de semejanzas, coexistencia y sucesión. Entre las disciplinas explicativas, los hechos quedan interrelacionados a través del descubrimiento o demostración, de la superordenación-subordenación, co-variación y co-implicación. La tarea del último nivel es mucho más compleja que la del primero, pues se necesita un alcance mayor y una mayor maestría de las habilidades técnicas y simbólicas. Históricamente, la sistematización descriptiva se ha presentado primero en casi todas las ciencias y desgraciadamente algunas ciencias aún no han llegado ni siquiera a esta etapa. La ciencia requiere un proceso de maduración y socialización, la acumulación de una base cultural y la tradición y difusión de las habilidades técnica y simbólica. La sistematización no debe ser forzada, pero es útil comprender y anticipar que es una función de la madurez.

Analíticamente, los sistemas de ciencias disponibles aparecen en forma de diagrama, como sigue:

³⁹ Levine, S. M., y Dornblum, A., "The Implications of Science as a Logical System", *American Sociological Review*, 4, 1939, p. 382.

ESQUEMA ANALÍTICO DE LOS SISTEMAS CIENTÍFICOS

<p style="text-align: center;">La Ciencia como Conocimiento</p> <hr/> <p>(Declaraciones acerca de la realidad, es decir, hechos.)</p> <hr/> <p>Aspecto de la realidad Materia Objetivo</p> <hr/> <p>Función Forma de procedimiento Actividad lógica Símbolo de relación Relación Símbolo-Habilidad</p>	<p style="text-align: center;">La Ciencia como Metodología</p> <hr/> <p style="text-align: center;">(Operaciones)</p> <hr/> <p style="text-align: center;">Tipos de Sistemas Científicos</p> <table border="1" style="width: 100%; border-collapse: collapse;"> <thead> <tr> <th style="width: 33%; text-align: center;"><i>Taxonómico</i></th> <th style="width: 33%; text-align: center;"><i>Genético</i></th> <th style="width: 33%; text-align: center;"><i>De postulación</i></th> </tr> </thead> <tbody> <tr> <td style="padding: 5px;"> Cualidades Atributos Hechos de semejanza Definición Tipos Clasificación De intensidad Correspondencia Constructiva </td> <td style="padding: 5px;"> Ocurencias Acontecimientos Hechos de sucesión Comparación Secuencias Series De extensión-intensidad Sucesión Conductiva </td> <td style="padding: 5px;"> Concurrencias Variables Hechos de variación concomitantes Explicación Interrelaciones Inducción mixta De extensión Integración Hipotético-deductiva </td> </tr> </tbody> </table>	<i>Taxonómico</i>	<i>Genético</i>	<i>De postulación</i>	Cualidades Atributos Hechos de semejanza Definición Tipos Clasificación De intensidad Correspondencia Constructiva	Ocurencias Acontecimientos Hechos de sucesión Comparación Secuencias Series De extensión-intensidad Sucesión Conductiva	Concurrencias Variables Hechos de variación concomitantes Explicación Interrelaciones Inducción mixta De extensión Integración Hipotético-deductiva
<i>Taxonómico</i>	<i>Genético</i>	<i>De postulación</i>					
Cualidades Atributos Hechos de semejanza Definición Tipos Clasificación De intensidad Correspondencia Constructiva	Ocurencias Acontecimientos Hechos de sucesión Comparación Secuencias Series De extensión-intensidad Sucesión Conductiva	Concurrencias Variables Hechos de variación concomitantes Explicación Interrelaciones Inducción mixta De extensión Integración Hipotético-deductiva					



Capítulo VIII

LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL *

I.—LA INDUSTRIALIZACIÓN COMO MARCO DE REFERENCIA

El problema de este capítulo es el desarrollo de una investigación social más efectiva a través de la adaptación de diversos métodos a un problema significativo. El problema parece a primera vista superfluo, ya que la literatura actual sobre la investigación subraya constantemente la naturaleza suplementaria de todos nuestros métodos. Pero el hecho mismo de que cualquier cuestión pueda ser considerada en diferentes niveles analíticos¹ sugiere que debemos buscar una nueva respuesta en otra dirección. He pensado que en el fenómeno de la industrialización pueden encontrarse algunas claves para la solución de este problema.

La frase "industrialización de la investigación social" no se refiere, por lo menos en este aspecto, a la aplicación de los métodos de investigación social o los datos a la industria, aun cuando esta aplicación se ha difundido mucho. La frase, tal como la usamos aquí, se refiere a la organización interna de la situación del trabajo en la investigación. El científico, mucho más de lo que él mismo cree, es un trabajador industrial.² Como apunta Bernal: "La investigación científica no es ya, como dijo un profesor de Cambridge de la generación pasada, 'una ocupación adecuada para el tiempo libre de un caballero inglés'... El sabio de la actualidad se ha convertido en un funcionario asalariado, lo mismo que cualquier servidor civil o que un dirigente comercial."³ La industrialización de la investigación social se refiere, pues, a los cambios de organización que necesariamente se han presentado en la posición mundial del hombre de ciencia.

* Este capítulo apareció con el mismo título en *Transformation*, 1:2, 1951, pp. 110 ss. (Usado aquí con permiso.)

¹ Demostrado, por ejemplo, por Korzybsky, Alfred, *Science and Sanity*, International Non-Aristotelian Library, Nueva York, 1933.

² Véase Meadows, Paul, *The Culture of Industrial Man*. Imprenta de la Universidad de Nebraska, Lincoln, 1950, caps. 2, 4.

³ Bernal, J. D., *The Social Function of Science*, Macmillan. Nueva York, p. 10. (Citado con permiso.)

Estos cambios, acelerados por la demanda social en pro de la producción en masa, incluyen la división especializada del trabajo, las normas para la preparación y reclutamiento de investigadores, la normalización de las condiciones de trabajo, la intercomunicación profesional, la demanda en el mercado, el financiamiento y la dirección administrativa del trabajo de investigación. Así, pues, nos proponemos examinar, en este capítulo, a través de los lentes de la industrialización, las posibilidades de una investigación social más efectiva, por medio del método múltiple de investigación, que la industrialización ha hecho posible.

II.—LA INVESTIGACIÓN COMO PROCESO INDUSTRIAL

“La industrialización puede ser considerada, con cierta exactitud, como un proceso que comprende un conjunto creciente de recursos explotados, una cantidad creciente de artículos producidos y una eficacia creciente del capital y la técnica empleados.”⁴ El caso de la industrialización consiste en un aumento de oportunidades y una extensión de la producción y la organización. La industrialización es el producto de una evolución tecnológica y social que va reemplazando gradualmente al artesano aislado y autosuficiente que produce en pequeña escala, por los obreros agrupados que se dedican a la producción en masa. La consecuencia comprende, entre otras cosas, una transición de las herramientas a la maquinaria, un aumento en la especialización y la división del trabajo, la uniformidad del propósito, el intercambio de las partes, la organización en serie de los procesos y el manejo administrativo de la producción. La ciencia es una empresa productiva,⁵ y su desarrollo no depende tanto del gigantesco aumento de la cantidad de ciudadanos con dotes especiales y con una gran curiosidad de investigación, como del desarrollo del mercado para los productos de la investigación científica y de su aplicación.⁶ Por lo tanto, el desarrollo de una ciencia se caracteriza por: *a*) una mayor especialización, por una parte, y, por la otra, por *b*) un aumento en el equipo, uniformidad de los procesos, de los utensilios y del propósito de la investigación, así como por *c*) una ampliación en la organización para el alistamiento, financiamiento y coordinación, y *d*) por una creciente demanda de los resultados de la investigación.

⁴ Moore, W. E., “Utilization of Human Resources Through Industrialization” *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 27, enero de 1950, pp. 52-67.

⁵ Este tema fue desarrollado en el capítulo anterior.

⁶ Véase Bernal, *op. cit.*, p. 94.

Si las ciencias sociales se han retrasado con respecto a la extensión y prestigio de sus cabezas que operan en el campo de las ciencias naturales, y que son más útiles desde el punto de vista social o más mortales desde el punto de vista militar, la causa consiste, en parte, en que no hay un mercado adecuado para los productos de las ciencias sociales, y en parte, en lo inadecuado de los instrumentos y la organización del trabajo de dichas ciencias. El terreno de la investigación social se encuentra en un nivel que corresponde más o menos a la artesanía, aunque se notan ya algunos síntomas de industrialización: el empleo de ciertas máquinas, cierta uniformidad en los proyectos de investigación, un aumento en la especialización etc. Sugerimos que quizá aumentaría la productividad de la investigación en las ciencias sociales si se hiciera un serio esfuerzo por industrializar, como en las ciencias naturales, el personal, los procesos y las condiciones de trabajo de la investigación social.

Es indudable que en las ciencias naturales ha dominado la industrialización de la investigación. Espoleados a su vez por la utilidad del desarrollo científico y por la innegable necesidad de competir por él, los negocios y la industria no sólo han concedido un ancho campo a las ciencias naturales, sino que las han financiado e integrado dentro de la estructura de la organización productiva. Frank Jewett escribe: "De los grupos comprendidos en lo que es esencial y fundamentalmente investigación científica, a los que se dedican al desarrollo, ingeniería, manufactura y operación, las transiciones son puntos de coyuntura sobre los cuales la información fluye sin tropiezos en ambas direcciones."⁷ La motivación de esta relación simbiótica ha sido siempre muy clara. Cuando se inauguró el Laboratorio Nacional de Física, en 1902, el Rey de Inglaterra declaró que su objeto "era lograr que el conocimiento científico tuviera una aplicación práctica sobre la vida cotidiana comercial e industrial".⁸ El logro de esta laudable ambición ha transformado lentamente el carácter de la organización de la labor científica. Así, como ha observado Kenneth Mees: "con el aumento de la complejidad y con el aumento paralelo en la cantidad de información técnica y científica, que necesita una mayor especialización, el trabajo de investigación y desarrollo, que había sido realizado por un individuo, ha sido delegado a un departamento especial de la organiza-

⁷ En *The Future of Industrial Development: Papers and Discussions*, Standard Oil Development Company. Nueva York, 1945, p. 19.

⁸ Citado por Crowther, *The Social Relations of Science*, Macmillan. Nueva York, 1949, p. 532.

ción, de donde surge la moderna investigación industrial".⁹ El sabio brillante y aislado ha pasado de moda, para convertirse en miembro de un equipo de técnicos, bien financiados por una organización, con problemas llenos de sentido práctico que casi siempre le son sugeridos, en vez de que él los sugiera.

Esta idea de un programa más o menos autónomo para la investigación de grupo, no es nueva. Ese precursor del moderno empirismo que fue Francis Bacon, la previó en su *New Atlantis*. Su "Casa de Salomón"—el moderno instituto de investigación— consistía, según su idea, en una serie de laboratorios para la investigación experimental, manejados por un conjunto de individuos, algunos de los cuales estudiaban las obras escritas o viajaban, mientras que otros hacían las observaciones y experimentos y otros más computaban los resultados de estos experimentos y desarrollaban las teorías o ideaban nuevos experimentos. Hay mucha distancia entre la Casa de Salomón y la actual National Science Foundation. Pero el sendero ha quedado muy bien decorado con monumentos tan imponentes para la investigación organizada de grupo como el National Physical Laboratory de Inglaterra, la "Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft zur Förderung der Wissenschaften", el Nela Park Laboratory of General Electric, la Institution Carnegie de Washington, la Office of Scientific Research and Development in War-Time de Washington.

Bernal se queja de que "las actividades científicas han crecido en detalle de manera espontánea, mientras que las organizaciones para coordinar dichas actividades no han sido planeadas con anticipación, sino que se han desarrollado paralelas a la ciencia, siempre más lentamente que las actividades que organizan".¹⁰ Quizás sea así, aunque de todos modos el panorama de organización de la investigación física y biológica, de hecho es impresionante. Mees clasificó las organizaciones de investigación industrial de la siguiente manera:

- I. Las establecidas en las industrias, por ejemplo, las de las industrias eléctrica y química americanas.
- II. Los Institutos Tecnológicos de Investigación, por ejemplo, el Instituto Mellon de la Universidad de Pittsburgh.
- III. Los organismos y centros de investigación sostenidos por el go-

⁹ Mees, Kenneth, *The Path of Science*, John Wiley. Nueva York, 1946, p. 175. (Citado con permiso.)

¹⁰ Bernal, *op. cit.*, p. 99. (Citado con permiso.)

bierno; por ejemplo, el Observatorio de Greenwich o la U. S. Geological Survey.

IV. Los institutos de investigación convergente; por ejemplo, el Geophysical Laboratory.

V. Los institutos de investigación divergente; por ejemplo, el típico laboratorio de investigación en una universidad, o sus institutos.¹¹

No hace falta decir que con esta industrialización raras veces hay necesidad de preocuparse por el reclutamiento de personal, o por el financiamiento o coordinación de las investigaciones y los descubrimientos con pluralidad de métodos es demasiado evidente para ser mencionada. Y el hecho de que los problemas significativos sean seleccionados para el estudio, se entiende por sí solo.

II.—SUPERVIVENCIAS DE LA ARTESANÍA EN LA INVESTIGACIÓN MODERNA

Sin embargo, es inevitable que una situación de trabajo relativamente nueva, como la mencionada anteriormente, cree algunas dificultades. Una investigación industrializada debe tener la ventaja adicional de proporcionar un panorama interno de la naturaleza y problemas de la investigación social industrializada.

Los sabios sociales, que parecen ser los entenados de la familia científica moderna, probablemente quedarán sorprendidos al saber, por boca de un miembro del círculo interior como Bernal, que la mayor parte de la labor de los sabios dedicados a las ciencias naturales se desperdicia, en parte, por "la falta inmediata de aparatos o ayudantes". Resulta casi alarmante enterarse también de que su labor se desperdicia además "porque no está adecuadamente coordinada con otros trabajos", o porque "hay muchas probabilidades de que se pierda completamente en una maraña de literatura científica ilegible".¹² Con estas palabras Bernal introduce un análisis muy perspicaz y útil sobre la ineficacia de la moderna labor científica, que los sabios sociales pueden estudiar con gran fruto.

"El laboratorio de la actualidad —afirma Bernal— se parece más bien a una fábrica primitiva compuesta de numerosos trabajadores independientes, cada uno con sus propias herramientas y que disfrutan de algunos servicios

¹¹ Adaptado de Mees, *op. cit.*, pp. 175 ss. Sobre la extensión y variedad de los laboratorios de investigación industrial, véase National Research Council, *Industrial Research Laboratories in the United States, including Consulting Research Laboratories*. National Research Council, Washington, 1946.

¹² Bernal, *op. cit.*, p. 99.

comunes, tales como la energía o los materiales.”¹³ En seguida, Bernal procede a enumerar los tipos de obstáculos con que se tropieza en la investigación organizada:

1. El hecho de que el grado y tipo de coordinación depende de la filosofía y de la personalidad del director;
2. La política del personal;
3. El financiamiento comprometedor;
4. El secreto;
5. La inseguridad;
6. La falta de libertad de los investigadores individuales;
7. La gerontocracia administrativa profesional;
8. Los métodos de comunicación informales y poco dignos de confianza;
9. La voluminosa literatura científica;
10. La interferencia de responsabilidades ajenas a la investigación.

Debe hacerse notar que estas dificultades no son peculiares de la investigación de grupo. En parte, son un reflejo de las actitudes individualistas y de *laissez-faire* de los propios científicos, acostumbrados, como están, a pescar en cualquier agua y con cualquier anzuelo. Además, estos obstáculos son un índice de la falta de madurez de la investigación científica como esfuerzo industrializado productivo. Crowther nos ha recordado que la investigación como actividad social independiente “sólo hasta hace muy poco tiempo se ha tratado de emancipar y de seguir su línea de vida propia como organismo social autónomo, con sus propias fábricas o laboratorios”.¹⁴ Por lo que se refiere a los sabios sociales, creo que puede afirmarse que se sentirían satisfechos si pudieran, de vez en cuando, levantar la voz contra la reglamentación burocrática y la gerontocracia administrativa.

IV.—EL CIENTÍFICO COMO TRABAJADOR INDUSTRIAL

Por temor a que esta incursión en el sacrosanto dominio de los prestigiados físicos y de los canonizados químicos parezca ociosa, examinemos, a la luz de estas observaciones, la situación de trabajo de los sabios sociales.

La mayor parte de los investigadores en las ciencias sociales están relacionados con las instituciones académicas, aunque cada vez es mayor el número de los que encuentran empleo —siempre sujetos a pruebas de lealtad

¹³ Bernal, *op. cit.*, p. 103. (Citado con permiso.)

¹⁴ Crowther, *op. cit.*, p. 491.

y a situaciones privilegiadas— en el gobierno y en la industria.¹⁵ Muchos están ligados a los organismos de servicio de la comunidad y algunos trabajan con la industria militar. Sin embargo, hablando en términos generales, su dispersión en el espacio y el carácter tangencial de sus intereses de investigación les impiden igualar la envidiable productividad de sus colegas de las ciencias naturales.

El reclutamiento de los investigadores para las ciencias sociales no es un problema, ni cualitativo ni cuantitativo, como ya indicó Donald Young.¹⁶ La magnitud de los fracasos en este aspecto parece provenir, en parte, de la excesiva confianza en los programas de preparación no supervisados e individualistas. Por ejemplo, el departamento de sociología común y corriente no comienza explotando las posibilidades de una investigación de grupo organizada entre las personas que ha preparado. No sabemos hasta qué punto sea un reflejo de la organización interna de estos departamentos o de la costumbre de desestimar el trabajo de los graduados. Otra falla, por lo que se refiere al reclutamiento del personal, es el descuido en que se tiene a los especialistas ya maduros que no están relacionados con la universidad o con otros organismos de investigación.¹⁷ Una grave debilidad en la organización de la investigación en las ciencias sociales consiste en la falta relativa de atención que se presta al problema de las oportunidades industriales que se conceden a los que se han preparado en este terreno. El problema consiste solamente en que los sabios sociales no parecen interesarse en el problema, sino también en que nuestra propia falta de atención nos ha privado de fondos, lo mismo que de experiencias vitales. Por ejemplo, en el terreno de la farmacia, las grandes firmas farmacéuticas no sólo sostienen departamentos y becas para preparar a su personal, sino que también mantienen relaciones íntimas con los departamentos y escuelas de farmacia, en lo que se refiere a planes de estudio, edificios, problemas de investigación y coordinación de información. Lo mismo sucede en química, física, medicina, biología, etc. Nos preguntamos si los sabios sociales no han per-

¹⁵ Por ejemplo, véase Warner, W. J., "The Roles of the Sociologist: An Analysis of the Membership of the Sociological Society with Special Reference to Non-Teaching Occupations", *Bulletin of the American Sociological Society*, septiembre de 1951.

¹⁶ Young, Donald, "Limiting Factors in the Development of the Social Sciences", en *Research Frontiers in Human Relations, Proceedings of the American Philosophical Society*, noviembre 12, de 1948, pp. 325 ss.

¹⁷ No solamente los sociólogos sufren esta negligencia. Bernal la encuentra también entre los naturalistas y lo considera como una falla de importancia. "En el período más grande del desarrollo científico se puso particular empeño en atraer hacia la ciencia a hombres de vida más activa y práctica." Bernal, *op. cit.*, p. 244. (Citado con permiso.)

dido una de sus mayores oportunidades para desarrollarse y adquirir valor social.

La industrialización de la tecnología de la investigación social probablemente constituye el principal interés de investigación de los sabios sociales y casi se ha convertido en un verdadero fetiche. Al principio estaba maniatada por la envidiosa comparación con la situación de los naturalistas y por su incapacidad para ponerse de acuerdo sobre la delimitación de su terreno de estudio; pero después los sabios sociales han hecho grandes progresos hacia la perfección de sus instrumentos, especialmente después de que se comprobó que la lógica de la ciencia es unitaria, y sus técnicas plurales. Seguramente que, por lo que se refiere al terreno de la sociología, para citar un ejemplo, el polvo del combate sobre temas de metodología, procedimientos e instrumentos, aún no se ha asentado. Las tendencias y escuelas y la veneración a los maestros individuales, para no mencionar los gremios —tan característicos de la etapa de artesanía de la técnica— han trastornado notablemente la industrialización de la investigación social. Por fortuna, es evidente que los sociólogos comienzan a lograr una catarsis emocional de su necesidad imperiosa de imitar los modelos de prestigio en su campo científico. Como nunca han estado afectados por un alejamiento esquizofrénico de la realidad, su síntoma más alarmante hasta el momento es una sospecha paranoica de que financieramente no están a la altura de los otros sabios. Desde luego que hay motivos para esta sospecha, por ejemplo, en el hecho de que se les haya excluido de la National Science Foundation y en la comparación con lo que se gasta en las otras ciencias. Las pruebas sobre este último punto son desalentadoras. John W. Riley, Jr. informó al Social Science Research Council en 1948 que, para la década comprendida entre 1938 y 1948, “el total del presupuesto nacional dedicado a la investigación y al desarrollo de las ciencias sociales aumentó de 34 a 88 millones de dólares... Este aumento es muy pequeño en comparación con el de 234 a 1,500 millones para la investigación en las ciencias naturales”.¹⁸ A este paso, los instrumentos necesarios para las ciencias sociales morirán aun antes de ser inventados. Afortunadamente para quienes se dedican a fabricar instrumentos para las ciencias sociales, la demanda actual es en pro de los técnicos que ayuden a destruir la tierra y no a mantenerla unida.

Sin embargo, antes de clamar que son discriminados, los sabios sociales harían bien en considerar las siguientes palabras de Donald Young: “Es

¹⁸ *Social Science Research Council Reports, 1948-1949, p. 12.*

axiomático que el conocimiento científico es acumulativo, que los proyectos bien pensados deben ser susceptibles de repetición, que los procedimientos deben ser convincentes, por lo menos para los colegas científicos. Sin embargo, son muy pocos los proyectos de investigación que están planeados con el propósito de que influyan directamente sobre los resultados de estudios previos; en la mayoría de los campos sociales son muy pocos los proyectos capaces de repetición y menos aún los que en realidad llegan a repetirse; y la posibilidad casi siempre se acepta con tanta facilidad como la integridad metodológica.”¹⁹

Los sabios sociales no carecen de normas de organización. Existe una enorme variedad de cuerpos de organización: comités, institutos, comisiones, oficinas, centros, concejos, departamentos y fundaciones. Después de juzgarlos cuidadosamente, se ha llegado a la conclusión de que “se advierte muy poca lógica en esta variedad de sistemas administrativos, estructuras financieras, relaciones con las instituciones matrices y normas de actuación”.²⁰ Existe, además, la desventaja de que la mayoría de los sabios sociales dedicados a la investigación están empleados en trabajos diversos por instituciones con tradiciones que no son muy favorables para el desarrollo efectivo de la investigación. Además, el tiempo de que se dispone para la investigación es escaso y también lo son los contactos entre los investigadores.

Sin embargo, a pesar de estos obstáculos, la política de las fundaciones dedicadas a la investigación, puede sintetizarse en un informe del Social Science Research que dice: “Continuaremos esperando de los trabajadores solitarios las nuevas ideas y estudios que abran el camino.”²¹ Esta halagadora atención al artesano solitario pasa por alto la experiencia obtenida en la industria y el comercio, que han descubierto que la maquinaria administrativa y la investigación organizada son absolutamente necesarias para el progreso y desarrollo de la investigación. Parece que los sabios sociales tienen un punto de vista diferente. Así es como Louis Wirth, presidente del Committee on Organization for Research, declaró: “No nos interesa la organización de la investigación por sí misma, ni tampoco deseamos construir burocracias que tiendan a reglamentar la investigación.”²² Este punto de vista descuida, entre otras cosas, de que la actual organiza-

¹⁹ Young, *op. cit.*, p. 330.

²⁰ Young, *op. cit.*, p. 332.

²¹ Young, D., y Webbink, P., “Current Problems of Council Concern in Research Organization”, *Social Science Research Council Items*, 1 (3): 1947, pp. 1-2.

²² *Social Science Research Council Report*, *op. cit.*, p. 11.

ción para la investigación en las ciencias sociales pueda, de todos modos, producir los mismos resultados. Uno se pregunta cuál puede ser el motivo que se encuentre tras la persistente negativa de los dirigentes de la investigación social para considerar siquiera, ya no digamos alentar, los tipos de contacto en la organización de la investigación que han tenido éxito en otros terrenos. Sugerimos que, en lugar de gritar histéricamente en contra de la burocracia —que incidentalmente podría ser tema de una investigación más intensa que la que hasta ahora ha tenido— debía dedicarse algo de atención a la historia de la organización de las investigaciones en otros terrenos científicos.

Mientras tanto, tenemos como medio de organización las reuniones anuales de la sociedad, para edificación y consuelo, entre otras cosas, de los sabios sociales. Desde luego que no debemos pasar por alto el papel histórico de la sociedad científica. Un estudioso nos informa lo siguiente acerca de ella: "Las sociedades científicas del siglo xvii tienen el innegable y magnífico mérito, no sólo de haber colocado una base sólida para la ciencia moderna, sino de haber evolucionado los ideales y métodos de las universidades y haberlas convertido en amigas y favorecedoras de la ciencia experimental, en lugar de las obstinadas enemigas que habían sido hasta entonces."²³ A modo de contraste con esta medida histórica, consideremos la siguiente conclusión acerca de las sociedades científicas contemporáneas: "El hecho es que la organización general de la ciencia y la comunicación entre sus diversas partes ha permanecido en un nivel primitivo... En su mayor parte, la ciencia conserva como única forma de organización, la de las sociedades científicas que, aunque esenciales para su desarrollo durante el siglo xvii, resultan completamente inadecuadas para tratar los problemas del adelanto científico de nuestros días."²⁴

Sería ridículo insistir en que la única solución al problema de una investigación social más efectiva radica en el mejoramiento de la investigación. Sencillamente no hemos llevado la lógica de la situación del trabajo científico hasta su conclusión. Esta tarea no consiste solamente, como dice Waldemar Kaempfert, en ir más allá del "ineficaz método del *laissez faire* del pasado".²⁵ El problema es genuinamente sociológico, como indica Bernal. "En la actualidad, la organización de la ciencia se encuentra en una etapa de transición en su desarrollo; está pasando del período en que

²³ Ornstein, Martha, *The Role of Scientific Societies in the Seventeenth Century*. Imprenta de la Universidad de Chicago, Chicago, 1938, p. 263. (Citado con permiso.)

²⁴ Bernal, *op. cit.*, p. 113. (Citado con permiso.)

²⁵ New York Times, septiembre 9, de 1945.

representa un conjunto de esfuerzos individuales a aquel en que adelanta por un trabajo consciente de grupo, a través del cual son absorbidas las contribuciones de los sabios individuales, en un resultado general.”²⁶ Se muestra uno inclinado a concordar con la opinión de que “la mayor parte de los elementos para un adelanto realmente importante en las ciencias sociales en los próximos años, están presentes en la actualidad”.²⁷ Sin embargo, resulta desalentador encontrar que el desarrollo sistemático de la organización de la investigación no se considera generalmente como uno de dichos elementos.

Este desarrollo ha sido llamado en estas páginas la industrialización de la investigación social, lo que probablemente no es una denominación muy adecuada. Pero, al hacerlo, esperamos que la enorme experiencia de las ciencias naturales, que han sido industrializadas en el sentido en que empleamos aquí dicho término, pueda resultar útil para los sociólogos. La investigación es una forma de experiencia normalizada y esta norma es la misma que es familiar al industrialismo. La antigua dicotomía entre ciencia y tecnología resulta actualmente absurda: es más prudente hablar de la tecnología de la ciencia. En el pasado subrayamos que la investigación era una tarea del genio individual realizada casi dentro de un vacío social, con ligeras connotaciones de una concepción immaculada agregadas a ella. Pero para lograr una investigación social más efectiva, fácilmente capaz de adaptar los diversos métodos de análisis a los problemas significativos, sugerimos se mejore y amplíe la organización de la investigación. Esta tarea no debe ser abrumadora para las ciencias que desde hace mucho tiempo se ocupan de toda clase de organización humana, excepto aquella de la situación de trabajo de su propia investigación.

²⁶ Bernal, *op. cit.*, p. 103. (Citado con permiso.)

²⁷ *Report of the President, Social Science Research Council, 1948-1949*, p. 14.

Capítulo IX

LA REVOLUCIÓN ESTÉTICA EN CONTRA DE LA MÁQUINA *

I.—LA ACCIÓN CONTRA LOS PINTORES REBELDES

El artista moderno ha sido muy calumniado. Sus críticos van desde los editorialistas del partido comunista hasta el Presidente de los Estados Unidos, e incluyen artistas profesionales y muchas personas que no tienen capacidades artísticas. Las acusaciones varían desde el fracaso para entender lo que expresa el artista hasta las severas normas estéticas impuestas a una técnica experimental, y los cargos de oscurantismo y sensacionalismo abundan por todas partes. Ninguna forma de arte está libre de ataques, sea literaria, plástica o gráfica. Y la declaración de los particulares ha llegado a ser ya un documento venerable.

El artista moderno ha sido calumniado desde el principio y en cualquier tiempo. Los críticos del Cuatrocientos marcaron el camino a los de la actualidad. Pero, desde luego, lo que a fines del siglo XIX fue un movimiento de vanguardia y, por lo tanto, sospechoso, para la generación actual debiera ser ya un arte académico y aun popular. Sin embargo, la corriente de protestas sigue ruidosamente su camino y parece ser prácticamente inagotable.

Las razones no son difíciles de descubrir. La mayor parte de los movimientos del arte moderno se han desarrollado como rebeliones en contra del arte existente o dominante. El arte moderno tiene un tema notable de rebelión. Así fue como el crítico literario Edmund Wilson trató de demostrar que las escuelas literarias del siglo XIX se desarrollaron dialécticamente: el romanticismo como negación del clasicismo; el naturalismo-realismo, como negación de esa negación. El simbolismo le parece a la vez negación y síntesis de ambas tendencias anteriores.¹ Su tesis dialéctica es discutible, pero no su punto de vista de que los movimientos de arte surgen *simpodialmente*, derivándose de disensiones anteriores, ge-

* Este capítulo apareció con el título de "The Case against the Rebel Painters", en *The Technology Review*, 51, febrero de 1949, pp. 220 ss. (Usado aquí con permiso.)

¹ Wilson, Edmund, *Axel's Castle*, Charles Scribner's Sons. Nueva York, 1931.

neralmente en nombre del experimentalismo y la individualidad. Y, al hacerlo así, el artista moderno no es menos violento que el crítico moderno, ya sea lego o experto, al rechazar formas o estilos que no quiere usar o aceptar. Si un artista ataca al otro, sus críticos pueden, por lo menos, invocar el precedente.

Pero la acusación de oscurantismo o decadencia o infantilismo cae con la misma facilidad de los labios de un rotario que de los de un esteta iniciado. ¿Qué es, pues, lo que perturba tanto al observador crítico como al artista crítico?

Nos podemos arriesgar a decir que es un caso de choque. El artista, como rebelde, se rebela contra el pasado en arte y contra el presente en cultura, pues ambas manifestaciones le chocan. Y la forma y técnica de su rebelión —ésta contra la que él se rebela— choca a su público. La acción en contra del artista moderno sigue el estilo y la dirección de su rebelión.

II.—EL ARTISTA COMO CRÍTICO

Consideremos la acción en contra de los pintores rebeldes; considerémosla, especialmente, en términos de sus propias palabras y no de sus pinturas. Pues lo que ellos dicen acerca de su obra choca más al observador moderno que sus propias pinturas. La documentación es abundante, pues el pintor frecuentemente es tan fecundo con la pluma como con el pincel.

Examinemos, por ejemplo, los comentarios de uno, Francis Picabia, que escribió en *The Little Review*, en el año de 1922:² “El Salón de Otoño se abrirá dentro de unos cuantos días. ¿Podría ofrecer una palabra de consejo a los miembros del jurado? Rechazar sin piedad todo lo que les guste y aceptar solamente lo que les horrorice.” Vemos que inmediatamente llegamos a nuestro asunto. Lo inaceptable, lo horrible, debe ser lo aceptable. Dali estaría en completo acuerdo, y lo mismo Grosz.

El tema de los pintores rebeldes es, frecuentemente, lo impredecible, lo horrible, el horror particular, víctima de impulsos desconocidos tanto para el artista como para el observador. William Bazotes escribe: “Sigo trabajando en mis lienzos hasta que pienso que están terminados. El tema puede revelárseme a la mitad del trabajo, o es posible que no lo reconozca hasta que pase mucho tiempo.”³ Y Boris Margo, nos dice, hablando de su pintura “Naturaleza de un mundo sin fantasmas”: “La pintura es una pura

² Citado por Janis, Sidney, *Abstract and Surrealist Art in America*, Reynal and Hitchcock. Nueva York, 1944, p. 23.

³ Janis, *ibid.*, p. 101.

fantasía de formas e imágenes que sufren metamorfosis controladas por las fuerzas de la luz. En esto, como en todo mi trabajo, nunca he tenido el deseo de lograr una claridad absoluta.”⁴ También tenemos el ejemplo de Leon Kelly,⁵ cuya pintura “Partida a través de las sombrillas” produjo el siguiente comentario: “Los actores o sujetos de la pintura son formas flexibles que se pliegan adecuadamente a la evolución de mi obra. La forma de las sombrillas tiene para mí un dramático significado emocional. El insecto en la pintura representa el ego.” No dijo de quién.

Desde luego que algunas veces el rebelde pintor moderno representa el papel de comentador social. Así es como Marinetti, jefe de los futuristas, declaró en su famoso manifiesto de Londres: “Estamos en contra del derecho universal del ignorante para discutir y decidir sobre todas las cuestiones de arte.”⁶ Pidió a sus futuristas que “cultivaran el odio a la inteligencia y reavivaran la divina intuición, que es el don característico de las razas latinas”. Suffici, uno de los del grupo, se rebeló en contra de “la interferencia de la muchedumbre en cuestiones de arte”, en cuyo lugar pidió que “reconociera entusiastamente la superioridad intelectual”.⁷

II.—EL CULTO DE LO INCONGRUENTE

Sin embargo, por lo general, es lo incongruente y no el comentario social lo que constituye el fuerte de los pintores rebeldes. El cubista Apollinaire dice: “Se puede pintar con lo que uno quiera, con pipas, con estampillas, con tarjetas postales o barajas, con candelabros, con pedazos de encerado, con cuellos, con periódicos.”⁸ Podría suponerse que ahí donde el tema es la yuxtaposición de lo inconexo, la técnica o medio es, desde luego, algo sin importancia.

Desde la época de los impresionistas, el culto del artista como ego ha recuperado la supremacía. El ojo mental del pintor toma el lugar del objeto o, por lo menos, puede decir que su visión interna rivaliza con su visión real. La propia experiencia estética del artista no tiene que estar necesariamente relacionada con la realidad que se percibe. Pues hay una superrealidad, el universo interior de la experiencia imaginada, por el

⁴ Janis, *ibid.*, p. 102.

⁵ Janis, *ibid.*, p. 108.

⁶ Citado por Robsjohn-Gibbings, T. H., *Mona Lisa's Mustache: A Dissection of Modern Art*, A. A. Knopf. Nueva York, 1947, p. 101.

⁷ Citado por Robsjohn-Gibbings, *ibid.*, p. 108.

⁸ Citado por Robsjohn-Gibbings, *ibid.*, p. 138.

artista. El destronamiento del mundo objetivo significa el establecimiento de las ilusiones del arte no objetivo que, según el expresionista alemán Kandisky, "está destinado a abrir la puerta hacia un mundo de misterios más amplio que el conocido por la ciencia o la mecánica".⁹

El científico, el mecánico y el técnico, constituyen una villana trinidad para los pintores rebeldes que han estado literalmente fascinados durante dos generaciones —por una búsqueda fanática de lo esotérico, lo misterioso, lo místico. Probablemente nada les haya dado más inspiración que las colecciones de arte primitivo de los museos. Desde luego que tienen una gran deuda con los primitivos por haberlos conducido hasta los arcanos del arte antiguo y moderno, la magia. Dice Kandisky: "El arte busca ayuda en los primitivos."¹⁰ A lo cual añade Chirico: "Quizá la sensación más notable que nos transmite el hombre prehistórico es la de presentimiento. Podemos considerarla como una prueba eterna de la irracionalidad del mundo."¹¹ Un esteta protesta en contra de la civilización tecnológica; esta obsesión, por lo irracional, por ejemplo, en Salvador Dali, se revela a través de muchas páginas de su obra *Secret Life*¹² y se encuentra en muchas obras de la pintura moderna.

Pocos pintores modernos ejemplifican mejor esta manía por lo irracional que los dadaístas y los surrealistas. En un manifiesto surrealista de hace muchos años se decía (los pintores rebeldes son muy afectos a los manifiestos): "Ustedes no tienen idea de cuán lejos puede llevarnos nuestro odio por la lógica."¹³ Desde entonces, los observadores de la pintura moderna han descubierto que estas palabras no fueron un simple desplante. Los que visitan el Museo de Arte Moderno, donde los pintores rebeldes han recibido mejor acogida, después de su primera exposición en el viejo Armory, tienen la ventaja de ayudarse con las interpretaciones corroborativas puestas a las obras por los funcionarios del Museo. De Marc Chagall, en el Museo llama la atención sobre su "amor por lo increíble y retorcido". Acerca de Chirico, tenemos alentadora información de que sus pinturas "están saturadas de un sentido de lo misterioso y lo oculto".¹⁴

⁹ Citado por Robsjohn-Gibbins, *ibid.*, p. 149.

¹⁰ Citado por Robsjohn-Gibbins, *ibid.*, p. 150.

¹¹ Citado por Robsjohn-Gibbins, *ibid.*, p. 158.

¹² Dali, Salvador, *The Secret Life of Salvador Dali*, Dial Press. Nueva York, 1942.

¹³ Citado por Robsjohn-Gibbins, *ibid.*, p. 179.

¹⁴ Citado por Robsjohn-Gibbins, *ibid.*, p. 241.

IV.—RACIONALIDAD POR IRRACIONALIDAD

La pasión por la irracionalidad ha llevado al pintor rebelde hasta lo fantástico y lo subconsciente. Iconoclasta de lo inteligente y lo inteligible, se ha alimentado con delicia en el terreno del automatismo psíquico, la casualidad, la doble imagería, el simbolismo de los sueños, las alucinaciones y las experiencias metafísicas. Su viaje hacia el fin de la noche se ha hecho, a pesar de sus altamente proclamados motivos irracionales, con una racionalización cuidadosamente expresada. Así es como el surrealista André Breton escribió: "Lo 'fantástico...' constituye, en nuestro punto de vista, el medio supremo de representar las profundidades secretas de la historia que desaparecen bajo la masa de los acontecimientos. Solamente acercándose a lo fantástico, en un punto en que la razón humana pierde el control, es como tiene oportunidad de expresarse la más profunda emoción del individuo..."¹⁵ El mundo de la fantasía sin objetos, las imágenes confusamente recordadas de la infancia, la vitalidad brutal del primitivo, las normas yuxtapuestas de los detalles inconexos, esto es lo que interesa al pintor rebelde. Y el mundo visible o mensurable de la ciencia racional o la vida empírica del hombre industrial moderno, no es más que el objeto de sus desprecios. En su mano la forma plástica y el ritmo lineal no tienen ni foco ni tranquilidad visual. El objetivo parece ser el choque y la confusión: paralizar la imagería visual del mundo.

Los artistas rebeldes, dice Robsjohn-Gibbings, han pintado un bigote en el rostro de Mona Lisa. Tanto sus pinturas como sus palabras, parecen apoyar esta tesis. Pero ¿cuáles son sus razones? No hay una respuesta fácil para esto.

Robsjohn-Gibbings, probablemente con la mano en el carrillo, parece pensar que ha habido una conspiración entre los pintores. "El arte moderno —declara— no es de ningún modo moderno. Es una resurrección de uno de los más antiguos sistemas para hacerse de poder. Es una resurrección de la magia."¹⁶

Más comprensivo y quizás más convincente, el crítico inglés Herbert Read piensa "que hay algunas condiciones de la vida moderna que hacen surgir una actitud espiritual similar en los hombres y una expresión similar de dicha actitud en el arte". Añade: "El artista moderno, que no se siente en contacto vital con la seguridad, que no realiza ninguna función

¹⁵ Breton, André, "Surrealism, Yesterday, Today, and Tomorrow", *This Quarter*, septiembre de 1932, pp. 7 s.

¹⁶ *Ibid.*, p. 13. (Citado con permiso.)

necesaria o positiva en la vida de la comunidad, se retira en sí mismo y da forma a sus propias ideas de subjetividad, limitándose a esta expresión.”¹⁷ La disociación tan característica del pintor rebelde puede referirse a la disociación del mismo pintor con respecto a la civilización industrial y, por consecuencia, de la sensibilidad.

Cualquiera que sea la explicación, en la mayor parte de la pintura moderna encontramos ambigüedad en lugar de claridad, alucinaciones en lugar de percepciones, involución subjetiva en vez de orientación objetiva, intuiciones en lugar de percepciones, experimentación en la técnica en lugar de experimentación en el contenido.

El artista rebelde, en su rebelión en contra de la civilización maquinista, ha estado pintando una mitología particular para una civilización que necesita desesperadamente un mito central.

¹⁷ Read, Herbert, *Art Now*, Harcourt, Brace. Nueva York, 1934, pp. 115, 117. (Citado con permiso de Faber and Faber, Londres.)

Capítulo X

LA AVIACIÓN: UN CASO DE ESTUDIO RELATIVO AL CAMBIO TÉCNICO-SOCIAL *

Por medio de la aviación, la bi-dimensionalidad de los pueblos industriales se ha intensificado y facilitado. La tecnología aérea ha creado un nuevo ritmo y ha dado un nuevo aspecto al industrialismo, acelerando una cultura que debe ser, y se está haciendo, acondicionada al aire. Este cambio, frente al aspecto y al espíritu de la civilización contemporánea, aunque está aún en proceso y en perspectiva, puede ser considerado, por lo menos, desde cuatro puntos de vista: el geográfico, el industrial o social, el político y el psicológico.

I.—UNA CONCEPCIÓN AEROGRÁFICA DE LA TIERRA

En primer lugar, la dimensión aérea del hombre moderno lo lleva a una nueva concepción, aerográfica, de la tierra.

Esta nueva orientación acerca de la tierra, puede observarse en los mapas recientes. Un mapa es una imagen del espacio. Históricamente, el mapa muestra el conocimiento, cada vez mayor, que se tiene del globo a través de la exploración, los descubrimientos y la industrialización. Algunas veces, quienes hacen los mapas falsifican los hechos, consciente o inconscientemente. "Es necesario llamar la atención —escribió una vez el general McClellan, de Civil War, hacia los erróneos mapas que tenemos." Un general de la Fuerza Aérea podría hacer los mismos comentarios acerca de la mayor parte de los mapas globales de la actualidad. En los días anteriores a la guerra, nos acostumbramos a las proyecciones planas de Mercator, que nos muestran una imagen hemisférica bi-dimensional, cuidadosamente arreglada en sistemas continentales aislados de masas de tierra y conjuntos de agua. Esta imagen artificial resulta inútil y conducente a error, para los propósitos aéreos de la actualidad.

* Este capítulo apareció con el título "Aerial Dimension", en *The Technology Review*, 50, enero de 1948, pp. 154 ss. (Usado aquí con permiso.)

Antoine de Saint-Exupéry, dijo con razón: "El avión nos ha revelado la verdadera faz de la tierra."¹ En los días anteriores a la aviación, limitados por la tierra y el agua, las deformaciones de la proyección de Mercator no eran muy importantes. Pero desde el punto de vista aeronáutico, se hace necesaria una nueva imagen global. Por ejemplo, un mapa que se enfoque sobre el Polo Norte y arregle los sistemas de tierras y aguas en torno de dicho centro, o sea una proporción polar que sustituya la de Mercator, es de un valor revolucionario para las personas interesadas en la aeronáutica. No sólo permite trazar nuevas rutas para los viajes mundiales —la ruta denominada Great Circle, de Northwest Airlines, por ejemplo—, sino que nos revela un mundo nuevo.

Un mapa monosférico corresponde a la realidad aérea. La dimensión aérea debe tener en cuenta la ventaja de tiempo-distancia —que es la única que tiene sobre los transportes terrestres— y esto se logra apegándose a la regla de encontrar la distancia más corta entre dos puntos. Todavía pasará algún tiempo antes de que resulten económicamente factibles los viajes hacia el oriente en gran escala, siguiendo la dirección norte; pero dichos vuelos están de acuerdo con la lógica del aire. El hecho de que la tierra se haya reducido en tiempo, puesto que sabemos que no hay ningún punto que esté a más de cincuenta horas de distancia, es algo más que un producto derivado del avión; es literalmente la revolución geográfica, según dijo William A. Burden, que está contenida en el propio avión.² Los viajes aéreos nos han revelado no solamente una tierra nueva, sino también un cielo nuevo. Hemos llegado a entender que la atmósfera tiene su topografía propia; la investigación de las capas superficiales del aire, por decirlo así, se ha convertido en una tarea no menos dramática, y probablemente más arriesgada, que el estudio de la tierra o del mar.³ "Todo es extraño en las grandes alturas", dice Saint-Exupéry. El vuelo estratosférico, la aviación supersónica, el estado atmosférico o del globo: estos problemas necesitan unos estudios tan avanzados, una planeación tan completa, un trabajo de conjunto tan extenso y un heroísmo tan grande, como el que encontramos en los anales de las exploraciones terrestres y marítimas. Pero lo mejor es que la labor ya ha comenzado.

¹ Saint-Exupéry, Antoine de, *Wind, Sand, and Stars*, Reynal and Hitchcock. Nueva York, 1939.

² Burden, W. A., "American Air Transport Faces North", *Compass of the World*, editada por H. W. Weigert, Macmillan. Nueva York, 1944, pp. 137 ss.

³ Pocas personas han comprendido este hecho tan bien como el difunto aviador y autor francés Saint-Exupéry, a quien nos hemos referido frecuentemente en estas páginas.

“La Aviación —de acuerdo con Charles Hurd, periodista y especialista en aviación— está dando nueva forma a nuestros mapas, reestructurando nuestra geografía y cambiando nuestro sentido de la dirección.”⁴ No solamente se refiere al hecho de que los aviadores, lo mismo que los vaqueros de 1700 a 1800, se dirigen hacia el norte; se refiere también al hecho de que, al contrario de lo que sucede en los transportes terrestres, el viaje aéreo no tiene discontinuidad absolutamente necesaria. Las continuidades del aire que solamente en parte provienen de la ausencia de barreras aéreas, surgen también del hecho de que, como dice el geógrafo inglés James Fairgrieve,⁵ las tierras del norte agrupadas en torno al polo, a lo largo del Gran Círculo y al norte del paralelo 30, son bastante continuas. Son también las tierras donde se encuentran mayores concentraciones humanas y mayor desarrollo industrial. Un mapa aéreo del mundo no divide el aire en partes; el componente aéreo de la moderna civilización es una unidad sin límites y universal.⁶ El aviador moderno, como el amigo de Saint-Exupéry, Mermoz, que voló llevando el correo a través de los Andes en los primeros días de la aviación, tiene la tarea de tender puentes a través del mundo: en el Sahara, en los Andes, en los Siete mares.

En 1755, George Washington escribió a su casa: “Adjunto les envío un pequeño mapa de las tierras que están atrás.” La tierra que queda atrás, para el aviador americano moderno, es algo completamente distinto de lo que hace dos siglos consideraba Washington, tanto por lo que se refiere a alcance como a localización. Y lo que antes era todo un mundo de atrás, promete llegar a convertirse en un mero traspatio.

II.—UNA CONCEPCIÓN AERODINÁMICA DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

En segundo lugar, la dimensión aérea del hombre moderno lo lleva a la concepción aerodinámica de su sociedad.

La cultura occidental moderna, hemos asentado, es de carácter industrial, o lo que es lo mismo, es de carácter global en su dependencia y de carácter global en su agresión. Siendo en sí misma un producto global, el aeroplano es, a la vez, símbolo y agente del adelanto tecnológico. La tecno-

⁴ Hurd, Charles, *World Airways*”, en Weigert and Stefanson, *op. cit.*, p. 109. (Citado con permiso.)

⁵ Fairgrieve, James, “*Geography and World Power*”, en Weiger and Stefansson, *op. cit.*, pp. 190 ss.

⁶ Véase Hutchinson, Keith, *Freedom of the Air*, Public Affairs Pamphlet, N° 93. Washington, D. C., 1944.

logía maquinista acentúa el poder y la rapidez; es el uso de la fuerza mecánica para aumentar la velocidad del movimiento, tanto de los hombres como de los materiales. Velocidad a través del espacio, de los procesos, del tiempo; expresada en la aeronáutica, esta búsqueda constante por la reducción de la distancia, lleva a la abreviación de la distancia en tiempo y en gasto. La reducción de la distancia, que recibió grandes ímpetus con la guerra, resulta no menos imperativa en la paz. Una sociedad supersónica no es ningún sueño ocioso, sino una realidad civil y militar inminente. El salto aéreo en el espacio y el tiempo ha tenido ya, e indudablemente seguirá teniendo, consecuencias sociales muy notables.

Su impacto es, desde luego, más notable en lo que se refiere al transporte de hombres y materiales. La rama aérea de la civilización industrial, además, y quizás a pesar, de sus manifiestos valores militares, es fundamentalmente un vehículo de transporte. El sociólogo William F. Ogburn encontró que el transporte de pasajeros en los Estados Unidos muestra un aumento anual, en millas recorridas por los pasajeros, de 30 %, en relación con la década de 1940.⁷ Estudia también los datos relativos a la carga aérea y sugiere que es muy probable que en años inmediatamente posteriores a la guerra, se lleve quince o veinte veces más carga aérea que en los años de la pre-guerra. Sus predicciones para los viajes internacionales para la década de 1950, consideran que habrá de 650,000 a un millón de pasajeros. Los transportes aéreos no sólo hacen posible la apertura de nuevos mercados en zonas distantes, sino que estimulan, en parte como resultado de esos nuevos mercados, la actividad comercial. Indudablemente, sostiene Ogburn, que acelerará las tendencias actuales que dominan en el mercado: órdenes especiales, especialidad en artículos, venta directa del productor al detallista, creación de mercados nacionales, etc., haciendo más rápidas las transacciones comerciales.

La nueva dinámica que se desprende de la aviación tiene ciertos efectos inevitables sobre el cambio tecnológico. Se han acumulado suficientes pruebas referentes a los procesos de la innovación tecnológica para que puedan hacerse predicciones inteligentemente. El industrialismo moderno no sólo se levanta sobre la base de invenciones pasadas en un determinado terreno, sino que también fomenta la transferencia de la tecnología de un terreno a otro. Concretamente, la aviación hubiera sido totalmente imposible sin el motor de combustión interna, pero con la ayuda de la aerodinámica aprendida de la utilización del motor de gasolina, los tecnólogos

⁷ Véase Ogburn, W. F., *Social Effects of Aviation*, Houghton, Mifflin. Boston, 1946, pp. 118-120.

han logrado desarrollar la propulsión a chorro; no hay duda de que en el futuro vendrá una época de aviones cohetes.

De la misma manera, la tecnología aérea ha sido puesta a la disposición de otras tecnologías: guerra, minería, agricultura, explotación de los bosques, conservación, etc. Las investigaciones aéreas para buscar depósitos de minerales, para el transporte de trabajadores, y para otros muchos usos harán que el empleo de la aviación sea indispensable para el desarrollo de nuevas minas y zonas mineras. El avión ha probado ya su utilidad para desinfectar los árboles frutales, los vegetales y los bosques, en la lucha contra el mosquito y otras plagas; en investigaciones del suelo, en las obras de desarrollo de los valles de los ríos; en el inventario y control de los animales salvajes, y en la lucha contra los incendios de los bosques. En los aviones se transporta lo mejor de los productos terrestres y marítimos: "tarde o temprano —como observó Charles Hurd— se aplicará también a la leche".⁸

No menos dinámicos han sido, y serán, los efectos de la aviación sobre ciertos aspectos humanos de la civilización industrial. El intercambio de temas culturales a través del comercio y el intercambio de ideas culturales a través de los viajes no se pueden detener, aun cuando pueden retardarse por medio de cortinas de hierro que se extiendan en algunas partes del globo. La cultura industrial, lo mismo que el agua, buscará su nivel, y en una civilización aérea es un nivel ascendente de arte y aspiración industrial. Subirán las cifras de mortalidad a causa de las guerras y accidentes, pero descenderán por el transporte aéreo de medicinas, alimentos y conocimientos. La población continuará fluyendo, como siempre lo ha hecho, a lo largo de las líneas de viaje y se abrirán nuevos sitios de residencia a lo largo de las rutas aéreas. El dominio cultural de las grandes ciudades tiene forzosamente que ensancharse; y ya lo ha hecho. Nuevas amenazas para la salubridad pública a causa del aire y nuevos problemas para la investigación médica surgen constantemente. El avión compite ya con el automóvil como vehículo para la recreación, y los espectadores y participantes en los deportes de competencia aumentan anualmente. Es triste que los crímenes realizados en el aire: contrabando, reparto de bienes robados y huida de criminales, también se hayan desarrollado.

El aumento en la velocidad del ritmo de la existencia en esta edad aérea, es tanto un índice como un órgano de la evolución de la civilización industrial. Los sociólogos gustan de decir que una sociedad está en rela-

⁸ Hurd, en Weigert and Stefansson, *op. cit.*

ción directa con los límites y la velocidad de sus comunicaciones. La sociedad aerodinámica está comenzando a descubrir cuán exacta y cuán magníficamente verdadera es dicha afirmación.

III.—UNA CONCEPCIÓN AEROPOLÍTICA DEL ESTADO

En tercer lugar, la dimensión aérea del industrialismo moderno va conduciendo a una transformación en el pensamiento contemporáneo acerca del Estado.

El sociólogo Hornell Hart elaboró una interesante correlación entre la velocidad de los transportes y el tamaño de un imperio: mientras más rápido es el transporte, mayor es el imperio. Ya sea que esta asociación haya sido verdadera o que lo llegue a ser, debe descubrirse rápidamente que en el terreno de la conducta política, el avión ha amplificado las discontinuidades de la superficie terrestre, las barreras terrestres o marítimas de la Nación-Estado. Aun cuando los mapas aéreos no las muestren, de hecho hay toda clase de líneas de demarcación que se levantan hacia las dimensiones del cielo. Las rutas aéreas no son simplemente comerciales; quizá tengan mayor significación desde el punto de vista político y militar.

En 1902, Paul Fauchille, el jurista francés, observó: "El aire es libre. Los Estados no tienen autoridad sobre él en tiempos de paz ni en tiempos de guerra, aparte de que la es necesaria para su preservación."⁹ Sin embargo, a causa de la primera Guerra, hubo necesidad de formular otra tesis y en la Convención de París de 1919 la primera cláusula decía: "Las altas partes contratantes reconocen que cada potencia tiene soberanía completa y exclusiva sobre el espacio aéreo que está sobre su territorio." La libertad del paso por el aire y el establecimiento de lo que entonces se llamaron "rutas internacionales aéreas", estuvieron condicionados al consentimiento de los países sobre los que tenían que pasar. Esta tarea comprende aún tremendos problemas que no se han podido resolver —a pesar de la Conferencia Internacional de Aviación Civil que se reunió en Chicago en noviembre de 1944 y en la que participaron 54 naciones, y a pesar de los acuerdos que se tomaron en dicha conferencia— y esto puede comprenderse a través del hecho de que el sistema mundial de rutas aéreas aún no es, y quizás tarde mucho en ser, una realidad.

La dificultad sólo es económica en parte. El general Baranov, entonces jefe de la fuerza aérea soviética, explicó en 1927 que el desarrollo de una

⁹ Citado por Hutchinson, *op. cit.*

red de comunicaciones aéreas "es uno de los métodos más poderosos en la lucha por nuevos mercados".¹⁰ La lucha por las rutas aéreas es principalmente una competencia de una compañía contra otra, y de una nación contra otra. Pero lo económico se mezcla sutilmente con lo político y "la libertad del aire" se convierte en un arma del Estado lo mismo que "la libertad del mar".

La influencia del Almirante Mahan sobre nuestro modo de pensar acerca de la importancia del aire, es muy marcada.¹¹ La doctrina de Mahan sobre el poder marítimo suponía la existencia de una flota reforzada por una marina mercante y por un pueblo de marinos. Similarmente, la doctrina contemporánea del poderío aéreo, aparte de las batallas verbales sobre el poderío marítimo frente al aéreo, está de acuerdo con el patrón de Mahan. El Estado moderno, si es capaz de tener instalaciones militares e industriales de importancia, no puede evitar el ver las ventajas de un sistema aéreo de transportes capaz de reforzar la flota aérea, ayudado y fomentado por un pueblo que guste de viajar por el aire.

El pensamiento del geógrafo alemán Haushofer, tan actual en otros aspectos, en su obra sobre "geopolítica" se considera superado por el avión. Su credo geográfico y político, más o menos seguido por los nazis, y que ha tenido gran influencia sobre muchos americanos, está completamente dominado por lo que Eugene Staley apropiadamente llamó "el mito de los continentes".¹² Los mapas sin relieve de Mercator son los principalmente responsables de la creencia de Haushofer en un sistema continental de masas terrestres aisladas, muy bien arregladas en un orden descendente de importancia, en torno del "corazón" asiático. En contra de la opinión de Haushofer, en la edad aérea actual, el que controla los círculos polares controla el mundo, y este hecho hace que los espacios en todo el enorme globo terrestre se encuentren en una vulnerable interrelación. Todo el concepto de los Estados-tapón necesita una reorientación polar. Similarmente, el mito de la defensa hemisférica tarde o temprano tiene que ponerse de acuerdo con las formas altamente letales de estrategia de la ofensiva monosférica por la vía aérea.

El general Arnold, al revisar la historia aérea de los Estados Unidos, puso la concepción aereopolítica del Estado-nación, en una escala de tiem-

¹⁰ Citado por Hershey, Burnet, *Airways of Tomorrow*, Headline Series, Nº 47, 1944, p. 42.

¹¹ Véase Stuart, John, *Wings over America*, Public Affairs Pamphlet, 114. Washington, D. C., 1946.

¹² Véase Weigert and Stefansson, *op. cit.*, pp. 89 ss.

po que, desgraciadamente, son muy pocas las personas que comprenden verdaderamente. "En esta conquista espectacular del tiempo, tenemos ya en el horizonte las técnicas que, cuando se realicen, nos harán medir las distancias en términos, no de millas, sino de minutos.¹³ El poder y la vulnerabilidad del Estado moderno que implica este hecho, particularmente en una edad que debe llamarse atómica, lo mismo que aérea, solamente puede ser objeto de dolorosas e intensas preocupaciones para los espíritus maduros.

IV.—UNA CONCEPCIÓN AEREOPSÍQUICA DE LA VIDA HUMANA

Finalmente, el impacto social de la tecnología de la aviación está cristalizando, quizás aún no perfectamente, en una concepción aereopsíquica del ser humano y de su forma de vida. Es imposible catalogar todas las formas en que el avión va entrando o puede llegar a entrar, en el simbolismo y en los temas de la gente que piensa en términos aéreos, pero unos cuantos ejemplos pueden ilustrar esta variedad.

El avión es el símbolo de una proyección exterior de la personalidad humana. La necesidad de viajar, de ver países y sitios extraños, se intensifica con la aviación, al mismo tiempo que el avión facilita el cumplimiento de este deseo. Esta psique de movimiento ascendente a veces es considerada como una forma de escape, y posiblemente lo sea. "Ya no se siente uno erizado en la tierra", escribe Ann Morrow Lindberg.¹⁴ Esta mitología de Dédalo y Faetón, que ahora es una realidad tecnológica, parece que no escapó al destino griego. Pues el par de alas para escapar aún está ligado a la tierra.

Hay también otros efectos psicoculturales. Así, el avión, nuevo instrumento de la conquista del espacio, se convierte en un domicilio para el ser humano. En su *Flight to Arras*,¹⁵ Saint-Exupéry hace eco a este sentimiento. "Todo ese conjunto de tubos y alambres se ha convertido en una red de circulación. Son un organismo integrado con el avión... El avión me tutela... Absorbido por el avión, siento una especie de amor filial por él." Una nota de tristeza y tragedia invade frecuentemente el espíritu humano durante el vuelo; la tristeza y la tragedia de la guerra. La bomba

¹³ *Air Force*, 29, noviembre de 1946, p. 13.

¹⁴ Lindberg, Ann, *Listen the Wind*, Harcourt, Brace. Nueva York, 1938. (Citado con permiso.)

¹⁵ Reynal and Hitchcock. Nueva York, 1942. Citado con permiso.

estalla en Los Álamos, Hiroshima, Nagasaki y Bikini y agrega nuevos tonos de tristeza a ese tema.¹⁶

Algunos autores encuentran esperanza en la asimilación gradual del avión como máquina. John Masefield, en una carta en que describe su primer vuelo, escribió: "Estoy contento de haberlo hecho, aunque pienso que pertenece a esa generación y no a la mía." Hay muchas pruebas tanto por parte de los pilotos de la guerra como de los de la aviación civil, de que va surgiendo una generación dirigida hacia el aire. Así es como Saint-Exupéry, quizá el más articulado de todos, dijo: "Contrariamente a la noción popular, gracias al metal y por virtud del mismo, es como el piloto redescubre la naturaleza." Añadió: "La máquina que, a primera vista parece un medio para aislar al hombre de los grandes problemas de la naturaleza, eventualmente lo empuja más profundamente hacia ellos." Sin embargo, confesó que la asimilación de la máquina a la vida emocional e intelectual del hombre moderno tomará tiempo. "Tendremos que envejecer algo antes de que podamos escribir los cantos populares de una nueva época."¹⁷ Mientras tanto, tenemos para guiarnos, la maldición pronunciada por el inventor de Selden Rodman en su invocación a la Madre Tierra, una maldición sobre todos los que utilicen las alas "para cualquier ambición distinta al simple designio de volar libremente".¹⁸

¹⁶ Véase Harrison Brown, *Must Destruction Be Our Destiny?* Simon and Schuster. Nueva York, 1946.

¹⁷ Saint-Exupéry, *Wind, Sand, and Stars*, *op. cit.* (Citado con permiso.)

¹⁸ Rodman, Selden, *Airmen*, Random House. Nueva York, 1941.

Capítulo XI

LA DICTADURA Y LA SOCIEDAD DERIVATIVA *

I.—LA POLÍTICA Y EL DILEMA DEL INDUSTRIALISMO

El industrialismo requiere una sociedad derivativa; más bien dicho, el industrialismo *es* precisamente ese tipo de sociedad. La palabra “derivativa” en este caso se refiere a fenómenos industriales tan bien conocidos como son la división del trabajo, la especialización, la interdependencia, y los grupos de interés complejo y de largo alcance, que presentan el tipo de estructura social exigida por los ritmos y dificultades de la tecnología científica, la producción mecanizada, la mecanización y la producción en masa, lo mismo que el sistema de mercados. Quizás la mayor herejía de la civilización occidental sea poner en duda no simplemente la inevitabilidad de este acontecimiento, sino su “rectitud” en términos de la naturaleza humana. Sus proponentes mencionan como la defensa más fuerte, tanto de la democracia como de la dictadura, la referencia a la acumulación cultural que sus respectivos sistemas hacen posible: acumulación en forma de extensión del equipo físico, edificios, caminos, habitaciones, máquinas, etc.

La última guerra para poner fin a una forma de dictadura, hace que resulte muy urgente la especulación acerca del futuro de la sociedad industrial, sobre todo después de que produjo la tecnología atómica. Dicha especulación puede muy bien partir de esta observación: que hoy como nunca la organización social basada en una política dirigida, en contraposición a la organización social basada en una política *planificada*, da origen a problemas sobre las instituciones económicas que ambas tienen en común.

Tanto Rusia como América, lo mismo el comunismo colectivista que la democracia liberal, están basados sobre un conjunto común de formas económicas de conducta que conocemos como “industrialismo”. La tecnología de la máquina, que estos dos sistemas de organización social elogian, tanto la producción en masa de artículos y servicios que ambos sistemas buscan, dependen igualmente de una sociedad de grupos secundarios, es

* Este capítulo apareció con el mismo título en la revista *Free America*, 10 (primavera de 1946), pp. 7 ss. (Usado aquí con permiso.)

decir, de una sociedad derivativa. ¡Ahí se encuentra el dilema del industrialismo moderno!

II.—EL PRE-SUPUESTO DE LA EXISTENCIA DE UN GRUPO PRIMARIO DE CULTURA

Es una paradoja que tanto la dictadura como la democracia se coloquen sobre el terreno de un pre-supuesto común: que sus respectivas organizaciones sociales son básica y genuinamente sociedades primarias; que en cada una de ellas existe una comunidad fundamental de intereses y propósitos, de actitudes y valores, de intereses y hábitos, de compromisos y fundamentos. Esta creencia en el carácter primario de sus culturas industriales es una ilusión general entre los pueblos democráticos, lo mismo que entre los dictatoriales y quizá sea la ilusión más trágica de esta época que se describe a sí misma como "atómica".

La democracia liberal siempre ha considerado que existe esta comunidad, ya sea como dato o como posibilidad. El atractivo auto-interés del mercado, de acuerdo con la tradición de la democracia liberal, debe ser el móvil de "la gran sociedad": "los vicios privados y los beneficios públicos". El desarrollo de la legislación social y la intervención del Estado en los negocios han demostrado adecuadamente la superficialidad, si no la falsedad, de esta ideología. Entonces los liberales se volvieron del interés individual al interés nacional como medio para unir la cultura industrial. Pero los disturbios internos en época de paz y las violencias externas en época de guerra han destruido esta utopía. La marcha constante del industrialismo ha convertido a los individuos con intereses propios en bloques de intereses económicos, sólidos en escala, nacionales en organización, mundiales en alcance, y que por su significación trascienden tanto de lo individual como de lo nacional. Las relaciones entre los individuos competidores ha dejado el sitio en importancia y poder a las maniobras de los grupos de presión y los bloques. La sociedad está irremediablemente fragmentada y sus intereses especializados se comportan como grupos primarios dentro de una sociedad secundaria. Pues, aunque parezca irónico, los ideales de la sociedad industrial siguen siendo los ideales del grupo primario: lealtad, amor, devoción y primacía para los que pertenecen al mismo grupo que nosotros.

Esta supremacía de la cultura del grupo primario dentro de un marco derivativo, puesta de manifiesto en forma tan elocuente hace una generación, por el sociólogo americano Charles H. Cooley, domina en un industrialismo dictatorial lo mismo que en uno democrático. La Alemania hitle-

rista es un ejemplo. Bajo Hitler, los ideales dominantes del Estado se expresaban en el complejo *Blut und Boden* (sangre y tierra). Los atributos de la ciudadanía eran biológicos y las virtudes de la sociedad, militares. La dirección era intuitiva y centralizada y la lealtad ciega una virtud cardinal. La nación era dignificada como una comunidad primaria y los intereses especializados de la cultura industrializada quedaban sujetos a los caprichos y al genio de las actitudes primarias.

La Rusia Soviética es también un ejemplo de lo mismo. La ideología de clases, la devoción completa a la patria, la glorificación del jefe, la suspicacia para todo lo que se relaciona con el mundo exterior, el fiero orgullo en la dirección personalizada, la destrucción sin piedad de los disidentes, no puede decirse que representen el espíritu y estructura de una sociedad derivativa.

En resumen, no hay prueba de que los principales beligerantes en la pasada guerra difieran gran cosa en su comprensión y uso de la compleja sociedad derivativa del industrialismo moderno. Seguramente que los detalles difieren, que el fundamento varía, pero las normas de organización tienen notables similitudes. La sociedad en Rusia, lo mismo que la sociedad en América, está formada por actitudes y valores que son distinta y resueltamente primarios.

III.—EL MITO DE LA POLÍTICA INDUSTRIAL

Esta persistencia de los valores y métodos primarios, tanto en el industrialismo dictatorial como en el democrático, no es accidental. Es el producto de un mito y de una mente acondicionada por el mismo.

En el caso de la democracia, el mito es la optimista creencia en la continua posibilidad de un compromiso. Esta creencia se expresa, más o menos, de la siguiente manera. Los seres humanos son racionales. La organización capitalista de la mecanización en masa es expansiva. La potencialidad tecnológica es de gran abundancia. Como son criaturas racionales, los hombres económicos pueden reunirse con otros hombres económicos, pueden discutir sus diferencias y pueden llegar a un acuerdo sobre una base común. Siempre hay, siempre ha habido y habrá, un margen para entenderse. Cada hombre económico presenta su caso ante un tribunal de juicio público; cada uno persigue sus fines a través de los laberintos del mercado y cada uno se presenta con iguales derechos ante el gobierno que es el árbitro. Pues los hombres iguales son hermanos y puesto que son hermanos, son libres: igualdad, libertad, fraternidad.

En el caso de la dictadura, el mito comienza con la negación directa de estas afirmaciones. El hombre es irracional. La economía capitalista no es expansiva, sino claramente restrictiva. Ciertamente que, bajo el industrialismo, existe una abundancia potencial de todo. Pero esta abundancia debe ser cuidadosamente definida. Algunas personas tienen que ser excluidas; en el fascismo varía el factor biológico, y en el comunismo, el ideológico.

Las diferencias están canceladas, prohibidas. Las únicas diferencias posibles son las que en realidad no trastornan, las diferencias técnicas y de ingeniería. Estas últimas están compuestas por una élite central, por profesionistas directores, reforzados por las habilidades de los detectives y de los militares. Cada hombre recibe sus órdenes, cada uno sigue su camino a través de los laberintos de la burocracia, y cada uno está a las órdenes del gobierno, que es el que planea todo. Pues los "alemanes" o "rusos" o "trabajadores" son hermanos, y como hermanos son libres: libres dentro de la ideología.

Como mito *Weltanschauung* (concepción del mundo), cada uno de estos sistemas de creencias puede o no ser verdad, en un sentido absoluto. Hablando prácticamente, ambos son verdad, pues funcionan como justificación y racionalización y la conducta subsecuente de la gente y de las cosas sirve para corroborarlos. En estos dos sistemas del industrialismo moderno, la sociedad permanece unida por un conjunto de ficciones, la ficción del compromiso sin límite o de la identidad común: ficciones primarias dentro de un mundo derivativo.

Pero la cohesión esperada no se materializa. El materialismo dictatorial presenta el melancólico espectáculo de las purgas, la policía secreta, la censura y la propaganda. Por otra parte, el industrialismo democrático ha experimentado, constante o periódicamente, disputas de facciones, rivalidades de secciones, guerra civil, intimidación por medio de los bloques de presión y violencia interna.

IV.—¿ESTRATEGIA DEL INDUSTRIALISMO?

No es posible estar contento con este panorama. No tiene nada de agradable y quizás sea también discutible. Pero aún menos atractivas son las alternativas que hay respecto a él.

Primeramente, existe la posibilidad de una terrible colisión entre las dos grandes culturas derivativas, una organizada democráticamente, y la

otra dictatorialmente. Existe una opinión ampliamente establecida, que a menudo es también una esperanza, de que dicho choque es inevitable.

Pero cualquiera que sea la significación de dicho conflicto, no es probable que la victoria de cualquiera de las dos potencias constituya la solución para los problemas creados por la persistencia de los valores de grupo primarios y los sentimientos correspondientes, en un industrialismo decorativo. Los partidarios del colectivismo rusos sostienen que sí. Alegan que los controles centralizados son más susceptibles de una dirección racional y científica que los del capitalismo liberal. Naturalmente que la corriente de información que se tiene acerca del sistema estatal ruso se mueve en dirección opuesta; y los mismos filósofos estrellas del comunismo no han podido escapar a los dictados de su propia mitología: y así las diferencias que deberían liquidarse resulta que, irracionalmente, nunca desaparecen. Por otra parte, los partidarios del liberalismo industrial están igualmente convencidos de que solamente la libertad asegurada por la democracia da alas al espíritu humano y a la inteligencia individual. Sin embargo, en una sociedad de masas, el individuo es engullido por el grupo, y el toma y daca de la democracia se convierte en la lucha letal de las organizaciones y bloques, una lucha que premia las medidas de control, precisamente en nombre de la libertad.

Son muchas las interrogaciones que se encuentran en el futuro del hombre industrial: ¿Puede sobrevivir en una civilización secundaria, en una sociedad derivativa? ¿Acaso es el hombre una criatura de las pequeñas comunidades, un aldeano, que no se siente a gusto en un mundo de cuatro dimensiones? ¿Acaso solamente puede conservar su humanidad y seguir siendo humano dentro de un marco reducido? ¿Quizá la escala de los valores humanos es pequeña, una escala individual? ¿O tal vez solamente son realizables dentro del marco de cosas que el hombre puede controlar completamente como individuo? ¿Quizás al dividir y subdividir la tarea social el hombre solamente logra delegar la responsabilidad y de esa manera disolver la conciencia? ¿Quizás el hombre solamente sea civilizable en un contacto de relaciones directas? ¿Tal vez el futuro de la tecnología mecanizada no radique en el hecho de que es de masas, sino de que es descentralizada? ¿Quizá el futuro del occidente, por lo menos, se encuentre en una cultura descentralizada, en la que los valores de grupo primario no puedan ni ser negados ni manipulados por una sociedad que les haga violencia?

V.—DIRECCIONES DESCENTRALISTAS

Estas inquietantes interrogaciones constituyen el punto de partida del descentralismo. La respuesta que les dan los descentralistas están formuladas en términos de largo alcance en el cambio social, puestas en movimiento e identificadas con la revolución de las relaciones humanas conocida como liberalismo. Los descentralistas hablan el lenguaje del liberalismo: una cultura concentrada en torno de la persona, una sociedad libre, seguridad humana.

Los descentralistas no se sienten satisfechos por el uso actual de la tecnología maquinista que ha sido institucionalizado en la civilización occidental. Conciben el marco cultural de la moderna tecnología, ya sea comunista o capitalista, como antitecnológica y antihumana. Consideran que el industrialismo, tal como nosotros lo conocemos, es letal para el complejo tecnológico y para el espíritu humano. Una civilización completamente floreciente, afirman, no puede crecer en el terreno de las relaciones derivativas secundarias que han sido creadas por la cultura industrial. Las relaciones humanas fragmentarias e impersonales no pueden nutrir y sostener una sociedad realmente humana. Los descentralistas desconfían no solamente del carácter cada vez más abstracto de la cultura moderna, sino de la grandiosidad de las operaciones mecánicas, de las contracciones de personas en las fábricas y de la impersonalidad y anonimidad de la sociedad de masas. Estas normas de cultura, insisten, ni son necesarias en una sociedad que usa la tecnología maquinista, ni conducen los valores que los seres humanos siempre han considerado importantes para llenar la vida.

Cualesquiera que sean los detalles, la dirección que debe tomar la sociedad tecnológica, de acuerdo con los descentralistas, no debe partir de la negación de los valores de grupo primarios, ni tampoco hacer posible su explotación. Para lograr este fin, los descentralistas establecen este requisito primario: las condiciones de la acción humana deben quedar dentro del control individual humano. El ser humano no puede lograr las finalidades de su ser en una situación cuyos factores están más allá de su comprensión y control. Por ejemplo, la situación productiva es cada vez más de gran escala, corporativa y urbana. En ella, el individuo solamente es activo según lo determina la necesidad de servicios, de acuerdo con los cambios de mercado increíblemente complejos. Su habitación, recreación, noticias, necesidades de consumo, en general, su imagen visual del mundo, están normalizadas y comercializadas, por medio del mercado,

en cantidades mensurables, en precios determinados en masa, y en unidades y estilos reglamentados. Pero, aún así, su adquisición depende del delgado hilo del nexo en efectivo que crea "el empleo" y por medio del cual se mantiene la economía en general. En estas condiciones, el hombre común difícilmente puede tener razones realistas para perseguir el requisito primario de su ser: el control de su situación individual humana. ¿Cómo pueden ser sus acciones orgánicas? ¿Cómo puede escaparse al divorcio de sus valores de apreciación y sus valores instrumentales? ¿Al divorcio entre su producción y su consumo?

La "Gran Sociedad" refleja la situación de acción del ser humano común. Esta situación se ha ido haciendo cada vez más imposible debido al industrialismo derivativo. Ni la dictadura, ni la democracia, ni el colectivismo de masas, ni el capitalismo liberal prometen, como no pueden prometer, ninguna transformación básica del industrialismo en este punto. Y, sin embargo, este punto constituye justamente el dilema del industrialismo moderno.

Capítulo XII

LA FILOSOFÍA DESCENTRALISTA DEL INDUSTRIALISMO *

I.—LA VALORACIÓN DESCENTRALISTA DEL INDUSTRIALISMO

El primer período de la postguerra hizo que se extendiera muchísimo el interés por la filosofía de la cultura. Había muchas razones urgentes: revolución, guerra, ciclos comerciales, expansión tecnológica y contracción y desorganización social. Esta apreciación filosófica de la cultura tomó varias direcciones; la conocemos bajo diversos nombres: comunismo, fascismo, socialismo, laborismo, agrarismo, etc. Hasta sería posible sospechar que se han hecho ya todas las definiciones imaginables de la situación cultural de nuestra época. Entre estas definiciones referentes al mundo se encuentra el descentralismo.

Como ya indicamos en el capítulo anterior, los partidarios del descentralismo lo consideran como el fomento de las tendencias de largo alcance en el cambio social, puestas en movimiento e identificadas con la revolución del pensamiento conocida como liberalismo. Los descentralistas hablan el lenguaje del liberalismo histórico: una cultura que gira en torno a la persona, una sociedad libre, seguridad humana, democracia en la organización política y una sociedad de derecho. El descentralismo no es la única filosofía de la cultura que afirma la fe liberal, pero probablemente sí es la única que la examina para buscar la manera de adaptarla a las posibilidades tecnológicas de la revolución industrial posterior. Los descentralistas se preocupan de los cambios realizados en las condiciones de la vida humana, causados por la técnica moderna.

Los descentralistas, como ya dijimos, no se muestran satisfechos con el uso institucionalizado de la tecnología maquinista en la civilización occidental. Sostienen que el industrialismo, como lo conocemos hasta ahora, resulta letal, tanto para el complejo tecnológico como para el espíritu humano. Una civilización completamente floreciente no puede desarrollarse, piensan, en el terreno de desorganización social creada por la cultura in-

* Este capítulo apareció con el mismo título en *The Personalist*, 33, 1952, pp. 159 ss. (Usado aquí con permiso.)

ustrial. Los descentralistas encuentran esta desorganización en las condiciones que predominan en la mayoría de los pueblos industriales, ya sean comunistas o capitalistas, y sin más investigación las consideran como fases naturales de la tecnología maquinista. Como indicamos en el capítulo anterior, los descentralistas se muestran particularmente preocupados por el gran alcance de las operaciones maquinistas, las concentraciones de gente en las fábricas, el carácter cada vez más abstracto y secundario de la cultura moderna, la impersonalidad y anonimidad de la sociedad de masas. Estas características son, insisten, innecesarias en una sociedad que usa la tecnología de las máquinas y, además, no conducen a la satisfacción de los valores que los seres humanos liberales siempre han considerado importantes para llenar su vida.

II.—LOS PRE-SUPUESTOS DEL DESCENTRALISMO

Este duro juicio sobre la cultura tecnológica se deriva, en parte, de varias suposiciones acerca de la acción humana. Estas suposiciones son pocas y sencillas, pero dan forma a la apreciación que tienen los descentralistas del industrialismo.

En primer lugar, las condiciones de la acción humana deben estar dentro del control humano. El ser humano difícilmente puede lograr las finalidades de su ser en una situación cuyos factores están más allá de su comprensión y su control. Así, haciendo nuevamente referencia al capítulo anterior, diremos que la situación productiva del hombre industrial común se ha hecho dominante de gran escala y corporativa; y es de tal manera, que el individuo solamente entra en actividad cuando la necesidad de sus servicios es determinada por los cambios en el mercado. Su habitación, recreación, noticias, necesidades de consumo, quedan comercializadas por el mercado, en cantidades fijas, en precios de masa determinados, en unidades reglamentadas. Pero, aún así, su adquisición depende de esa delgada hebra del nexo en efectivo que es sostenido por "el empleo" y por medio de la cual se sostiene toda la economía. En estas condiciones, se preguntan los descentralistas, ¿cómo puede el hombre común tratar de lograr el requisito primario de su ser, el control de su situación humana individual? Los descentralistas no se sienten impresionados por las pretensiones de los controles colectivos que son maniobrados y manipulados por fuerzas que trascienden del ser humano individual, y cuya aplicación tiene escasa relación con la dignidad e integridad del individuo humano, como lo hemos visto en los trágicos períodos de guerra.

En segundo lugar, la acción humana, de acuerdo con los descentralistas, debe ser orgánica. Las acciones de los seres humanos son orgánicas cuando no están fragmentadas en esferas de intereses y objetivos diversos. Este punto debe ponerse en forma positiva. Así, los valores apreciativos deben estar integrados con los valores instrumentales. El arte debe ganar la apreciación a través de la creación. El vivir dentro de la comunidad debe significar la apreciación por medio de la participación. La vida de familia no puede ser sencillamente verbal o legal; debe fundarse en la colaboración; los valores familiares surgen de la vida de familia. Para ser orgánico, el trabajo de la producción debe ser una fase del trabajo de consumo; los sitios y formas e intereses de la producción en la función industrial contemporánea están aparte de los del consumo. El hombre industrial moderno es primeramente un productor y secundariamente un consumidor. Estos hechos diarios de la existencia industrial indican la presencia de enormes distorsiones que rompen la unidad de la experiencia humana. La comunidad de trabajo e interés humano es una Babel de voces irritadas y belicosas. Los objetivos del hombre industrial han sido divididos en fragmentos clasificados en compartimentos. Hemos llegado a ser sólo partes de hombres que buscan un hogar común. Los descentralistas se preocupan mucho acerca de la unidad de la experiencia humana. Pienzan que el industrialismo, al contrario de la mayor parte, si no es que todos los sistemas culturales históricos, ha logrado divorciar las condiciones de la acción humana de sus fines. Las normas de la vida humana son ahora normas de masas, y la posibilidad de su control por el ser humano individual, lo mismo que de su desarrollo orgánico mutuo, se vuelve más remota a medida que un grupo de actividades en gran escala entra en una amarga rivalidad contra otro grupo semejante.

En tercer lugar, la acción en una civilización tecnológica debe girar en torno a la persona. Los descentralistas buscan una civilización personalista. El término "personalista" pertenece, según demostró Emmanuel Mounier en su *Personalist Manifesto*, a "cualquier civilización que afirma la primacía de la persona humana sobre las necesidades materiales y, sobre todo, el complejo de implementos que necesita el hombre para el desarrollo de su persona". El ethos de dicha cultura rechaza al separación del espíritu y la materia, del pensamiento y la acción; busca la unidad de la vocación y el ser, los movimientos integradores de la vida; repudia la tesis del hombre colectivo con su consideración pesimista de la persona humana; se afirma el "principio interior de la libertad y singularidad". El compromiso con una cultura personalista significa, negativamente, la negación

de la sociedad de masas, con la enorme importancia que concede a las asociaciones superficiales y, positivamente, la afirmación de la sociedad comunitaria con su atención para la persona integral. Los descentralistas ven a las masas anónimas surgir del fondo corrupto de los individuos impotentes. Sostienen un criterio supremo del desarrollo tecnológico: el que debe permanecer al servicio de los seres humanos como personas reales y no como números sin nombre en la masa infinita. Los descentralistas critican constantemente al industrialismo, no por su inhumanidad inherente, sino por su fracaso para ser humanizado.

III.—LA SOCIEDAD CENTRALIZADA COMO ENEMIGA DEL SER HUMANO

El juicio descentralista sobre el industrialismo se deriva, en parte, del hecho de que se han dado cuenta del amplio movimiento de la moderna cultura tecnológica hacia la concentración. Las normas evidentes de las masas producen ininterrumpidamente frustraciones en masa de las condiciones de la vida humana, por lo menos de esas condiciones que los descentralistas consideran como exigencias primarias de la vida humana. El industrialismo centralista no la fomenta.

El pleito de los descentralistas no es contra la máquina, sino contra la forma de vida que se ha formado en torno a ella. La máquina, *como tecnología*, puede solamente ser considerada como una fuerza de liberación, como un fenómeno humanizado. Es la organización humana de la técnica maquinista la que irrita a los descentralistas.

Es infantil hablar de la tecnología maquinista independientemente de la estructura económica y social que la utiliza. Esa estructura tiene forma de Leviathan, es un sistema colectivo de poder sobre los hombres y las materias. El espíritu y la forma de Leviathan domina la estructura social de la técnica moderna, ya sea capitalista o comunista. Quizá uno de los mitos más trágicos de la moderna sociedad es que la estructura comunista de la técnica maquinista es radicalmente diferente de la estructura capitalista. El mundo de la propiedad privada del capitalismo industrial no es menos centralizado y la urgencia de esta centralización no es menos fuerte que en el mundo de la propiedad pública del industrialismo comunista y el cambio de un sistema por otro no será de ninguna manera la revolución abrumadora que la prensa y sus agentes en ambos sistemas nos quieren hacer creer.

El mundo de la propiedad privada está poblado por comerciantes, según ha demostrado con abundante documentación el economista R. A.

Brady en su obra *Business as a System of Power*, que "están dedicados a tejer mallas paralelas de control". Estas redes son denominadas por Brady "asociaciones máximas" y buscan todos los privilegios y protecciones que alientan su tendencia hacia el desarrollo y su impulso hacia el dominio. Se protegen, por medio de privilegios, en contra de la competencia extranjera y doméstica, en contra de la disolución, en contra del peligro de hacerse extra-marginales y en contra del ciclo comercial y otros azares análogos. Constantemente luchan porque se conserve el *statu quo* y exploten los lemas del servicio a la comunidad para ocultar las pérdidas sociales y económicas que la comunidad en general soporta como consecuencia de sus acuerdos y entendimientos mutuos. Como no se sienten seguros, ni dentro de su país, ni en el extranjero, acusan a la paz y a la guerra del imperialismo doméstico e internacional.

Muy pocos hombres se atreverían a negar que en el mundo de la propiedad pública, con el cual Rusia está asociada en la mente del público, también se han tejido redes paralelas de control. Las técnicas sociales y políticas de dominio han sido distintas, los nombres también, e indudablemente hay otras diferencias quizá notables, dignas de mención. Pero las relaciones que toda esta superestructura, ya haya sido levantada con fondos y fines privados o públicos, debería tener con la lógica y el espíritu de la ciencia y la tecnología representada en la máquina, no se ven por ninguna parte. Las consideraciones que racionalizan la tendencia universal hacia la colectivización y la centralización, no están envueltas en el lenguaje de la ciencia. Por ejemplo, tenemos la afirmación muy repetida de que el proceso de la centralización económica es inexorable e inevitable. Los marxistas así lo consideran y muchos comerciantes, enemigos del marxismo, repiten la teoría marxista y leninista de la necesidad, de acuerdo con la cual el aumento en la concentración del control y el imperialismo representan etapas naturales en el desarrollo de la economía capitalista. Este pensamiento puede ser histórico y aun filosófico, pero ni siquiera sus partidarios pueden considerarlo como científico.

Algunos observadores del industrialismo moderno consideran la tendencia hacia la centralización económica como antieconómica e irracional. Así, Caroline Ware y Gardner G. Means, en su pequeño estudio, *The Modern Economy in Action*, llamaron la atención sobre la forma en la cual el industrialismo ha sustituido con las grandes unidades concentradas a millones de pequeñas unidades, y en seguida bosquejan las consecuencias: precios inflexibles, competencia imperfecta, distorsión del propósito utilitario, fracaso del poder adquisitivo. Y concluyen: "el elemento más im-

portante que distingue la nueva economía de la antigua es el elemento de poder. En la antigua economía, las relaciones de poder no existían, porque las numerosas unidades que estaban en competencia eran relativamente iguales. En la nueva economía, la posesión y el ejercicio del poder constituyen la base de la mayoría de los problemas económicos”.

El fracaso de una sociedad cada vez más centralizada para resolver sus problemas económicos, hasta ahora solamente parece que necesita un aumento en la centralización. Es curioso que se considere que el remedio para la centralización sea una mayor centralización. Pero es que se trata de una nueva forma de centralización, de carácter político: el Estado fuerte, activo, que resuelve todos los problemas. Lo que en una época fue el problema comercial del monopolio se ha convertido en un problema político. En la actualidad, el hombre común no tiene más que elegir entre diversos monopolios: las asociaciones cúspides de los negocios o las pirámides de poder del gobierno.

El Estado se ha convertido, tanto en el capitalismo como en el comunismo industrial en la principal garantía del *standard* de vida bastante completo del hombre industrial. Al comentar esta nueva modalidad del Estado en su libro notablemente profético titulado *Revolution, Whiter Bound?*, H. F. Simon escribió en 1935: “el fuerte deseo de eficiencia organizada, dirección organizada, simplificación, eliminación del desperdicio, aprovechamiento del tiempo y el dinero, por medio de procedimientos redondos por una parte, y el entusiasmo por el líder por la otra, son motivos nuevos y decisivos que conducen al cambio en la vida política”.

Esta motivación revolucionaria ha producido o ayudado a producir los Estados-masa. Algunas veces, de acuerdo con las circunstancias históricas, estos nuevos sistemas de Estado son totalitarios y a veces democráticos. Siempre existe la esperanza de que, por medio del poder de las masas se resuelvan los problemas y se libren de los dilemas que los Estados débiles e inútiles del industrialismo anterior contribuyeron a crear. Los errores, impotencia, fracasos de los negocios monopolistas, han allanado el camino a los monopolios políticos y la norma de acción que ambos tienen en común es la centralización del poder.

Los Estados-masa, después de haber provocado una economía de crisis por inacción, tratan de prolongarla por medio de la acción. Las ilusiones de seguridad deben ser fomentadas; este trabajo constituye el objetivo final de todos los partidos. Paralelamente a la red de medios de poder políticos y comerciales, los partidos de masas de las modernas naciones industriales, duplican en todas sus características la centralización de la auto-

ridad y la decisión común de sus prototipos. En el verano de 1946, Ignazio Silone, al renunciar a la dirección de *Avanti*, órgano del Partido Socialista Italiano, escribió "los partidos de masas pueden representar, para la democracia, los mismos peligros que los *trusts* para la economía. Tienden en el interior de sus organizaciones hacia el régimen oligárquico, hacia la concentración de la dirección del partido en manos de unos cuantos jefes. Estos partidos cada vez van apoderándose más de la opinión pública. Es inútil combatir al monopolio en el orden económico y protegerlo en el político; entonces un tipo de *trust* no hará más que ser remplazado por otro".

La rapidez y forma de este reemplazo de la centralización económica por la política, es un accidente del tiempo y de las circunstancias. El hecho de que sea universal y de que lo mismo se presenta en el capitalismo que en el comunismo, no puede ser negado. Al buscar la seguridad para sus masas, los Estados-masa del industrialismo moderno también preservan la libertad *dentro de la ideología*. Es la estrecha ideología de la centralización.

Los descentralistas insisten en que las experiencias de las últimas tres décadas demuestran que esta ideología es enemiga del ser humano. Por ejemplo, esta ideología declara la guerra a esa mínima condición de la vida humana, el derecho de ser diferente. Un Estado-masa liquidó esa diferencia conocida como judaísmo; otro, la diferencia llamada liberalismo. Una sociedad descentralizada, ya sea dominada por los negocios o por el gobierno, no puede tolerar las diferencias. No es un simple incidente de la historia, pues, el que la aparición de los Estados-masa haya sido acompañada de violencia y derramamiento de sangre mayores de las que se han visto en cualquier período anterior de la historia humana, según informa el sociólogo de Harvard, Pitirim Sorokin. Pues el derecho a la diferencia, y a la oposición, ha sido aplastado por procesos sociales y económicos que, como no tienen una relación lógica o necesaria con la tecnología maquinista, la aprovechan para aplastar todas las precondiciones de la vida humana que según los descentralistas, como ya dijimos, constituyen los pilares de su protesta contra el industrialismo contemporáneo. Al divorciar las condiciones de la acción individual de los controles sobre la acción, al fragmentar la vida humana en esferas de interés y búsqueda de objetivos, al romper las normas institucionales y personales de vida de tal manera que los hombres industriales se convierten en masas amorfas, los Estados-masa, tanto democráticos como totalitarios, están formando un nuevo tipo humano, el hombre-masa. La política y la economía de esta nueva sociedad

centralizada no tienen nada en común con la política y la economía del hombre libre a quien los descentralistas respetan profundamente. No tienen tampoco nada en común con la lógica y el espíritu de la tecnología industrial que, los descentralistas y quizá únicamente ellos, quieren mantener viva a través de los males y defectos del Estado-masa.

IV.—LA SOCIEDAD CENTRALIZADA COMO ENEMIGA DE LA TECNOLOGÍA MAQUINISTA

Los descentralistas piden que se estudie la suposición aún no examinada que sostiene la mayoría de los pueblos industriales. Esta suposición consiste en que la amplia estructura del industrialismo moderno es una extensión lógica de la tecnología maquinista. Los descentralistas sostienen que esta premisa está muy alejada de los hechos y basan su tesis en el argumento de que la forma de vida histórica industrial no es sinónima de la cultura maquinista, que ha sido posible gracias a la ciencia y a la tecnología. Una forma de expresar este punto de vista es decir que la estructura exterior del industrialismo, un producto de las fuerzas sociales históricas, es como una capa floja que está sobre la estructura interna, que es un producto del método científico.

La máquina es el centro de la tecnología industrial; la energía dispersa es convertida en fuerza disciplinada con el sólo propósito de aumentar y abaratar la producción. Esta forma de dirección humana sobre la energía mecánica consiste de instrumentos especializados y del conocimiento de los procesos mecánicos, junto con un cuerpo coordinado de acciones humanas adaptadas a los usos de la nueva fuerza. El propósito inmediato es poner en movimiento por medio de la fuerza mecánica un instrumento; la máquina como sistema de eficiencia controlada puede convertir los recursos físicos en artículos para el consumo humano. Por medio de la estandarización mecánica, repetidos actos de producción producen cantidades cada vez mayores de artículos y servicios.

Esta tarea requiere una estructura exterior, un conjunto de máquinas y hombres para un trabajo disciplinado: la fábrica. Las máquinas y los hombres, en el industrialismo moderno, han sido arregladas en serie de modo que la cantidad de la producción aumente mientras que, por lo menos teóricamente, el costo por unidad disminuye. El tamaño de la fábrica depende, en parte, de la unidad que se produzca y del material que se transforme. La organización de este esfuerzo productivo y de este flujo de productos es, hablando colectivamente, lo que se llama empresa. La

empresa comercial es el trabajo cooperativo de los hombres, la tierra y el capital; es un conjunto de actividades compartidas y puede estar formada por una familia, una comunidad, un Estado, una persona, un grupo reducido de personas, una masa; puede ser una empresa pública o privada.

Esta estructura exterior de la tecnología maquinista —la fábrica, la empresa comercial, la comunidad industrial en la que ambas están localizadas— se ha desarrollado sin que se haya concedido mayor atención a la lógica de la producción maquinista. Este descuido puede quedar mejor ilustrado en el caso del mito de la grandeza. La máquina, se dice con frecuencia y en alta voz, requiere grandeza, producción en masa: la corporación gigante o la ciudad enorme. Sin embargo, los economistas han enseñado, desde la época de Malthus y Ricardo, un principio fundamental de las operaciones económicas conocido como ganancias disminuidas. Tanto en los negocios y la industria como en la vida social, el tamaño puede volverse contra sí mismo, pues el tamaño debe estar en relación directa con la función. Mientras más grande es la planta, más fijo está el capital y más restringida es la adaptabilidad. La grandeza engendra grandeza: mientras mayores son los gastos fijos, mayor es el impulso hacia la expansión a fin de cubrir los gastos. La mecanización en masa se convierte en una regla del adelanto económico, pero a costa de un aumento en los gastos y una disminución en las ganancias netas. “En cualquier época y en cualquier condición determinada de la técnica industrial, dice el economista inglés Marshall, se presenta un punto, más allá del cual el aumento en el tamaño de la negociación produce muy escaso aumento en la economía y la deficiencia.” Las estructuras de masa del pueblo industrial, basadas en la mecanización de masas han omitido la piedra angular de la disminución de ganancias: “la piedra que los constructores rechazaron”. La racionalización aguda, precisa y fría de la ciencia que estaba representada en la máquina, no encuentra su contraparte en la corporación de gran tamaño, ya sea pública o privada.

Tampoco puede encontrarse en la informe ciudad industrial, la “metrópoli tentacular”, como la llama Lewis Mumford. La comunidad industrial de masas, el epítome de la vida institucional del industrialismo moderno, padece de endurecimiento de las arterias. Su tamaño descomunal crea una congestión e impone sobre sus actividades comunales toda clase de limitaciones. Existen los límites físicos del agua, sanidad, tránsito, tiempo; los límites económicos de los precios congelados; pirámides de rentas sobre la tierra e hipotecas, impuestos, depresión cívica, plagas urbanas; los límites sociales de la densidad de población, complejidad de la organización

de la vida, empobrecimiento institucional. En otras palabras, la ciudad gigante del industrialismo, aunque aumenta en número y en tamaño, ha violado el principio vital de la disminución de ganancias.

El hecho es que los entusiastas de los Estados-masa, de las empresas-masa, de las ciudades-masa y de todas las otras estructuras de masas, han confundido la mecanización en masa con la tecnología maquinista y sostienen que las dos se complementan. La mecanización en masa, lo mismo que todos los aspectos de masa de la civilización contemporánea es sencilla, aunque trágicamente, la forma que hemos querido darle a la tecnología maquinista.

Esta forma no sólo demuestra poca racionalidad, sino que también se muestra ciega a ciertos cambios revolucionarios que se han desarrollado dentro de la propia tecnología maquinista. Pues en forma callada y casi inadvertida, la ciencia-tecnología ha creado una nueva revolución industrial. Concentrada en torno a una nueva fuente de energía, la electricidad, esta "revolución de la fuerza" ha proseguido hasta crear una nueva transformación de la materia con su consecuente nueva fuente de energía, el átomo. Lo que hace una década era una edad de la electrónica, se ha convertido en una era nucleónica.

La electricidad dio a los pueblos industriales una nueva base técnica, ejemplificada en formas tales como la dinamo, el motor, la turbina; y ahora tenemos el ciclotrón. Al contrario del industrialismo antiguo, en el cual las máquinas, materiales, fuerza humana y los mercados estaban centralizados, esta nueva revolución tecnológica ha hecho posible y necesaria la dispersión de la industria, del pueblo y de las instituciones. Es una concentración de fuerza física que, paradójicamente, hace imperativa la descentralización de la fuerza social y económica. La movilidad y reducción en los gastos y el tamaño de las operaciones reemplazan al antiguo impulso hacia la técnica maquinista de masas en la mayoría de las industrias. La fuerza puede ser transmitida, particularmente gracias a los nuevos sistemas, a través de grandes distancias, a fin de mover máquinas que cada vez son más ligeras y adaptables. Mientras tanto, tenemos también al mayor descentralizador de todos, el motor de combustión interna, que con la moderna aerodinámica ha conquistado grandes distancias a mayor velocidad y menor costo. La reunión en masa de materiales, máquinas, motores y hombres está resultando tecnológicamente anticuada.

La apreciación de este nuevo estado de cosas en la cultura tecnológica ha sido más aguda hasta ahora entre los descentralistas. Pues ven en ella no solamente una negación a la tesis de los apologistas de la sociedad de

masas, sino una afirmación de la tesis de los revolucionarios antiguos que construyeron, o trataron de construir una sociedad liberal, una civilización industrial de hombres libres. La técnica de descentralización significa literalmente la recuperación de las condiciones del ser liberal; el control individual de las acciones del hombre individual, la comunidad de trabajo e interés, la unidad de libertad y seguridad, la humanización de la máquina. Los descentralistas confían no solamente en la nulificación de la sociedad de masas de poder centralizado, sino también en el renacimiento de una sociedad liberal con un sistema de poder técnico y político, verdaderamente descentralizado.

Pero aún existe el problema, enorme y amenazador, de hasta qué punto pueda lograrse esa transición. ¿Puede realizarse una revolución social descentralista que esté de acuerdo con la revolución técnica descentralista?

V.—PROGRAMAS DE ACCIÓN DESCENTRALISTA

Es un hecho que la mayoría de los programas que buscan la solución de los problemas de la moderna sociedad industrial, estipulan una mayor centralización de la autoridad. El estatismo es la estrella que guía al moderno reformador y el colectivismo es su fórmula. Si es un demócrata, generalmente defiende alguna forma de colectivismo empírico o gradual; si es totalitario, alguna forma de colectivismo radical o revolucionario. El reformador moderno es impotente sin el Estado, estéril sin el colectivismo.

El descentralismo no proscribela acción colectiva. El descentralista se da cuenta, al perseguir su problema hasta su origen, de que muchas situaciones humanas requieren una acción colectiva. Hasta un descentralista tan radical como el bien conocido personalista, Emmanuel Mounier, tuvo que admitir que los "problemas colectivos requieren un mínimo de soluciones colectivas...".

Sin embargo, los descentralistas difieren en este punto. Aunque todos ellos desean ayudar al máximo el control de cada individuo sobre sus propias acciones, también desean evitar las soluciones colectivas que en realidad multiplicaban el número y amplifican la intensidad de los problemas colectivos y que, a su vez, requieren nuevas soluciones colectivas. El reformador en la moderna sociedad industrial es como el héroe de la antigua mitología griega, quien, al tratar de matar a la Hidra de muchas cabezas en las aguas de Lerna, descubría con horror que dos cabezas habían crecido allí donde había cortado una.

Además, los descentralistas no desconocen qué reacciones de la más temible variedad pueden surgir bajo el disfraz del descentralismo. Muchos monopolistas ambiciosos, políticos o comerciales, gritan los lemas y pregonan los valores del descentralismo como máscara para sus empresas de explotación. El nazismo predicó el agrarismo, la pequeña comunidad, los antiguos ideales del Estado, mientras quemaba y sofocaba a los alemanes y a todos los europeos que se atrevían a ser diferentes o tenían la desgracia de serlo. Muchos grandes comerciantes o directores de corporaciones piden que sean abolidos los controles colectivos del Estado sin confesar que su único fin es el de explotar a ese inocente cordero conocido como público. Sería una horrible, aunque no extraña ironía, que el descentralismo se pusiera en boga precisamente entre sus propios enemigos.

Como una débil medida en contra de dicha desgracia, resulta oportuno bosquejar los programas y objetivos de la acción descentralista.

El origen político y las filiaciones del descentralismo consisten en todos los movimientos dictados por la causa de una sociedad libre para hombres libres. "Durante los últimos diez o veinte años —dijo Mr. Thurman Arnold al Club Económico, es decir, durante los años de la guerra— hemos estado obsesionados con la economía de la seguridad." Los descentralistas no tienen esa obsesión, se preocupan por la economía de la libertad. Pues el hombre es libre, dicen, cuando tiene el poder de actuar. En una economía de seguridad, solamente las contadas personas que están investidas de poder económico o político son las que realmente pueden actuar. Los descentralistas piensan devolver esas condiciones a todos los hombres.

Pero aquí se dividen los descentralistas y la diferencia que hay entre ellos es primeramente de ritmo y después de técnica. Así como los marxistas hace dos generaciones se dividieron en bandos de moderados y revolucionarios, ha sucedido lo mismo con los descentralistas. El descentralismo moderado o convencional simpatiza con cualquier movimiento o idea destinado a aumentar el área del control individual para todos los hombres. Así es como se ha convertido en el credo de todos los especialistas en problemas de administración, pública o privada, que desean impedir o suavizar las rigideces en los negocios particulares o en la administración pública, rigideces que colectivamente reciben el nombre de burocracia. La administración burocrática es aquella en la que no se comparten las experiencias entre las partes altas y las bajas, entre los que dirigen y los dirigidos, es aquella que ha perdido el contacto con su personal y su público. Un aumento en la participación para dirigir la política y ejecutar los programas, para todo el personal y el público, para el cliente y para la firma,

éste es uno de los puntos del programa descentralista que David Lilienthal, en su excelente obra *TVA: Democracy on the March*, llama correctamente "raíces del pasto de la democracia". Quizá su forma más dramática en la América de la actualidad se encuentra en muchos tipos diferentes de planeación de organizaciones y movimientos regionales: en los valles de los ríos, en las comunidades metropolitanas, en los regionalismos industriales. Estos programas son contrarios a la antigua norma del industrialismo, su objetivo es la concentración de fuerza técnica, pero con descentralización de la autoridad.

Este *motivo* vuelve a encontrarse en los movimientos para formar concejos de directores y obreros y concejos de coordinación en la comunidad. Sus fomentadores son quizá, sin darse cuenta, descentralistas sempiternos. Los descentralistas convencionales reciben con alegría cualquier sugestión que permita huir de la ciudad industrial, ya sea la suburbanización, la dispersión de la industria, la reorganización rural, cualquier industrialización en pequeña escala de las zonas retrasadas. Aunque están prontos a reconocer que estos medios no son totales, alaban las actitudes que los crean y el reconocimiento de los problemas internos que los han motivado. Desde luego que no todos los descentralistas consideran el servicio social del Estado como un mal terrible. Aunque reconocen totalmente la debilidad de dicho Estado, indican que es indispensable en una época de transición económica y social básica. Además, los descentralistas no deben temer el uso del poder, pues el temor al poder es algo tan malo como el poder absoluto, según dijo Lord Acton.

Los descentralistas radicales o revolucionarios consideran que las soluciones antes mencionadas no sirven más que para posponer o retardar y que, en el mejor de los casos, son solamente parciales. El peligro atrasado se torna doblemente fuerte después. Los grandes peligros requieren grandes medidas. Estos radicales que no tienen nada en común con el colectivismo ruso no piden otra cosa que una revolución en el sistema de propiedad del industrialismo moderno.

Los hombres políticamente libres, después de haberse liberado de la tiranía política, se han ido gradualmente esclavizando a la tiranía industrial, cediendo ante el control industrial centralizado, todos sus materiales e instrumentos de vida. Su programa debe ser, pues, el retorno al sistema de la propiedad privada, pero solamente a un sistema *igualitario* de propiedad privada, en el cual todos los hombres sean propietarios-productores. Al contrario de los comunistas, rechazan la propiedad del Estado de las empresas productivas por ser solamente otra forma de control centralizado.

Consideran que Burham designó adecuadamente este cambio como una revolución de la gerencia. Los descentralistas radicales demandan una redistribución de la propiedad en producción y el sostenimiento de un sistema de producción individual y disperso.

Esta forma radical de descentralismo que a veces se llama agrarismo, o, como en Inglaterra, "distributismo", considera frecuentemente a la tierra, a la granja autosuficiente y con equipo mecánico, como la precondición de los hombres libres. Este tipo de descentralismo, que a veces se llama cooperativismo, frecuentemente exige, lo más pronto posible, el desarrollo de cooperativas de producción y consumo como la única forma en que el hombre moderno puede hacer un uso completo de la máquina y conservar totalmente su energía económica y política. En ocasiones, este tipo de descentralismo es llamado comunitarismo y considera a la pequeña comunidad rural orgánica, organizada en forma cooperativa y autosuficiente, quizá también ideológicamente homogénea, como la preservadora de la libertad humana en una edad tecnológica. A veces se llama también anarquismo a este tipo de descentralismo, aunque esto es muy raro, y rechaza todas las formas de control organizado, y prefiere perseguir un sueño que ha ilusionado a la humanidad desde la época de Rousseau, el sueño del hombre natural en una sociedad sencilla y primitiva y, por lo tanto, buena.

Así, pues, son muchos los tonos en que se habla este lenguaje común del descentralismo. Una comunidad de voces que entona este credo. Los descentralistas esperan que al final su fe común resulte, si se permite la expresión, como una capa de José de muchos colores, a través de la cual pueda lanzarse en conjunto el aliento de la sociedad libre y que sirva para preservar su libertad.

Capítulo XIII

CAMBIO TECNOLÓGICO Y CONFLICTO HUMANO *

I.—EL CONFLICTO COMO PROCESO SOCIAL

El debate acerca del pasado y el futuro industrial se hace más agudo en los días de mayor destrucción humana, en los días de depresión, guerra o revolución. De estos días, el siglo xx ha tenido ya más de los que le corresponden. El sociólogo de Harvard, Pitirim Sorokin llegó a la conclusión, después de una cuidadosa tabulación, de que hasta ahora el siglo xx ha sido de los más sangrientos, turbulentos y menos humanitarios en la historia de la civilización occidental.¹ La tormenta sobre el industrialismo crece con cada conflicto humano, pues el perfeccionamiento de los medios de comunicación y transporte ha unido al mundo, y los abusos y violencias que se cometen en una parte afectan al todo.

Hace dos generaciones, el sociólogo inglés Herbert Spencer se dedicó a probar que una civilización comercial no tenía nada en común con el militarismo: la agresión no es buen negocio. Las esperanzas que entonces parecían fuertes y realistas de lograr un mundo pacífico en el cual los problemas de las relaciones humanas se trataran tranquilamente y se resolverían pacíficamente, se han vuelto muy exiguas e inconsistentes. Nuestra civilización comercial ha comenzado a trazar líneas en torno a sus márgenes de compromiso social y los conflictos sociales de muchas clases han llegado a ser hechos cotidianos y terribles. El industrialismo se ha convertido en monstruo y las ansiedades y tensiones locales corroboran lo que para el hombre común deben ser solamente fantasías monstruosas. Ciertamente que el industrialismo ha tendido a crear, en lugar de resolver, los conflictos humanos. Ningún sistema de cultura puede soportar los choques de un conflicto humano ininterrumpido, y nuestra sociedad tecnológica ha acelerado en lugar de disminuir dichos conflictos.

* Este capítulo apareció bajo el mismo título en *The Personalist* 29 (otoño de 1948), pp. 396 ss. (Usado aquí con permiso del editor.)

¹ Sorokin, Pitirim, *Social and Cultural Dynamics*, American Book, Vol. III. Nueva York, 1937.

El industrialismo moderno ha aumentado y continuará aumentando las probabilidades de conflicto en las relaciones humanas. Y ha revolucionado en tal forma el proceso del conflicto que ha creado la posibilidad de una profunda repulsión de toda la estructura cultural de la tecnología científica e industrial. Nada acelera tanto la aparición de una sociedad postindustrial como esta tendencia.

El conflicto es un proceso, una serie de etapas que conducen de una condición a la otra. Estas etapas pueden ser típicamente reconocidas y previstas. Surgen en todas y cada una de las ocasiones de la interacción humana. El industrialismo ha cambiado radicalmente el carácter de cada una de estas etapas en el proceso del conflicto. La conducta humana, desde el contacto hasta el conflicto, es más o menos como sigue:

1. Contacto.
2. Aparición de diferencias.
3. Reconocimiento de las diferencias.
4. Idea de la naturaleza exclusiva (irreconciliable) de las diferencias.
5. Decisión de eliminar, dominar, las diferencias opuestas (es decir, "intereses").
6. Acción calculada para comprender esta definición de la situación, y
7. Establecimiento del equilibrio.

El industrialismo atraviesa por todas estas etapas, apresurando la transición de una a otra.

II.—EL COLAPSO DEL AISLAMIENTO

La cultura industrial, con su desarrollo progresivo, ha roto las murallas del aislamiento humano. La inmovilidad, producida por las barreras del espacio, el tiempo, el temor a lo desconocido, el miedo al extranjero, el amor al pasado o al mundo venidero, ha cedido ante las formas técnicas de invención mecánica en lo que se refiere a comunicaciones y transportes. "Los hombres en movimiento" constituyen los símbolos dramáticos de una época que ha dado alas a los pies y al lenguaje.

Este rompimiento del aislamiento de los vecinos, junto con la movilidad mental que ha creado, ha lanzado a los hombres a grandes viajes de descubrimiento del mundo. El siglo xvi descubrió el "medio". Los siglos xvii y xviii lo exploraron. El siglo xix le puso las riendas, y el siglo xx promete explotarlo. Como un arroyo primaveral, esta liberación del espíritu humano se ha derramado en muchas direcciones. Por ejemplo, las

migraciones humanas se han realizado en una escala humana que no tiene paralelo en la historia. Unos sesenta millones de europeos salieron de su tierra en la primera mitad del siglo XIX para establecerse en nuevas tierras.² Esta emancipación también ha sido expresada en los amplios y rápidos canales de comunicación. Aquí las cifras han sido notablemente aceleradas.³ Lo mismo puede decirse de la imprenta. El siglo XV vio la publicación de unos treinta mil libros, pero en el siglo XX puede hablarse de la publicación de más de diecisiete millones de volúmenes separados. La radio transmisión tenía unos sesenta mil equipos hacia fines de la primera guerra. Antes de que comenzara la segunda guerra, la radiocomunicación tenía más de veintún millones de vehículos, solamente en los Estados Unidos. Cerca de cincuenta y ocho mil cinematógrafos exhiben las producciones cinematográficas del mundo, de las cuales dos terceras partes salen de Hollywood.

El industrialismo ha dado expresión al espíritu humano, ha logrado una increíble velocidad a través del espacio. Se ha convertido en el sirviente ubicuo de las masas, difundiendo las intenciones y las concepciones de las mentes humanas a todos los hombres. La frecuencia y la variedad de los contactos humanos responden al ritmo establecido por la cultura tecnológica. ¿Quién puede decir que este proceso cesará o por lo menos que se hará más lento?

III.—TECNOLOGÍA Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL

Socialmente las diferencias humanas no han sido disminuídas por el creciente contacto, sino que por el contrario se han multiplicado. Desde luego que es cierto que los tipos básicos de intereses y funciones humanas son bastante estables. Los hombres siempre, y en todas partes, han sido religiosos, económicos, familiares, políticos, estéticos, etc. Pero dentro de estas zonas de expresión humana se manifiestan enormes variedades. La "variabilidad cultural" es el argumento que esgrime el antropólogo cuando cambiamos preguntas y respuestas en este terreno. La experiencia humana es única. Ninguna cantidad de ritual cultural puede eliminar la singularidad de la interacción del hombre respecto a su medio. Pues el organismo humano es selectivo y su habitat también es selectivo.

El industrialismo es un monumento impresionante de esta singularidad humana. La artesanía de la especie humana, que no ha sido ni siquiera

² Véase Taft, Donald, *Human Migration*, Ronald Press, cap. 3. Nueva York, 1936.

³ Véanse los datos reunidos por Albig, J. W., *Public Opinion*, McGraw-Hill. Nueva York, 1939.

imitada por las especies animales superiores, es el genio mismo del desarrollo cultural. Todo el amplio y rico campo de la cultura es prueba de este "instinto de la artesanía". Llamamos al artesano humano descubridor, inventor, experto tecnológico, técnico, sabio, consejero, artista; las palabras cambian, pero la esencia es la misma.

Todas las discusiones sobre estandarización humana como resultado de la tecnología maquinista resultan extrañamente mudas en este punto. La tecnología maquinista ha multiplicado increíblemente las especializaciones de las funciones humanas, la división del trabajo, la variabilidad de intereses, la extensión de las diferencias. La "máquina", para usar una palabra que nos simplifique las cosas, ha roto el molde de uniformidad de las tradiciones humanas y la "beofobia", y ha colocado a las especies humanas en mil escenas distintas para llevar a cabo su dramática cita con el destino. El mundo es una fábrica; pero también es un campo de juego, un hospital, un laboratorio, una iglesia, una biblioteca y un hogar. Pues la especialización dentro de la tecnología mecánica también ha hecho posible la especialización en otras tecnologías culturales.

Además, la diferenciación tecnológica de los intereses humanos y sus funciones nos ha impulsado en muchas direcciones. Nos ha hecho pasar del localismo al cosmopolitismo; de lo sagrado a lo profano; de lo provincial a lo nacional e internacional; de los grupos locales y de parentesco sanguíneo del hombre primitivo, a los grupos de interés especial del hombre industrial; de la sociedad primaria a la sociedad secundaria o derivativa. El hombre se ha convertido en una criatura de muchos valores. Solamente la destrucción de esta cultura tecnológica puede cambiar la evolución de este hecho.

IV.—TECNOLOGÍA E IRRECONCILIABILIDAD IDEOLÓGICA

Pero en todo este cambiar y barajar de las cartas en los destinos humanos, las marcas se han ido poniendo cada vez más altas, deliberadamente. Pues los hombres, hechos en forma distinta, actúan diferentemente. Se dan cuenta de sus diferencias, las justifican, las sentimentalizan y luchan por hacerlas irreconciliables y mortales. Llegan a ver sus diferencias a través de los lentes de la exclusión. Ponen la vista en las cimas más distantes de la realización exclusiva.

La variación en el pensamiento humano es obra de la ideología y de los ideólogos.⁴ Así como los conflictos provinciales del período medie-

⁴ Véase Mannheim, Karl, *Ideology and Utopia*, Paul Trench, Trubner. Londres, 1938.

val y principios de la época moderna tenían sus mercenarios, así los conflictos mundiales de nuestra época tienen sus soldados pagados. Los Jenízaros han sido reemplazados por los ideólogos y las diferencias primarias por la apologética secundaria. Los panoramas mundiales fragmentados son apoyados por racionalizaciones segmentadas y la espiral ascendente de los apasionados imperialistas se ve fortalecida y adornada por las banderolas volantes de los sistemas de ideas, lemas y estereotipos.

Este estado de cosas no es ningún accidente. Está ligado al curso de acontecimientos que llamamos industrialización. Una tecnología adelantada exige sofisticación, pero no la canaliza; por el contrario, le da ímpetus por todas partes. Y, al hacerlo así, las ideologías en conflicto del hombre industrial se mueven de la violencia, a través de la intimidación y el temor, hasta el fraude: de la fuerza al fraude, como dice Lester F. Ward.⁵

Esta reorientación se nota ya en muchas de las teorías en conflicto de nuestra época. Se la encuentra en las ideologías de la guerra. En términos de estrategia y táctica, probablemente no haya mucha diferencia entre el conflicto tribal y la guerra global; en términos de técnicas, desde luego existen enormes diferencias. Pero la verdadera distinción es más profunda: se encuentra en las palabras, mitos, lemas, estereotipos, sistemas de ideas de nacionalismos e imperialismos. En un siglo se habla del "Peso del Hombre", en otro del "Pueblo de Señores", o de la "Esfera Mayor de Co-prosperidad del Asia Oriental". La lógica se vuelve más sutil, más intrincada, más compleja, quizá más persuasiva, aunque no sea por otra razón más que porque es más fraudulenta. En un mundo de diferencias, refinamos nuestras filosofías de las diferencias, y las llamamos ideologías. De ahí que la irreconciliabilidad ideológica esté unida a la estrategia y a la táctica del aniquilamiento de grupo; o más sencillamente, a la estrategia del terror.⁶

V.—TECNOLOGÍA E INSEGURIDAD HUMANA

Desgraciadamente, pagamos un terrible precio por esta forma de conducta, no sólo en relación a lo que cuesta a los demás, pues eso no nos importa, sino en términos de nosotros mismos. Los conflictos del universo social externo se convierten en el espejo de la persona, y los desequilibrios

⁵ Véase Ward, Lester F., *Dynamic Sociology*, D. Appleton, Vol. II, pp. 503 ss. Nueva York, 1883.

⁶ Para una ilustración sobre este tema, véase Taylor, Edmund, *The Strategy of Terror*, Houghton, Mifflin, Boston, 1940, o Huxley, Aldous, *Science Liberty and Peace*, Harper. Nueva York, 1946.

personales de inseguridad y temor constituyen el tributo que pagamos por el privilegio de la explotación tecnológica de nuestro mundo físico y social.

Naturalmente que no necesitamos que se nos recuerde que el hombre siempre ha sido víctima de sus ansiedades. "Al principio era temor, dice Lewis Browne en su obra *This Believing World*, y el temor estaba en el corazón del hombre y el temor controlaba al hombre."⁷ Miles de vestigios en la religión, el arte y la vida familiar dan testimonio de esta verdad. Y, sin embargo, ¿podremos decir que la tecnología no es culpable de haber provocado o agravado este temor? El hombre prehistórico vivía en el mundo de lo invisible, de lo supernatural, que tenía que ser controlado. Actualmente damos el nombre de magia a los medios de que disponía el hombre primitivo para "controlar" dicho mundo.⁸

Pero este sistema primitivo de tecnología solamente sirvió para atizar las llamas de sus temores, como demuestran sus ritos y las ceremonias de sus "ritos de transición". De la misma manera la más reciente tecnología del hombre, la ciencia-industrialismo, también fomenta sus temores. Tiene los artefactos, los instrumentos, y los procesos técnicos de esta nueva tecnología. Pero ¿los comprende? ¿Los expertos tecnológicos se preocupan por entenderlos?¹⁰ En realidad frecuentemente su reacción es de ambivalencia; correr como bárbaros hacia este nuevo templo y saciar su aburrimiento o su odio en sus técnicas o, si no, retirarse con un temor humilde e ignorante de todas sus maravillas, murmurando las tonterías relativas a las "leyes naturales" o a la "divina mano de la Providencia".

De cualquier manera, pocas personas pueden negar el gran aumento de la ansiedad humana.¹¹ "No hay que preocuparse por el mañana" era el lema de una sociedad agrícola que sabía muy poco de los ciclos comerciales o de la competencia monopolística, o de las complejas estructuras del mercado. "Miré en torno mío —dice el salmista— y nadie se preocupaba de mi alma." Este comentario resulta muy adecuado respecto a los amplios,

⁷ Browne, Lewis, *This Believing World*, Macmillan. Nueva York, 1928, p. 28. (Citado con permiso.)

⁸ Véase Toy, C. H., *An Introduction to the History of Religion*. Imprenta de la Universidad de Harvard. Cambridge, 1924.

¹⁰ Véase el desarrollo de este tema en la obra de Ortega y Gasset. *La rebelión de las masas*.

¹¹ Esta aseveración difícilmente puede ser demostrada estadísticamente. Sin embargo, para una demostración general lógica y psicológica, véase Horne, Karen, *The Neurotic Personality of Our Time*, W. W. Norton, Nueva York, 1937; Reinhardt, J. M., *Social Psychology*, J. B. Lippincott, Filadelfia, 1938; Fromm, Erich., *Escape from Freedom*, Farrar. Nueva York, 1941.

congestionados, mal articulados, enfermos, impersonales, costosos, desperdiciados, megalopolitanos centros de cultura del siglo xx. Los bucaneros y piratas de la época aventurera han sido seguidos por los sutiles e inteligentes barones de la sociedad industrial y los trucos y la paciencia se apoderan de lo que la fuerza y el fraude nunca pudieron ni siquiera imaginar; ganancias especulativas, valores inflados, precios elevados, se convierten en notas sin significación colocadas en los márgenes de página tras página de frustraciones y privaciones.

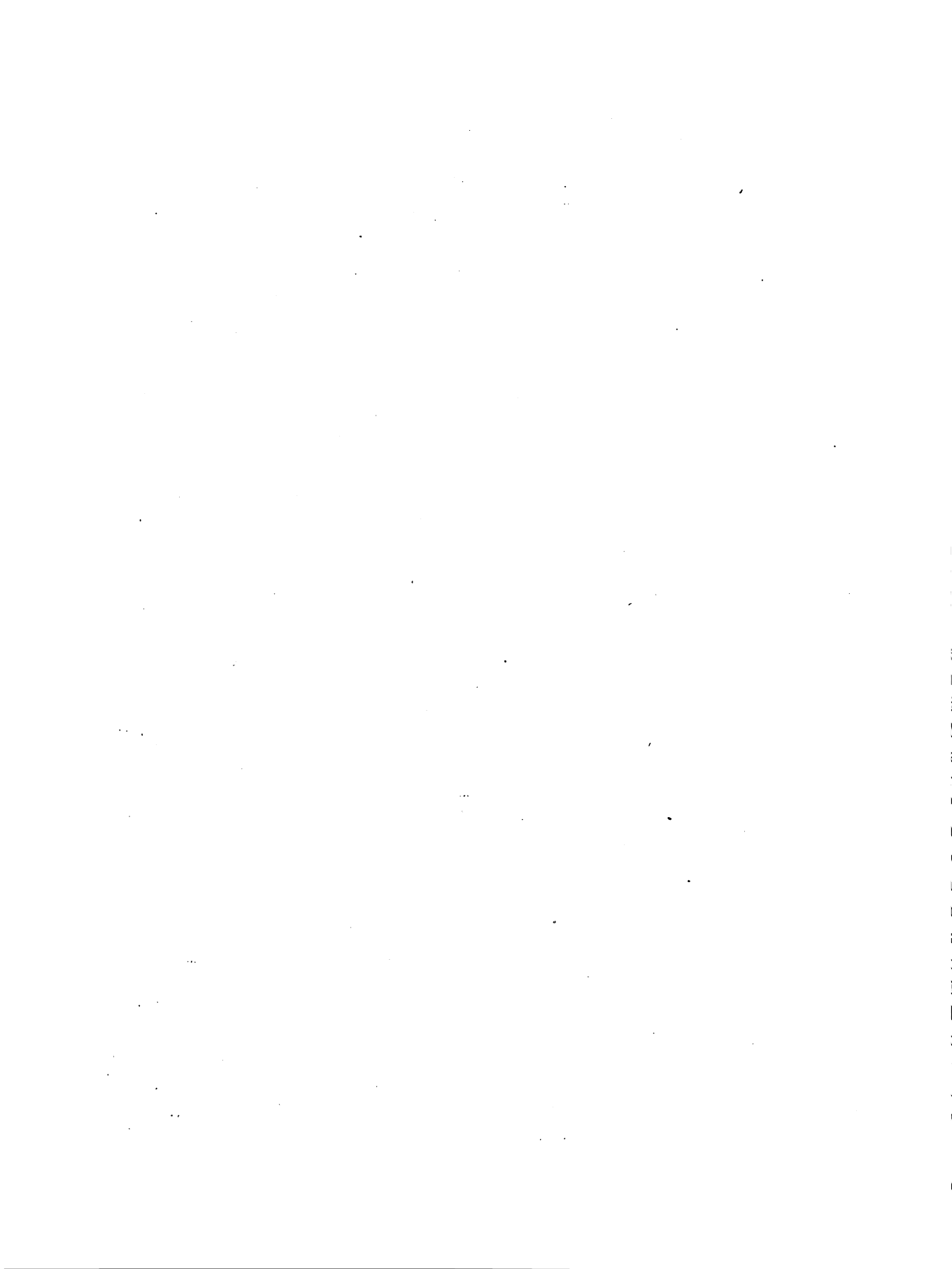
V.—¿ESTÁ EL HOMBRE MODERNO REZAGADO?

¿Hemos llegado a un callejón sin salida? Primero vino la liberación de la mente: la llamamos Renacimiento. Después vino la liberación de la conciencia: la llamamos Reforma, seguida por la liberación del cuerpo: la Revolución Industrial. Más tarde vino la liberación de la voluntad humana, que conocemos como Revolución Liberal. Pero ahora, ¿hacia dónde vamos? ¿Debemos buscar la seguridad, como se pregunta Erich Fromm, huyendo de la libertad? ¿Debemos encontrar la seguridad en la fortaleza protectora de nuestra economía sitiada? ¿Debemos encontrar el descanso de las turbulentas corrientes de una sociedad correteada por la competencia y la ansiedad, en las aguas tranquilas de una cultura estancada, cualquiera que sea el nombre que le demos?

No necesitamos amontonar datos. Todas estas normas de conflictos humanos tienen un lazo que las une: la creencia de que la tecnología científica industrial y su relación con el proceso de conflicto ha resultado tan cara y tan dispendiosa para los valores humanos que los sentimientos de repulsión hacia todo el conjunto de la civilización industrial no resultan anormales. "El hombre moderno está rezagado", gritó un observador, al considerar la significación social y humana de la bomba atómica.¹²

Seguramente que no todas las pruebas han sido citadas en estas páginas. Quizá para algunas personas esta cuestión de la naturaleza y suerte de una civilización que hasta ahora solamente ha logrado acelerar los procesos de la destrucción humana, no merece ni siquiera una atención casual. Pero, para otro, es el tema más crítico de nuestro tiempo, más profundo y más trágico que la última guerra, que no fue más que un simple epifenómeno, por decirlo así.

¹² Coussins, Norman, *Modern Man Is Obsolete*, The Viking Press. Nueva York., 1949.



Capítulo XIV

LIGAS DE HOMBRES ATEMORIZADOS *

I.—HISTERISMO ENTRE LOS ARISTÓCRATAS DEL PENSAMIENTO

Poco después de la victoria sobre el Japón, el ganador del premio Nobel de física, Harold C. Urey, escribió un artículo que ha sido ampliamente citado y que se titula "Soy un Hombre Atemorizado". En dicho artículo hablaba en nombre de los 1,500 sabios americanos que lograron liberar la energía atómica. Era un juicio dramático y muy documentado sobre la bomba atómica, formulado por uno de los sabios más notables de los Estados Unidos. La bomba atómica lo había horrorizado.

Pero no era el único sabio a quien había sacado de sus casillas. Aparentemente todos estaban en la misma situación. Parecía como si todos los físicos y químicos que tuvieran algo que ver con el proyecto del "Distrito Manhattan" temblaran de pies a cabeza. Además, estos hombres aterrizados se unieron para comunicar su temor al público americano y formaron ligas de hombres aterrizados.

Poco después de la última guerra, se multiplicaron por todas partes asociaciones nacionales y locales de sabios atómicos. Existe, o por lo menos existió, el Comité Nacional de Información Atómica. También existe o existió la Federación de Sabios Atómicos. En las listas, o quizá ahora sólo en los archivos, se encuentra la Federación Universitaria en pro de la Democracia y la Libertad Intelectual y la Asociación Científica de Oak Ridge, los Sabios Atómicos de Chicago, la Asociación de Científicos de Los Alamos.

Es una falange formidable. Por aterrizados que estén (o hayan estado) están (o estuvieron) bien organizados. Pero al pasar los meses del período de la postguerra se ha apagado su celo misionero, aunque su fervor al principio alzó llamas muy altas. Así, la constitución de la Federación de Sabios Atómicos reconoció "la responsabilidad de los sabios para fomentar el bienestar de la humanidad y lograr una paz mundial estable".

* Este capítulo apareció con el mismo título en *Prairie Schooner*, 23. Primavera de 1949, pp. 72 ss. (Usado aquí con permiso.)

El poder de destrucción de la bomba A fue su evangelio, y las responsabilidades sociales de la ciencia sus salmos.

Estas ligas de hombres atemorizados no han constituido el aspecto menos notable de todo lo relacionado con el desarrollo atómico. De hecho, son casi tan fenomenales como la propia bomba. Pues los científicos que se consideraban "naturales" y que apenas si se habían preocupado de las cuestiones de la sociedad, desertaban de los altares de la alta religión de la indiferencia para convertir a los apáticos a la causa de la paz mundial. Después de haberse ufanado, y enorgullecido, de su falta de responsabilidad respecto a las consecuencias sociales de su labor, como publicanos comunes, ahora hacen alarde de su farisaica creencia de que no son iguales a los demás hombres. En lugar de su aristocrático desinterés, encontramos este llamado estridente del atemorizado físico Urey: "Como sabio, os digo que no debe haber nunca otra guerra."

Aunque honradamente impresionados por esta seriedad, no podemos menos de preguntarnos, aunque sólo sea de pasada, si los sabios atómicos tienen alguna perspectiva de ser otra cosa que un grupo de hombres atemorizados. Su pasión primaria por la "investigación básica", más bien que por las consecuencias sociales, se manifiesta en las mismas palabras de alarma que pronunciaron. Así, en una conferencia sobre la bomba, el profesor Urey hizo un alto en su discurso para decir: 'En la actualidad se nota una fuerte tendencia para justificar la labor de la ciencia, basándola en su utilidad, tendencia contra la cual protesto.' Si esta cita no es lo suficientemente convincente, podemos hacer referencia a la petición que, según sabemos, hizo el administrador científico de Harvard, James B. Conant, para que se excluyera rigurosamente a las ciencias sociales de la Fundación Nacional Científica que se había proyectado. Por lo tanto, resulta razonable preguntarse si esta tradicional mentalidad social no conducirá a una tercera guerra, con tanta facilidad como condujo a la segunda.

Estas ligas de hombres atemorizados son, o fueron, un caso de histeria entre los aristócratas de la ciencia. Parece que su temor ha disminuido hasta tal punto que ahora solamente se encogen de hombros y aprueban cortésmente el plan Baruch para el control internacional de la energía atómica. Los físicos no son historiadores sociales. Y los apóstoles atómicos de la ciencia no tienen más que una perspectiva histórica muy vaga de su problema social. Resulta típica la ingenua declaración hecha por tres jóvenes especialistas del ciclotrón, que escribieron en la revista *Life*: "Nunca antes los físicos habían sido tan claramente responsables de las nuevas formas de destrucción desatadas sobre el mundo." ¡Seguramente

que esta sensibilidad social recientemente desarrollada no tiene dimensión en el tiempo! Si no, ¿cómo podrían estos virtuosos de la bomba atómica explicar la historia de la guerra industrializada durante los dos últimos siglos, más que como el trágico resultado de la investigación científica subsidiada para producir armas, cada vez más terribles y devastadoras? ¿Será posible que la transición de las carabinas a las bombas atómicas haya enfrentado repentinamente a estos expertos de la artillería al hecho de que por primera vez se encuentran sin defensa en contra de sus propias máquinas de destrucción? No tenemos más que el lamento patético y nada reconfortante de algunos expertos selectos del Estado Mayor general: "La única defensa segura de este país, es ahora la defensa política." La lenta decadencia del sistema de seguridad de las Naciones Unidas, como sistema global, seguramente que ha producido otro ataque de nervios a los especialistas atómicos, que políticamente hablando son impreparados e ingenuos.

Sin embargo, sus palabras resultan alarmantes: "Hay hombres —dice el Dr. Edward U. Condon— que saben cómo hacer una bomba cuyo poder de destrucción es igual al de un millón de explosivos de diez toneladas." El portento militar es abrumador. "Es posible enviar proyectiles dirigidos por radio —según la Federación de Sabios Atómicos— a miles de millas de distancia y hacerlos explotar con un margen de dos o tres millas del punto deseado." Harold Urey advierte: "El corazón de una gran ciudad como Londres, que representa siglos de luchas humanas, de arte y sacrificio, se esfumará en un relámpago de fuego y luz." Recientemente, la Prensa Asociada informó sobre las pláticas sostenidas entre físicos notables, quienes sugirieron que este horrible aniquilamiento es el resultado posible de un arma que no es mayor que una toronja.

Resulta irónico que mientras los tecnólogos alimentan estos temores, los militares no sienten más que curiosidad por conocer la eficiencia de su nueva arma. Así, el general H. H. Arnold calculó que el bombardeo atómico es "por lo menos seis veces más económico que el bombardeo convencional". "En una guerra futura, calculó convenientemente, cada dólar gastado en la ofensiva aérea hará al enemigo un daño superior a 300,000 dólares."

En justicia, deberíamos decir que los sabios atómicos lograron demostrar, antes de que el peso de los reglamentos de seguridad cayeran sobre la cabeza de un público despreocupado, que el verdadero problema no es de bomba atómica, sino de guerra y paz. Además, el eclipse de las asociaciones atómicas detrás de la pacífica fachada de la Comisión de Energía Atómica,

y el airado debate de la comisión de energía atómica de las Naciones Unidas, demuestran que el verdadero problema es de libertad humana: la libertad de comunicación. ¡Sospechamos que los atemorizados sabios tienen ahora más miedo, lo mismo que el público en general, de un Comité de Investigación del Congreso, que de la bomba atómica.

II.—EL MITO DE UNA CIENCIA INTERNACIONAL

La inutilidad de su campaña se vio desde Hiroshima. Pues el bombardeo de Nagasaki e Hiroshima señaló el fin de una hermosa ilusión: la creencia de que la ciencia es una comunidad internacional de sabios que están por encima de los intereses de nación, clase o credo. "La ciencia sin frontera" de hecho ha sido limitada por Bikini en el occidente y por Berlín en el oriente. La bomba atómica significa la terminación de uno de los "internacionalismos" más importantes conocidos por el occidente industrial: el "internacionalismo" de la ciencia.

Se dice que la ciencia es el hecho más democrático de la vida moderna. Ciertamente no hay tradición más democrática que la ciencia. El conocimiento científico pertenece a todos los hombres. "Participación igual" ha sido el ideal y el objetivo de la comunidad de científicos. La ciencia no conoce raza, ni credo, ni partido, ni nación. Característico de lo que podríamos llamar el "internacionalismo de la ciencia" fue el testimonio del profesor Urey: "He tenido el privilegio de conocer sabios de muchos países. Y sé que todos hablamos el mismo lenguaje."

Las reuniones internacionales de sabios y técnicos eran cosa común en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Al declarar ante un comité del Senado Americano, el astrónomo de Harvard, Harlow Shapley, calculó que entre 1930 y 1942 hubo más de 500 conferencias internacionales técnicas y científicas. El Dr. Shapley dijo: "Pido una activa colaboración internacional o supernacional entre los sabios y técnicos." Este tema es el que domina en la idea de la "ciencia internacional".

Es un llamamiento antiguo. Una de las características más distintivas de ese período relativamente pacífico que se extendió entre 1870 y 1914, fue la Asociación Internacional de Trabajadores, popularmente conocida como Segunda Internacional. Imbuída del espíritu de ese famoso documento que exhortaba a los "trabajadores del mundo" a unirse, esta gran internacional trató de romper las barreras nacionales y crear una paz duradera. Los trabajadores del mundo, se pensaba, no tienen patria; su lealtad trasciende de los límites nacionales; su devoción debe dirigirse solamente

al bienestar de la clase trabajadora en todas partes, independientemente de la cultura nacional o del color. Y con ese fin, resolvieron oponerse al militarismo y a la guerra internacional. Pero la triste realidad es que su resuelto internacionalismo quedó solamente escrito en el papel. Cuando los gobiernos de Europa pidieron créditos para la guerra, los diputados socialistas en Alemania, Francia e Inglaterra los aprobaron.

Así terminó el mito del internacionalismo de la clase trabajadora. Aunque resucitado por los rusos y sujeto a la política zigzagueante del Kremlin durante 1920 y 30, volvió a quedar a un lado durante la segunda Guerra Mundial con la disolución formal de la Tercera Internacional. Desde entonces, parece que el Cominform la ha vuelto a desenterrar. Sin embargo, es incuestionable que el internacionalismo proletario ha tenido un hado incierto a manos del resurgente nacionalismo.

Hay poca razón para pensar que los científicos tuvieron éxito ahí donde fracasaron los socialistas; que el internacionalismo científico pueda prevalecer frente a las mismas circunstancias ante las que fracasó el internacionalismo obrero. A pesar de la UNESCO, el internacionalismo de la ciencia parece estar condenado. Por lo menos, éste es el espectro que persigue a las ligas de hombres atemorizados. Los rusos desafían a la ciencia burguesa y los esfuerzos americanos en pro de la seguridad nacional significan también el fin de la democracia internacional de la ciencia.

Las ligas de hombres atemorizados nos han indicado varios hechos inquietantes. Así, aunque tanto el ejército como la Oficina Federal de Investigación tienen el control virtual, aunque no actual de la investigación sobre la energía atómica, la investigación y la comunicación científica internacional, con excepción de algunos aspectos muy limitados y cuidadosamente controlados, ha sido estrangulada. El Dr. Condon dice: "Los sabios promiñentes no pueden discutir ciertos aspectos de su ciencia entre sí, ni siquiera como individuos que trabajan en campos íntimamente relacionados del mismo tema. Solamente pueden comunicarse a través de los canales oficiales, lo que significa que sus comunicaciones están sometidas a la censura de los oficiales del ejército, que carecen de los conocimientos y, por lo tanto, de la competencia necesarios." Falta por ver si la organización posterior de la Comisión de Energía Atómica puede cambiar en algo estas normas.

Esta circunstancia parece que preocupa a los sabios atómicos casi tanto como el carácter letal de su propia bomba. Resultó difícil conservarlos o asegurarlos para el proyecto del Distrito de Manhathan. Cualesquiera que hayan sido las razones que se esgrimieron, el aspecto de asesinato del ca-

rácter que se desprende de la oleada de cargos proclamados pero no demostrados, pudo haber sido, por lo menos, un motivo. Se dice que a algunos sabios se les sometió a los detectores de mentiras. Y nos preguntamos si no llegará el día en que el detector de mentiras entre a formar parte de los equipos de laboratorio.

El caso Boyer en Canadá produjo discusiones notables. El profesor adjunto de química de la Universidad de McGill justificó su imprudencia al haber divulgado importantes secretos atómicos a Rusia, diciendo que ninguna nación tiene derecho a monopolizar y de esta manera restringir la comunicación científica. Ésta es una afirmación científica conocida. Sin embargo, se probó que es una traición que una persona se comporte según la manera científica convencional, tanto en los Estados Unidos como en Rusia. El internacionalismo en la ciencia resulta peligroso. Además, las reuniones internacionales filosóficas o científicas que pueden llevarse a cabo, seguramente que se convertirán, por lo menos en parte, en un foro político. Ya desde antes de la última guerra se notaba una desviación del internacionalismo científico. El Dr. Shapley dijo a un comité del Senado que era cierto, "hasta cierto punto", que los sabios de ciertas naciones tenían más inclinaciones políticas que los de otras. y añadió: "Los sabios también son humanos y muchos tienen intereses políticos personales." La influencia corrosiva del nacionalismo estaba minando ya la estructura de la ciencia internacional antes de la segunda guerra. Y ahora, la declaración del profesor Urey, hecha poco después de la guerra, resulta un poco falsa: "Los sabios no tendrán dificultad en entenderse. Cuando se reúnan, creo que sus recomendaciones serán casi unánimes." Ése era también el lenguaje de la Segunda Internacional proletaria que el nacionalismo mató y convirtió en recuerdo.

III.—EL CASO DE LOS ATOMISTAS ATEMORIZADOS

Se acostumbra en estos días hablar de este período interbélico, como de la "era atómica". Un grupo de jóvenes sabios atómicos la ha llamado "el mundo de los nucleónicos", sucesor del antiguo "mundo de los electrónicos". Pero ¿es verdaderamente nueva esta edad?

La situación es muy confusa. Las antiguas contradicciones e inconsistencias, las antiguas rivalidades y temores, los antiguos fracasos, aún siguen en pie. La nueva "edad de la energía" parece que no puede ponerse en marcha en una paz de las grandes potencias. Los "secretos", que no son tan secretos, de la producción de la bomba atómica no pueden ser comunicados,

no porque no se sepan, sino porque no deben decirse. Los físicos nucleares insisten en que la única esperanza que puede tener la "edad atómica" es el control. Pero casi inmediatamente piden "un libre intercambio de información científica".

Casi igualmente confuso es el papel que le toca al gobierno en la investigación. Algunos sabios no quieren que el gobierno establezca un cerrado monopolio sobre la investigación de la energía atómica. Sin embargo, el profesor H. A. Meyerhoff, en un artículo publicado en las páginas de *Science*, indica que "un arma tan poderosa como la energía atómica requiere restricción en el uso, y la restricción en el uso, a su vez, demanda ciertas restricciones sobre la libertad de investigación y la libertad de publicación". Aún así, Albert Einstein, en un artículo que se leyó mucho en el *Atlantic Monthly*, argumenta que "el gobierno americano debe conservar el control de la energía atómica... porque la energía atómica fue desarrollada por el gobierno, y no puede pensarse en entregar esta propiedad del pueblo a ningún individuo o grupo de individuos". Las implicaciones lógicas de esta manera de pensar, no sólo para la energía atómica, sino para muchas otras áreas de investigación básica, se mueven en dirección del colectivismo de Estado que la mayoría de los sabios no quiere aceptar.

Al declarar en las audiencias del Senado, los expertos atómicos han pedido "alguna forma de control internacional", pero cuando los delegados rusos y americanos chocaron sobre el plan Baruch, no ofrecieron ninguna solución para estas diferencias, sino que discretamente siguieron la línea trazada por los americanos. De cualquier manera, esas cuestiones no entran dentro de su especialidad. Posiblemente se encuentren en el terreno de los sabios sociales a quienes han expelido del edificio de la sabiduría científica y de la preparación nacional, o sea la National Science Foundation. Algunos sabios atómicos han llegado a sugerir un Gobierno Mundial, demanda que muy bien puede resolverse en una acusación de actividades anti-americanas. Mientras tanto, aunque algunos de los sabios atómicos se encuentran abatidos ante la idea de que el gobierno monopolice la energía atómica, no les preocupa para nada la posibilidad de monopolios de patentes logrados por las industrias particulares y las firmas internacionales.

Las ligas de sabios atómicos atemorizados estaban, y siguen estando, muy confusas. Pero desde luego que el temor y la confusión es algo que tienen en común con todos nosotros. Los físicos nucleares son símbolo y vehículo del terror del siglo xx y del caos del mismo. Las consecuencias

sociales de la ciencia, la piedra que olvidaron los constructores, se ha convertido en el núcleo del problema: de una manera apocalíptica, los rechazados claman venganza. ¡Pero eso no es todo! “Ningún grupo humano —escribió el canciller Arthur H. Compton en su introducción al informe titulado *One World or None*, presentado ante la Federación de Sabios Atómicos— tiene el poder de prevenir la aparición de edad atómica”. ¡Parece que tampoco ningún grupo humano tiene el poder de prevenir la llegada de la edad de la guerra atómica, y menos aún los hombres que iniciaron esta era!

Capítulo XV

CAMBIO TECNOLÓGICO Y POLÍTICA SOCIAL *

La política social puede definirse como una búsqueda de un ajustamiento más adecuado a nuestras nuevas formas de vida. En otras palabras, es una búsqueda de nuevas invenciones físicas o sociales que, según se espera, harán la vida más agradable y segura. En una cultura cambiante ésta es una búsqueda inevitable e incesante, pero en una cultura tecnológica cambiante, como la de los Estados Unidos, es una necesidad imperiosa para sobrevivir.

La regla general de la moderna cultura industrial es de mecanización, pues la mecanización no solamente transforma las superficies de la vida contemporánea, sino que remueve su profundidades. La gente moderna encuentra (y lo hace en forma deliberada) la máquina en todas las fases de su existencia, según ha demostrado Siegfried Giedion.¹ Los pueblos industriales se han vuelto hacia la tecnología maquinista como hacia una nueva y moderna metodología de ajustamiento social.

Desgraciadamente, el equilibrio fundamental que podría establecerse, en cualquier tiempo y dentro de cualquier sistema de técnica, es inseguro y temporal. Las innovaciones provocan cadenas de reacciones de cambios en muchas zonas de la vida social aparentemente no relacionadas y de esta manera se hacen necesarios nuevos e inesperados ajustamientos. Así, pues, primeramente, la necesidad de la política social surge de la interdependencia funcional de las invenciones tecnológicas.

I.—LOS PROBLEMAS DE CAMBIO INTERRELACIONADO

Los estudiantes de la moderna tecnología se encuentran profundamente impresionados por la forma en que las invenciones en una zona de la vida moderna están ligadas con las invenciones en otras zonas. Cierta-

* Este capítulo apareció bajo el mismo título en *The Technology Review*, 53, enero de 1951, pp. 150 ss. (Usado aquí con permiso.)

¹ Giedion, Siegfried, *Mechanization Takes Command*. Imprenta de la Universidad de Oxford. Nueva York, 1948.

mente que esta simbiosis tecnológica, o dependencia mutua se encuentra en el fondo de la preocupación general por el problema de la tecnología y la sociedad. La tecnología en sí misma no es simplemente una forma de ajustamiento social; es, sobre todo, una causa importante de nuevos ajustamientos sociales. En un estudio muy profundo de la tecnología agrícola y el cambio social, un comité del Gobierno Federal sugiere este punto de la siguiente manera: "Los adelantos científicos en la agricultura constantemente dejan libre una fuerza de trabajo cada vez mayor en una época en que las oportunidades de trabajo ya no están abiertas en las industrias urbanas... Como carecen de otras alternativas, los hombres asalariados que trabajaban en la agricultura y que ahora sobran, aumentan las filas de los trabajadores agrícolas migratorios, piden auxilios del gobierno o se acomodan en alguna granja sólo por la comida, casi siempre dentro de las zonas más pobres."²

Los sociólogos Ogburn y Nimkoff han bosquejado una clasificación de secuencias y variaciones concomitantes de la tecnología y la sociedad, que resume estos problemas de cambio interrelacionado: 1. Una invención material importante puede tener efectos inmediatos múltiples. Por ejemplo, la radio, y ahora la televisión, ejercen influencia sobre la recreación, los transportes, la educación, la vida de familia, los negocios, el gobierno, etc. 2. Una sola invención puede tener una larga serie de consecuencias derivadas de ella. Nuevas formas de trabajo y nuevas relaciones de clase resultaron de la invención de la despepitadora de algodón, que también hizo posible la aparición de nuevas industrias, nuevas formas y estilos de ropas y finalmente cambió nuestra concepción de la manufactura. 3. Una determinada condición social puede en sí misma representar el resultado neto de numerosas invenciones convergentes. Podemos citar la forma en que la disminución en las cifras de natalidad está ligada al sistema de fábricas, a los cambios en las normas ocupacionales, a lo reducido de los hogares y a la mayor movilidad individual, etc. 4. Un conjunto de invenciones puede tener efectos derivativos de largo alcance como los que están representados por las interrelaciones entre la conversión de la energía atómica y la medicina, la generación de energía, la organización internacional, la estrategia y la táctica militar. 5. Finalmente, las invenciones sociales pueden necesitar invenciones físicas para su facilitamiento o control. Por ejemplo, la moderna defensa nacional y los programas militares solamente pueden

² United States Department of Agriculture, *Technology on the Land*. Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos. Washington, 1940, p. 5.

desarrollarse sobre una base adecuada de invenciones en comunicaciones, aviación y política gubernamental.³

Es posible ir más allá del hecho del cambio interrelacionado hasta la descripción de los patrones del desarrollo cultural. Así, sabemos que el cambio interrelacionado es de carácter *acumulativo*. Una invención física o una práctica de grupo, introducida en la cultura, requiere invenciones adicionales para su integración o incorporación a la vida de la sociedad. Por ejemplo, tenemos el caso del automóvil que necesita una reglamentación del tránsito para su seguridad, mejoramiento de los caminos, educación de los automovilistas, servicios de seguro y la aparición de nuevos organismos gubernamentales. Además, el cambio interrelacionado es de carácter *elaborativo*. Una nueva invención tiene que ser mejorada, tiene que ser segura, flexible, sensible al control; se hace necesario que realice tareas adicionales; puede ser aplicada a situaciones nuevas que requieren nueva técnica y nuevas habilidades. La aviación es un magnífico ejemplo. También el cambio interrelacionado es de carácter *acelerativo*. A medida que el conjunto de tecnología existente y de técnicos aumenta, la proporción de los descubrimientos e invenciones aumenta, por lo menos durante un período. La norma de aumento ha sido comparada a la de una curva de interés compuesto, pero, desde luego, que no puede esperarse que aumente indefinidamente. Como todos los fenómenos de crecimiento, el comienzo es lento; después viene un período de rápido crecimiento y desarrollo, se llega a un punto de saturación en el que disminuye la velocidad, o en algunos casos una forma de desarrollo es suplantada por otra. Sin embargo, aun en el período de crecimiento más rápido, la proporción del cambio no es uniforme o constante, sino irregular, pues el crecimiento en una zona de la vida social es más rápido que en otras. Son varios los factores que dan origen a esta falta de uniformidad y a las consiguientes tensiones en el cambio cultural; la proporción diferencial de los elementos culturales copiados de otras culturas, el bloqueo del desarrollo en alguna zona por los intereses creados en otra, el temor a lo nuevo, o a la legislación para una "redistribución" de la riqueza de una nación. Finalmente, el cambio interrelacionado es de carácter *integrativo*. La elaboración de un determinado complejo cultural, por ejemplo, los transportes, hace necesario la elaboración de medios que lo ajusten al molde total de la cultura. Esta labor de integración en una sociedad maquinista nunca puede constituir una fuente perenne de descontento. Sin embargo, es esta propia

³ Ogburn, W. F., y Nimkoff, M. F., *Sociology*, Houghton, Mifflin, Boston, 1940, cap. 24.

necesidad permanente la que engendra la invención. Una civilización preventiva sobrevive por su impulso de invención.

II.—EL PROBLEMA DEL CAMBIO ANTICIPADO

Una cultura cambiante necesita prever en alguna forma la magnitud y los patrones del cambio a que se verá sujeta. Esta necesidad, desde luego, queda indicada por los principios de desarrollo bosquejados en los párrafos anteriores.

Desgraciadamente, según ha demostrado S. Colum Gilfillan,⁴ el número de éxitos en este terreno de la predicción es muy escaso y nada alentador. Para obtener generalizaciones más dignas de confianza, debemos esperar a que en el futuro se realice una investigación científica más intensa. Sin embargo, en la actualidad, la posibilidad de predecir el cambio social se basa sobre las siguientes experiencias. Primero, pueden establecerse líneas de tendencias y la extrapolación de tendencias observadas proporciona base para establecer la probabilidad de algunos futuros acontecimientos. En cualquier zona de cambio tecnológico o social, la determinación de las tendencias es facilitada por la observación en los terrenos relacionados, pues cualquier invención aislada es, después de todo, "una colección múltiple de las pequeñas".⁵ En segundo lugar, las invenciones embrionarias crecen lentamente; crecen con rapidez en su etapa adolescente, y cuando llegan a la madurez, la rapidez del avance disminuye. En tercer lugar, las invenciones tienen causas y estas relaciones de causa a efecto pueden ser formuladas. Estas relaciones invariables tienen valor predictivo cuando han sido propiamente establecidas. Cuarto, la curiosidad unida a los sumarios analíticos de los éxitos y fracasos de las predicciones anteriores, proporciona cierto medio para checar y equilibrar, lo cual establece un criterio razonable para el juicio y valoración de las fórmulas predictivas. Finalmente, el tiempo frecuentemente pasa antes de que hayan madurado los efectos completos de una innovación. Este período proporciona una excelente oportunidad para estudiar y prever otras invenciones que requiera o necesite la actual. Así, pues, en general, una sana política social puede, y debe, hacer un esfuerzo para descubrir la ruta y la velocidad del cambio.

⁴ United States National Resources Committee, *Technological Trends and National Policy*. Imprenta de la Oficina del Gobierno de los Estados Unidos, Washington, 1937. Sección II, pp. 15 ss.

⁵ National Resources Committee, *ibid.*, p. 18.

El problema del cambio anticipado se agrava no solamente por la falta de estudios serios, sino más aún, por la presencia de ciertas actitudes sociales perjudiciales. El optimismo sentimental, la parcialidad, las resistencias populares ofrecidas por los gustos, costumbres y leyes, la preocupación por la ganancia material y una despreocupación total por las consecuencias sociales, todos estos factores han retardado los esfuerzos sistemáticos para responder a los problemas de las invenciones anticipadas y sus consecuencias casi siempre no anticipadas. Este hecho significa, pues, que la política social debe tomar en cuenta las diversas formas en que los individuos y grupos, aun la cultura total, inhiben los procesos del cambio.

Paradójicamente, las resistencias frecuentemente surgen de una filosofía social sobre el propio cambio. En un catálogo muy completo, Hornell N. Hart, sociólogo, bosquejó estos fracasos y bloqueos en las actitudes sociales, de la siguiente manera: ⁶

A. *Actitudes de auto-satisfacción:*

1. Optimismo fatalista: "El progreso es inevitable; todo lo que tenemos que hacer, es aceptarlo y aprovecharlo."
2. Cultura agresivamente presuntuosa: "El progreso ha sido y será el beneficio peculiar de nuestro pueblo, raza o nación; extendemos nuestra cultura por el resto del mundo."
3. Explotación conservadora del programa pasado: "Hemos llegado; el progreso del pasado nos ha traído hasta el presente estado ideal de cosas, que ahora podemos utilizar y disfrutar."
4. Orgullosa oposición a los cambios basada en éxitos pasados: "Dejemos estar lo que está bien; quienquiera que trate de modificar las maravillosas instituciones inventadas por nuestros antecesores, debe ser detenido o castigado."
5. Resistencia del cambio: "Lo que ha sido bueno para mis antecesores, es bueno para mí; que permanezca como siempre ha estado."

B. *Actitudes pesimistas:*

1. Pesimismo sentimental: "Los buenos tiempos pasados no volverán nunca, no nos queda más que llorarlos."
2. Desesperación fatalista: "Un desastre inevitable se aproxima; hay que obtener de la vida todo lo que se pueda antes de que ocurra la catástrofe."
3. Ciclicalismo: "Las civilizaciones surgen y caen en ondas o ciclos. En la actualidad hemos pasado la cúspide de una cultura y de-

⁶ Hart, Hornell N., *Technique of Social Progress*, Henry Holt. Nueva York, 1931, pp. 4-5. (Usado con permiso.)

clinamos hacia una nueva época oscura. Todo lo que podemos hacer es reconocer este hecho y ajustarnos a él."

C. *Actitudes reconstructivas:*

1. Vuelta a lo prístino: "Volvamos a los tiempos pasados y restauremos la gloria desaparecida."
2. Alarmismo de panacea: "A menos que actuemos rápidamente, la civilización perecerá; ayudemos a poner en obra el único remedio esencial."
3. Mejoramiento: "El progreso es la tendencia fundamental, pero está sujeto a reveses que pueden mitigarse y aun eliminarse."

D. *Actitudes agnósticas:*

1. Positivismo antropológico: "El progreso y el retroceso son términos subjetivos y, por lo tanto, anticientíficos."

Es posible que este catálogo de resistencias no sea más que una lista ociosa de casos hipotéticos. Sin embargo, un cuidadoso estudio de varias innovaciones sociales históricas, hecho por Theodore K. Noss, sugiere un punto de vista contrario.⁷ Noss investigó la oposición ante siete cambios sociales, todos ellos eventualmente aceptados por el pueblo americano, entre los que se cuenta el envío de paquetes postales, el ahorro postal, el pelo corto en la mujer, el sufragio femenino, la ortografía simplificada y el tratamiento contra el barrenador. Y llegó a esta conclusión: "En vista de que el cambio no puede ser adoptado hasta que la sociedad esté de acuerdo en aceptarlo, pasa bastante tiempo entre la introducción y la aceptación social para que aparezca una resistencia organizada. Los primeros en oponerse a la innovación son aquellos que consideran que interfiere con sus intereses dentro de la sociedad. Bajo esta amenaza los grupos de interés especial adquieren mayor conciencia de sí mismos. Los miembros del grupo se buscan entre sí para consultarse y apoyarse. Esta interacción sirve para consolidar al grupo internamente y parcialmente para aislarlo del resto de la sociedad, aunque al mismo tiempo los miembros del grupo se identifican imaginativamente con la sociedad, especialmente con el bien social. Es típico que exageren la importancia de su función de grupo y que se consideren como el núcleo del bienestar social... Pueden llegar a predecir que la destrucción social será el resultado final de la adopción

⁷ Noss, Theodore K., "Rise of Active Resistance to Social Innovation", *Bulletin of the Society for Social Research*. Universidad de Chicago, diciembre de 1949, p. 9.

de la innovación. Como resultado de su interacción exponen lo que llaman la 'verdad' de la situación..."

En una revisión semejante sobre la resistencia a las innovaciones tecnológicas en diversos campos —transportes, comunicaciones, energía, metales, textiles, equipo agrícola, construcción— el sociólogo Bernard J. Stern informó al Comité de Recursos Nacionales haber encontrado lo siguiente: "De los resultados de este estudio se desprende claramente que los factores psicológicos de hábito, temor, deseo de equilibrio y estatus personal, y la tendencia de los grupos a hacer presión sobre sus miembros para obligarlos a la conformidad, son factores latentes que predisponen a la resistencia al cambio."⁸

III.—EL PROBLEMA DE LA INVESTIGACIÓN BÁSICAMENTE LIBRE

La política social debe también tomar en cuenta la necesidad de conservar programas libres, pero bien financiados de investigaciones básicas (o sea las llamadas de "ciencia pura"). Esto resulta imperativo, puesto que el cambio de una cultura tecnológica depende absolutamente de la elaboración libre del descubrimiento científico y de sus vínculos subsecuentes con la aplicación técnica.

La importancia de este problema puede ser sugerida a través de dos ejemplos. El primero es el desarrollo internacional de la investigación sobre la energía atómica, del cual ya se discutieron algunos aspectos en el capítulo anterior. Los rígidos controles que han sido establecidos sobre este estudio, que resulta el más revolucionario de la moderna investigación científica, han sido justificados en términos de seguridad. Pero las motivaciones que conducen a una ciencia dominada y amordazada abarcan algo más que la amenaza contra la seguridad. Un ejemplo instructivo es la historia de la ciencia alemana durante la época del régimen nazi. Según informa detalladamente Samuel A. Goudsmit,⁹ la ciencia vigilada por la Gestapo de la Alemania hitlerista cayó presa de varios errores que fácilmente serán imitados. Entre éstos se cuentan: 1) complacencia, 2) disminución del interés por la ciencia pura, 3) reglamentación de los controles administrativos sobre la investigación, 4) el culto heroico de los sabios individuales, 5) el secreto rígido de las medidas de seguridad nacional, 6) el fracaso para conservar abiertos y ampliamente usados los canales

⁸ National Resources Committee, *ibid.*, p. 59.

⁹ Goudsmit, Samuel A., *Alsos*, Harry A. Schuman. Nueva York, 1947.

de comunicación entre los propios sabios, 7) el nacionalismo fanático y 8) el dogmatismo doctrinario.

Basándonos en un corto artículo titulado "La Física en la URSS", que apareció en *Physics Today*,¹⁰ y que se atribuye al profesor D. N. Nasledov, es posible especular sobre los efectos de la física tal como se practica en Rusia. El artículo de Nasledov demuestra que las ciencias naturales rusas, lo mismo que las de la Alemania hitlerista, han caído también presas de muchos errores, que siempre se presentan cuando el Estado trata de dictar el pensamiento y especialmente cuando quiere moldear la ciencia de acuerdo con su *guisado* de dogmas políticos. A los ocho puntos de errores que mencionamos en relación con la ciencia hitlerista, podemos agrégár, en el caso de la ciencia rusa, los siguientes: 9) adoración ciega al Jefe del Estado, quien independientemente de su falta de conocimientos científicos es considerado como un legislador político con quien debe estar de acuerdo cualquier ciencia, 10) el empleo de la ciencia principalmente para propósitos militaristas agresivos, para el fomento de los objetivos políticos nacionalistas, cosa que Hitler, desde luego, no dudó en hacer, y 11) meter todo pensamiento dentro de un molde formado por la ideología del partido y que, por lo tanto, carece de objetividad.

La investigación científica es un tipo de trabajo industrial, como ya hemos visto. Para expresar en su forma más sencilla el problema de la investigación básica libre, diremos que la política social debe encontrar y conservar la forma de proteger a los trabajadores, de proporcionarles instrumentos, de asegurar las condiciones de su trabajo, alentar los ataques organizados sobre problemas importantes y, además, cuidar de que todo esto se realice con un máximo de autonomía.

IV.—EL PROBLEMA DEL MONOPOLIO DE LA CIENCIA APLICADA

También la política social debe tener en cuenta la dificultad o impracticabilidad de introducir para el uso público ciertos descubrimientos o mejoras en nuestra forma de vida. Esto generalmente se designa con la expresión del "problema de los intereses creados". Frecuentemente se lanzan acusaciones de que productos muy útiles e invenciones han sido bloqueados por el uso público o que los han lanzado al mercado a precios prohibitivos.

Un ejemplo muy interesante puede tomarse de la industria de la construcción. Al declarar ante el Consejo Temporal de Economía, en ju-

¹⁰ 3: 30, septiembre, 1950.

lio de 1939, como fiscal adjunto, Mr. Thurman W. Arnold llamó la atención sobre cinco tipos de restricciones en la industria de la construcción.¹¹ Éstos consistían, según encontró en primer lugar, en la fijación de precios por los productores de material para la construcción. Esto se hacía por medio de monopolios de determinadas patentes, de sistemas de precios en las diversas zonas, de la supresión del abastecimiento de materias primas y de continuos procesos judiciales. En segundo lugar, están las prácticas restrictivas de los distribuidores, tales como la marca fija entre el precio que pagan a los fabricantes y el precio a que venden. Un tercer tipo de restricción es la practicada por los contratistas, por medio del empleo de grandes depósitos, de oficinas de cálculos en los contratos y de mercados cerrados de los cuales excluyen a los contratistas de fuera. Un cuarto tipo de prácticas restrictivas se encuentra entre los sindicatos de la construcción; la negativa para proporcionar mano de obra cuando no están de acuerdo con el grupo de los contratistas, o la negativa para permitir el uso de nuevos materiales o nuevos métodos. Finalmente, los organismos legislativos también cooperan a la restricción por medio del despido de los contratistas, la clasificación de los precios de acuerdo con tabuladores muy vagos y las ordenanzas municipales destinadas a abatir la competencia.

De estas restricciones han surgido numerosas consecuencias económicas muy perjudiciales: precios inflexibles, competencia imperfecta, productividad inhibida, mal aprovechamiento de las innovaciones tecnológicas y de la experimentación en diseños, materiales y métodos, todo lo cual estorba la producción.

Desde luego que la construcción no es más que uno de los múltiples casos en que se ve cómo el adelanto en el terreno de la ciencia aplicada, o de la tecnología, se ha visto estorbado por las prácticas restrictivas. El siguiente testimonio del gremio de inventores, nos da muy poco consuelo: "Es un hecho bien conocido que las combinaciones de comercio moderno tienden resueltamente hacia la conservación de procesos y productos, y por su naturaleza se oponen a los nuevos procesos y nuevos productos originados por los inventores independientes; por lo tanto, tienden a restringir la competencia en el desarrollo y venta de las patentes y derechos de patentes; y, consecuentemente, tienden a desalentar la inventiva independiente."¹²

11 "Restrains of the Building Trades", *Verbatim Record of the Temporary National Economic Council*. Oficina de Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos. Washington, 1939, pp. 458 ss.

12 National Resources Committee, *ibid.*, pág. 63.

V.—POLÍTICA SOCIAL: UN ASUNTO NO TERMINADO

Finalmente, conviene recordar que la política social, con respecto a las innovaciones propuestas o anticipadas y sus consecuencias, es necesariamente un negocio sin terminar y aun imposible de terminar. Una cultura que sobrevive por el cambio incesante difícilmente puede refugiarse en las fórmulas estáticas de control. La política social en el terreno del cambio tecnológico debe, pues, no sólo ser dinámica, sino también integral. Este hecho constituye una de las conclusiones de un reciente estudio sobre este problema, auspiciado por el Consejo de Investigación de la Ciencia Social. "El examen total del terreno del cambio tecnológico requiere un estudio hecho por un equipo. Solamente combinando la labor de los economistas sociólogos, psicólogos, sabios políticos y otros especialistas, puede medirse el costo y el efecto total de un determinado cambio... Después de que se combinen los esfuerzos de los especialistas, tendremos datos importantes para servir de base a las decisiones que se ensayen en las modernas organizaciones sociales."¹³

¹³ Brozen, Yale, "Social Implications of Technological Change", "Social Science Research Council, *Items*, 3, Septiembre de 1944, pp. 33-34.

Capítulo XVI

PLANIFICACIÓN DE LA ERA INDUSTRIAL *

La teoría de la economía planificada presupone, implícita o explícitamente, una teoría general de la sociedad. En este capítulo sostenemos que la teoría general de la planificación social es una función, en el sentido causal, de la teoría general de la organización social. Este argumento descansa sobre dos proposiciones. En primer lugar, la teoría de la sociedad con la cual se trabaja, determina si la planificación es posible o necesaria. Esta cuestión no será discutida en las siguientes páginas; se considera que la práctica de la planificación es imperativa, si no universal, en todos los niveles de la sociedad y en todas las culturas. En segundo lugar, puede decirse que el tipo de teoría social determina el tipo de teoría de la planificación. De esta manera, si se comienza con un concepto de sociedad conocida como "sociedad de masas", se está obligado de antemano a considerar determinado tipo de Estado. Pero si se comienza con un marco teórico conocido como "una sociedad diferenciada", se está virtualmente comprometido con otro tipo de Estado, totalmente diferente. En el primer caso se convierte uno, quizá sin quererlo, en un partidario del Estado *dirigido* dictatorial; al pensar en términos de una sociedad de masas, queda poquísimo margen para un orden social democrático. En el segundo caso se convierte uno en un protagonista del Estado liberal democrático planificado; al pensar en términos de una sociedad diferenciada se tienen muchas probabilidades de escapar del mundo de la economía totalitaria (Planwirtschaft).

Así, pues, este capítulo es un estudio de la teoría de la planificación.¹

* Este capítulo apareció bajo el título: "Planning in Mass Society and in Differentiated Society", en el *Journal of Legal and Political Sociology*, 2 abril de 1944, pp. 17 ss. (Usado aquí con permiso.)

¹ Quiero manifestar mi gratitud por los consejos recibidos sobre muchas partes de este capítulo. Esta gratitud se refiere en especial, aunque es difícil expresarla adecuadamente, a mi ex-colega, la Dra. Janina Adamczyk, quien en muchas conversaciones sugirió y agudizó mis ideas. Una ayuda incalculable fue la que me proporcionó su disertación doctoral inédita, *The Relation of Problem Solving Behavior to the Structuralization of Social Groups*, Universidad del Noroeste, 1942.

Su propósito consiste en indicar los peligros de una teoría simplista de la organización social. En su lugar es necesario establecer una teoría compleja de la planificación. La norma del argumento va de un examen de la teoría de la sociedad de masas, a través de una consideración de los postulados de una planificación democrático-liberal, hasta una discusión de la planificación de las formas estatales en una sociedad diferenciada.

I.—SOCIEDAD DE MASAS Y ESTADO PLANIFICADO

La primera reacción que se produce ante la expresión "sociedad de masas" es la de identificarla con los términos familiares "gran sociedad", "urbanismo industrial", "sociedad secundaria", "orden social secular", *Gesellschaft*. La literatura de las disciplinas teóricas y aplicadas que han tratado de aproximar la realidad de la nueva organización social creada por la tecnología industrial, es increíblemente abundante, pero se concede preferencia a las obras de los autores que hicieron lo que llamaremos aquí un estudio "de conjunto" de la conducta social en el mundo moderno. Aun el bosquejo más simple de la nueva sociedad puede servir para hacer plausible su tesis de que las relaciones humanas han sido fundamentalmente alteradas y que, por lo tanto, los problemas humanos de la actualidad presentan un contraste revolucionario en comparación con los del pasado y que un nuevo tipo de dirección humano se hace indispensable.

Nadie puede negar que los contactos humanos en la actualidad son, en su mayoría, contactos de masas, o ignorar el ritmo acelerado y el gran alcance, lo mismo que la mayor significación de dichos contactos. Ya puede hablarse de "un mundo" por lo menos en el sentido de una gran sociedad. Pero ¿es una sociedad de masas? ¿Han cambiado las relaciones humanas realmente de manera tan drástica que los problemas humanos se hayan alterado consecuentemente, dando origen al grito en pro de un nuevo tipo de conducta para resolver los problemas (dirección)? Esta tesis es el artículo que los teorizantes de las masas (sociólogos de masas) llevan a los crédulos mercados de ideas.

Ésta no es una idea nueva. Podemos citar a Rousseau o a Hobbes, a Aquino o a Platón. Podemos pensar también en autores más recientes: Marx, Lenin, Tönnies, Goebbels, Hitler, Mussolini, Stalin, Le Bon, Mosca, Pareto, Burnham, Gasset, Martin. Las diversas formas de su concepción de la escena contemporánea fueron ya bosquejadas en capítulos anteriores de este estudio.²

² Capítulo VI: "El Industrialismo como Cultura de Masas."

Un sumario que tiene en cuenta todas las diversas teorías allí discutidas sugiere las siguientes características del industrialismo moderno como una cultura de masas. El industrialismo ha reestructurado las relaciones humanas, de tal manera que los contactos humanos se han vuelto contactos de masas. Ha neutralizado la moralidad sustantiva o personal, haciendo hincapié sobre la moralidad funcional (o social) exigida o expresada por la cultura maquinista. Ha creado un patrón de exigencias culturales que deja fuera de curso la moneda de la racionalidad individual en favor de la moneda más corriente de la irracionalidad de grupo. Ha adquirido objetivos e intereses que trascienden del individuo y de su grupo local. Ha horizontalizado las experiencias humanas; el individuo participa sin comprender, en forma mimética, en una acción que se mueve mecánicamente formada por acontecimientos sin significación y fuera de control. Ha embotado el filo de la mente de la élite al golpear contra la "gente" irracional y desarraigada que trata de sofocar el dolor de una ansiedad estimulada por la cultura por medio de su esfuerzo hacia una sola e intolerante ortodoxia. Solamente la cultura es racional, se afirma. "Como sociedad industrial de gran escala, crea una serie de acciones —escribe Mannheim— que son racionalmente calculables hasta el más alto grado y que dependen de toda una serie de represiones y renunciaciones a las satisfacciones impulsivas."³ Pero el precio de este refinamiento del mecanismo social se paga en forma de "irracionalidades y explosiones emocionales que son características de las aglomeraciones humanas". La masa explota ocasionalmente en un vano esfuerzo por aliviar o librarse de la tensión de la diaria rutina origen de sus frustraciones; la expresión social es siempre una explosión social potencial. Una democratización de amplio movimiento, una nivelación tiene lugar en forma de una absorción del individuo por su cultura; los rituales sociales orgánicos y verticales son reemplazados por los horizontales y mecanizados; la heterogeneidad deja el sitio a la homogeneidad; los intereses individuales se rinden ante los intereses de masa; la heterodoxia ante la ortodoxia. La estrategia del control social consiste en alterar mágicamente las escenas; la decoración de la inseguridad desorganizada se cambia por una inseguridad organizada. Los valores diarios de la vida humana se vuelven antieconómicos como los recursos de los cuarteles, de los monasterios y todo es explotado en beneficio popular.⁴ Las

³ Mannheim, Karl, *Man and Society in an Age of Reconstruction*, Harcourt, Brace. Nueva York, 1940, p. 61. (Citado con permiso.)

⁴ Un tema sugerido por Ashton, E. B., *The Fascist, His State and His Mind*, W. W. Norton. Nueva York, 1937.

artes de manipulación simbólica se convierten en los paradigmas de los políticos. La "voluntad general", la "armonía de intereses", la "sociedad sin clases", la "identificación del pueblo y el Estado", *Volkstum*, "el hombre común", todas estas frases llegan a ser el sustituto de la inteligencia social y descansan sobre el marco de una sociedad no diferenciada cuyos atributos colectivos (mente, interés, alma, destino, etc.) son el fundamento mundial del "plan", ya sea el "plan quinquenal", el Estado *dirigido*, etc.

Muchas veces una caricatura puede representar con más exactitud una cosa que un dibujo detallado, pues deja a un lado muchas cosas con el fin de enfocar las esenciales. Fuera de este cuadro queda la psicología social que se utiliza para endulzar el argumento. También se ha omitido una vista al cementerio donde descansa el idealismo filosófico, y en el cual encuentran sitio de descanso todas las ideas elefantinas moribundas. Pero la omisión más seria consiste en el fracaso para llamar la atención sobre el elitismo discutible de la teoría de masas, discutible porque éste, generalmente (por lo menos en nuestra época), se presenta bajo los colores de alguna forma de democracia. La idea del mejoramiento social a través del mejoramiento de las masas ha sido, desde la época de Platón, una teoría de élite. El oropel de la escuela de sociedad de masas es "el pueblo", "la masa".

Este "epíteto elástico", como lo llama Handman, sugiere una dicotomía irreconciliable: mayoría frente a minoría. El concepto más cercano al de masas incluye: *hoi polloi*, la chusma; *canaille*, el populacho, los jacobinos, el proletariado; *narodniki*, el pueblo común, el hombre común. La delicia de los políticos consiste en decir "nosotros, el pueblo", hablando a nombre de un grupo y poniéndole frente a una élite que se distinga por cualquier motivo. Podemos descubrir en la historia de las formas políticas un gradiente de la teoría de la sociedad de masas. A primera vista, el gradiente se nos presenta como las masas frente al hombre notable, al héroe-rey, al derecho divino de los reyes, al rey filósofo, a la aristocracia de nacimiento (*noblesse oblige*), a la aristocracia de la toga (justicia), a la aristocracia de la riqueza o de la sabiduría (la clase media), a la aristocracia del partido proletario ("todo el poder para los soviets"), a la aristocracia del experto ("la revolución de la dirección").

Algunas veces, las masas son el villano de la obra: "El pueblo, señor, el pueblo es una bestia." Pero a veces desempeña el papel del héroe: "En todas partes el pueblo común se ha puesto en marcha." Pero, héroe o villano, las masas tienen sus usos, de acuerdo con la dramaturgia dominante en el teatro político. Pueden ser conservadas "en un estado de movilidad suspendida, inmune a las solicitudes de la oposición y, sin embargo, parti-

cularmente dispuestas a ceder ante el mando de la autoridad, en caso de que ésta se viera realmente amenazada por algún acto abierto de parte de los oponentes al régimen".⁵ O, si alguien trata de atrapar el poder, se le identifica con las masas, a fin de intimidar a los que tienen el poder en sus manos y obligarlos a hacer concesiones, o quizás se llegue hasta galvanizarlas y llevarlas a la revolución, llenándolas del fervor reformista en favor de un conjunto conveniente de símbolos. En cualquiera de estos casos, esta forma de conducta es denominada demagogia solamente por los que no han participado en el saqueo.

El papel de las "masas" en este drama de los destinos sociales, no debe exagerarse. La esencia del gobierno popular, a través del caos mundial, de acuerdo con una autoridad, "consiste en apoyar a los de adentro cuando las cosas marchan bien, y a los de afuera cuando las cosas se ponen mal...".⁶ El problema consiste en determinar si las masas están formadas por hombres capaces o incapaces, según un filósofo de la historia. Así es como Mannheim, el más erudito de los modernos teorizantes de las masas, opina que "la crisis de la cultura liberal democrática se debe, en primer lugar, al hecho de que los procesos sociales que anteriormente favorecían el desarrollo de las élites creadoras, ahora tienen los efectos supuestos, es decir, se han convertido en obstáculos para la formación de élites, debido a que grandes secciones de la población que aún se encuentran bajo condiciones sociales desfavorables toman parte activa en las actividades culturales".⁷ Como recordarán los lectores de Ortega y Gasset, este desagradable desenlace de la historia del industrialismo es conocida como la "rebelión de las masas".

La inadecuada psicología social y la inepta filosofía de los teóricos de las masas pueden pasarse por alto, y también puede perdonarse el snobismo de su idea acerca de la élite. Pero han cometido un pecado imperdonable; el carácter antidemocrático y antiliberal de su teoría administrativa. Pues si el estado liberal democrático se comprende en función de un gobierno que es el pueblo, por el pueblo y para el pueblo, entonces lo único que tienen de demócratas los teóricos de las masas es la expresión de "nosotros hacemos planes para el bien del pueblo". Pues las bases y métodos de la teoría de la sociedad de masas no tienen ninguna parte que se refiera a la participación de las masas en las decisiones de obrar.

La prueba de esta proposición se encuentra en las aplicaciones extre-

⁵ Handman, J. B. S., "Masses", *Encyclopedia of Social Sciences*, 10: pp. 195 ss.

⁶ Lippmann, Walter, *The Phantom Public*, Harcourt, Brace. Nueva York, 1925, p. 126.

⁷ Mannheim, *op. cit.*, p. 85. (Citado con permiso.)

mas de la teoría de las masas, ahí donde estas contradicciones y lógica fraudulenta han sido expuestas. La planificación en términos de una sociedad de masas, tiene su ejemplificación más notable en la economía totalitaria. Aquí los grupos diferenciados de acuerdo con sus intereses, se disuelven en el ácido del totalitarismo. "Todo es el Estado, no hay nada fuera del Estado, todo es para el Estado." Fascista, nazista o comunista, la estrategia de la planeación para las masas consiste en quitar todos los ingredientes de mal sabor, para formar una masa homogénea y amorfa que será condimentada por el sabio y providente Estado.

El proceso general del Estado-masa consiste en desarrollar un marco de referencia cuasi institucionalizado, impuesto desde arriba, a fin de asegurara su éxito.⁸ En dicha sociedad, la igualdad (*Gleichshaltung*) es el orden del día: no el equilibrio de grupos de intereses en competencia, sino su coordinación. El objetivo de los valores es la organización en vez de la libertad, y la seguridad mejor que la libertad. La uniformidad queda garantizada por medio de la conformidad y por medio de una opinión pública dirigida (propaganda). De esta manera se conquista y se conserva el poder; las tácticas se dirigen, como dice Lederer, a la "movilización de las masas amorfas". La condición final es una democracia "plebiscitaria" que se burla de las bases y métodos de una sociedad diferenciada, liberal democrática, en nombre de los mismos propósitos de dicha sociedad. El flujo emocional, las grandes concentraciones, las técnicas políticas levantadas sobre la filosofía (o sin ella) de una oficina de publicidad bien manejada, la dirección carismática que actúa a través del simbolismo institucional de las comunicaciones de las masas, el Estado y la sociedad relacionados por medio de un partido todopoderoso, estos estigmas del Estado-guarnición que concede la primacía a la política sobre la economía, son las características del Estado planeado por los teóricos de la sociedad de masas. La democracia cuantitativa del liberalismo es reemplazada por una democracia cualitativa que se conserva, según sugiere Neuman, por medio de "un sistema de temores entrelazados", una estrategia del terror.

Los paradigmas que sirven de guía al Estado de las masas son dolorosamente evidentes. El modelo del cuartel sugiere la única manera de tratar cualquier oposición en contra del plan. El monasterio sugiere la única forma de rutinizar y ritualizar la conducta de acuerdo con "el plan". El "circo" se utiliza a fin de que las masas se consoliden entusiastamente en torno del "plan". El punto de unidad, como vio con justicia Lederer, es

⁸ Tesis desarrollada por Neumann, S., *The Permanent Revolution*, Harper. Nueva York, 1942, y Lederer, E., *The State of the Masses*, W. W. Norton. Nueva York, 1940.

siempre emocional, y en nombre de la unidad no debe desarrollarse ni estructurarse la disensión. El pueblo puede escuchar, puede discutir, puede pedir que se le ilumine, puede recibir explicaciones, pero solamente puede aprobar y el acuerdo (la palabra con sentimiento es demasiado formal, demasiado liberal) debe ser "una eterna afirmación". El proceso de las decisiones debe permanecer en la cúspide de la pirámide de poder y este centro de poder debe contarse siempre por encima y más allá de cualquier ataque. Si hay frustraciones, las agresiones hostiles deben ser neutralizadas o redirigidas hacia afuera del Estado; en ningún caso debe permitirse que la dirección parta desde abajo y sin haber sido planeada.

El Estado de masas lanza una estridente amenaza en contra de la planificación liberal-democrática. Fascista o comunista, la teoría de las masas significa la desinstitucionalización de la sociedad diferenciada. Significa la modelación de las masas amorfas, dándoles la forma que sea necesaria para servir a los propósitos relativamente incontrolados de quienes planean el futuro de las mismas. La dignidad de los propósitos liberales es mutilada por las indignidades de los métodos antiliberales y las hipocresías de las bases antidemocráticas. El Estado es un teatro y sus ciudadanos son el auditorio dedicado a aplaudir. La sociedad es un campo armado, una ciudad sitiada, sus miembros son una masa en marcha. La economía es una guarnición, un taller militar.

La teorías de las masas, tal como ha sido expresada en el Estado-masa, rechaza con desprecio la teoría liberal democrática de la planificación. Alardea de eficiencia, de orden impresionante, como en las aldeas Potemkin, donde vive un pueblo entusiasta y unificado. Es una verdadera magia, se nos dice, la manera como trata el mecanismo de las modernas complejidades. Va de prisa, pero sin desperdicio. Las corrientes cruzadas de opiniones diferentes, son obligadas a hundirse hacia adentro y son canalizadas hacia terreno estéril; no se les permite que rompan la superficie en cualquier punto de tensión. En su modalidad, logra todos los satisfactorios símbolos institucionales del éxito nacional. Sobre todo, el Estado-masa.

¿Qué pueden ofrecer, para contrarrestar esto, las tradiciones de la democracia liberal? ¿Qué pueden dar en lugar de eso? ¿Quizás la democracia liberal se haya rendido a la teoría de las masas, aceptando algunos de los métodos y formas del Estado-masa? ¿O es que las democracias liberales no pueden planear? ¿Quizás solamente puedan improvisar, tantear, representar grandes papeles especialmente si tienen la bolsa bien llena? ¿Será que la teoría de una sociedad diferenciada con esta edad tecnológica es un simple mito y, además, un mito peligroso?

II.—LA SOCIEDAD DIFERENCIADA Y EL ESTADO PLANIFICADO

La protesta en contra de la planificación de las masas se detiene temporalmente frente a las cuestiones anteriores, que solamente pueden ser respondidas después de lanzar una mirada retrospectiva a los puntos y pruebas del argumento. Se alega que la planificación para el mundo moderno ha caído tontamente en la trampa de una vigorosa teoría de élite que establece una dicotomía entre las masas irracionales, que no piensan, y los expertos (“los dirigentes revolucionarios”, o el “líder carismático”). Esta teoría general de la planificación se encontró que descansaba sobre la base de una teoría antiliberal, antidemocrática y científicamente inválida de la organización social, la teoría de la sociedad de masas. Al confundir algunas formas no maduras del industrialismo moderno —que, según se reconoce, es una sociedad que no está bien estructurada— con barreras inherentes e insuperables, los teóricos de las masas han pedido que se establezca un Estado dirigido, en que las masas no tengan ingerencia. Los autores de esta declaración de emergencia forzosamente han de ser partidarios de quienes creen en un destino social manifiesto y hablan de normas culturales en gran escala (“planes”) que tienen que ser impuestos sobre las masas emocionalmente preparadas (“adoctrinadas”) en nombre del orden público, la eficiencia nacional, o de las mismas masas.

Esta “nueva” manera de concebir los asuntos humanos, comúnmente conocida como *fuehrerprinzip* (principio de dirección) o totalitarismo, ha ganado, por medio de la propaganda, tanto de hechos como de palabras, un lugar aparentemente firme en las principales economías del mundo. Hacia 1930, un escritor americano llegó a esta triste conclusión: “De hecho, no hay manera de elegir libremente entre un orden liberal y uno colectivista.”⁹ Al mirar más allá de esta tendencia, hacia la organización general (“colectivización”, “plan quinquenal”, etc.), otro escritor explicó: “El fuerte deseo de una eficiencia organizada, dirección organizada, simplificación, eliminación del desperdicio en tiempo y dinero, por los procedimientos completos por una parte, y por el entusiasmo por el jefe, por la otra, han llegado a ser los motivos decisivos que conducen a los cambios en la vida política.”¹⁰

Así, pues, no hay modo de escapar a las cuestiones que hemos pre-

⁹ Lippmann, Walter, *The Good Society*, Little, Brown. Boston, 1937, p. 206. (Citado con permiso.)

¹⁰ Simon, H. F., *Revolution, Whiter Bound?* Farrar y Rinehart. Nueva York, 1935, p. 80.

sentado. Si las tradiciones de la sociedad democrático-liberal no tienen nada que ofrecer en contra de esta tendencia hacia la dirección organizada y simple de una sociedad de masas, ¿qué recursos podrán mobilizarse para detenerla? Una respuesta puede extraerse del siguiente análisis. La resistencia a la oleada creciente de la teoría de masas y el Estado-masas (dirigido) puede encontrarse en las posibilidades de planificación, aún no completamente explotadas, de la sociedad diferencia y del Estado dispuesto a planear.

El punto de partida para dicha resistencia y reconstrucción es el reconocimiento de la heterogeneidad imposible de erradicar de la cultura tecnológica. "En su aspecto intelectual —escribió Graham Wallas—, la gran sociedad fue obra de los especialistas."¹¹ Cualquier otra interpretación de la revolución industrial y de la dinámica de la cultura industrial, es pura tontería. La sociedad tecnológica no es un amontonamiento indiferenciado; es una red intrincada de normas interrelacionadas de intereses de grupo que, aunque frecuentemente están en competencia o en conflicto, sirven al propósito general de la articulación de los métodos y propósitos humanos. La estructura del industrialismo contiene muchos "complejos institucionales", como los llama MacIver, que existen siempre que "intereses organizados diversos son institucionalmente coordinados en un sistema unificado".¹² La unidad de la sociedad moderna es de función y no de estructura. Quizá sea mejor decirlo así: la sociedad tecnológica es un equilibrio movable de funciones estructurizadas en torno de los intereses humanos. Estos intereses, como indica Dean Pound, son "las exigencias y demandas o deseos que los seres humanos, ya sean individualmente o en grupos o en asociaciones, o en relaciones, tratan de satisfacer...".¹³

El realismo social de la teoría de la sociedad diferenciada, en oposición al romanticismo de la teoría de masas, considera empíricamente verificables los grupos de intereses que trabajan de acuerdo con su propia voluntad y siempre relacionados entre sí. No existen esos términos vagos, deliberadamente indecisos e inflamables, como el de "masas" o "naciones" o "clases". Cualquier discusión de los asuntos humanos que no comienza con esta observación elemental, destroza la gramática pública del industrialismo por los siniestros propósitos del oscurantismo.

¹¹ Wallas, Graham, *The Great Society*, Macmillan, 1915. Nueva York, p. 14.

¹² MacIver, R. M., *Society, Its Structure and Change*, Farrar and Rinehart. Nueva York, 1937, p. 269.

¹³ Pound, Roscoe, "A Survey of Social Interest", *Harvard Law Review*, 47, 1943, pp. 1-39.

Así, pues, la sociedad está compuesta por muchos públicos y raras veces, puede decirse, de uno sólo que sea el "público".¹⁴ La tecnología ha apoyado un gran número de grupos de contacto indirecto, formados en torno de problemas comunes, para preservar valores comunes, para promover intereses comunes. Así, pues, la opinión pública es más correctamente una frase que designa la conducta para resolver los problemas de un determinado público. "En ese tipo de acción cooperativa por medio del cual la gente en grupos conscientemente se reajusta de acuerdo con los cambios efectuados en determinadas condiciones".¹⁵ En forma de expresiones verbales, o de acciones, o de disposición para la acción, el pensamiento de cualquier público puede convertirse sucesivamente en crítica, en discusión, en la formación de un juicio colectivo, en la selección de un dirigente, en acción social; éste es el proceso de la conducta pública. Es el proceso de la conducta en una edad de contactos secundarios, en el medio del industrialismo urbano.¹⁶ Es una conducta para resolver los problemas y se presenta cuando surge una situación que se considera con significado (en forma de amenaza o de promesa) por un número de personas que se sienten afectadas por ella.

Si se desea una inteligencia social democrática en nuestra sociedad, debe comenzarse con estos grupos: económico, religioso, político, educativo, y otros públicos similares. Sus acuerdos y desacuerdos, su competencia y sus conflictos, su cooperación y oposición, en una palabra, su participación, es el genio que guía la conducta colectiva, planeada, de nuestra época. Estos grupos, que no existen o son de muy escasa importancia en las culturas pre-industriales, en que la estructuración de los contratos humanos es horizontal y comunal, se han convertido en los canales universales de la expresión humana.¹⁷ Una persona selecciona sus públicos (o es seleccionada

¹⁴ Esta teoría del público no es nueva, pero apenas es convencional. El que mejor la presentó es Lapiere, R. T., *Collective Behavior*, McGraw-Hill, Nueva York, 1937, caps. 12-13. También son valiosas las obras de Katz, D., y Shanck, R. L., *Social Psychology*, John Wiley, Nueva York, 1938, cap. 18; Lundberg, G. A., "Public Opinion from the Behaviorist Viewpoint", *American Journal of Sociology*, 26, 1930, pp. 383-405, y Odegard, P. H., "Social Dynamics and Public Opinion", *Public Opinion Quarterly*, 3, 1939, pp. 239-250.

¹⁵ Carr, L. J., "Public Opinion as a Dynamic Concept", *Sociology and Social Research*, 13, 1928, pp. 18-30.

¹⁶ Tema que fue desarrollado en el cap. XI de este libro.

¹⁷ El problema es el siguiente: la sociedad moderna no es el fenómeno desorganizado que imaginan los teorizantes de la sociedad de masas. La gente resuelve sus problemas por medio de las formas sociales adecuadas al problema que se presenta. Si no existe un problema total, el procedimiento informe de las teorías de la sociedad de

por ellos), participa en muchos de ellos, a veces se encuentra confusa por sus demandas contradictorias a su lealtad, pero se vuelve multidimensional por la amplia dispersión de las llamadas. Si la política se define como la lucha sobre las medidas políticas por aplicar, los diversos públicos de una edad tecnológica son sus puntos de lucha altamente valiosos y muy necesarios, por constituir los puntos radiantes de los millares de propósitos humanos.

El Estado liberal democrático ha sido la expresión política de estas formas de evolución cultural.¹⁸ Las revoluciones liberales fueron provocadas y ganadas por ellos, y en cierta forma la reciente guerra de las cuatro libertades fue también una guerra revolucionaria hecha en su nombre. El liberalismo fue una revuelta en contra del orden de una sola forma de una antigua teoría de la sociedad de masas, la del absolutismo. El gobierno democrático ha sido el *modus vivendi* deliberadamente creado por esos grupos que momentáneamente actuaron en conjunto. Si la democracia liberal fracasa, sus puntos de fracaso serán el descuido de las necesidades y recursos de estas unidades funcionales de conducta colectiva. Los públicos de la sociedad liberal, lejos de ser fantasmas, han sido los creadores y benefactores de esa tremenda época de expansión que aparentemente se creó con la Primera Guerra Mundial. Si se les considera como fantasmas, solamente pueden serlo en las mentes de quienes los hacen a un lado en interés de su propio público particular. La solución totalitaria de los problemas de la política en la cultura tecnológica; es decir, la prohibición de la política, solamente puede triunfar con la ayuda de un uso inteligente y lleno de visión de esta estrategia: la fusión de los públicos, en un solo público, ya se llame "los trabajadores, la nación, la patria, etc.". Esta estrategia tiene éxito debido a que lanza tremendas ofensivas de propaganda en contra de la ideología liberal. Esta campaña ya ha sido llamada por Kenneth Barke "burocratización fraccional": "todos los públicos constituyentes de la moderna sociedad, judíos, liberales, comunistas, internaciona- listas, etc., llegan a estorbarse unos a otros, crean confusión, son egoísta-

masas desde el punto de vista de las tradiciones de la democracia liberal, no es la técnica para la solución. Es un triste día para la democracia, cuando el ánimo se articula y se impone la idea de que debe haber un pueblo, un jefe, un Estado. Desde luego que no puede subrayarse suficientemente que nuestra sociedad, aunque diferenciada, no está adecuadamente estructurada; es todavía una sociedad inmadura. Sobre este punto véase Arnold, Thurman, *The Folklore of Capitalism*. Imprenta de la Universidad de Yale. New Havens, 1937.

¹⁸ Véase la elocuente exposición de este tema en Smith, T. V., *The Democratic Way of Life*. Imprenta de la Universidad de Chicago. Chicago, 1939.

mente ineficientes y buscan únicamente el botín público, disfrazado de beneficio público"; "la comunidad (definida por el grupo de élite que se ha autoseleccionado) está en un peligro mortal por el juego desorganizado de estas fuerzas"; en nombre de una ficción que todo lo abarca, deben ser sometidas o eliminadas", etc. El remedio, la solución, es un plan, plan soberano que comprenda y reglamente todo, estructurado en un supereficiente Estado dirigido, un nuevo Leviathan que descansa sobre las levantadas y esperanzadas masas.

Desde luego que no puede ignorarse la acusación que se halla implícita en todos estos cargos en contra de la democracia liberal, de que no puede planear y de que ni siquiera debe intentarlo. Ciertamente que estos cargos hacen surgir muchas preguntas. ¿No pueden las tradiciones del liberalismo producir una planificación de recursos en lugar de las formas dirigidas de la sociedad y el Estado-masa? Dentro de la libertad de la ideología liberal, ¿hasta qué punto puede alcanzar la planificación antes de cruzar los límites del Estado dirigido de la teoría de masas? ¿No pueden establecerse los postulados de planificación de una sociedad liberal o diferenciada que, es de esperarse, conduzca a un Estado planificado mejor que a uno dirigido? La respuesta afirmativa que se puede y debe dar a estas cuestiones merece mayor atención de la que podemos concederle aquí. Sin embargo, ofreceremos, por lo menos, tres grupos de comentarios, principalmente por lo que se refiere a la última cuestión, aun cuando sea sólo un bosquejo.

1. Es ridículo afirmar, como a veces se hace, que la planificación es imposible en una economía diferenciada. En la vida diaria hay muy pocos aspectos de la sociedad liberal democrática que no hayan sido planeados. Los elogios de los economistas clásicos a los grandes empresarios se referían principalmente a su ingenio para planear. Quizá la cualidad más persistente en el pensamiento clásico es la forma en que glorifica la conducta planeada del hombre "común"; naturalmente que nos referimos al mito clásico del hombre "económico". Simplemente la palabra "economía" sugiere una compenetración de las perspectivas del pasado y del presente, un aprovechamiento máximo de los acontecimientos benéficos, a pesar de la escasez de medios.

2. Es, pues, evidente que el debate entre los profetas del hombre-masa y los defensores del hombre liberal no gira en torno de la planificación como tal, sino en la clase de economía que sirve de objetivo a la actividad planificadora. Sobre esta cuestión hay una curiosa confusión de significados. Para algunos, "economía dirigida" y "política dirigida" son términos sinónimos; y ésta es una tesis cardinal de la teoría de masas. La errónea

similitud entre el fascismo-nazismo y el comunismo se origina de esto. Para otros, las categorías paralelas de pensamiento deben ser "economía planificada" y "política planificada"; ésta es la proposición básica de los teóricos de la sociedad diferenciada. En el último caso, se hace hincapié sobre el carácter funcional y de ensayo del proceso de planificación, considerado como "el arte del pensamiento simultáneo", para emplear la frase de Geddes. Este punto de vista no pide la coordinación, sino una conducta de integración; no imponer los planes, sino forjarlos de acuerdo con las necesidades.

Es cierto que los teóricos liberales se han mostrado reacios a extender la formulación de planificación a todas las zonas de la cultura. Los liberales han estado prisioneros de la esperanza de que el terreno de las decisiones y la ejecución que abarca todo, no tenga necesidad de ser extendido. Se renuevan los recuerdos de la época en que los liberales fueron víctimas de la *Planwirtschaft*, que impuso la violencia sobre quienes profesaban la fe liberal y practicaban la política democrática.¹⁹ Los liberales han temido al poder, quizás tontamente, sin comprender, como dice Lerner,²⁰ que el poder es responsabilidad, que temer al poder es evadir la responsabilidad y que retirarse de la responsabilidad es acelerar la corrupción del poder. Los liberales han pasado de una forma de planificación *operacional* a la otra, evitando con todo cuidado la planificación con *perspectiva*, que han identificado con "tiranía", "absolutismo", "burocracia", "Estado servil" o "dictadura".

Esta forma de conducta sugiere una mente llena de mitos.²¹ Los liberales han pensado que la planificación con perspectiva no sea necesaria, particularmente si uno vive en una sociedad libre con economía de competencia que se ajusta sola en el mercado, de acuerdo con las enseñanzas del folklore capitalista. Pero los mercados se derrumban y los choques de los ejércitos constituyen la historia de esta época de fábulas. Pues la planificación operacional, tal como las formas públicas de largo alcance que son las tarifas, los subsidios, las autoridades regionales, las seguridades de control y las formas privadas altamente indeseables de los monopolios y las políticas de oligarquía, han ido formando lentamente una nueva organización social, una economía administrada. Así, pues, en cierto sentido, resulta incontestable la tesis de Lippmann: "Los grandes temas del mundo contem-

¹⁹ Véase Laski, H. J., *The Rise of Liberalism*, Harper. Nueva York, 1936.

²⁰ Véase Lerner, Max, "Power is What You Make It", *New Republic*, 97, 1938, pp. 69-71.

²¹ Véase Stolper, G., *This Age of Fables*, Reynal and Hitchcock. Nueva York, 1942.

poráneo... tienen relación con el colectivismo, cómo tiene que establecerse, por quién ha de ser controlado y con qué fines.”²² Pues la premisa fundamental que se desprende de que “la continuidad de una vida ordenada es una responsabilidad colectiva”, no es ya motivo de debate. Para la solución de estos grandes problemas se han desarrollado dos programas polares: el de la “economía dirigida” con la “ciudad sitiada” como paradigma,²³ y el de la “economía compensada” con las “llanuras abiertas” como ejemplar. Las lealtades de los ciudadanos del Estado liberal planificado se encuentran con el último.

3. Las razones para la elección liberal no son difíciles de descubrir. Las tradiciones de la sociedad liberal democráticas están enfocadas hacia la personalidad humana como objetivo de sus valores y marco de referencia. La teoría de la sociedad de masas no puede exponer ni siquiera el más humilde rudimento de una teoría de la personalidad; la unidad de discusión y acción es, invariablemente, la colectividad. El punto de vista liberal se dirige hacia la libertad de la acción personal, el de la segunda, hacia la eficiencia de la expresión de grupo. En la primera, el medio social es definido como medio para llegar a un fin, que es el mejoramiento y ensanchamiento de la personalidad; en la segunda, el vínculo del individuo con su época es instrumental y un fin de sí mismo.²⁴

Quizás la diferencia entre los proponentes y los oponentes de la teoría de la sociedad de masas sea más aguda en su concepción de las necesidades humanas que son satisfechas a través de la planificación. Las necesidades son vacíos que se sienten. El método de la planeación de masas se concentra sobre la habilidad técnica que entra en las medidas para satisfacer las necesidades de la sociedad y en las aplicaciones de dichas medidas. La prueba crítica radica en la eficiencia de la operación. De ahí la exaltación del experto, del personal dirigente bien preparado, del experto en relaciones públicas, del administrador. Los problemas de la economía planificada son considerados como casi completamente técnicos, problemas propios de los especialistas.²⁵ La selección de objetivos de la planificación,

²² Véase Lippmann, Walter, *The Method of Freedom*, Macmillan. Nueva York, 1934, p. 37. (Citado con permiso.)

²³ Estas figuras del lenguaje han sido tomadas de Simon, *op. cit.*

²⁴ Los contrastes entre estos puntos de vista han sido muy efectivamente trazados por Rader, Melvin, en su obra *No Compromise, The Conflict of Two Worlds*, Macmillan. Nueva York, 1939, y en su *Ethics and Society*, Henry Holt. Nueva York, 1950.

²⁵ Véase Hook, S., “The Philosophical Implications of Economic Planning”, pp. 663 ss., en Mackenzie, ed., *Planned Society*, Prentice-Hall. Nueva York, 1937.

una molestia necesaria, es ciertamente un paso preliminar y en una sociedad bien organizada no es más que un problema momentáneo.

La planificación liberal tiene nociones muy distintas. El acto inicial del juicio liberal es la proposición de que la planificación es un tipo de conducta encaminado a la resolución de los problemas; cuando los seres humanos están decepcionados, o piensan que lo van a estar, en la satisfacción de sus objetivos, es cuando hacen planes.²⁶ La planificación liberal tiene por objeto la supresión o prevención de los obstáculos para la satisfacción de los deseos humanos. El descubrimiento del deseo y la participación total de los seres humanos que participan en él, dirigidas hacia el ataque de los obstáculos constituyen la clave del éxito del Estado planificado. La repetición de los lemas de una revolución de los gerentes con su promesa de una utilización máxima de los recursos al servicio de algún gran propósito, no encaja dentro de las tradiciones de la sociedad liberal.

Los teóricos de la sociedad de masas no tienen confianza en que los grupos humanos, diferenciados y descentralizados, conozcan sus objetivos o puedan desarrollar sus medios. En su lugar ponen un hombre-masa, semi-bárbaro, con una comprensión vulgar y tristemente insuficiente de la técnica de una cultura mecánica. Solamente se puede esperar que posea la intuición de los fundamentales; nuestro hombre rudo y sencillo no debe ir más allá; los técnicos, los expertos en dirección deben asumir todas las prerrogativas del Estado planificado.

Desde luego que los teóricos de la sociedad diferenciada no comienzan con esas premisas; para ellos, el "hombre-masa" es una ficción. El Estado planificado funciona en respuesta, no a las llamadas masas, sino a los públicos particularizados. La conducta pública es una conducta para resolver los problemas de los grupos interesados; los hombres que tienen determinados intereses buscan juntos, en grupos locales y organizaciones administrativas, una fórmula de medios y fines que conserve o eleve sus valores. El liberalismo es una fe política que pone todo en las demandas de integridad y santidad de esta forma de acción colectiva. Lo importante no es si resulta eficiente, solamente tiene importancia su efectividad.

III.—LAS FORMAS DE PLANIFICACIÓN ESTATAL EN UNA SOCIEDAD DIFERENCIADA

Si la planificación es una forma de conducta para resolver los proble-

²⁶ Véase Doob, L. W., *The Plans of Men*. Imprenta de la Universidad de Yale. New Haven, 1940, p. 359.

mas, entonces la planificación es una conducta universal. "Economía dirigida" sugiere que los problemas que esperan solución son superiores y abarcan recursos más vastos que los comunes. Los teóricos de la sociedad de masas rechazan la idea de que cualquiera persona que esté fuera de la élite —en nuestra época la élite dirigente— deba resolver los problemas en una economía dirigida. Los teóricos de la sociedad diferenciada insisten en que la planificación debe ser considerada como un proceso social en el cual deben, y pueden, participar todas las personas afectadas por el problema. El nivel de abstracción o el carácter general del problema o de su solución no tienen nada que ver con el derecho a participar.

La última concepción de la planificación requiere dos comentarios calificativos. En primer lugar, las normas de la planificación deben estar completamente de acuerdo con el espíritu de los propósitos liberales y de los métodos democráticos. Esto requiere un profundo respeto del ser humano individual como tal y de su total participación en la solución de sus propios problemas. En segundo lugar, la sociedad diferenciada pone un riguroso tabú a cualquier planificación que haga un fetiche de la política dirigida; una sociedad de hombres libres no puede tolerar el dominio de las normas fetichistas del Estado dirigido. La idea de la "economía dirigida" debe usarse como un concepto de proceso.

¿Hay algunas normas de criterio que nos sirvan para comprobar el mecanismo del plan de acción en cuanto a su liberalismo? Unas cuantas, tomadas de la creciente literatura sobre administración proporcionan excelentes posibilidades.²⁷

La planificación es un esfuerzo cooperativo y, como tal, debe descansar en la comunicación. Los que participan en la planificación deben colaborar. Cuando el proceso de planificación fracasa, su fracaso se debe a esto. El plan de acción está sujeto a las limitaciones y complejidades de los procesos de comunicación. La persistencia del esfuerzo cooperativo de-

²⁷ El terreno de la administración pública y comercial ha comenzado a desarrollarse en dirección de la teoría general de la administración. Desde el punto de vista de la teoría, los siguientes libros resultan muy interesantes: Barnard, C. I., *The Functions of the Executive*, Imprenta de la Universidad de Harvard, Cambridge, 1938; Bingham, A. M., *The Techniques of Democracy*, Duell, Sloan, and Pearce, Nueva York, 1942; Follett, M. P., *Dynamic Administration*, editado por H. C. Metcalf y L. Urwich, Harper, Nueva York, 1942, también su *Creative Experience*, Longmans, Green, Nueva York, 1924; Griffith, E. S., *The Impasse of Democracy*, Harrison-Hilton, Nueva York, 1939; Marx, F. M., Ed. *Public Management in the New Democracy*, Harper, Nueva York, 1940, y Roethlisberger, F. J., y Dickson, W. J., *Management and The Worker*, Imprenta de la Universidad de Harvard, Cambridge, 1940.

pende de la habilidad con que se realice el esfuerzo común (eficiencia) y del grado hasta el cual los individuos logran las satisfacciones de sus propósitos (efectividad).²⁸ Las líneas de interacción deben extenderse a todo; deben permanecer abiertas, ser usadas con libertad y sinceramente respetadas. Las funciones ejecutivas se realizan más eficiente y activamente cuando el ejecutivo puede proporcionar dicho sistema de comunicación y cuando participa en él como miembro, con el propósito de alcanzar, junto con los otros miembros, una definición de objetivos y un acuerdo sobre los métodos. El control, cuando se emplee, debe ser control de los hechos, no de los hombres, y debe constar de la correlación de muchos controles, no ser la superimposición, en forma militar, de un control superior ("el plan").

Descrita brevemente, ésta es la atmósfera de la planificación liberal democrática; la dirección administrativa democrática. Como figura central dentro de este marco de referencia aparece el hombre administrativo, no el hombre "económico" de la economía clásica, ni el "hombre-masa" de la economía totalitaria. El hombre administrativo es un miembro de un público o de un organismo estatal (oficina, legislatura, tribunal) que en las acciones relacionadas con el plan, de determinación de la política (administración) y de la ejecución de la política (dirección) se mueve dentro de un sistema recíproco de ayuda mutua y se comunica con todos los interesados. El poder de dicha planificación es un poder *con* los demás y por *encima* de ellos; ésta es la distinción realmente vital entre la sociedad de masas y la sociedad diferenciada y la economía planeada.

En una palabra, el Estado planificado funciona dentro y a través del proceso administrativo, concebido así dinámica y generosamente. El Estado planificado, tal como lo hemos bosquejado aquí, es, en un sentido inconfundible, la única alternativa en contra de la violencia revolucionaria del Estado totalitario y sus guerras totales. Una revolución administrativa, que gira en torno a la filosofía del ser humano individual como hombre administrativo, ofrece el único medio disponible de enfrentarse a la trágica amenaza que se cierne en todas partes sobre las culturas industriales, la sensación de luchar con fuerzas que escapan al control, excepto por medio del instrumental de un plan cósmico respaldado por el poder total de un Estado guarnición e impuesto sobre las masas incultas.

Una multitud de testigos nos indica que se está operando un cambio en el clima de la oposición en dirección de dicha revolución administrativa

²⁸ Una distinción establecida por Barnard, *op. cit.*

en la sociedad liberal. Lo encontramos en la ciencia política que franca y ricamente emplea el hecho y los recursos de los grupos de interés (públicos) como centro dinámico de acción política. Pensamos en algunos llamados urgentes como el siguiente: "La solución del Estado liberal democrático debe consistir en establecer una relación activa sobre la burocracia y los grupos de interés, de tal manera que la primera pueda realizar los propósitos del Estado y los últimos propios fines."²⁹ Se nota también la corroboración en el valor que se concede a la forma legislativa.³⁰ También pueden tomarse como prueba los esfuerzos para ordenar y desarrollar las posibilidades de los procesos administrativos y de las leyes administrativas. Se puede observar en las frases repetidas de la discusión política "Debido proceso de administración", "el servicio social del Estado", "el enfoque del interés público", "control público", "empresa pública", "constitucionalismo económico", "representación funcional", "democracia social", "cooperativismo", "distributismo", "descentralismo", etc. Su tema queda quizá expresado de manera más significativa en la siguiente afirmación: "Si la democracia debe sobrevivir, debe reconciliarse con el Estado administrativo."³¹

La "planificación", de acuerdo con la Sociedad Americana de Funcionarios de Planificación, "es un proceso administrativo".³² Aunque audaz, frenada por la democracia, esta concepción promete ser la matriz del Estado planificado del futuro.

²⁹ Herring, E. P., *Public Administration and the Public Interest*, MacGraw-Hill, 1936. Nueva York, 1936, p. 24. (Citado con permiso.)

³⁰ Véase Smith, T. V., *The Legislative Way of Life*. Imprenta de la Universidad de Chicago. Chicago, 1940.

³¹ Bingham, *op. cit.* (Citado con permiso.)

³² Véase *National Conference on Planning*, 1941.

La corrección de estilo y la edición
de este trabajo estuvieron al cuidado
de *María del Carmen Ruiz Castañeda*
y *José María Avilés*.

Impreso en los talleres de GRÁFICA PANAMERICANA, S. DE R. L., Parroquia, 911
(esquina con Nicolás San Juan). México 12, D. F.



INSTITUTO DE
INVESTIGACIONES SOCIALES

FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.

DEVUELTO



HD21
M42



UNAM

6765

INST. INV. SOCIALES

HD21
M42
Ej 2

6765

MEADOWS

LA
TECNOLOGIA

HD21
M42
EJ.2